OLIVIA DARCY

La bomba del VERANO



LA BOMBA DEL VERANO

AMORES DE VERANO (Y OTROS DESASTRES)

LIBRO 2

OLIVIA DARCY

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

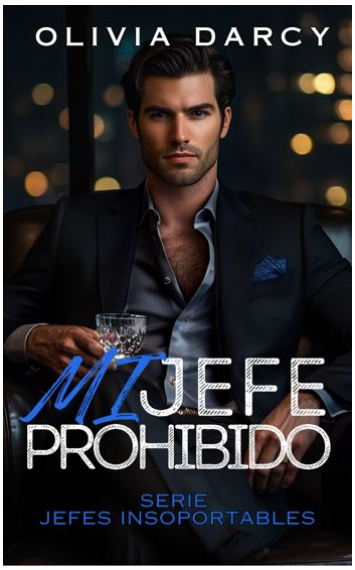
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR

O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

MÍA

27 de septiembre de 2025

Las náuseas son lo peor. Sobre todo, cuando las tienes justo cuando estás intentando maquillarte para asistir a la boda del siglo.

—Vamos, Mía, contrólate —me digo a mí misma, respirando profundamente frente al espejo del baño—. Solo es una boda. Solo es... él.

Cierro los ojos, intentando calmar el revoltijo en mi estómago que no sé si atribuir a los nervios o a algo mucho más aterrador. Llevo días sintiéndome extraña. Cansada. Con antojos absurdos. Con un retraso que ya no puedo seguir ignorando.

La bolsa de la farmacia me mira acusadoramente desde el lavabo. La compré hace tres días, pero no he tenido el valor de usarla. Porque una vez que lo sepa, una vez que vea el resultado, todo cambiará.

Y hoy no es día para cambios. Hoy es el día en que Lorenzo «Enzo» Montenegro se casa con París Leighton, la heredera perfecta para la fusión empresarial perfecta. La boda que sellará el acuerdo entre dos imperios hoteleros.

La boda del hombre con el que me acosté hace exactamente seis semanas.

—Fue solo una noche —murmuro, aplicándome rímel con manos temblorosas—. Una estúpida, maravillosa, inolvidable noche que obviamente él ya ha olvidado.

Pero yo no. No puedo olvidar cómo me miró en la cocina de Villa Azul aquella noche, cuando todos se habían ido a dormir y yo preparaba masa para el pan del día siguiente. No puedo olvidar cómo sus manos, tan diferentes a las de su hermano, pero igual de seguras, me atraparon contra la encimera.

«Llevo semanas intentando mantenerme alejado de ti,» había confesado contra mi cuello, su voz ronca enviando escalofríos por mi columna. «Pero no puedo más, Mía. No puedo seguir fingiendo que no me vuelves loco.»

Y yo, que siempre me he enorgullecido de mi fuerza, de mi independencia, de mi capacidad para mandar a la mierda a cualquier hombre que intente jugar conmigo, me derretí como mantequilla en una sartén caliente.

Una noche. Una noche perfecta donde sus tatuajes se mezclaron con los míos, donde descubrimos que nuestros cuerpos encajaban tan perfectamente como nuestras personalidades, donde me sentí más viva que en toda mi vida.

Y luego... nada. Un «esto ha sido increíble» susurrado al amanecer. Un beso en la frente. Y la vuelta a Madrid para «ultimar los detalles de la boda».

La boda que se celebra hoy. En cuatro horas. Y a la que, por alguna forma de masoquismo que no termino de entender, he accedido a asistir como acompañante de Valentina y Javier.

Una nueva oleada de náuseas me golpea, y esta vez no puedo ignorarla. Apenas llego al inodoro antes de que mi estómago decida expulsar el escaso desayuno que logré ingerir.

Cuando termino, me quedo sentada en el suelo del baño, sudorosa y temblorosa. Ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma.

—A la mierda —murmuro, alcanzando la bolsa de la farmacia—. Acabemos con esta tortura.

Cinco minutos después, estoy mirando fijamente el pequeño dispositivo de plástico en mis manos, esperando que aparezca el resultado. El tiempo parece haberse detenido mientras cuento los segundos.

Una línea significa que puedo seguir fingiendo que todo está bien. Que puedo asistir a esa boda con la cabeza alta, ver cómo el hombre que me ha robado el sueño durante semanas se casa con otra, y eventualmente superarlo.

Dos líneas significa... significa que todo se complica infinitamente.

El predictor comienza a mostrar el resultado. Una línea roja aparece claramente.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Bien. Esto está bien. Solo ha sido un susto. Solo...

Y entonces, lentamente, como si el tiempo se moviera a cámara lenta, una segunda línea empieza a formarse. Tenue al principio, luego más definida, hasta que dos líneas rojas perfectamente visibles me miran desde el predictor.

Positivo.

Estoy embarazada.

Del hombre que se casa hoy con otra mujer.

—No, no, no, no —repito como un mantra, sacudiendo el predictor como si pudiera cambiar el resultado—. Esto no puede estar pasando.

Pero está pasando. Es real. Tan real como el bebé que crece dentro de mí. Tan real como la boda que comenzará en pocas horas.

Me levanto con piernas temblorosas, todavía en ropa interior y la bata a medio poner, el maquillaje incompleto, el pelo sin peinar. Un desastre. Exactamente como me siento por dentro.

Necesito a Valentina. Necesito a mi mejor amiga. Necesito a alguien que me diga que todo estará bien, aunque ambas sepamos que es mentira.

Salgo disparada de mi habitación, con el predictor aún en la mano, y corro por los pasillos de Villa Azul como una posesa. Bajo las escaleras de dos en dos, ignorando las miradas sorprendidas de los huéspedes, hasta que finalmente la encuentro en la terraza trasera con Javier.

Están sentados juntos, tomando café tranquilamente mientras revisan algo en una tablet. La imagen perfecta de la felicidad doméstica. La imagen de todo lo que yo nunca tendré.

—¡Mía! —exclama Valentina al verme, su sonrisa transformándose en preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás vestida? Tenemos que salir en

una hora para la boda y...

No la dejo terminar. Extiendo la mano y le muestro el predictor, con sus dos líneas rojas acusadoras.

Sus ojos se abren como platos cuando comprende lo que está viendo.

—Oh, Dios mío —susurra—. Estás...

—Embarazada —confirmo, mi voz quebrándose—. Estoy embarazada, Val.

Javier, que ha estado observando en silencio, parece momentáneamente incómodo ante esta conversación tan íntima. Hace ademán de levantarse, probablemente para darnos privacidad, pero lo detengo con mis siguientes palabras:

—El bebé es de Enzo —digo, y el nombre quema mi garganta como ácido —. Tu hermano. El que se casa hoy.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con uno de mis cuchillos de chef. Valentina me mira boquiabierta, procesando la bomba que acabo de soltar. Javier se ha quedado petrificado, su taza de café a medio camino hacia sus labios.

—¿Qué has dicho? —pregunta finalmente, como si necesitara confirmar que ha oído correctamente.

—Que estoy embarazada de tu hermano —repito, las lágrimas comenzando a correr libremente por mis mejillas—. Fue hace seis semanas. Una noche. Solo una noche.

Valentina se levanta y me envuelve en un abrazo feroz, protector, exactamente lo que necesito en este momento.

—Oh, Mía —murmura contra mi pelo—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué has estado cargando con esto tú sola?

—Porque era un secreto —sollozo contra su hombro—. Porque él se iba a casar. Porque fue un error. Porque... porque me enamoré de él como una idiota.

La última confesión sale sin que pueda detenerla. Es la primera vez que lo admito en voz alta, incluso para mí misma. No fue solo sexo. No fue solo una noche de pasión. Me enamoré de Enzo Montenegro, con su sonrisa torcida, sus tatuajes, su forma de probar mis platos como si fueran tesoros, su manera de hacerme reír cuando más lo necesitaba.

Me enamoré del hombre equivocado. De nuevo.

Javier se ha levantado también, y hay una expresión en su rostro que no puedo descifrar. No es enfado, como temía. Es algo más complejo.

—¿Él lo sabe? —pregunta, su voz controlada, pero con un temblor apenas perceptible—. ¿Sobre el bebé?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Vas a decírselo? —insiste, y hay algo en su tono que me hace mirarlo directamente.

—¿Cómo? —pregunto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano —. Se casa en menos de cuatro horas. Con la heredera perfecta. Con la fusión perfecta. Con la vida perfecta que su padre ha planeado para él.

—Enzo odia esa boda —dice Javier, sorprendiéndome—. La odia con cada fibra de su ser.

—Pues tiene una forma muy extraña de demostrarlo —replico con amargura—. Acostándose conmigo y luego corriendo al altar.

—Los Montenegro no somos conocidos por tomar buenas decisiones cuando se trata de amor —responde, con una mirada significativa hacia Valentina—. Somos más de complicarnos la vida hasta el extremo y luego darnos cuenta de que hemos sido idiotas.

A pesar de todo, eso me arranca una sonrisa temblorosa.

—Tienes que decírselo —insiste Valentina, tomando mis manos entre las suyas—. Tiene derecho a saberlo antes de casarse.

—¿Y si no le importa? —pregunto, verbalizando mi mayor miedo—. ¿Y si lo sabe y le da lo mismo?

—Entonces criaremos a ese bebé entre todos —responde ella con una ferocidad que me conmueve—. Y será el niño más querido de toda la Costa del Sol. Pero al menos sabrás que hiciste lo correcto.

Miro a mis amigos, a esta extraña pareja que ha superado traiciones, mentiras y un imperio corporativo para estar juntos.

—Tenemos una boda que interrumpir —digo finalmente, y a pesar del terror que siento, hay una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho.

Porque si hay algo que he aprendido trabajando en Villa Azul, viendo cómo Valentina y Javier transformaron una guerra en el amor más épico que he presenciado, es que a veces, solo a veces, los finales felices existen.

Incluso para personas como yo, que nunca creyeron merecerlos.

CAPÍTULO 1

ENZO

21 de junio de 2025

El tequila nunca es la respuesta. Excepto, claro, cuando la pregunta es: «¿Cómo olvidar que tu padre te ha vendido como ganado para una fusión empresarial?»

En ese caso, el tequila es definitivamente la respuesta. Específicamente, la botella de Clase Azul que me estoy bebiendo en la playa privada del Marbella Grand Resort, con los pies hundidos en la arena y la mirada perdida en un mar que parece tan libre como yo nunca seré.

—Vaya mierda —murmuro, sirviéndome otro chupito con una precisión sorprendente para alguien que ya ve doble—. A tu salud, futuro marido trofeo.

Levanto el vaso en un brindis solitario hacia las estrellas, que bailan borrosas sobre mi cabeza. Mi móvil vibra por enésima vez. Seguramente Javier, preocupado porque desaparecí después de la cena con los inversores murmurando algo sobre «necesitar aire que no apeste a billetes de quinientos».

Mi hermano mayor, siempre tan responsable, siempre tan perfecto. Siempre tan atrapado como yo en la telaraña de Alejandro Montenegro.

Al menos a él no lo están obligando a casarse con una desconocida.

—Tres meses —digo en voz alta a la playa vacía—. Noventa y dos días exactamente para convertirme en el Sr. París Leighton.

La idea me provoca una nueva oleada de náuseas que no tiene nada que ver con el alcohol. París Leighton. La heredera perfecta para la fusión perfecta. La conocí durante exactamente diez minutos en una gala en Milán hace dos años. Intercambiamos diez palabras, todas ellas sobre un canapé de salmón. Y ahora se supone que vamos a compartir vida, cama y cuenta bancaria.

—Es lo mejor para todos, Lorenzo —había dicho mi padre, usando mi nombre completo como siempre hace cuando quiere recordarme quién manda

—. Para la empresa, para nuestro legado, para ti.

¿Para mí? ¿Cómo puede ser bueno para mí casarme con una mujer que, según todos los informes, tiene la calidez emocional de un témpano y la ambición de una piraña con MBA?

—Disculpe, joven, ¿se encuentra bien?

La voz me sobresalta tanto que casi derramo el tequila. A unos metros de mí, iluminada por la luz de la luna, hay una figura sentada en una de las tumbonas. Una mujer mayor con el pelo blanco recogido en un moño, vestida con un elegante caftán que parece brillar en la oscuridad.

Por un segundo, mi cerebro empapado en tequila hace una conexión imposible.

—¿Abuela? —pregunto, entrecerrando los ojos para enfocar mejor—. ¿Eres tú?

La mujer suelta una carcajada sorprendentemente juvenil.

—No, cariño, no soy tu abuela. Aunque a mis setenta y ocho años, supongo que podría serlo.

Me froto los ojos, intentando aclarar mi visión. Efectivamente, no es mi abuela. Mi abuela lleva muerta quince años, por un lado. Y nunca fue tan elegante ni tuvo ese aire de... ¿sabiduría traviesa?

—Lo siento —murmuro, notando cómo el calor sube a mis mejillas—. Estoy un poco...

—¿Borracho como una cuba? —sugiere ella amablemente—. Sí, eso había notado.

Debería sentirme avergonzado, pero hay algo en su tono que no es crítico, sino casi cómplice. Como si entendiera perfectamente por qué un tío está bebiendo solo en una playa de noche.

—¿Te importa si me siento? —pregunta, señalando la arena junto a mí—. Estas piernas ya no son lo que eran, y he caminado bastante por hoy.

Asiento, incapaz de encontrar una razón para negarme. Ella se sienta con una gracia que desmiente su edad, acomodando su caftán para que no se ensucie demasiado.

—Soy Dolores —se presenta, extendiendo una mano con varias sortijas que brillan bajo la luz de la luna—. Pero todos me llaman Lola.

—Enzo —respondo, estrechando su mano suavemente—. Todos me llaman Enzo, excepto mi padre, que me llama Lorenzo cuando está cabreado. Lo cual es siempre, últimamente.

—Ah, problemas paternos —asiente ella con conocimiento—. La fuente de al menos el sesenta por ciento de las borracheras en playas solitarias, según mi experiencia.

No puedo evitar sonreír.

—¿Y el otro cuarenta por ciento?

—Corazones rotos, principalmente —responde, mirando hacia el mar—. Aunque sospecho que en tu caso podría ser una combinación de ambos.

Algo en su percepción, o quizás el tequila, rompe mis defensas habituales. Antes de que pueda detenerme, las palabras comienzan a fluir.

—Mi padre me está obligando a casarme —confieso, mirando fijamente mi vaso—. Con una mujer que apenas conozco, para sellar una fusión empresarial. Como si estuviéramos en el siglo XV y yo fuera una princesa siendo intercambiada por tres vacas y una alianza con el reino vecino.

Lola no parece sorprendida ni escandalizada. Simplemente asiente, como si estuviera escuchando sobre el tiempo.

—¿Y si te niegas? —pregunta.

—Pierdo mi puesto en la empresa, mi fideicomiso, básicamente toda mi vida tal como la conozco —respondo, sintiendo una amargura que ni siquiera el tequila puede endulzar—. Y lo peor es que no sería solo yo. Mi hermano

quedaría completamente expuesto a las maquinaciones de mi padre. Y tampoco quiero decepcionar a mi padre. Eso es lo que más me fastidia.

—Suena como una elección difícil —comenta Lola—. ¿Qué es lo que realmente quieres, Enzo?

La pregunta me golpea como una ola inesperada. ¿Qué quiero? Nadie me lo había preguntado. Ni siquiera yo mismo.

—No lo sé —admito, y la honestidad de mi respuesta me sorprende—. Nunca he tenido que pensarlo realmente. Siempre he sido «el rebelde», «el segundo hijo», «el plan B». Siempre definido en relación a mi padre o a mi hermano.

Sirvo otro chupito y se lo ofrezco a Lola, quien lo acepta con una sonrisa.

—Por las preguntas difíciles —brindo, y ella choca su vaso con el mío.

—Y por las respuestas que aún no conocemos —añade.

El tequila quema mi garganta, pero de alguna manera me aclara la mente por un instante.

—Supongo que lo que realmente quiero es... —me detengo, buscando las palabras correctas— que alguien me vea a mí. No al apellido Montenegro, no al hermano de Javier, no al hijo rebelde de Alejandro. Solo a mí. A Enzo.

Lola me mira con una intensidad que me hace sentir completamente expuesto, como si pudiera ver a través de todas mis capas de cinismo y despreocupación fingida.

—¿Y quién es ese Enzo? —pregunta suavemente—. ¿Lo conoces tú?

La pregunta me deja sin palabras. ¿Quién soy yo, realmente, más allá de las etiquetas que otros me han puesto? ¿Más allá de la imagen que he cultivado cuidadosamente?

—Me gusta la fotografía —digo finalmente, sorprendiéndome a mí mismo con la confesión—. No la digital, sino la analógica. Tengo un cuarto oscuro en mi apartamento de Madrid que nadie sabe que existe. Ni siquiera Javier.

Lola sonríe, animándome a continuar.

—Me gusta García Márquez, aunque en público finjo que solo leo thrillers y biografías de empresarios exitosos —sigo, sintiendo cómo cada palabra me libera un poco más—. Tengo una colección de vinilos de jazz que empecé cuando tenía quince años. Y a veces, cuando nadie me ve, lloro con las películas románticas antiguas.

—Pareces un joven con profundidad —observa Lola—. No el superficial playboy que imagino que todos creen que eres.

—Es más fácil ser lo que todos esperan —admito—. El rebelde sin causa, el mujeriego incorregible, el que nunca se toma nada en serio. Es... seguro.

—¿Seguro? —repite ella, arqueando una ceja perfectamente delineada—. ¿O solitario?

Sus palabras me golpean con una precisión que me deja sin aliento. Porque tiene razón. Es solitario. Profundamente solitario. Estoy rodeado constantemente de gente, de mujeres guapas, de supuestos amigos, y sin embargo, nadie me conoce realmente. Nadie sabe que colecciono vinilos, o que fotografío en blanco y negro, o que a veces me despierto en medio de la noche aterrorizado por la idea de que voy a pasar toda mi vida siendo solo una sombra de lo que podría ser.

—Ambos —respondo finalmente—. Seguro y solitario. La peor combinación posible.

Lola asiente, como si acabara de confirmar algo que ya sabía.

—¿Sabes? Mi marido, que en paz descanse, solía decir que hay dos tipos de decisiones en la vida —dice, mirando hacia el horizonte donde el cielo nocturno se funde con el mar—. Las que tomamos por miedo y las que tomamos por amor. Las primeras siempre nos llevan a donde ya hemos estado. Las segundas siempre nos llevan a lo desconocido.

—Suena como un hombre sabio —comento.

—Lo era —sonríe ella con nostalgia—. También era terco como una mula y tenía un genio de mil demonios. Pero me amaba por quién era yo, no por lo que podía ofrecerle o por cómo me veían los demás.

Algo en sus palabras resuena profundamente en mí, tocando un anhelo que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Cómo lo supiste? —pregunto—. ¿Que te amaba por quién eras realmente?

Lola se queda pensativa un momento.

—Porque nunca intentó cambiarme —responde finalmente—. Y porque en sus ojos siempre vi reflejada la mejor versión de mí misma. No la que intentaba ser para complacer a otros, sino la que era cuando me sentía completamente libre.

Libre. La palabra se siente como un idioma extranjero en mi mente. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí realmente libre? ¿Antes de entrar en la empresa familiar? ¿Antes de que mi madre nos abandonara y me convirtiera en el protector no oficial de Javier? ¿O nunca lo he estado realmente?

—Creo que nunca he sido libre —confieso, las palabras saliendo como si tuvieran voluntad propia—. Siempre he estado atrapado en el papel que se esperaba que interpretara. El rebelde, el despreocupado, el que parece que no le importa nada cuando en realidad le importa todo demasiado.

Lola me mira con una mezcla de compasión y algo que parece casi... ¿ternura?

—Nunca es tarde para liberarse, Enzo —dice suavemente—. Pero primero tienes que decidir qué es lo que realmente quieres.

—Que alguien me quiera por quien soy —respondo sin pensar, las palabras saliendo directamente de algún lugar profundo y honesto dentro de mí—. Solo... por mí.

En cuanto las palabras salen de mi boca, siento como si algo se hubiera liberado dentro de mí. Una verdad que siempre ha estado ahí, enterrada bajo capas de cinismo y despreocupación fingida.

Lola sonríe, una sonrisa cálida que me recuerda de nuevo a mi abuela.

—Eso, querido, es un excelente comienzo —dice, levantándose con una gracia sorprendente para su edad—. Y ahora, creo que deberías irte a dormir. El tequila es un buen confidente, pero un terrible consejero para la mañana siguiente.

Me tiende una mano para ayudarme a levantarme, lo cual es absurdo considerando nuestras diferencias de edad y tamaño, pero acepto el gesto porque de repente me siento muy, muy cansado.

—Gracias por escucharme —digo, tambaleándome ligeramente al ponerme de pie—. Y siento haberte confundido con mi abuela.

—Oh, no te preocupes —ríe ella—. Me tomaré eso como un cumplido. Tu abuela debe haber sido una mujer extraordinaria.

—Lo era —sonrío con nostalgia—. Fue la única que siempre vio a través de todas mis máscaras.

—Entonces llévala contigo —dice Lola, dándome unas palmaditas en el brazo—. En tus decisiones. Pregúntate qué te diría ella en este momento de tu vida.

La idea me golpea con una claridad sorprendente. Mi abuela, la madre de mi padre, la única que se atrevía a plantarle cara. La que siempre me decía que algún día encontraría mi propio camino, lejos de las sombras de los Montenegro.

—Me diría que deje de sentir lástima por mí mismo y que haga algo al respecto —respondo con una sonrisa torcida.

—Una mujer sabia, sin duda —asiente Lola—. Ahora, ve a dormir. Y recuerda: descubre qué es lo que realmente quieres. Todo lo demás seguirá a

eso.

La veo alejarse por la playa, su figura blanca desvaneciéndose gradualmente en la oscuridad como una aparición. Por un momento delirante, me pregunto si realmente ha estado aquí o si ha sido una alucinación inducida por el tequila. Un fantasma enviado por mi abuela para darme una patada en el culo metafísica.

Recojo la botella, ahora casi vacía, y me dirijo tambaleante hacia el hotel. Mi mente sigue dando vueltas a la conversación, a la pregunta que nunca me había hecho realmente: ¿Qué es lo que yo, Enzo Montenegro, realmente quiero?

La respuesta que di me persigue mientras atravieso la playa: que alguien me quiera por quien soy. Tan simple y tan imposiblemente complejo al mismo tiempo.

Porque para que alguien me quiera por quien soy, primero tendría que mostrarme como realmente soy. Tendría que bajar todas las defensas, quitar todas las máscaras, ser vulnerable de una manera que nunca me he permitido.

Y eso, más que cualquier ultimátum de mi padre, más que cualquier boda forzada, me aterra completamente.

Mientras entro en el ascensor del hotel, mi móvil vibra con un mensaje de Javier: «¿Dónde estás? Mañana tenemos una reunión importante a las 9. No llegues tarde.»

Sonrío débilmente. Algunas cosas nunca cambian. Mi hermano siempre preocupándose, siempre planificando, siempre intentando mantener todo bajo control.

Poco sabe que acabo de tener una epifanía existencial en la playa con una anciana que podría o no haber sido real.

«Estoy bien,» respondo. «Solo necesitaba pensar.»

Y por primera vez en mucho tiempo, no es una mentira. Estoy pensando. Sobre lo que quiero. Sobre quién soy realmente. Sobre la posibilidad de que

quizás, solo quizás, haya más opciones que simplemente aceptar el destino que mi padre ha trazado para mí.

Mañana probablemente me arrepentiré de esta noche. Del tequila, de las confesiones, de la vulnerabilidad. Volveré a ser el Enzo que todos conocen: sarcástico, despreocupado, siempre con una sonrisa torcida y un comentario ingenioso.

Pero por ahora, mientras me derrumbo en la cama sin molestarme siquiera en quitarme los zapatos, me permito un momento de honestidad brutal conmigo mismo:

Estoy aterrorizado de pasar el resto de mi vida sin que nadie me vea realmente.

Y aún más aterrorizado de lo que podría pasar si alguien finalmente lo hiciera.

CAPÍTULO 2

MÍA

En la cocina soy una reina.

No es una exageración ni un ataque de egocentrismo. Es un simple hecho. Aquí, entre fogones y cuchillos afilados, cada movimiento es una decisión mía, cada sabor una consecuencia de mis actos, cada plato una pequeña obra de arte que yo controlo desde el principio hasta el final.

Una lástima que el resto de mi vida sea un absoluto desastre.

—Dios, qué maravilla —murmura Valentina mientras prueba la salsa que estoy terminando de reducir—. ¿Qué lleva esto?

—Si te lo dijera, tendría que matarte —respondo, apartando su cuchara con un golpe de espátula—. Y deja de meter la cuchara en mi salsa. ¿Es que no te he enseñado nada en veinte años de amistad?

Valentina me saca la lengua como cuando teníamos doce años y nos colábamos en la cocina de su abuela para robar galletas recién horneadas. Algunas cosas nunca cambian, y eso me reconforta más de lo que jamás admitiría en voz alta.

Estamos en la cocina de Villa Azul, preparando una cena ligera antes de nuestra «operación especial» de esta noche. O como yo prefiero llamarla: «Vamos a darle un toque de color a la vida del estirado de Javier Montenegro».

—¿Estás segura de que no será demasiado? —pregunta Valentina por tercera vez en la última hora, mientras observa las mochilas negras que descansan junto a la puerta de servicio—. Quiero decir, teñir el agua de las fuentes de su resort de rosa...

—Después de que intentara comprarte con tres millones como si fueras un solar en venta, creo que es lo mínimo que se merece —respondo, picando perejil con una precisión que haría llorar a un cirujano—. Además, el colorante

es biodegradable. En veinticuatro horas habrá desaparecido. Su ego tardará más en recuperarse, eso sí.

Valentina suelta una risita nerviosa. Siempre ha sido la sensata de las dos, la que piensa antes de actuar, la que mide las consecuencias. Yo soy más de la escuela «hagámoslo y ya veremos qué pasa». Es un milagro que hayamos sobrevivido a nuestra adolescencia.

—¿Sabes qué me dijo mi madre esta mañana? —comento, cambiando de tema mientras echo los langostinos a la sartén, donde sisean al contacto con el aceite caliente—. Que mi prima Sofía acaba de ser nombrada directora de marketing de El Corte Inglés. Treinta y dos años, apartamento en el barrio de Salamanca, saliendo con un cirujano plástico.

—Tu madre y sus actualizaciones de «mira lo bien que les va a todos menos a ti» —suspira Valentina, conocedora de la dinámica familiar Vargas—. ¿Y qué le has contestado?

—Que yo también tengo grandes noticias: que he batido mi récord personal de días sin asesinar a nadie con mis cuchillos de chef.

Valentina suelta una carcajada mientras sirve dos copas de vino blanco.

—Algún día tu madre entenderá que ser chef en Villa Azul no es un fracaso profesional —dice, pasándome una copa.

—Sí, probablemente el mismo día que los cerdos vuelen y los políticos digan la verdad —respondo, brindando con ella—. Para Mercedes Vargas, abandonar Madrid y mi puesto en un restaurante con estrella Michelin para venir a cocinar a un «hotelito en la playa» es la prueba definitiva de que soy la oveja negra de la familia.

No le cuento a Valentina que esta mañana, después de la llamada de mi madre, me quedé mirando mi reflejo en el espejo del baño durante diez minutos, preguntándome si realmente había tirado mi carrera por la borda. Si todas esas noches estudiando técnicas culinarias, todos esos años trabajando

catorce horas diarias para ascender en las cocinas más exigentes de Madrid, habían sido un desperdicio.

No se lo cuento porque ella se sentiría culpable, y si hay algo que no soporto es que Valentina Ruiz se sienta culpable por mi decisión de seguirla hasta el fin del mundo si fuera necesario.

—A veces me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado en Madrid —digo, más para mí misma que para ella, mientras volteo los langostinos con un movimiento experto.

—Serías miserable pero famosa —responde Valentina sin dudarlo—. Tendrías tu propia estrella Michelin, saldrías en revistas de gastronomía, y cada noche llorarías en la bañera con una botella de vino carísimo preguntándote por qué te sientes tan vacía.

La miro sorprendida. A veces olvido lo bien que me conoce.

—Joder, Val, no te cortes —bromeo, aunque sus palabras han dado justo en el clavo—. Dime lo que realmente piensas.

—Lo que realmente pienso —dice, acercándose para abrazarme por los hombros— es que eres la mejor chef de toda la Costa del Sol, que Villa Azul no sería lo mismo sin ti, y que si algún día decides volver a Madrid, te apoyaré, aunque me rompa el corazón.

Y ahí está. El motivo por el que dejé todo por ella. Porque mientras mi propia familia nunca ha entendido mis decisiones, Valentina siempre me ha aceptado exactamente como soy. Con mis arrebatos, mis inseguridades y mi tendencia a resolver los problemas con sarcasmo o comida.

—Qué bonito —respondo, fingiendo indiferencia, aunque tengo un nudo en la garganta—. Ahora aparta, que vas a hacer que queme los langostinos.

Mi móvil empieza a sonar con esa melodía que reservo exclusivamente para llamadas que preferiría no recibir. Hablando del diablo...

—Es mi madre —digo, secándome las manos en el delantal—. Seguro que llama para contarme que mi prima Sofía acaba de ganar el Premio Nobel mientras planeaba su boda perfecta.

—No contestes —sugiere Valentina.

—Si no lo hago, es capaz de llamar a la policía pensando que me han secuestrado —respondo, poniendo los ojos en blanco—. Es la única explicación que encuentra a que no responda inmediatamente a sus llamadas.

Respiro hondo y pulso el botón verde.

—Hola, mamá.

—María Alejandra, por fin —la voz de mi madre suena como si llevara horas intentando localizarme, cuando en realidad hace solo tres segundos que empezó a sonar el teléfono—. ¿Estás sentada?

Oh, Dios. Cuando empieza así, solo puede ser una de dos cosas: o alguien se ha muerto, o alguien va a casarse/tener un hijo/conseguir un ascenso espectacular. Dado su tono de excitación mal disimulada, me inclino por la segunda opción.

—Estoy cocinando, mamá. ¿Qué pasa?

—¡Tu prima Sofía se casa! —exclama como si me estuviera anunciando que han descubierto la cura del cáncer—. ¡En octubre! Y adivina qué: ¡quiere que tú te encargues del menú!

Ahí está. El clásico movimiento Vargas: «Te vamos a hacer un favor enorme permitiéndote trabajar gratis para nosotros».

—Mamá, estoy en Marbella. Sofía vive en Madrid. Y octubre es temporada alta aquí.

—Por eso te lo digo con tiempo —responde, como si mi negativa fuera simplemente un problema logístico—. Podrías pedir unos días libres en ese... sitio donde trabajas.

Ese «sitio». Nunca Villa Azul. Nunca «tu restaurante». Siempre «ese sitio», como si fuera un chiringuito de playa donde frío calamares para turistas borrachos.

—Se llama Villa Azul, mamá. Y no puedo pedir días libres porque soy la chef principal y socia del negocio.

—Socia —repite con ese tono que reserva para cuando menciono algo que considera una fantasía por mi parte—. María Alejandra, cielo, ¿no crees que ya va siendo hora de volver a la realidad? Han pasado unos años. Ese... experimento tuyo ya ha durado bastante. Joaquín Velasco me preguntó por ti el otro día, dice que siempre hay un puesto para ti en su restaurante.

Joaquín Velasco. Mi antiguo jefe. El mismo que intentó meterme mano en la cámara frigorífica y luego, cuando lo rechacé, se dedicó a hacerme la vida imposible hasta que renuncié. Por supuesto, esa parte de la historia nunca llegó a oídos de mi madre.

—Qué considerado por su parte —respondo con un sarcasmo que, como siempre, pasa completamente desapercibido para ella.

—Es una oportunidad, cariño. Madrid te echa de menos. La familia te echa de menos. Y francamente, a tu edad, deberías estar pensando en establecerte. Encontrar a alguien, formar una familia...

Y ahí vamos. El discurso del reloj biológico. Mi madre tiene la sutileza de un elefante en una cacharrería.

—Mamá, tengo que colgar. Se me está quemando algo —miento descaradamente.

—Siempre se te está quemando algo cuando hablamos de tu futuro —suspira dramáticamente—. Piénsalo, ¿vale? La boda de Sofía. El puesto con Joaquín. Volver a casa.

Casa. Como si Madrid, con su contaminación, su ritmo frenético y una familia que nunca ha entendido mis elecciones, fuera más mi hogar que este

rincón de paraíso junto al mar, con Valentina y los huéspedes que ya son como de la familia.

—Lo pensaré —prometo, sabiendo que ambas entendemos que es una mentira piadosa—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cielo —responde, y sé que es verdad, a pesar de todo—. Aunque a veces no entienda las decisiones que tomas.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono como si fuera una granada a punto de explotar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Valentina, que ha estado fingiendo no escuchar mientras removía la salsa.

—Sofía se casa. Quieren que cocine gratis. Mi madre piensa que estoy desperdiciando mi vida. Joaquín Velasco me ofrece trabajo. Lo típico —resumo, volviendo a mis langostinos—. Ah, y aparentemente, a mi edad debería estar pensando en «establecerme».

Valentina me mira con esa mezcla de compasión y entendimiento que solo puede tener alguien que ha presenciado veinte años de drama familiar Vargas.

—¿Quieres que te recuerde por qué estás aquí y no en Madrid? —pregunta suavemente.

—No hace falta —respondo, pero ella continúa de todos modos, porque sabe que en realidad sí lo necesito.

—Estás aquí porque eres la mejor chef que he conocido jamás. Porque conviertes ingredientes simples en experiencias inolvidables. Porque nuestros huéspedes vuelven año tras año solo para probar tus platos —empieza, contando con los dedos—. Estás aquí porque después de trabajar catorce horas, todavía tienes energía para sentarte en la terraza y compartir una copa con los clientes. Porque conoces a cada pescador por su nombre y sabes exactamente qué barca trae el mejor atún.

Siento cómo mis ojos se humedecen, pero me concentro en emplatar los langostinos para disimular.

—Y sobre todo —continúa Valentina—, estás aquí porque una noche, hace unos años, cuando te llamé llorando porque mi chef había renunciado y no sabía cómo salvar el hotel de mi abuela, no dudaste ni un segundo. Empaquetaste tus cuchillos y viniste al rescate, como la superheroína que siempre has sido para mí.

—Vale, vale —la interrumpo, porque si sigue voy a acabar llorando sobre los langostinos, y la sal de las lágrimas arruinaría el plato—. Ya lo pillo. Soy maravillosa. Ahora, ¿podemos cenar antes de que se enfríe?

Valentina sonríe, sabiendo que su misión está cumplida. Me conoce lo suficiente para saber que, bajo mi fachada de dureza, sus palabras han llegado justo donde las necesitaba.

Cenamos en la pequeña mesa de la cocina, disfrutando de los langostinos al ajillo y hablando de nuestro plan para esta noche. A medida que el vino desaparece de la botella, la operación «Fuente Rosa» parece cada vez más brillante y menos descabellada.

—¿Crees que nos pillarán? —pregunta Valentina, con las mejillas sonrojadas por el vino.

—¿A nosotras? Imposible —respondo con una confianza que no siento del todo—. Seremos como ninjas. Ninjas muy cabreadas con colorante rosa.

Mientras recogemos los platos y nos preparamos para nuestra misión, no puedo evitar pensar en lo absurdo de la situación. Yo, que una vez aspiré a estrellas Michelin y reconocimiento internacional, estoy a punto de infiltrarme en un resort de lujo para teñir sus fuentes de rosa en venganza por un intento de compra hostil.

Y lo más gracioso es que no cambiaría este momento por nada del mundo. Ni por un restaurante en Madrid, ni por el reconocimiento de mi familia, ni

siquiera por esa estrella Michelin con la que soñaba cuando era más joven.

Porque aquí, en este «hotelito en la playa», con Valentina a mi lado, he encontrado algo que nunca tuve en Madrid: un lugar donde pertenezco. Un lugar donde puedo ser exactamente quien soy, sin disculpas ni explicaciones.

—¿Lista para la guerra? —pregunta Valentina, sosteniendo una de las mochilas negras con una expresión entre nerviosa y emocionada.

—Nací lista —respondo, guardando mi móvil en el bolsillo—. Que tiemblen los Montenegro.

CAPÍTULO 3

ENZO

Si existe un infierno para los rebeldes, estoy seguro de que se parece a esta gala.

Me aflojo discretamente la corbata mientras observo el espectáculo a mi alrededor: ejecutivos con sonrisas ensayadas, mujeres enjoyadas riendo con carcajadas que no llegan a sus ojos, camareros deslizándose como fantasmas entre los invitados. Todo perfectamente orquestado, como un ballet de falsedad que lleva representándose desde que el dinero y el poder existen.

—Señor Montenegro, qué placer conocerlo al fin —me dice un hombre con un bronceado sospechosamente uniforme—. Su padre habla maravillas de usted.

Contengo una carcajada. Mi padre jamás ha hablado maravillas de mí en su vida. Como mucho, ha dicho que «Lorenzo tiene potencial, si dejara de comportarse como un adolescente».

—El placer es mío —respondo con mi sonrisa de plástico número tres, esa que reservo para los socios comerciales que me importan una mierda—. ¿Me disculpa? Creo que me llaman por allí.

Nadie me llama, por supuesto. Pero después de una hora de conversaciones sobre fusiones, adquisiciones y el «prometedor futuro del sector hotelero en la costa», necesito desesperadamente un respiro o acabaré ahogando a alguien en la fuente.

Irónico, considerando que en tres meses estaré casado con la heredera de uno de estos imperios y tendré que aguantar estas mismas conversaciones durante el resto de mi vida.

Me refugio junto a la barra, observando a Javier en la distancia. Mi hermano está en su elemento, moviéndose entre los inversores con esa mezcla perfecta

de autoridad y deferencia que nuestro padre le inculcó desde la cuna. El traje negro le sienta como un guante, su postura es impecable, y su sonrisa está calibrada al milímetro: lo suficientemente cálida para parecer accesible, lo suficientemente reservada para mantener la distancia profesional.

El perfecto heredero Montenegro.

A veces me pregunto si realmente le gusta este mundo, o si solo ha estado tanto tiempo interpretando el papel que ya no recuerda quién es realmente. ¿Existe todavía ese niño que leía novelas de aventuras bajo las sábanas con una linterna? ¿El que me defendía de los abusones en el colegio, aunque yo fuera el que empezaba las peleas?

—¿Otro whisky, señor? —pregunta el camarero, interrumpiendo mis pensamientos.

—Doble —respondo—. Y déjame la botella.

El hombre duda, pero algo en mi expresión debe convencerle de que no es momento de discutir. Asiente y se aleja, dejándome con mi Macallan y mis pensamientos sombríos.

Doy un sorbo, disfrutando del ardor familiar en mi garganta. Al menos el alcohol en estas fiestas es de primera calidad. Pequeños consuelos.

Estoy contemplando seriamente la posibilidad de escabullirme cuando algo capta mi atención. Un destello de azul entre el mar de uniformes negros y blancos de los camareros. Un mechón de pelo que no debería estar ahí.

Entrecierro los ojos, enfocando mejor. Una camarera está recogiendo copas vacías a unos metros de mí. Hay algo en ella que no encaja. Su uniforme parece ligeramente grande, y se mueve con una tensión que los demás empleados no tienen. Cuando se gira, el mechón azul vuelve a asomar brevemente bajo su gorra.

Definitivamente no es personal del hotel.

Mi interés se despierta instantáneamente. En medio de este teatro de falsedad, alguien está interpretando un papel no asignado. Intrigante.

La observo mientras se mueve por el salón. Es pequeña pero fuerte, con manos que trabajan con precisión. Manos de alguien acostumbrado a crear, no a servir. Y hay algo en su postura, una especie de desafío contenido, como si estuviera realizando una misión secreta.

Cuando finalmente logro ver su rostro, algo se detiene dentro de mí. Tiene rasgos definidos, ojos oscuros intensos y unos labios llenos que parecen estar a punto de soltar alguna verdad incómoda. No es el tipo de belleza que aparece en las revistas, sino algo más auténtico, más vital. Como una canción que no puedes dejar de escuchar aunque no entiendas por qué.

Está nerviosa pero excitada. Lo veo en cómo sus ojos escanean constantemente la sala, en cómo se comunica con otra camarera mediante miradas y gestos sutiles. Están tramando algo.

La otra mujer se me hace vagamente familiar. Tardo un momento en reconocerla sin el vestido verde, pero cuando lo hago, todo encaja. Es la chica del club, la que tenía a Javier hipnotizado anoche. Valentina, si no recuerdo mal. Lo que significa que debe ser la dueña de Villa Azul, el pequeño hotel que mi hermano está intentando adquirir.

¿Qué demonios hacen infiltradas en nuestra gala?

La respuesta obvia sería espionaje corporativo, pero hay algo en su actitud que sugiere otra cosa. Algo más... personal. Más travieso.

Debería alertar a seguridad. Es lo que haría un buen director financiero, un leal hijo de Alejandro Montenegro, un futuro marido de la dinastía Leighton.

En lugar de eso, me encuentro sonriendo por primera vez en toda la noche. Genuinamente sonriendo.

Porque sea lo que sea que estas dos estén planeando, seguro que es infinitamente más interesante que escuchar otra conversación sobre

porcentajes de ocupación hotelera.

Las sigo discretamente con la mirada mientras desaparecen por una puerta lateral. La que conduce a un cuarto de control. Oh, esto promete.

Después de un tiempo, Javier sube al pequeño escenario junto a las fuentes. El murmullo de conversaciones disminuye mientras toma el micrófono. Mi hermano en todo su esplendor ejecutivo, a punto de dar uno de esos discursos perfectamente estructurados que practica frente al espejo.

—Damas y caballeros —comienza, su voz profunda resonando en el salón —. Es un honor para mí, como nuevo director del Marbella Grand Resort, darles la bienvenida a esta velada especial.

Todos los ojos están en él. Todos excepto los míos, que siguen fijos en la puerta por donde desaparecieron nuestras intrusas. Cuando vuelven a emerger minutos después, hay algo en sus expresiones que me confirma que la noche está a punto de ponerse interesante.

—Esta noche marca el comienzo de una nueva era para el resort y para toda la costa —continúa Javier, ajeno al desastre inminente—. Con sus inversiones, no solo expandiremos nuestras instalaciones, sino que redefiniremos el lujo en Marbella.

Es entonces cuando lo noto. Un sutil cambio en el agua de las fuentes detrás de él. Un tinte rosado que comienza a aparecer, tan ligero al principio que creo que lo estoy imaginando.

Pero no, ahí está. Y se intensifica rápidamente.

La del mechón azul y Valentina intercambian miradas de anticipación. Tienen esa expresión de niñas a punto de ver explotar los petardos que acaban de colocar.

El color se vuelve más fuerte, un rosa brillante, casi fluorescente, que contrasta brutalmente con la sobriedad del entorno. Algunos invitados empiezan a notarlo, señalando y murmurando.

Javier, completamente concentrado en su discurso, no se da cuenta del cambio tras él.

—Nuestro compromiso con la excelencia y la innovación nos distingue de...

No termina la frase. Las fuentes, programadas para su espectáculo sincronizado, lanzan de repente enormes chorros de agua rosa brillante varios metros en el aire. El agua cae como una lluvia fucsia sobre los invitados más cercanos, incluido mi hermano.

La expresión de Javier cambia de profesional a confundida, luego a horrorizada, y finalmente a una comprensión furiosa cuando el agua rosa empapa su traje impecable.

Es el caos más hermoso que he visto en mi vida.

Mujeres gritando por sus vestidos arruinados, hombres maldiciendo mientras intentan proteger sus teléfonos, camareros corriendo con toallas. Todo el control, toda la falsedad, toda la pretensión... disolviéndose en un mar de rosa fucsia.

Y yo, por primera vez en semanas, me siento genuinamente feliz.

Una carcajada escapa de mi garganta antes de que pueda contenerla. Intento disimularla con una tos, pero es inútil. La risa brota como una fuente (rosa, por supuesto), incontenible y liberadora.

Varios invitados me miran escandalizados, pero no me importa. Esto es arte. Esto es anarquía. Esto es exactamente lo que necesitaba este evento pretencioso.

Las artífices de este desastre no están mejor que yo. La del mechón azul está prácticamente doblada de risa, agarrada al brazo de Valentina mientras intentan contener su histeria. Es entonces cuando la mirada furiosa de Javier las encuentra.

Veo el momento exacto en que mi hermano comprende quiénes son las responsables. Su expresión es un poema que debería titularse «La Venganza

Será Rosa y Húmeda».

Alguien grita pidiendo seguridad, y varios hombres de traje oscuro rodean rápidamente a nuestras saboteadoras. El instinto me dice que debería sentir indignación, que debería estar del lado de mi hermano y de la empresa familiar.

Pero lo único que siento es admiración. Admiración y una curiosidad irresistible por la mujer del mechón azul que acaba de convertir la elegante gala de los Montenegro en un espectáculo digno de un programa de cámara oculta.

Mientras la seguridad las escolta hacia la salida, me abro paso entre la multitud hasta llegar a Javier, que está empapado de rosa de pies a cabeza y parece a punto de que le estalle una vena.

—Han llamado a la policía —le informa uno de los guardias—. Llegarán en unos minutos.

Javier asiente, con esa expresión de controlada furia que ha perfeccionado a lo largo de los años. Gotas rosas caen de su pelo perfectamente peinado, creando un efecto que en cualquier otra circunstancia encontraría hilarante.

—Voy a encargarme de ella —dice, con una voz tan tensa que parece a punto de romperse—. Encárgate de los invitados.

—¿Yo? —pregunto, genuinamente sorprendido. Javier nunca me confía nada importante en eventos corporativos, convencido de que acabaré diciendo algo inapropiado o molestando a algún inversor.

—No hay nadie más —responde, señalando a su alrededor donde el resto del equipo directivo intenta contener el desastre rosa—. Solo... no la cagues más de lo que ya está.

—Tu confianza me abruma —respondo, pero él ya se está alejando, dejando un rastro de gotas rosas a su paso.

Me giro hacia los invitados, la mayoría aún en shock o intentando salvaguardar sus prendas de diseñador. Tomo una copa de champán de una bandeja y golpeo suavemente el cristal para llamar la atención.

—Damas y caballeros —anuncio con mi mejor sonrisa—. Como pueden ver, en el Marbella Grand Resort creemos en las experiencias memorables. —Algunas risas nerviosas—. Les aseguramos que nos haremos cargo de todos los desperfectos. Mientras tanto, por favor disfruten de champán adicional, cortesía de la casa, y consideren esto como una primicia de nuestro nuevo y revolucionario... tratamiento de spa cromático.

Sorprendentemente, funciona. O quizás es el champán gratis. El caso es que la tensión disminuye ligeramente, y algunos invitados incluso comienzan a tomarse selfies con las fuentes rosas de fondo. #DesastreGlamuroso empieza a ser tendencia en Instagram antes de que la policía llegue.

Cuando por fin aparecen los agentes, Javier ya ha vuelto a mi lado.

—Voy a acompañar a la policía a la comisaría —me informa mientras observamos cómo los agentes toman declaración a los testigos.

—Voy contigo —digo repentinamente, sorprendiéndome incluso a mí mismo.

—¿Qué? —Javier me mira confundido.

—A la comisaría. Voy contigo —aclaro—. Como testigo, o lo que sea. Apoyo moral fraternal.

Mi hermano me estudia con suspicacia.

—¿Qué estás tramando?

Me encojo de hombros con mi mejor expresión de inocencia, esa que no ha engañado a Javier desde que teníamos diez años.

—Nada. Solo quiero asegurarme de que no cometas una estupidez por estar cabreado. Como arruinar la vida de dos mujeres por una broma inofensiva.

—¿Inofensiva? —repite, incrédulo—. Han arruinado la gala más importante del año.

—Han hecho que sea memorable —corrijo—. Mañana todo el mundo en Marbella estará hablando del Marbella Grand Resort. Publicidad gratuita.

Javier me mira como si estuviera evaluando mi cordura.

—A veces me pregunto si realmente somos hermanos —murmura finalmente—. Haz lo que quieras. Pero no interfieras.

—¿Yo? ¿Interferir? —respondo con fingida indignación—. Jamás se me ocurriría.

Mientras seguimos a la policía hacia la salida, mi mente está fija en la mujer del mechón azul. En su risa desafiante, en sus manos fuertes, en esa chispa de vida auténtica que tanto contrasta con la falsedad que me rodea a diario.

No sé quién es exactamente, pero estoy decidido a averiguarlo. Porque en este momento, justo cuando mi vida parece más predeterminada que nunca, ha aparecido alguien completamente imprevisible.

Y si tengo que pasar mis últimos meses de libertad antes de convertirme en el Señor Leighton, no se me ocurre mejor compañía que una mujer capaz de teñir de rosa el mundo perfecto de los Montenegro.

CAPÍTULO 4

MÍA

Las sillas de plástico de la comisaría parecen diseñadas para matar a la gente. Llevo sentada casi dos horas aquí y he descubierto nuevas zonas en mi culo que hasta esta noche no sabía ni que existían.

—¿Crees que nos deportarán? —pregunto a Valentina, que está sentada junto a mí con expresión preocupada.

—Eres española, Mía. No pueden deportarte dentro de tu propio país —responde, poniendo los ojos en blanco.

—Ah, cierto —asiento, y luego añado con una sonrisa traviesa—. Pero podrían enviarnos a alguna isla remota. Como delincuentes peligrosas que somos.

Valentina intenta mantener su expresión seria, pero veo cómo la comisura de sus labios se curva ligeramente. Es un pequeño triunfo. Si vamos a ir a la cárcel, al menos que sea riendo.

—Esto no es gracioso —me recuerda, aunque su tono carece de convicción —. Hemos cometido varios delitos. Allanamiento, sabotaje, suplantación de identidad...

—Redecoración no solicitada —añado, y no puedo evitar soltar una risita.

El agente que nos vigila desde su escritorio nos mira con esa expresión universal de «por qué me tocan siempre las locas a mí». Pobrecillo. Seguramente esperaba detener a narcotraficantes o asesinos en serie, no a dos mujeres cubiertas de tinte rosa.

Estoy a punto de hacer otro comentario ingenioso cuando la puerta de la comisaría se abre. Y el tiempo, literalmente, se detiene.

Javier Montenegro entra primero, todavía empapado de rosa, con una expresión que podría congelar el infierno. Pero no es él quien capta mi

atención. Es el hombre que entra detrás.

Lorenzo «Enzo» Montenegro. El rebelde de la familia. El hermano que, según nuestras investigaciones de esta tarde, es el director financiero del grupo y tiene fama de playboy incorregible.

Las fotos que encontramos en internet no le hacen justicia. Ni de lejos.

Es alto, con el pelo castaño oscuro más largo y rebelde que el de su hermano, cayendo en ondas descuidadas que enmarcan un rostro que debería ser ilegal. Lleva un traje que parece haber sido diseñado específicamente para resaltar sus hombros anchos, pero lo usa con una despreocupación estudiada: mangas arremangadas mostrando antebrazos tatuados, corbata ausente, primeros botones desabrochados. Y su cara... Dios mío, su cara. Mandíbula fuerte, labios que parecen permanentemente curvados en una sonrisa irónica, y unos ojos verdes que recorren la comisaría con diversión apenas contenida.

Es como si alguien hubiera tomado todas mis debilidades y las hubiera combinado en un solo hombre.

—¿Has visto eso? —susurro a Valentina, inclinándome tanto que casi me caigo de la silla—. El rebelde de la familia en carne y hueso. Es aún más guapo que en las fotos.

—¡Mía! —me reprende, con las mejillas sonrojadas—. Concéntrate en nuestro problema.

—Estoy concentradísima —respondo sin apartar la mirada de él—. Estoy analizando estratégicamente a nuestros adversarios.

Y vaya adversario. Mientras Javier habla con el agente, su hermano nos observa desde la distancia. Cuando nuestras miradas se cruzan, algo extraño ocurre en mi estómago. No es el típico revoloteo de mariposas. Es más como si un ejército de avispas borrachas hubiera decidido montar una fiesta en mis entrañas.

Y entonces, el muy cabrón me sonríe. No con una sonrisa educada o profesional, sino con una sonrisa lenta, deliberada, con un toque de complicidad, como si compartiera conmigo un secreto delicioso.

Mi cuerpo reacciona de forma tan inmediata que casi me avergüenza. Calor subiendo por mi cuello, pulso acelerado, una especie de hormigueo en lugares que definitivamente no deberían estar hormigueando en una comisaría.

Se acerca a nosotras con la confianza relajada de alguien que nunca ha dudado de su lugar en el mundo.

—Hola, criminales —nos saluda, y su voz es exactamente como imaginaba: grave, ligeramente ronca, con un tono que sugiere que está perpetuamente divirtiéndose a costa del mundo—. Tengo que decir que el rosa os sienta mejor a vosotras que a mi hermano. Aunque él ha establecido un récord: dos trajes arruinados en menos de doce horas. Impresionante.

No puedo evitarlo. Suelto una carcajada que intento disimular mordiendo el cuello de mi camisa. Valentina me mira como si acabara de cometer alta traición.

—Soy Enzo —se presenta, extendiendo una mano adornada con varios anillos de plata que contrastan con su piel bronceada—. El hermano del hombre cuyo traje habéis convertido en un experimento de Warhol.

—Soy Mía —respondo, estrechando su mano. El contacto envía una descarga eléctrica por mi brazo que decido ignorar completamente—. La cómplice. Ella es Valentina, la mente criminal.

—La propietaria de Villa Azul —añade él, asintiendo hacia Valentina—. He oído hablar mucho de ti.

Mientras ellos intercambian algunas palabras, me permito estudiar a Enzo más detenidamente. Tiene una cicatriz fina sobre la ceja izquierda que le da un aire de chico malo que resulta ridículamente atractivo. Sus manos son grandes pero elegantes, con dedos largos que juguetean distraídamente con uno de sus

anillos. Y huele... Dios mío, huele a una mezcla de cítricos y algo más oscuro y especiado que hace que quiera enterrar mi nariz en su cuello como una pervertida.

Javier se acerca a nosotros, interrumpiendo mi inventario mental de todas las razones por las que Enzo Montenegro es injustamente atractivo.

—Señorita Ruiz —saluda a Valentina con una inclinación de cabeza tan formal que casi espero que haga una reverencia—. Señorita Vargas.

Su tono al decir mi nombre es puramente profesional, sin el más mínimo indicio de la calidez que su hermano muestra. Es como si Javier fuera un bloque de hielo y Enzo fuera fuego líquido.

La conversación que sigue me deja momentáneamente aturdida. ¿Retirar los cargos? ¿Organizar una gala benéfica? ¿Trabajar juntos durante semanas? Mi cerebro intenta procesar las implicaciones mientras mi cuerpo sigue inexplicablemente consciente de cada movimiento de Enzo.

—Parece el comienzo de una película de terror —murmuro mientras nos levantamos para seguir a Javier hacia una sala privada.

—O de una porno muy rara —susurra Enzo, lo suficientemente alto para que lo oigamos.

Me muerdo el labio para no reírme mientras Javier cierra los ojos con expresión sufrida.

—Enzo, ¿podrías comportarte como un adulto por cinco minutos?

—Podría, pero sería tremendamente aburrido para todos —responde su hermano con una sonrisa despreocupada—. Además, alguien tiene que aligerar el ambiente. Estás tan tenso que parece que te hayas tragado un palo de escoba.

Nuestras miradas se cruzan y siento una complicidad instantánea, como si acabáramos de formar un club secreto de «personas que disfrutan torturando a Javier Montenegro». Es ridículo sentirse así con alguien que acabo de conocer,

especialmente cuando ese alguien es el hermano del hombre que está intentando comprar el hotel de mi mejor amiga.

Pero hay algo en Enzo que resuena conmigo. Una especie de rebeldía deliberada, un rechazo a tomarse la vida demasiado en serio que conecta directamente con mi propia filosofía.

Durante la reunión en la sala de interrogatorios, me descubro observándolo más de lo que debería. La forma en que se recuesta en la silla, como si estuviera en su salón en lugar de una comisaría. Cómo arquea una ceja cuando Javier habla de «supervisión directa». El hoyuelo que aparece en su mejilla izquierda cuando sonríe. El tatuaje que asoma por su brazo cuando gesticula.

Cuando todo termina y aceptamos el trato de Javier, Enzo se queda un momento atrás.

—Ha sido un placer conoceros, criminales —dice con una sonrisa que debería ser ilegal—. Presiento que este verano acaba de volverse mucho más interesante.

Sus ojos se detienen en los míos un segundo más de lo necesario, y siento como si me hubiera tocado físicamente.

Ya en el taxi de vuelta a Villa Azul, Valentina parece sumida en sus propios pensamientos, probablemente preocupada por lo que significa trabajar con Javier. Yo, en cambio, no puedo dejar de pensar en su hermano.

—Joder, Val, ¿has visto a ese hombre? —digo finalmente, incapaz de contenerme más—. Es como si hubieran tomado todo lo bueno de su hermano estirado y le hubieran añadido sentido del humor y un toque de peligro.

—Concéntrate, Mía —me advierte, aunque hay una pequeña sonrisa en sus labios—. Acabamos de meternos en la boca del lobo. Literalmente vamos a pasar semanas trabajando bajo las órdenes directas de Javier Montenegro.

—Dirás que tú vas a estar bajo sus órdenes directas —la corrijo con una sonrisa maliciosa—. Yo estaré muy ocupada... consultando cosas con el hermano rebelde.

—Ni se te ocurra —me advierte, reconociendo mi expresión—. Es el enemigo.

—El enemigo está buenísimo —respondo, encogiéndome de hombros—. Además, ¿no has oído lo que dicen? Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

Valentina pone los ojos en blanco, pero no insiste. Probablemente porque está demasiado ocupada pensando en su propio Montenegro.

Cuando por fin llego a mi habitación en Villa Azul, el amanecer ya está tiñendo el cielo de rosa. Ironías de la vida, ahora hasta el cielo me recuerda nuestro pequeño acto de sabotaje.

Me dejo caer en la cama sin molestarme en quitarme la ropa, demasiado agotada para hacer otra cosa que no sea existir. Cierro los ojos, esperando que el sueño me arrastre rápidamente.

Pero en lugar de oscuridad, lo que veo es verde. Verde como los ojos de Enzo Montenegro mirándome a través de la comisaría. Verde como la promesa de problemas.

Y esa sonrisa. Esa maldita sonrisa torcida que parece decir «sé exactamente el efecto que tengo en ti y lo estoy disfrutando».

Me giro en la cama, intentando sacudirme la imagen. No tiene sentido. Acabo de conocerlo en persona. Es el hermano del enemigo. Es probablemente un playboy que colecciona corazones rotos como quien colecciona sellos. Es todo lo que debería evitar.

Y sin embargo, cuando finalmente me rindo al sueño, lo último que veo es esa sonrisa. Y lo último que pienso, con una claridad que me asusta, es que Enzo Montenegro va a ser un problema.

Un problema que, muy a mi pesar, estoy deseando tener.

CAPÍTULO 5

ENZO

Hay algo en correr al amanecer que siempre me ha parecido un acto de rebeldía. Quizás porque es lo único que hago que mi padre jamás ha entendido. «¿Por qué correr cuando puedes pagar a alguien para que corra por ti?», bromea a veces, como si el ejercicio fuera una tarea más que delegar.

Pero aquí, con los pies descalzos hundiéndose en la arena húmeda y el sol apenas asomando sobre el horizonte, siento algo que rara vez experimento en mi vida: libertad. Sin corbata, sin expectativas, sin el apellido Montenegro pesando sobre mis hombros.

Solo yo, la playa desierta y el mar Mediterráneo desplegándose ante mí como una promesa que nunca se cumplirá.

Mi móvil vibra en el bolsillo de mis shorts. Lo ignoro. A esta hora solo puede ser mi padre, recordándome alguna reunión con los Leighton, o Javier, preguntándome por los informes financieros que «olvidé» enviarle anoche. El mundo de responsabilidades puede esperar hasta que termine mis cinco kilómetros.

Acelero el ritmo, sintiendo el sudor deslizarse por mi espalda. Necesito esto. Especialmente después de la llamada de anoche.

«Lorenzo, necesito que vengas a la reunión con los Leighton mañana por videoconferencia», había dicho mi padre con ese tono que no admite discusión. «París estará allí y quiero que empecéis a conoceros mejor. Al fin y al cabo, en nada seréis marido y mujer.»

Tres meses. Me quedan tres malditos meses de libertad antes de convertirme oficialmente en el Sr. París Leighton, peón sacrificado en el tablero de ajedrez corporativo de mi padre.

Aprieto el paso, como si pudiera dejar atrás el pensamiento. La arena se vuelve más firme bajo mis pies, la respiración más pesada, el pulso martilleando en mis oídos.

Y entonces la veo.

Al principio es solo una silueta recortada contra la luz dorada del amanecer. Una figura pequeña pero atlética, moviéndose con determinación en dirección contraria a la mía. A medida que nos acercamos, los detalles se vuelven claros: shorts negros, camiseta gris sin mangas, zapatillas de running profesionales.

Y ese inconfundible mechón azul brillando en su coleta.

La chef rebelde. La cómplice de las fuentes rosas. Mía Vargas.

Una sonrisa se forma en mis labios sin que pueda evitarlo. Desde nuestro encuentro en la comisaría hace dos noches, no he podido sacármela de la cabeza. Hay algo en ella que desafía todas las categorías en las que normalmente clasifico a las mujeres que conozco. No es una socialité buscando el apellido Montenegro, ni una ejecutiva intentando escalar posiciones, ni una mujer deslumbrada por mi cuenta bancaria.

Es... auténtica. Descaradamente auténtica, como si no supiera cómo ser otra cosa.

Nuestras trayectorias están a punto de cruzarse. Veo el momento exacto en que me reconoce: sus ojos se abren ligeramente, su paso vacila por un segundo, y luego... frunce el ceño. Como si yo fuera una molestia en su rutina perfectamente planificada.

Esto va a ser divertido.

—Buenos días, criminal —la saludo, reduciendo mi ritmo y dando la vuelta para correr junto a ella—. ¿Destruyendo evidencias o simplemente huyendo de la escena de un crimen?

Me lanza una mirada que podría congelar el infierno.

—¿Me estás siguiendo, Montenegro? —pregunta, sin romper su ritmo—. Porque eso sería patético.

—Técnicamente, tú venías hacia mí, así que si alguien está siguiendo a alguien...

—No te hagas el gracioso conmigo —me interrumpe, acelerando ligeramente—. Esta es mi playa. Llevo corriendo aquí todas las mañanas desde hace años.

—Qué casualidad —respondo, ajustándome sin esfuerzo a su nuevo ritmo —. Yo llevo corriendo aquí todas las mañanas desde hace... —consulto mi reloj— aproximadamente un día y siete minutos. Claramente tengo derechos adquiridos.

Veo cómo lucha contra una sonrisa. Sus labios se curvan ligeramente antes de que pueda controlarse.

—¿Siempre corres sola? —pregunto, para molestarla.

—Solo cuando no me persiguen extraños irritantes.

—No soy un extraño —protesto con fingida indignación—. Soy el hermano del hombre que intenta comprar el hotel de tu mejor amiga. Prácticamente somos familia.

Esta vez no puede contener la risa, un sonido breve pero genuino que me produce una inexplicable satisfacción.

—Esa es la lógica más retorcida que he escuchado en mi vida —dice, negando con la cabeza—. Y créeme, sé de lógica retorcida.

Corremos en silencio durante unos minutos. No es un silencio incómodo, sino casi... cómplice. Como si ambos estuviéramos evaluando al otro, buscando fisuras en la armadura.

—¿Por qué no echamos una carrera? —propongo finalmente—. Hasta el espigón y de vuelta. A menos de que tengas miedo de que te gane, claro.

Se detiene tan abruptamente que tengo que saltar a un lado para no chocar con ella. Me mira directamente, con esos ojos oscuros que parecen ver a través de todas mis capas de despreocupación fingida.

—No corro con el enemigo —declara, cruzándose de brazos.

—¿El enemigo? —repito, llevándome una mano al pecho dramáticamente —. Me hieres, Vargas. Yo no soy el enemigo. Solo soy... un daño colateral en esta guerra corporativa.

—Eres un Montenegro —responde, como si eso lo explicara todo—. Y los Montenegro quieren destruir Villa Azul.

—Corrección: mi hermano quiere comprar Villa Azul. Yo solo quiero correr por la playa sin que me recuerden constantemente que soy un Montenegro.

Algo cambia en su expresión. Una grieta momentánea en su hostilidad, como si hubiera tocado accidentalmente una verdad que ella también comprende.

—Además —añado, acercándome un paso—, vas a terminar cediendo a mis encantos. Es solo cuestión de tiempo.

Arquea una ceja, la incredulidad pintada en su rostro.

—¿Tus encantos? ¿En serio?

—Mis encantos —confirmo con una sonrisa torcida—. Soy irresistible. Pregúntale a cualquiera.

—Eres incorregible, eso es lo que eres —responde, pero hay un brillo divertido en sus ojos que contradice sus palabras.

—Mira, Vargas —digo, adoptando un tono más sincero—. Voy a pasar todo el verano atrapado en reuniones aburridas y eventos pretenciosos. Mi hermano es tan divertido como una auditoría fiscal. Si no encuentro a alguien con quien hacer algo más que hablar de porcentajes de ocupación hotelera, me voy a volver loco.

—¿Y yo soy tu candidata para salvarte del aburrimiento? —pregunta, entre escéptica y divertida.

—Teñiste las fuentes de mi hermano de rosa —respondo simplemente—. Cualquiera capaz de hacer eso merece mi admiración eterna y mi amistad incondicional.

Veo que está considerando mis palabras. Su postura se relaja ligeramente, aunque mantiene esa expresión cautelosa.

—Una carrera —propongo—. Si ganas, desaparezco de tu playa para siempre. O al menos hasta mañana.

—¿Y por qué debería aceptar?

—Porque estás tan aburrida como yo —respondo con una seguridad que no siento—. Y porque en el fondo, muy en el fondo, te mueres de curiosidad por saber si soy tan idiota como parezco o si hay algo más.

Me mira fijamente durante lo que parece una eternidad. Finalmente, una sonrisa lenta se extiende por su rostro, transformándolo por completo. Es como ver el amanecer por segunda vez esta mañana.

—Hasta el espigón —dice, señalando la estructura de piedra a unos quinientos metros—. Y te advierto, Montenegro, no tengo piedad con los perdedores.

Antes de que pueda responder, sale disparada como una flecha, dejándome momentáneamente paralizado por la sorpresa.

—¡Tramposa! —grito, lanzándome tras ella.

Su risa flota en el aire mientras corre, y por primera vez en semanas, siento algo parecido a la alegría expandiéndose en mi pecho.

MÍA

Corro como si me persiguiera el diablo.

Y técnicamente, así es. Solo que este diablo tiene ojos verdes, sonrisa torcida y un apellido que debería ser suficiente para mantenerme alejada.

¿En qué demonios estaba pensando al aceptar esta carrera? Valentina me mataría si supiera que estoy fraternizando con el enemigo. Aunque «fraternizar» implica cierta cordialidad, y lo que siento hacia Enzo Montenegro en este momento, mientras mis pulmones arden y mis piernas se esfuerzan por mantener la ventaja, es cualquier cosa menos cordial.

Es... complicado.

Porque odio admitirlo, pero hay algo refrescante en su irreverencia. En cómo se burla de todo, incluido él mismo. En cómo me mira como si realmente me viera, no como la chef de Villa Azul o la amiga de Valentina, sino como Mía Vargas.

Y eso es peligroso.

Puedo sentirlo acercándose. Es más alto, sus piernas cubren más terreno con cada zancada. Pero yo conozco esta playa como la palma de mi mano. Sé exactamente dónde la arena es más firme, dónde hay que esquivar las rocas ocultas bajo la superficie.

—¡Vas a tener que esforzarte más, Montenegro! —grito por encima del hombro, sin reducir la velocidad.

—¡Apenas estoy calentando, Vargas! —responde, y puedo oír la sonrisa en su voz.

El espigón está cada vez más cerca. Cincuenta metros. Cuarenta. Treinta. Mis músculos gritan en protesta, pero me niego a ceder. No ante él. No ante un Montenegro.

Aunque, ¿realmente es eso lo que me preocupa? ¿O es el hecho de que, contra todo sentido común, disfruto de este momento? ¿De esta competencia absurda con un hombre al que debería despreciar por principios?

Un hombre que, según las revistas que Valentina y yo ojeamos ayer, está comprometido con París Leighton, heredera de otro imperio hotelero. La boda del año. La fusión perfecta.

El pensamiento me distrae lo suficiente para que mi pie resbale en un parche de arena suelta. Trastabillo, recupero el equilibrio, pero pierdo un segundo crucial.

Y entonces lo siento a mi lado, hombro con hombro, su respiración tan agitada como la mía.

—Te estás cansando, Vargas —jadea, lanzándome una mirada desafiante.

—En tus sueños —respondo, encontrando una reserva de energía que no sabía que tenía.

Veinte metros. Quince. Diez.

Estamos perfectamente igualados, cada paso sincronizado como en una danza frenética. Puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, oler el aroma a sal, sudor y algo cítrico que debe ser su colonia.

Cinco metros.

En un último esfuerzo desesperado, me lanzo hacia adelante, extendiendo la mano para tocar la piedra rugosa del espigón.

Nuestras manos llegan simultáneamente, chocando una contra la otra sobre la superficie áspera. El impulso es demasiado grande. Pierdo el equilibrio y, antes de que pueda evitarlo, estoy cayendo.

Enzo intenta sujetarme, pero solo consigue desestabilizarse también. Caemos juntos en la arena húmeda, un enredo de extremidades y respiraciones entrecortadas.

Cuando el mundo deja de girar, me encuentro parcialmente debajo de él, su brazo atrapado bajo mi espalda, nuestros rostros a centímetros de distancia. Tan cerca que puedo contar las pecas doradas en sus ojos verdes, ver la

pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, sentir su aliento cálido contra mi mejilla.

El tiempo se detiene.

Hay un momento, breve pero intenso, en que algo pasa entre nosotros. Una corriente eléctrica, un reconocimiento mutuo, una posibilidad que ninguno de los dos se atreve a nombrar.

Y entonces, como si nos hubiéramos quemado, nos separamos. Él rodando hacia un lado, yo incorporándome de un salto, ambos fingiendo que el momento no ha existido.

—Creo que ha sido un empate —dice, pasándose una mano por el pelo con fingida despreocupación.

—Técnicamente, toqué el espigón una milésima de segundo antes —respondo, sacudiéndome la arena de los shorts.

—¿Tienes pruebas de eso? —pregunta, arqueando una ceja.

—Mi palabra contra la tuya, Montenegro.

—Entonces estamos en un impasse —concluye, levantándose y sacudiéndose la arena—. Lo cual significa que ninguno gana la apuesta.

Me muerdo el labio, repentinamente consciente de lo que casi he hecho. De lo cerca que he estado de ceder ante él. Ante un Montenegro.

—Empate o no, sigo sin correr con el enemigo —digo, recuperando mi tono distante—. Así que, si me disculpas, tengo que terminar mi rutina.

Una sombra de decepción cruza su rostro, tan rápida que casi la pierdo.

—Como quieras, Vargas —responde, volviendo a su sonrisa despreocupada —. Pero recuerda: mis encantos. Irresistibles. Es solo cuestión de tiempo.

—Sigue soñando, Montenegro —respondo, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa traicionera se forme en mis labios.

Nos miramos un momento más, un duelo silencioso de voluntades, antes de que yo me dé la vuelta y comience a correr en dirección contraria. Puedo sentir

sus ojos siguiéndome, pero me niego a mirar atrás.

Solo cuando estoy segura de que ya no puede verme, me permito una sonrisa completa.

Porque, aunque jamás lo admitiría en voz alta, hay algo en Enzo Montenegro que me intriga. Algo que va más allá de su apellido o de su apariencia.

Algo peligroso.

Y yo siempre he tenido debilidad por el peligro.

CAPÍTULO 6

MÍA

Hay formas de tortura que deberían estar prohibidas por la Convención de Ginebra. Entre ellas, sin duda, las reuniones interminables con Javier Montenegro.

—Como pueden ver en la página diecisiete del informe —continúa, señalando con un puntero láser una gráfica que lleva explicando durante lo que parece una eternidad—, el presupuesto para la gala benéfica debe ajustarse a estos parámetros si queremos maximizar el retorno de inversión social.

Retorno de inversión social. ¿Quién demonios habla así?

Intento mantener mi expresión neutral mientras mis dedos tamborilean silenciosamente bajo la mesa. Llevamos dos horas encerrados en esta sala de conferencias del Marbella Grand Resort, con vistas al Mediterráneo que parecen burlarse de mí. Ahí fuera, sol, playa, vida. Aquí dentro, PowerPoints, hojas de cálculo y la voz monótona de Javier Montenegro explicando por qué el salmón noruego es más «apropiado para el perfil demográfico de los asistentes» que el atún rojo local.

Si hay algo peor que un snob, es un snob que cree saber de gastronomía.

Valentina, sentada a mi lado, parece genuinamente interesada. O al menos finge mucho mejor que yo. Toma notas, asiente en los momentos adecuados e incluso ha hecho un par de preguntas inteligentes. La muy traidora.

—En cuanto al menú —Javier me mira directamente, y me enderezo por instinto—, necesitaremos que sea sofisticado pero accesible. Nada demasiado experimental.

Traduzco mentalmente: «Nada que asuste a los viejos ricos que van a donar dinero».

—Por supuesto —respondo con una sonrisa tan falsa que me duelen las mejillas—. Estaba pensando en servir purés insípidos con guarniciones minúsculas y llamarlo «cocina de autor».

Valentina me da una patada por debajo de la mesa.

—Lo que Mía quiere decir —interviene rápidamente— es que podemos adaptar el menú para que sea elegante pero reconocible.

Javier me mira con una expresión dura, mezcla de condescendencia y desconfianza, como si yo fuera una bomba a punto de explotar en medio de su perfectamente organizado mundo.

No está del todo equivocado.

—Eso espero —responde finalmente, volviendo a sus diapositivas—. Ahora, en cuanto a los proveedores de flores...

Mi mente vuelve a desconectar. Miro por la ventana, contando los minutos hasta poder escapar. Es entonces cuando lo veo. Enzo Montenegro, caminando tranquilamente por los jardines del resort, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa perpetua que parece decir «la vida es demasiado corta para malgastarla».

Como si sintiera mi mirada, levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran a través del cristal y, por un segundo, me siento descubierta, como si pudiera leer mis pensamientos aburridos y desesperados. Entonces hace algo inesperado: me guiña un ojo.

Antes de que pueda reaccionar, desaparece de mi vista, dejándome con una extraña sensación de anticipación.

Diez minutos después, cuando Javier está en plena explicación sobre las ventajas de los centros de mesa sostenibles, la puerta de la sala se abre de golpe.

—Disculpad la interrupción —dice Enzo, entrando como un torbellino, sin parecer nada preocupado por la interrupción—. Hay una *situación* en la cocina

principal que requiere atención inmediata.

Javier frunce el ceño, claramente molesto por la interrupción.

—Estamos en medio de algo importante, Enzo. ¿No puede esperar?

—Me temo que no —responde su hermano, con una expresión de preocupación tan exagerada que casi me hace reír—. Tiene que ver con los mariscos para el evento del viernes. Algo sobre... ¿cómo lo llamó el chef? Ah sí, «contaminación cruzada catastrófica».

Javier palidece visiblemente.

—Tiene mala pinta, Javi —insiste Enzo, y luego me mira—. El chef dice que le vendría de lujo consultarlo con la señorita Vargas inmediatamente. Algo sobre técnicas de salvamento culinario que solo ella conoce.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no sonreír.

Este idiota está inventándose una emergencia para sacarme de la reunión.

—Debería ir —digo, poniéndome de pie con tanta rapidez que casi tiro mi silla—. Los mariscos contaminados son... extremadamente peligrosos. Podríamos estar hablando de una catástrofe gastronómica.

Valentina me mira con sospecha, pero no dice nada.

—Está bien, vete —suspira Javier, haciendo un gesto con la mano—. Continuaremos con la reunión mientras tanto. Señorita Ruiz, aún tenemos que discutir los aspectos promocionales.

Valentina asiente, lanzándome una mirada que claramente dice «me las pagarás por esto». La ignoro olímpicamente mientras recojo mis cosas y sigo a Enzo fuera de la sala.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, Enzo suelta una carcajada contenida.

—¿Contaminación cruzada catastrófica? —susurro, golpeándole el brazo—. ¿En serio?

—Ha funcionado, ¿no? —responde, con una sonrisa torcida que debería estar prohibida—. Parecías a punto de saltar por la ventana. Decidí intervenir antes de que tuviéramos que explicar a la prensa por qué la chef de Villa Azul decidió lanzarse desde el quinto piso del Marbella Grand.

—No iba a saltar —protesto, mientras caminamos rápidamente por el pasillo—. Estaba considerando opciones menos drásticas. Como fingir un desmayo. O estrangular a tu hermano con su propia corbata.

—Ah, la corbata —asiente Enzo con fingida seriedad—. Un clásico. Aunque técnicamente sería difícil de justificar como accidente.

No puedo evitar reírme. Hay algo en su irreverencia que resulta contagioso.

—¿Y ahora qué? —pregunto cuando llegamos al ascensor—. ¿Cuál es el plan después de mi heroico rescate?

Enzo presiona el botón de la planta baja y me mira con una chispa de travesura en sus ojos verdes.

—Eso, chef Vargas, depende de ti. Tenemos aproximadamente dos horas antes de que mi hermano termine de torturar a tu amiga con gráficos circulares. Podemos usarlas para hacer algo productivo y responsable...

—O... —lo interrumpo, intuyendo hacia dónde va.

—O podemos hacer algo divertido que probablemente enfurecería a Javier si se enterara —concluye, arqueando una ceja.

No debería. De verdad que no debería. Soy una profesional. Una adulta responsable. La chef principal de Villa Azul.

—¿Hasta qué punto podemos cabrearlo? —pregunto, y sé que estoy perdida.

ENZO

Hay algo casi hipnótico en ver a Mía intentando contener la risa. La forma en que se muerde el labio, cómo sus ojos brillan con esa mezcla de diversión y

culpabilidad, el pequeño hoyuelo que aparece en su mejilla derecha cuando finalmente se rinde y deja escapar una carcajada.

Es como observar a alguien recordar que está vivo.

—No puedo creer que esté haciendo esto —susurra, mientras nos escondemos tras una columna en el vestíbulo principal—. Si tu hermano se entera, me matará. Y luego revivirá mi cadáver para matarme otra vez. Es como si tuviéramos diez años.

—Relájate, Vargas —respondo, disfrutando de su nerviosismo—. Solo estamos... redecorando. Algo que a vosotras os gusta mucho.

«Redecorando» es quizás una forma generosa de describir lo que estamos haciendo. Después de rescatarla de la reunión del infierno, decidimos que el lobby del Marbella Grand Resort necesitaba un toque de personalidad. Específicamente, necesitaba que todas sus estatuas de mármol (frías y absurdamente caras) lucieran sombreros de paja con flores tropicales.

Sombreros que, casualmente, encontramos abandonados en el carrito de una camarera de pisos.

—La última —dice Mía, señalando la estatua más grande, un Poseidón de dos metros que preside la fuente central—. El gran jefe.

—¿Haces los honores o lo hago yo? —pregunto, sosteniendo el sombrero más ridículo de todos: un monumento a los excesos decorativos con flores de plástico y una cinta que dice «Hot Mama».

—Juntos —decide ella, con una solemnidad que me hace reír—. Un acto así requiere responsabilidad compartida.

Nos acercamos sigilosamente a la estatua, vigilando que ningún empleado nos vea. Con una coordinación que parece ensayada, Mía se sube a mi espalda para alcanzar la cabeza del dios del mar, mientras yo intento mantener el equilibrio.

Sus piernas rodean mi cintura, y siento el calor de su cuerpo contra mi espalda. Sus manos se apoyan brevemente en mis hombros antes de estirarse hacia arriba, y el aroma de su perfume —algo cítrico mezclado con especias— me envuelve por completo. Es extrañamente íntimo, este momento robado en medio del vestíbulo de un hotel de cinco estrellas, con ella confiando en que no la dejaré caer.

—Más a la izquierda —susurro, intentando concentrarme en la misión y no en la sensación de sus muslos firmes contra mis costados—. No, mi izquierda. Tu derecha.

—Si no dejas de moverte, vamos a acabar en la fuente —responde ella, luchando por colocar el sombrero.

Finalmente lo consigue, ajustándolo perfectamente sobre la cabeza marmórea de Poseidón. El efecto es instantáneo y glorioso: el severo dios marino transformado en lo que parece un turista borracho en su primera visita a Ibiza.

—Es una obra maestra —declaro mientras Mía baja de mi espalda—. Deberíamos dedicarnos al arte conceptual.

—Lo llamaré «Deconstrucción del patriarcado hotelero» —responde ella, y su risa es tan genuina que me encuentro sonriendo como un idiota.

Nos alejamos rápidamente antes de que alguien nos descubra, dirigiéndonos hacia los jardines traseros. El sol de julio cae implacable sobre nosotros, pero bajo la sombra de los olivos centenarios se está sorprendentemente bien.

—Gracias —dice Mía de repente, mientras nos sentamos en un banco apartado—. Por sacarme de esa reunión. Creo que me has salvado de cometer un homicidio con PowerPoint.

—Un crimen del que ningún jurado te condenaría —respondo, estirando las piernas—. Mi hermano tiene el don de convertir incluso los temas más interesantes en ejercicios de resistencia mental.

—¿Siempre ha sido así? —pregunta, genuinamente curiosa—. ¿Tan...?

—¿Rígido? ¿Obsesivo? ¿Con un palo metido tan profundamente en el trasero que probablemente le sale por la garganta?

Ella suelta una carcajada que atrae las miradas de una pareja de ancianos que pasea cerca.

—Iba a decir «estructurado», pero tu descripción es mucho más gráfica.

Me encuentro sonriendo, recordando un Javier diferente, de hace mucho tiempo.

—No siempre fue así —admito, sorprendiéndome a mí mismo por compartir algo personal—. Cuando éramos niños, era él quien planeaba las travesuras. Tenía esta habilidad para elaborar planes perfectos que nunca podían rastrearse hasta nosotros.

—¿En serio? —Mía parece genuinamente sorprendida—. No puedo imaginarlo haciendo algo remotamente divertido.

—Oh, créeme, era el mejor —continúo, dejando que los recuerdos fluyan —. Una vez reorganizó toda la colección de vinos de nuestro padre, cambiando las etiquetas. El viejo tardó meses en darse cuenta de que estaba sirviendo Rioja barato a sus socios más importantes, convencido de que era Château Margaux del 82.

Mía ríe, y hay algo en su risa que me hace querer seguir contando historias solo para escucharla de nuevo.

—¿Qué pasó? —pregunta—. ¿Cómo pasó de ser ese niño a... bueno, a ser Javier Montenegro, el robot ejecutivo?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba. ¿Qué pasó? Nuestra madre abandonándonos. Nuestro padre convirtiéndose en una versión más fría y calculadora de sí mismo. Javier asumiendo la responsabilidad de mantener unida a la familia cuando solo tenía catorce años.

—La vida —respondo simplemente—. Las expectativas. El peso del apellido Montenegro.

Algo cambia en su expresión, como si hubiera tocado una cuerda que resuena también en ella.

—Entiendo eso —dice suavemente—. Las expectativas familiares, quiero decir. No el apellido prestigioso, obviamente.

—¿Tu familia también tiene un manual de «Cómo arruinar la vida de tus hijos con expectativas imposibles»? —pregunto, intentando mantener el tono ligero.

—La edición económica —asiente—. Mi madre sigue convencida de que abandoné una carrera prometedora en Madrid para «jugar a los restaurantes» en la playa.

—¿Y por qué lo hiciste? —La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla—. Dejar Madrid, quiero decir.

Mía mira hacia el horizonte, donde el azul del mar se funde con el cielo.

—Por Valentina —responde finalmente—. Porque me necesitaba. Porque a veces las personas son más importantes que los planes.

Hay una simplicidad en su respuesta que me desarma. Como si fuera lo más natural del mundo abandonar tus ambiciones por alguien que te importa. Como si no fuera un sacrificio, sino una elección obvia.

—Además —continúa, con una sonrisa traviesa—, ¿has visto las vistas desde mi cocina en Villa Azul? Ningún restaurante con estrella Michelin en Madrid puede competir con eso.

—Touché —concedo, agradecido por el cambio a un tono más ligero—. Aunque no estoy seguro de que las vistas compensen que ahora tengas que lidiar con mi hermano regularmente.

—Por eso necesito cómplices —responde, dándome un ligero codazo—. Para mantener la cordura.

Hay algo en la palabra «cómplices» que me gusta. Que resuena con algo dentro de mí que lleva demasiado tiempo dormido.

La miro por un momento, considerando una idea que ha estado formándose en mi cabeza desde que la rescaté de esa reunión. Desde que vi cómo sus ojos se iluminaban mientras colocábamos sombreros ridículos en estatuas valoradas en más que el PIB de algunos países pequeños.

—¿Sabes? —digo finalmente—. Voy a pasar todo el verano aquí, supervisando las cuentas y otros proyectos del resort.

—Mi más sentido pésame —responde con una sonrisa burlona.

—Y necesito algo más que reuniones interminables y eventos corporativos para mantener la cordura —continúo, ignorando su comentario—. Necesito... una cómplice.

Arquea una ceja, intrigada.

—¿Una cómplice?

—Alguien que conozca Marbella más allá de los circuitos turísticos. Alguien que sepa dónde está la diversión real —explico, mirándola directamente—. Alguien que no se asuste con un poco de travesura.

—¿Y por qué yo? —pregunta, aunque puedo ver que ya está interesada—. Hay un montón de guías turísticos que estarían encantados de mostrarle la ciudad al gran Enzo Montenegro.

—Porque ninguno de ellos teñiría las fuentes de rosa —respondo simplemente—. Y porque, por alguna extraña razón, creo que contigo sería... divertido.

Mía me estudia con esos ojos intensos que parecen ver demasiado.

—¿No deberías estar concentrado en tu boda? —pregunta repentinamente —. Las revistas no hablan de otra cosa. La gran fusión Montenegro-Leighton. El evento del año.

Su mención de la boda me toma por sorpresa. No esperaba que sacara el tema tan directamente.

—Mi boda está perfectamente planificada —respondo, manteniendo mi tono despreocupado—. Cada detalle, cada invitado, cada flor. Es lo que se espera de un Montenegro.

No añado que la idea de casarme con París Leighton me produce la misma emoción que firmar un contrato de arrendamiento. Que es exactamente lo que es: un acuerdo comercial disfrazado de matrimonio.

—Entonces, ¿qué dices, Vargas? —insisto, cambiando deliberadamente de tema—. ¿Serás mi guía en el lado salvaje de Marbella? Prometo compensarte adecuadamente por tu tiempo y esfuerzo.

Veo cómo su expresión cambia, primero sorpresa, luego diversión, y finalmente algo que parece determinación.

—No quiero tu dinero, Montenegro —responde, levantándose del banco—. Pero acepto el reto. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes de intentar comprar todo lo que te interesa —dice, con una mirada desafiante—. Algunas cosas no están a la venta.

Su comentario me golpea más fuerte de lo que esperaba. Como si hubiera visto a través de años de solucionar todo con la tarjeta de crédito.

—Trato hecho —respondo, extendiendo mi mano—. ¿Por dónde empezamos?

Mía toma mi mano, y hay una chispa de algo peligroso en sus ojos cuando sonríe.

—Por el principio, Montenegro. Siempre por el principio.

Y mientras la sigo hacia lo desconocido, no puedo evitar preguntarme si acabo de cometer el error más brillante de mi vida.

O quizás, solo quizás, el acierto más peligroso.

CAPÍTULO 7

MÍA

—¿Estás de coña? —pregunto, mirando con horror el acantilado frente a mí —. ¿Esto es tu idea de «diversión veraniega»?

Enzo sonríe, esa sonrisa torcida que ya he aprendido a reconocer como un preludio de problemas. Está de pie junto al borde, con el viento despeinando su cabello castaño, completamente ajeno al pánico que me atenaza el estómago.

—¿Qué pasa, Vargas? ¿No me digas que la mujer que desafió al imperio Montenegro tiene miedo de un pequeño salto?

—Pequeño, dice —murmuro, acercándome cautelosamente al borde para mirar hacia abajo.

El mar azul turquesa se extiende quince metros más abajo, rompiendo contra las rocas en un hipnótico vaivén. Desde aquí parece una eternidad de caída. Una eternidad muy dolorosa.

—Puedo buscar un acantilado más bajo si prefieres —sugiere, con ese tono condescendiente que me provoca ganas simultáneas de empujarlo y de demostrarle que se equivoca.

—Ni se te ocurra —respondo, enderezando los hombros—. Solo estaba... evaluando la trayectoria.

Su carcajada resuena contra las paredes rocosas.

—¿La trayectoria? ¿Ahora eres física cuántica?

—Chef, experta en saltos de acantilado y, en mis ratos libres, astrofísica —respondo, dando un paso atrás—. Soy una mujer de muchos talentos.

La verdad es que estoy aterrorizada. No es que tenga miedo a las alturas exactamente. Es más bien un saludable respeto por la gravedad y sus

consecuencias sobre cuerpos humanos frágiles. Pero jamás lo admitiré frente a Enzo Montenegro. Antes me tiro sin mirar.

Que es exactamente lo que parece que voy a hacer.

Cuando accedí a ser su «cómplice de verano», imaginé tardes en la playa, quizás algún bar clandestino, tal vez incluso una fiesta en un yate. No saltar desde un acantilado en una cala remota a la que hemos llegado después de treinta minutos de caminata bajo el sol abrasador de julio.

—Es perfectamente seguro —dice Enzo, más serio ahora, como si hubiera detectado mi miedo a pesar de mis esfuerzos por ocultarlo—. No hay rocas abajo, la profundidad es perfecta, y la corriente es suave.

—¿Por qué tengo la sensación de que eso es exactamente lo que dices antes de que alguien acabe en urgencias? —pregunto, pero me acerco un poco más al borde.

—Porque tienes una imaginación desbordante —responde, y de repente está a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume mezclado con el aroma a sal marina—. Mira, si no quieres saltar, no pasa nada. Podemos hacer otra cosa.

Su tono ha cambiado. No hay burla, no hay desafío. Solo comprensión genuina, y de alguna manera, eso me molesta más que sus provocaciones.

—¿Y perderme la oportunidad de ver tu cara cuando te gane? Ni hablar —respondo, quitándome la camiseta para quedarme en bikini.

La expresión de Enzo cambia tan rápido que casi me río. Sus ojos recorren mi cuerpo durante un segundo antes de apartar la mirada, como si se hubiera quemado. Interesante.

—Te recuerdo que esto no es una competición —dice, su voz ligeramente más ronca.

—Todo es una competición, Montenegro —respondo, disfrutando de este pequeño poder que acabo de descubrir—. ¿Saltamos juntos o prefieres ir primero para mostrarme cómo se hace?

Se quita la camiseta en un movimiento fluido, y ahora es mi turno de quedarme sin palabras. Sabía que estaba en forma, pero esto... esto es ridículo. Su torso está perfectamente definido, con tatuajes que se extienden desde su hombro derecho hasta la mitad de su pecho. Tinta negra con diseños geométricos entrelazados con lo que parecen versos de algún poema. Me pregunto qué dirán, qué historia cuentan sobre el hombre detrás de la fachada Montenegro.

—Juntos —decide, extendiendo su mano hacia mí—. Es tu primera vez, después de todo.

Tomo su mano, sorprendida por lo natural que se siente. Su palma es cálida y firme contra la mía, y por un momento, el miedo se desvanece, reemplazado por una extraña sensación de seguridad.

—A la de tres —dice, apretando suavemente mi mano—. Uno...

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—Dos...

Respiración profunda. No mires abajo. Confía.

—¡Tres!

Saltamos.

El mundo se convierte en una mezcla de cielo azul, viento rugiendo en mis oídos y la mano de Enzo firmemente agarrada a la mía. Mi estómago da un vuelco, y un grito que es mitad terror, mitad euforia escapa de mi garganta.

Por un glorioso instante, estamos volando.

Y luego, el impacto. El agua fría nos envuelve, y nuestras manos se separan con la fuerza de la inmersión. Desciendo varios metros antes de empezar a nadar hacia la superficie, mis pulmones ardiendo, pero mi mente extrañamente clara.

Cuando emerjo, jadeando y riendo al mismo tiempo, Enzo ya está ahí, con el pelo pegado a la cara y una sonrisa tan amplia que transforma

completamente sus facciones.

—¡Lo hiciste! —exclama, y hay un orgullo en su voz que me calienta más que el sol de mediodía.

—¡Lo hicimos! —corrijo, salpicándole agua—. Y no fue tan terrible.

—¿Terrible? —repite, fingiendo indignación—. Acabas de experimentar una de las mejores sensaciones del mundo, Vargas. Un poco de respeto.

Tiene razón, aunque no pienso admitirlo. La adrenalina todavía corre por mis venas, haciéndome sentir más viva de lo que me he sentido en meses. Es como si cada sentido estuviera amplificado: el azul del cielo más intenso, la sal en mis labios más pronunciada, la risa de Enzo más musical.

—¿Lista para el segundo salto? —pregunta, ya nadando hacia la pequeña playa rocosa.

—¿Segundo? —respondo, siguiéndolo.

—Por supuesto.

Dos horas y tres saltos más tarde (porque, sí, resulta que saltar desde un acantilado es adictivo una vez superas el terror inicial), estamos tumbados en la pequeña playa, dejando que el sol seque nuestros cuerpos. Hay un silencio cómodo entre nosotros, el tipo de silencio que normalmente solo existe entre personas que se conocen desde hace años, no días.

—Me muero de hambre —declara Enzo de repente, girándose para mirarme—. Toda esta adrenalina me ha abierto el apetito.

—Eso tiene fácil solución —respondo, incorporándome—. Conozco el lugar perfecto.

El lugar perfecto es la cocina de Villa Azul, vacía a esta hora de la tarde. Los comensales del almuerzo ya se han ido, y aún faltan horas para la cena. Es mi momento favorito del día: el limbo entre servicios, cuando la cocina es solo mía.

—¿Estás segura de que podemos estar aquí? —pregunta Enzo, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Es mi cocina —respondo, atándome un delantal—. Puedo estar aquí cuando quiera.

—Técnicamente, es la cocina de Valentina —señala, apoyándose en la encimera central.

—Técnicamente, soy socia minoritaria —replico, sacando ingredientes del refrigerador—. Así que sí, es mi cocina. Y estás a punto de tener el privilegio de probar algo que no está en el menú.

—¿Debo sentirme especial? —pregunta, con esa sonrisa torcida que hace que algo se agite en mi estómago.

—No te acostumbres —advierto, aunque no puedo evitar sonreír—. Es solo porque me has hecho saltar desde un acantilado y he sobrevivido para contarlo. Eso merece una recompensa.

Empiezo a trabajar, mis manos moviéndose por instinto mientras corto, pico y preparo. Hay algo profundamente satisfactorio en cocinar para alguien que observa el proceso con genuina fascinación. Y Enzo está fascinado; puedo sentir sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos.

—¿Qué estás preparando? —pregunta finalmente, incapaz de contener su curiosidad.

—Paciencia, Montenegro —respondo, sin dejar de trabajar—. La buena comida, como la venganza, sabe mejor cuando uno ha esperado por ella.

—¿Acabas de comparar tu cocina con la venganza? —ríe—. Ahora estoy preocupado.

—Deberías estarlo —bromeo—. Estás en mi territorio ahora.

Mientras el aroma de ajo, aceite de oliva y hierbas frescas llena la cocina, me sorprendo a mí misma tarareando. No recuerdo la última vez que cociné así,

sin la presión de un servicio, sin el peso de las expectativas. Solo por el puro placer de crear algo delicioso para alguien que lo apreciará.

Veinte minutos después, coloco un plato frente a Enzo. Es simple en apariencia: gambas al ajillo con un toque personal, acompañadas de pan casero para mojar en la salsa.

—*Voilà* —anuncio—. Nada pretencioso, solo sabores honestos.

Enzo mira el plato como si contuviera los secretos del universo.

—Huele increíble —dice, tomando un tenedor.

—Pruébalo —ordeno, intentando sonar despreocupada, aunque por alguna razón, su opinión me importa más de lo que debería.

Observo mientras toma la primera gamba, la sumerge ligeramente en la salsa y se la lleva a la boca. Su reacción es instantánea y completamente inesperada. Cierra los ojos, una expresión de puro placer transforma su rostro, y deja escapar un sonido que está peligrosamente cerca de un gemido.

Algo se agita en mi interior, un calor que no tiene nada que ver con los fogones.

Cuando abre los ojos, hay una vulnerabilidad en ellos que no he visto antes.

—Esto... —comienza, y su voz tiene un tono diferente, casi reverente—. Esto sabe exactamente como los veranos en la casa de mi abuela en Málaga.

No es la reacción que esperaba.

—Ella preparaba gambas así, con ese mismo toque de... ¿es pimentón ahumado? —pregunta, y asiento—. Increíble. Es como si hubieras encontrado un recuerdo que no sabía que conservaba y lo hubieras servido en un plato.

Hay una emoción cruda en su voz que me deja sin palabras. Por un momento, no es Enzo Montenegro, heredero de un imperio hotelero, el playboy de las revistas. Es solo un hombre recordando a su abuela, vulnerable y auténtico.

—La comida tiene ese poder —digo finalmente, sentándome frente a él—. Puede transportarnos a lugares que creíamos olvidados.

—Mi abuela era la única que veía a través de todas mis máscaras —confiesa, tomando otra gamba—. Ni siquiera Javier me conoce como ella lo hacía. Murió cuando yo tenía diecinueve años, y a veces me pregunto qué pensaría de mí ahora.

No sé qué responder a esa confesión inesperada. Así que hago lo que mejor sé hacer: le sirvo más comida.

—Estaría orgullosa —digo finalmente, sorprendiéndome a mí misma con la certeza en mi voz—. No te conozco mucho, Montenegro, pero puedo ver que hay más en ti de lo que dejas ver a los demás.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, la cocina parece demasiado pequeña, el aire demasiado denso. Hay algo creciendo entre nosotros, algo que no me atrevo a nombrar.

Quizás, una especie de amistad.

Enzo es el primero en romper el contacto visual, volviendo su atención al plato.

—Si le cuentas a alguien que me has visto emocionarme por unas gambas, tendré que negarlo categóricamente —dice, recuperando su tono ligero habitual.

—Tu secreto está a salvo conmigo —respondo, agradecida por el cambio de atmósfera—. Aunque podría usarlo como chantaje en el futuro.

—¿Chantaje? —repite, arqueando una ceja—. ¿Qué clase de criminal eres, Vargas?

—La clase que ahora sabe que el gran Enzo Montenegro tiene un punto débil por las gambas al ajillo de su abuela —respondo, disfrutando de la familiaridad que se ha instalado entre nosotros.

Continuamos comiendo, la conversación fluyendo fácilmente de un tema a otro. Me cuenta anécdotas de su infancia, yo le hablo de mis primeros desastres en la cocina. Reímos, debatimos, compartimos historias como si nos conociéramos de toda la vida.

Y en algún momento, mientras lo observo gesticular animadamente explicando cómo una vez convenció a Javier para robar el coche de su padre a los quince años, me doy cuenta de que estoy en peligro.

Porque Enzo Montenegro es mucho más que un apellido prestigioso y una cara bonita. Es inteligente, divertido, sorprendentemente reflexivo cuando olvida mantener su fachada de despreocupación. Y me gusta. Me gusta mucho más de lo que debería.

Lo cual es un problema, considerando que en unos meses estará casado con otra mujer.

Y que es el hermano del enemigo.

—¿En qué piensas? —pregunta, interrumpiendo mis reflexiones—. Te has quedado muy seria de repente.

—En que es hora de que te vayas —respondo, más bruscamente de lo que pretendía—. Tengo que preparar el servicio de cena.

Una sombra de confusión cruza su rostro, pero no insiste.

—Por supuesto —dice, levantándose—. Gracias por la comida. Ha sido... especial.

Hay una pregunta no formulada en sus ojos, un «¿he dicho algo malo?» que me hace sentir culpable por mi cambio de actitud.

—De nada —respondo, suavizando mi tono—. Y gracias a ti por lo del acantilado. Ha sido... menos terrible de lo que esperaba.

Eso le arranca una sonrisa.

—Alto elogio viniendo de ti, Vargas —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. ¿Nos vemos mañana? Tengo otra aventura planeada que podría gustarte.

Debería decir que no. Debería poner distancia antes de que esto, sea lo que sea «esto», se complique más. Pero la perspectiva de otro día sin reuniones aburridas, sin expectativas, solo diversión pura con alguien que me hace reír... es demasiado tentadora.

—¿Implica saltar desde algo alto? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—No esta vez —promete, con esa sonrisa torcida que ya se está volviendo peligrosamente familiar—. Pero te garantizo que hará que tu corazón se acelere.

No dudo que lo hará, aunque no necesariamente por las razones que él cree.

—Está bien —accedo finalmente—. Pero esta vez, yo elijo la comida después.

—Trato hecho —responde, y hay algo en su mirada, una intensidad que no estaba ahí antes—. Hasta mañana, chef Vargas.

—Hasta mañana, Montenegro.

Cuando la puerta se cierra tras él, me apoyo contra la encimera y exhalo lentamente. ¿En qué me estoy metiendo? Esto debía ser simple: diversión veraniega, sin complicaciones, sin sentimientos.

Pero mientras empiezo a preparar las verduras para la cena, con el sonido de su risa todavía resonando en mis oídos, tengo la incómoda sensación de que «simple» es lo último que será mi verano con Enzo Montenegro.

Y lo más aterrador es que no estoy segura de que me importe.

CAPÍTULO 8

ENZO

El amanecer en Marbella tiene un color distinto al de cualquier otro lugar que conozca. No es solo el rosa y naranja fundiéndose en el horizonte, es algo más... una promesa de posibilidades que parece renovarse cada mañana. Especialmente durante las últimas dos semanas.

Apoyo los antebrazos en la barandilla del pequeño muelle, sintiendo la madera áspera contra mi piel mientras espero a Mía. El mar está en calma, apenas una leve ondulación plateada bajo la luz temprana. Perfecto para lo que tengo planeado hoy.

Cierro los ojos un momento, dejando que la brisa marina juegue con mi pelo. Es extraño cómo el tiempo parece haberse acelerado y ralentizado simultáneamente desde que comenzamos nuestras «aventuras». Los días en la oficina se arrastran interminables entre reuniones y llamadas con mi padre, pero las horas con Mía... esas vuelan como si alguien hubiera manipulado el reloj cósmico.

En solo dos semanas hemos saltado de acantilados, explorado cuevas costeras que ni siquiera sabía que existían, nos hemos colado en una fiesta privada en un yate (donde fingimos ser un príncipe balcánico menor y su asistente), y hemos descubierto el mejor chiringuito de toda la costa, escondido en una cala que no aparece en ningún mapa turístico.

Pero lo más sorprendente no son las aventuras en sí, sino cómo me siento durante ellas. Como si fuera simplemente Enzo. No el heredero Montenegro, no el futuro marido de París Leighton, no el eterno segundo después de Javier. Solo yo.

Es aterrador lo adictivo que resulta.

—¿Llevas mucho esperando? —La voz de Mía me saca de mis pensamientos.

Me giro y ahí está ella, con el pelo recogido en una coleta descuidada, sin maquillaje, vistiendo unos shorts gastados y una camiseta de un grupo de rock que no reconozco. Debería parecer ordinaria. En cambio, hay algo en la forma en que la luz del amanecer juega con sus facciones que me deja momentáneamente sin palabras.

—Lo suficiente para contemplar el sentido de la vida —respondo finalmente, recuperando mi sonrisa habitual—. He llegado a la conclusión de que todo se reduce a encontrar el chiringuito perfecto.

Ella pone los ojos en blanco, pero la sonrisa que intenta contener la delata.

—Filósofo además de financiero. Impresionante, Montenegro.

—Soy un hombre de muchos talentos —respondo, haciendo una reverencia exagerada que la hace reír.

Ese sonido... su risa. Se ha convertido en algo que busco provocar constantemente, como un adicto persiguiendo su dosis diaria. Es musical y auténtica, sin filtros ni pretensiones.

—¿Y bien? —pregunta, mirando alrededor—. ¿Cuál es la gran aventura de hoy? No veo ningún acantilado del que lanzarme, ni ningún helicóptero esperando para un salto en paracaídas.

—Hoy, querida Vargas —digo, señalando hacia el pequeño barco amarrado al final del muelle—, vamos a explorar el mundo bajo la superficie.

Sus ojos se abren con sorpresa y algo que parece inquietud.

—¿Buceo? —pregunta, y noto cómo su cuerpo se tensa ligeramente.

—Snorkel —corrijo—. Hay un arrecife a unos veinte minutos de aquí. Aguas cristalinas, peces de colores, y si tenemos suerte, puede que veamos alguna tortuga marina.

Mía mira hacia el barco y luego hacia mí, mordisqueándose el labio inferior. Es un gesto que he aprendido a reconocer como señal de nerviosismo.

—¿Hay algún problema? —pregunto, estudiando su reacción.

—No exactamente —responde, metiendo las manos en los bolsillos—. Es solo que... no soy una gran buceadora.

La confesión me sorprende. En estas dos semanas, Mía Vargas se ha lanzado sin miedo a cada desafío que he propuesto, desde saltar desde alturas vertiginosas hasta probar el plato más picante de un restaurante tailandés clandestino.

—¿La chef rebelde tiene miedo al fondo marino? —pregunto, pero sin el tono burlón que habría usado hace dos semanas. Ahora hay genuina curiosidad en mi voz.

—No es miedo —aclara rápidamente, enderezando los hombros—. Es más bien... respeto. Casi me pierdo en el fondo cuando tenía ocho años. Desde entonces, el buceo y yo mantenemos una relación de mutua desconfianza.

Algo se contrae en mi pecho ante la imagen de una pequeña Mía luchando por encontrar la salida del agua. Sin pensarlo, tomo su mano.

—Podemos hacer otra cosa —ofrezco, y lo digo en serio—. Hay mil aventuras posibles en Marbella.

Ella mira nuestras manos unidas por un segundo, y siento un cosquilleo donde su piel toca la mía. Luego niega con la cabeza, la determinación reemplazando la duda en sus ojos.

—No —dice firmemente—. Quiero hacerlo. Solo... no te alejes demasiado, ¿vale?

La vulnerabilidad en su petición me golpea con una fuerza inesperada. Mía Vargas, la mujer que no necesita a nadie, pidiéndome que me quede cerca.

—No me separaré de ti ni un metro —prometo, y por alguna razón, las palabras salen con más intensidad de la que pretendía.

Una hora después, estamos en aguas turquesas a varios metros de la costa. El pequeño barco está anclado sobre un arrecife casi escondido, uno de esos secretos locales que no aparecen en las guías turísticas.

Mía está sentada en la borda, ya con el traje de neopreno que le he prestado. Le queda un poco grande, pero de alguna manera eso solo la hace parecer más adorable. Tiene las aletas puestas y juguetea nerviosamente con la máscara de snorkel.

—El truco está en respirar con normalidad —le explico, ajustando mi propio equipo—. La mayoría de la gente se pone nerviosa y empieza a hiperventilar, pero es contraproducente.

—Respirar con normalidad mientras tienes la cabeza bajo el agua —repite ella con escepticismo—. Suena totalmente natural.

—Tan natural como saltar desde un acantilado —respondo con una sonrisa —. Y sobreviviste a eso.

—Apenas —murmura, pero veo cómo cuadra los hombros, preparándose mentalmente.

—Iremos juntos —digo, extendiendo mi mano—. Y si en algún momento quieres parar, simplemente aprieta mi mano dos veces y subiremos. Sin preguntas, sin burlas.

Me mira como si estuviera evaluando la sinceridad de mis palabras. Finalmente, asiente y toma mi mano.

—Si me ahogo, volveré como fantasma para perseguirte eternamente — advierte.

—Tendré un fantasma personal chef. Suena como una mejora en mi vida, la verdad.

Eso le arranca una sonrisa, que era exactamente mi intención.

—Vamos allá —digo, y juntos nos deslizamos en el agua.

El primer minuto es tenso. Puedo sentir la rigidez en la mano de Mía, la forma en que su respiración se vuelve superficial a través del tubo. Mantengo mi agarre firme pero gentil, dándole tiempo para acostumbrarse a la sensación.

Y entonces sucede. El momento mágico que esperaba.

Sus dedos se relajan gradualmente, su respiración se estabiliza, y puedo sentir cómo la tensión abandona su cuerpo. Nos sumergimos juntos, y el mundo submarino se despliega ante nosotros como un universo paralelo.

La luz del sol se filtra a través del agua en rayos danzantes, iluminando bancos de pequeños peces plateados que se mueven como una sola entidad. Corales en tonos imposibles de rosa, púrpura y azul crean un paisaje alienígena. Una estrella de mar naranja reposa sobre la arena blanca como una joya caída del cielo.

Miro a Mía y veo la transformación en sus ojos. El miedo ha sido reemplazado por asombro puro. A través de la máscara, sus pupilas están dilatadas, reflejando el mundo submarino con la maravilla de quien descubre un secreto largamente guardado.

Aprieta mi mano, no dos veces para señalar problemas, sino una vez, como diciendo «¿estás viendo esto?». Respondo con otro apretón: «Lo estoy viendo».

Nos movemos en sincronía sobre el arrecife, señalándonos mutuamente descubrimientos: un pulpo que cambia de color mientras se desliza entre las rocas, un pez payaso asomando tímidamente entre los tentáculos de una anémona, un cangrejo ermitaño arrastrando su casa prestada.

En un momento dado, una tortuga marina aparece majestuosamente, nadando con una gracia que desafía su aparente pesadez. Mía aprieta mi mano con tanta fuerza que casi duele, pero no me importa. La emoción en sus ojos vale cualquier incomodidad.

Seguimos a la tortuga durante varios minutos, manteniendo una distancia respetuosa. Cuando finalmente se aleja hacia las profundidades, Mía me mira y,

aunque no puedo ver su boca por el snorkel, sé que está sonriendo. Lo veo en sus ojos, en la forma en que se arrugan ligeramente en las esquinas.

Emergemos juntos para recuperar el aliento. En cuanto se quita el snorkel, su entusiasmo explota en palabras.

—¡Eso ha sido increíble! ¿Has visto cómo la tortuga parecía estar volando? ¡Y los colores! No recordaba que hubiera tanto color bajo el agua. Es como... como estar en otro planeta.

Su rostro está iluminado por una alegría tan pura que siento un vuelco en el estómago. Gotas de agua resbalan por sus mejillas sonrojadas, y su pelo mojado se pega a su cuello. Está hermosa en su entusiasmo desinhibido, y por un momento me quedo sin palabras, simplemente absorbiendo la imagen.

—¿Qué? —pregunta, notando mi silencio—. ¿Tengo algo en la cara?

—Aparte de una sonrisa que podría iluminar todo Marbella? —respondo, recuperando la compostura—. No, nada.

Rueda los ojos, pero su sonrisa se ensancha.

—Eres un idiota —dice, pero suena casi como un cumplido.

—Un idiota que acaba de mostrarte un mundo nuevo —le recuerdo—. Creo que merezco algo de crédito.

—Vale, vale —concede, levantando las manos en señal de rendición—. Has ganado esta ronda, Montenegro. Esto ha sido... mágico.

La sinceridad en su voz hace que algo se agite en mi pecho. No es la habitual sensación de triunfo que siento cuando impresiono a alguien. Es algo más cálido, más profundo.

—¿Lista para otro round? —pregunto, señalando hacia el agua—. Hay una cueva submarina a unos metros que me han dicho que es espectacular.

Asiente con entusiasmo, y volvemos a sumergirnos. Esta vez, no hay tensión en su mano. Solo confianza.

Nadamos hacia la pequeña cueva, donde la luz crea un espectáculo de reflejos azules sobre las paredes rocosas.

Cuando estamos dentro, le señalo hacia arriba. Hay una pequeña bolsa de aire en la parte superior de la cueva, lo suficientemente grande para que dos personas puedan emerger y hablar.

Subimos juntos, quitándonos las máscaras cuando nuestras cabezas están fuera del agua. El sonido de nuestras respiraciones reverbera suavemente contra las paredes de la cueva.

—Esto es... —comienza ella, mirando a su alrededor con asombro.

—Lo sé —respondo, igualmente cautivado.

Hay algo íntimo en este espacio, en la forma en que la luz azul danza sobre nuestros rostros, en cómo nuestras voces suenan diferentes, más cercanas.

—¿De dónde viene esta pasión por el snorkel? —pregunta, su voz apenas por encima de un susurro, como si temiera romper la magia.

—Mi abuelo me enseñó a practicarlo cuando tenía doce años —respondo, sorprendiéndome a mí mismo por compartir ese recuerdo—. Era un hombre reservado, pero amaba el mar. Decía que bajo el agua todos somos iguales. Solo personas explorando un mundo que no les pertenece.

Mía me mira con una intensidad que me hace sentir expuesto, como si pudiera ver más allá de mis palabras.

—Tu abuelo suena como un hombre increíble —dice finalmente.

—Lo era —asiento—. Fue él quien me enseñó a bucear, a navegar... a ver el mundo más allá del imperio hotelero. Mi padre nunca lo entendió.

—¿Por qué no?

La pregunta es simple, pero la respuesta no lo es. Me encuentro queriendo ser honesto con ella, de una manera que rara vez lo soy con nadie.

—Mi padre ve el mundo en términos de activos y pasivos —explico—. Cosas que pueden aumentar o disminuir el valor de la empresa familiar. Para

él, el mar es simplemente un atractivo que sube el precio de nuestros hoteles costeros. Para mi abuelo, era... libertad.

Hay un momento de silencio, solo interrumpido por el suave chapoteo del agua contra las paredes de la cueva.

—¿Y para ti? —pregunta finalmente—. ¿Qué es el mar para ti?

La pregunta me pilla desprevenido. ¿Qué es el mar para mí? Nunca me lo había planteado así.

—Escape —respondo finalmente—. Un lugar donde las expectativas no pueden seguirme.

Nuestros ojos se encuentran en la penumbra azulada, y hay una comprensión en su mirada que me desarma completamente. Como si hubiera visto a través de todas mis capas de despreocupación y cinismo, hasta el núcleo de quien soy realmente.

El momento se extiende, cargado de algo que no me atrevo a nombrar. Estamos tan cerca que puedo ver las gotas de agua en sus pestañas, contar las pecas que el sol ha dibujado en su nariz. Si me inclinara solo un poco...

El estridente sonido de una canción rompe el hechizo. Parpadeo, confundido, hasta que me doy cuenta de que es su reloj. Alguien le está llamando.

—Deberíamos volver —dice Mía, apartando la mirada—. Podría ser importante.

—Sí —concuerdo, aunque una parte de mí quiere quedarse en esta burbuja azul para siempre.

Volvemos a ponernos las máscaras y nos sumergimos, nadando de regreso al barco. La magia del momento se ha roto, pero hay una nueva camaradería entre nosotros, como si hubiéramos compartido un secreto importante.

Cuando subimos al barco, Mía comprueba su teléfono. Su expresión cambia instantáneamente. Toda la relajación y alegría de hace unos minutos

desaparecen, reemplazadas por una tensión visible.

—Mierda —murmura, pasándose una mano por el pelo mojado—. El proveedor de pescado no va a llegar hoy. Y tengo un evento privado esta noche.

—¿Qué tipo de pescado necesitas? —pregunto, arrancando el motor del barco.

Me mira, sorprendida por la pregunta.

—Lubina, principalmente. Y algo de dorada. ¿Por qué?

Una idea comienza a formarse en mi mente. Una idea que podría impresionarla.

—Conozco a alguien —digo, cambiando el rumbo del barco—. Un pescador local que no trabaja con los canales habituales. Tiene las mejores capturas de la costa.

—¿En serio? —Su escepticismo es evidente—. ¿Y crees que nos venderá su pescado así, sin más?

—Me debe un favor —respondo con una sonrisa enigmática—. Varios, de hecho.

Mía me estudia por un momento, como si estuviera evaluando si puede confiar en mi solución.

—¿Qué clase de favores? —pregunta finalmente.

—Le ayudé con algunos problemas de permisos hace unos días —explico, navegando hacia una pequeña cala que no aparece en las rutas turísticas—. Mi padre quería comprar su barco para asegurarse todas sus capturas. Yo... digamos que me aseguré de que eso no sucediera.

—¿Saboteaste los planes de tu propio padre? —Su sorpresa es palpable.

—No lo llamaría sabotaje —matizo, aunque es exactamente lo que fue—. Simplemente ayudé a Antonio a navegar por el laberinto burocrático para proteger su negocio familiar.

Mía me mira con una expresión nueva, como si estuviera viendo una faceta de mí que no esperaba.

—Eso fue... sorprendentemente decente de tu parte.

Su tono me hace sonreír. «Sorprendentemente», como si la decencia no fuera algo que esperara de un Montenegro.

—No se lo digas a nadie —respondo, guiñándole un ojo—. Tengo una reputación de playboy despreocupado que mantener.

Treinta minutos después, estamos en el pequeño muelle de Antonio. El viejo pescador me recibe con un abrazo afectuoso que desmiente su apariencia ruda. Tiene la piel curtida por décadas bajo el sol mediterráneo y manos callosas que hablan de una vida de trabajo duro.

Le explico rápidamente la situación de Mía, y Antonio la mira con ojo crítico, evaluándola.

—¿Eres buena cocinera? —pregunta directamente, en ese español con acento andaluz cerrado que hace que incluso yo tenga que esforzarme para entenderlo.

—La mejor —respondo antes de que Mía pueda hablar.

Antonio me ignora, manteniendo sus ojos fijos en ella.

—¿Respetas el pescado? —insiste—. ¿O eres de esas que lo ahogan en salsas hasta que no sabe a nada?

Veo cómo Mía se endereza, una chispa de desafío profesional encendiéndose en sus ojos.

—El buen pescado apenas necesita más que aceite de oliva, ajo y perejil —responde con firmeza—. Y el mejor, ni siquiera eso.

Antonio mantiene su expresión seria por un momento, y luego rompe en una sonrisa que transforma su rostro arrugado.

—Ven conmigo —dice, haciendo un gesto para que lo sigamos.

Nos lleva a un pequeño cobertizo donde guarda sus capturas del día en grandes neveras de hielo. Al abrirlas, el olor fresco del mar nos golpea. Dentro, sobre capas de hielo, descansan lubinas y doradas plateadas que parecen haber sido capturadas hace minutos.

—Escoge las que quieras —ofrece a Mía, observando atentamente cómo ella examina el pescado.

La veo tocar, oler, revisar las branquias y los ojos con la precisión de alguien que realmente sabe lo que hace. Antonio asiente con aprobación mientras ella selecciona varios ejemplares.

—Tienes buen ojo —comenta el pescador—. ¿Dónde aprendiste?

—Mi abuelo era pescador en Galicia —responde Mía, y hay un orgullo en su voz que nunca había escuchado antes—. Me enseñó a distinguir un pescado fresco de uno que no lo es antes de que supiera atarme los zapatos.

Antonio sonríe, claramente complacido con la respuesta.

—¿Cuánto te debo? —pregunta Mía, sacando su cartera.

Antonio niega con la cabeza.

—Cualquier amigo de Enzo es mi amigo —dice, y luego añade con una mirada pícara—. Además, quiero una invitación para probar lo que hagas con mi pescado.

—Trato hecho —responde Mía sin dudar—. Ven a Villa Azul. Cuando quieras.

Mientras cargamos el pescado en el barco, noto que Mía me mira de forma diferente. Hay una curiosidad en sus ojos, como si estuviera recalculando algo sobre mí.

—No sabía que tenías este tipo de conexiones —comenta finalmente, cuando estamos de vuelta en el mar.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Vargas —respondo, intentando mantener un tono ligero.

—Claramente —asiente, y hay algo en su voz que me hace querer mostrarle más de esas partes de mí que mantengo ocultas del mundo.

Llegamos al puerto original justo cuando el sol comienza su descenso hacia el horizonte. La luz dorada baña todo en un resplandor cálido que hace que el momento parezca irreal, como una escena de una película.

—Te debo una —dice Mía mientras descargamos el pescado en su coche—. Me has salvado el día.

—Añádelo a la lista —bromeo—. A este paso, vas a tener que nombrar un plato en tu menú en mi honor.

—No tientes tu suerte, Montenegro —responde, pero hay una sonrisa en sus labios que contradice sus palabras.

Hay un momento de silencio mientras terminamos de cargar todo. La luz del atardecer juega en su pelo aún húmedo, creando destellos cobrizos entre los mechones oscuros. Tiene sal seca en las mejillas y parece agotada, pero de alguna manera, nunca la he visto más hermosa.

—Gracias —dice de nuevo, y esta vez hay una sinceridad en su voz que me toma por sorpresa—. No solo por el pescado. Por hoy. Por mostrarme ese mundo bajo el agua. Por... quedarte cerca.

Sus últimas palabras hacen eco de su petición inicial, y algo se contrae en mi pecho al darme cuenta de que he cumplido mi promesa. No solo físicamente, sino de una manera más profunda que ninguno de los dos esperaba.

—Para eso están los cómplices —respondo, y aunque intento mantener el tono ligero, hay una verdad en mis palabras que no puedo ocultar.

Nos miramos por un momento más, y hay tantas cosas no dichas flotando entre nosotros que casi puedo sentir su peso. Finalmente, Mía rompe el contacto visual, mirando hacia el reloj de su muñeca.

—Tengo que irme —dice—. El evento es en tres horas y tengo que prepararlo todo.

—Por supuesto —asiento, dando un paso atrás—. Ve a deslumbrarlos con tu magia culinaria.

Sonríe una última vez, una sonrisa que parece contener algo más que simple gratitud, antes de subir a su coche.

—Nos vemos, Montenegro —dice a través de la ventanilla bajada.

—Nos vemos, Vargas —respondo, levantando una mano en despedida.

Mientras la veo alejarse, me quedo con la extraña sensación de que hoy ha cambiado algo entre nosotros. No puedo definir exactamente qué, pero sé que ya no somos simplemente dos personas que se divierten juntas para escapar del aburrimiento.

Somos algo más. Algo que no tiene nombre todavía, pero que se siente peligrosamente cercano a algo que no puedo permitirme sentir.

No cuando en poco tiempo estaré casado con otra mujer.

CAPÍTULO 9

MÍA

Si hace un mes me hubieran dicho que estaría en la cocina del Marbella Grand Resort, dirigiendo a un equipo de chefs de élite para una gala benéfica con más estrellas que el cielo nocturno, probablemente me habría reído. Si además me hubieran añadido que Enzo Montenegro sería mi ayudante personal, habría asumido que la persona estaba alucinando.

Y sin embargo, aquí estoy. Con el pelo recogido en un moño apretado, mi chaqueta de chef perfectamente abotonada, y una autoridad que ni yo recordaba que poseía.

Al final va a ser una bendición que su chef haya tenido un accidente.

—¡Necesito ese emplatado AHORA, no cuando te jubiles! —ordeno a uno de los cocineros, que se apresura a obedecer.

—Tus deseos son nuestras órdenes, chef —se burla Enzo con una sonrisa que iluminaría toda la costa—. ¿Algo más que pueda hacer por ti? ¿Un masaje de pies? ¿Un sacrificio ritual?

Le lanzo una mirada que intenta ser severa, pero fracasa miserablemente. Es difícil mantener una fachada profesional cuando él está ahí, con las mangas de su camisa de vestir remangadas hasta los codos, mostrando sus antebrazos tatuados, y un delantal que de alguna manera consigue hacer que parezca un modelo en una sesión de fotos de alta cocina en lugar de alguien que lleva dos horas picando verduras.

—Puedes dejar de coquetear y seguir cortando esas hierbas —le digo—. Con precisión milimétrica, no como si estuvieras talando un bosque.

—Me encanta cuando me hablas con ese tono autoritario —responde, pero obedece con sorprendente diligencia.

Su presencia en la cocina fue inesperada. Cuando el chef principal del resort sufrió un accidente esta mañana, yo acepté tomar el control como un favor a Valentina. Lo que no esperaba era que Enzo apareciera veinte minutos después, anunciando que venía a «salvar la situación». Por un momento pensé en echarlo, pero resultó que, a pesar de su evidente falta de experiencia culinaria formal, es sorprendentemente útil. Sigue instrucciones bien, aprende rápido, y mantiene alta la moral del equipo con su humor incesante.

Además, hay algo extrañamente íntimo en cocinar junto a alguien. En la forma en que nuestros cuerpos se mueven en el espacio compartido, anticipando los movimientos del otro, pasándonos utensilios sin necesidad de palabras. Es como una danza que no sabía que conocíamos.

—¿Qué te parece? —pregunta Enzo, mostrándome su plato de muestra.

Lo examino críticamente. La presentación es sorprendentemente elegante para alguien que, según sus propias palabras, considera «cocinar» calentar pizza congelada.

—No está mal —admito, ajustando ligeramente la posición de una hierba —. Para un principiante.

—¿Un principiante? —finge indignación—. He visto tres temporadas completas de MasterChef. Prácticamente soy un profesional.

No puedo evitar reír, y varios de los cocineros nos miran con curiosidad. Deben estar preguntándose qué hace el hermano del director del resort bromeando con la chef de Villa Azul como si fueran viejos amigos. A veces yo también me lo pregunto.

Las últimas semanas con Enzo han sido... inesperadas. Lo que comenzó como una distracción veraniega se ha convertido en algo que espero con ansias cada día. Nuestras «aventuras», como él las llama, se han vuelto el punto brillante de mis semanas. Y lo más extraño es lo fácil que resulta estar con él. Como si nos conociéramos desde siempre.

Es peligroso, lo sé. Especialmente porque cada vez me cuesta más recordar que pronto estará casado con otra mujer. Y que, encima, es el hermano del enemigo.

—¿Dónde estás, Vargas? —La voz de Enzo me devuelve al presente—. Te has quedado mirando ese plato como si contuviera los secretos del universo.

—Solo estaba pensando en algunos ajustes de última hora —miento, volviendo a mi modo profesional—. El primer servicio sale en cinco minutos. ¿Estás listo?

—Nací listo —responde con una confianza que debería ser irritante pero que, de alguna manera, encuentro encantadora.

El resto de la noche transcurre en un borrón de actividad frenética. El primer plato es recibido con entusiasmo, lo que calma mis nervios iniciales. El segundo, una reinterpretación de un plato tradicional andaluz con productos locales, arranca murmullos de aprobación incluso de los comensales más exigentes. Para cuando llegamos al postre, una deconstrucción de tarta de almendras con helado de aceite de oliva, estoy flotando en esa extraña euforia que solo los chefs entienden. Ese momento en que sabes que has creado algo especial, algo que la gente recordará.

Enzo permanece a mi lado durante todo el servicio, anticipando mis necesidades antes incluso de que las exprese. Es como si hubiéramos trabajado juntos durante años en lugar de horas. Cuando el último plato sale de la cocina, intercambiamos una mirada de complicidad que dice más que cualquier palabra.

—Lo conseguimos —digo, permitiéndome finalmente relajarme.

—Tú lo conseguiste —corrige, con una sinceridad que me toma por sorpresa—. Yo solo estaba aquí para admirar el espectáculo.

Hay algo en su mirada, una intensidad que hace que mi corazón se acelere de una manera que no tiene nada que ver con el estrés de la cocina.

El momento se rompe cuando el resto del equipo estalla en aplausos. El servicio ha terminado oficialmente, y ha sido un éxito rotundo. Acepto sus felicitaciones con una mezcla de orgullo y humildad, consciente de que sin ellos nada de esto habría sido posible.

Mientras la cocina comienza a limpiarse, me quito el gorro de chef y suelto mi pelo, sintiendo el alivio inmediato en mi cuero cabelludo. Estoy agotada pero exultante, con esa mezcla particular de cansancio y satisfacción que solo viene después de un servicio perfecto.

—Deberías ir a recibir tus aplausos —sugiere Enzo, quitándose el delantal —. Estoy seguro de que los invitados querrán conocer a la mente maestra detrás de la cena.

—No es mi estilo —respondo, comenzando a desabotonar mi chaqueta de chef—. Prefiero dejar que la comida hable por sí misma.

—Una artista humilde —dice, con una sonrisa que hace que algo se agite en mi estómago—. Rara especie.

Hay un momento de silencio entre nosotros, cargado de algo que no me atrevo a nombrar. Finalmente, Enzo habla de nuevo, su tono sorprendentemente serio.

—¿Sabes lo que necesitamos ahora?

—¿Dormir durante tres días seguidos? —sugiero, medio en broma.

—Aire fresco —responde—. Y conozco el lugar perfecto.

Debería decir que no. Debería irme a casa, darme una ducha y caer rendida en mi cama. Pero hay algo en su expresión, una mezcla de entusiasmo y vulnerabilidad, que me hace imposible rechazarlo.

—¿Este lugar perfecto implica escalar, saltar o alguna otra actividad que pueda matarme cuando estoy demasiado cansada para coordinar mis extremidades? —pregunto con escepticismo.

—Nada de eso —promete, levantando una mano como si hiciera un juramento—. Solo la mejor vista de Marbella y aire que no huele a reducción de pescado.

—Cuando lo pones así... —sonrío, rendida—. Dame diez minutos para cambiarme.

Quince minutos después, con ropa fresca y el pelo suelto, sigo a Enzo por un pasillo de servicio que lleva a una escalera metálica. Subimos varios tramos hasta llegar a una puerta que parece dar a la azotea del resort.

—¿Está permitido subir aquí? —pregunto, mientras él saca una llave de su bolsillo.

—Ventajas de ser un Montenegro —responde con un guiño—. Técnicamente, soy dueño parcial de este techo.

La puerta se abre y salimos a la azotea. Mi respiración se corta por un momento ante la vista. Toda Marbella se extiende ante nosotros, un tapiz de luces que se funden con las estrellas en el horizonte. El mar Mediterráneo brilla bajo la luna llena, creando un camino plateado sobre el agua. Es, simplemente, espectacular.

—Vaya —murmuro, acercándome al borde para absorber mejor la vista—. Tenías razón. Esto es perfecto.

—Vengo aquí cuando necesito pensar —dice Enzo, uniéndose a mí en la barandilla—. O cuando necesito escapar de las reuniones de presupuesto de Javier.

Me río, imaginándolo escabulléndose a este santuario mientras su hermano lo busca frenéticamente.

—¿Has descubierto este lugar este verano? —pregunto.

—Lo descubrí hace unos años durante mi fase rebelde adolescente, cuando buscaba lugares para fumar a escondidas—responde, apoyándose en la barandilla.

—¿Fase rebelde adolescente? —repito con diversión—. ¿Implica eso que ahora estás en tu fase responsable adulta?

—Dios, no —se estremece teatralmente—. Digamos que ahora estoy en mi fase de «rebeldía selectiva». Solo me rebelo contra las cosas que realmente importan.

Hay algo en su tono, una mezcla de humor y amargura, que me hace mirarlo más atentamente. A la luz de la luna, sus rasgos parecen más definidos, casi esculpidos. Pero también hay una vulnerabilidad en sus ojos que rara vez permite que otros vean.

—¿Como qué? —pregunto suavemente—. ¿Contra qué te rebelas ahora?

Parece considerar mi pregunta seriamente, mirando hacia el horizonte.

—Contra las expectativas —responde finalmente—. Contra la idea de que mi vida debe seguir un guion escrito por alguien más.

Su respuesta resuena en mí más de lo que me gustaría admitir. ¿No es eso contra lo que yo también me he estado rebelando toda mi vida? Las expectativas de mi familia de que siguiera un camino «respetable», que me estableciera en Madrid, que priorizara el prestigio sobre la pasión.

—Te entiendo —digo, y lo digo en serio—. A veces parece que todos tienen una idea muy clara de cómo deberíamos vivir nuestras vidas, excepto nosotros mismos.

Enzo me mira con sorpresa, como si no esperara que yo comprendiera.

—Exactamente —asiente—. Es como si hubiera un manual que todos recibieron menos yo. «Cómo ser un Montenegro en diez sencillos pasos».

—Oh, los Vargas también tienen uno —bromeo—. Paso uno: consigue un trabajo estable y respetable. Paso dos: cásate con alguien igualmente respetable. Paso tres: nunca, bajo ninguna circunstancia, sigas tus sueños si no encajan con los pasos uno y dos.

Se ríe, pero es una risa que reconoce la verdad en mis palabras.

—¿Es por eso que dejaste Madrid? —pregunta—. ¿Para romper el manual?

La pregunta me toma por sorpresa. No es que sea particularmente personal, pero hay algo en la forma en que la hace, con genuino interés, que me hace querer responder honestamente.

—En parte —admito—. Aunque principalmente fue por Valentina. Necesitaba ayuda, y yo necesitaba un cambio. Pero sí, supongo que también era una forma de decir «esto es lo que yo elijo» por primera vez en mi vida.

—¿Y no te arrepientes? —Su voz es suave, casi vulnerable—. ¿Nunca te preguntas cómo habría sido tu vida si hubieras seguido el camino esperado?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Me arrepiento? Ha habido momentos, especialmente cuando mi madre llama para contarme sobre los éxitos de mis primos, en que me he preguntado si cometí un error. Si renuncié a demasiado.

—A veces me lo pregunto —respondo honestamente—. Pero no, no me arrepiento. Aquí soy... yo. La versión de mí que quiero ser, no la que alguien más diseñó.

Enzo asiente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Eso es lo que admiro de ti, Vargas —dice, y hay una sinceridad en su voz que me desarma—. Tuviste el valor de elegir tu propio camino.

Hay algo en la forma en que lo dice, un anhelo apenas disimulado, que me hace preguntarme si está pensando en su propia vida.

—Nunca es tarde para elegir, Montenegro —digo suavemente.

Me mira, y por un momento veo una vulnerabilidad tan cruda en sus ojos que casi duele. Luego, como si se diera cuenta de que ha revelado demasiado, su expresión cambia, volviendo a su habitual sonrisa despreocupada.

—Hablando de elecciones —dice, cambiando visiblemente de tema—. Hay algo que quiero mostrarte.

Se aleja de la barandilla y se dirige hacia una pequeña estructura en el centro de la azotea que no había notado antes. Parece una especie de cobertizo de

mantenimiento. Saca una llave diferente y abre la puerta, desapareciendo en el interior por un momento. Cuando regresa, lleva una bolsa de cuero que maneja con sorprendente delicadeza.

—¿Qué es eso? —pregunto, intrigada por su repentino aire de seriedad.

—Esto, Vargas —responde, abriendo cuidadosamente la bolsa—, es mi secreto mejor guardado.

De la bolsa saca lo que reconozco como una cámara analógica vintage. No soy experta en fotografía, pero incluso yo puedo ver que es una pieza hermosa y probablemente muy valiosa.

—¿Eres fotógrafo? —pregunto, genuinamente sorprendida.

—Aficionado —corrige, manejando la cámara con una familiaridad que sugiere que es más que un simple hobby—. Es algo que hago para mí mismo. Nadie en mi familia lo sabe, excepto tal vez Javier, y él finge que no lo sabe para no tener que mentirle a nuestro padre.

—¿Por qué sería un problema? —pregunto, confundida.

Enzo suelta una risa sin humor mientras ajusta algo en la cámara.

—Porque no es una «actividad Montenegro apropiada» —responde, imitando lo que supongo es la voz de su padre—. Los Montenegro dirigen empresas, hacen inversiones, construyen imperios. No pierden el tiempo con «pasatiempos artísticos».

Hay una amargura en su voz que nunca había escuchado antes. Una herida antigua que claramente sigue abierta.

—Eso es ridículo —digo, sin poder contenerme—. La fotografía es un arte. Requiere visión, técnica, sensibilidad.

—Intenta explicárselo a Alejandro Montenegro —responde, pero hay una pequeña sonrisa en sus labios, como si mi indignación le resultara reconfortante—. De todos modos, no es algo que haga para impresionar a nadie. Es... para mí. Una forma de ver el mundo a mi manera.

Hay algo tan íntimo en esta confesión que me deja momentáneamente sin palabras. Enzo Montenegro, el playboy despreocupado, el rebelde sin causa, tiene una pasión secreta que guarda celosamente del mundo. Y me la está mostrando a mí.

—¿Puedo ver algunas de tus fotos? —pregunto suavemente.

Parece sorprendido por la petición, como si no esperara interés genuino.

—No llevo ninguna encima —responde, ligeramente a la defensiva—. Y la mayoría están en mi cuarto oscuro en Madrid.

—¿Tienes un cuarto oscuro? —pregunto, cada vez más impresionada.

—En mi apartamento —asiente—. Es pequeño, pero funcional. Me gusta el proceso completo, ¿sabes? No solo tomar la foto, sino revelarla, ver cómo cobra vida en el papel.

Hay una pasión en su voz que transforma completamente su rostro. Sus ojos brillan, sus gestos se vuelven más animados. Es como si estuviera viendo al verdadero Enzo por primera vez.

—¿Qué tipo de fotos tomas? —pregunto, genuinamente interesada.

—De todo —responde, relajándose visiblemente ante mi interés—. Paisajes, arquitectura, momentos cotidianos que la mayoría de la gente no nota. Pero sobre todo... personas. Me fascinan las personas cuando no saben que las están observando. Cuando son auténticas.

—¿Como un voyeur artístico? —bromeo, intentando aligerar el momento que se ha vuelto sorprendentemente intenso.

Ríe, y el sonido es cálido y genuino.

—Supongo que sí —admite—. Aunque suena bastante siniestro cuando lo pones así.

—Solo un poco —sonrío—. Pero entiendo lo que quieres decir. Capturar la autenticidad. Es como lo que intento hacer con mi cocina. Mostrar la esencia real de los ingredientes, no solo lo que la gente espera ver.

Me mira con una expresión que no puedo descifrar, como si acabara de decir algo profundamente significativo.

—Exactamente —dice finalmente, con una intensidad que me desconcierta —. Es exactamente eso.

Hay un momento de silencio entre nosotros, pero no es incómodo. Es el tipo de silencio que existe entre personas que no necesitan llenar cada espacio con palabras.

—¿Te importa si...? —levanta ligeramente la cámara, dejando la pregunta en el aire.

Me toma un segundo entender que está pidiendo permiso para fotografiarme. La idea me pone inexplicablemente nerviosa.

—Oh, no creo que sea una buena idea —respondo, pasándome una mano por el pelo—. Estoy hecha un desastre después de horas en la cocina.

—Estás perfecta —dice, con una sinceridad que hace que mis mejillas se calienten—. Es exactamente el tipo de autenticidad de la que hablaba. Tú, después de una batalla ganada en la cocina. Real. Sin poses.

Hay algo en la forma en que lo dice que desarma mis objeciones. No es el cumplido en sí, sino la honestidad detrás de él. Como si realmente viera algo en mí que vale la pena capturar.

—Está bien —accedo finalmente—. Pero no prometo ser una buena modelo.

—No quiero que seas una modelo —responde, levantando la cámara—. Solo quiero que seas tú.

Lo que sigue es una experiencia sorprendentemente íntima. Enzo se mueve a mi alrededor, capturando ángulos y momentos con una concentración que nunca le había visto. No me pide que pose o sonría. Simplemente me pide que mire hacia el horizonte, que piense en la cena que acabamos de crear, que sea yo misma.

Y lo más extraño es que, bajo su mirada, me siento completamente cómoda. Como si fuera lo más natural del mundo estar aquí, en esta azotea, siendo fotografiada por Enzo Montenegro a la luz de la luna.

—Creo que tengo lo que buscaba —dice finalmente, bajando la cámara.

—¿Y qué era exactamente? —pregunto, curiosa por saber qué vio a través de su lente.

Me mira por un largo momento, como si estuviera considerando su respuesta cuidadosamente.

—Autenticidad —responde finalmente—. Fuerza. Belleza sin artificio.

Sus palabras me dejan sin aliento. No es solo lo que dice, sino cómo lo dice. Sin el coqueteo habitual, sin la fachada de playboy despreocupado. Solo honestidad cruda.

—Me gustaría verlas algún día —digo, cuando finalmente recupero la voz —. Tus fotos. Todas ellas, no solo las mías.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro, transformándolo completamente.

—Me encantaría mostrártelas —responde, y hay una promesa en su voz que hace que mi corazón se acelere.

Nos quedamos en silencio por un momento, la atmósfera entre nosotros cargada de algo que no me atrevo a nombrar.

Y me pongo tan nerviosa que me estrujo el cerebro por encontrar algo que rompa esta tensión.

Finalmente, miro mi reloj y finjo sorprenderme al ver la hora.

—Es tardísimo —digo, rompiendo el hechizo—. Debería irme.

—Te llevaré a casa —ofrece inmediatamente.

—No es necesario —respondo—. Puedo tomar un taxi.

—¿A las dos de la mañana? Ni hablar —insiste, guardando cuidadosamente su cámara en la bolsa—. Además, es lo mínimo que puedo hacer después de

que salvaras la gala con tu genialidad culinaria.

Quiero protestar, pero estoy demasiado cansada para discutir. Y, siendo completamente honesta conmigo misma, no quiero que la noche termine todavía.

—Está bien —cedo—. Pero sin detenciones para más aventuras. Estoy agotada.

—Palabra de scout —promete, levantando tres dedos en un saludo que dudo que haya aprendido en los boy scouts.

Mientras bajamos de la azotea, siento una extraña mezcla de emociones. Satisfacción por la cena exitosa, ciertamente. Cansancio por las horas de trabajo intenso. Pero también algo más, algo que tiene que ver con el hombre que camina a mi lado, que acaba de compartir conmigo una parte de sí mismo que mantiene oculta del resto del mundo.

Y mientras subimos a su coche, no puedo evitar preguntarme si estoy cometiendo un error. Si estoy permitiendo que esta amistad, esta conexión, crezca demasiado. Porque cada día que pasa, cada momento compartido, me hace más difícil recordar que Enzo Montenegro no es mío para quedármelo.

Que en unas semanas estará casado con otra mujer.

Y que yo, sin importar cuántas fotos tome de mí, cuántas aventuras compartamos, o cuántas cocinas conquistemos juntos, solo seré un recuerdo de su último verano de libertad.

CAPÍTULO 10

ENZO

Marbella no deja de sorprenderme al amanecer. La forma en que la luz dorada se derrama sobre el mar, convirtiendo cada ola en una joya líquida. La calma antes de que los turistas invadan las playas. El aire, todavía fresco, cargado de promesas.

Es el momento perfecto para fotografiar.

Ajusto el diafragma de mi Leica M6, una reliquia que mi abuelo me regaló. Es uno de mis tesoros más preciados, no solo por su valor monetario, sino por lo que representa. Libertad. Autenticidad. La posibilidad de capturar momentos que nadie más ve.

—¿De verdad era necesario madrugar tanto? —La voz de Mía rompe el silencio, una mezcla perfecta de irritación y curiosidad.

Me giro para encontrarla caminando hacia mí por la playa desierta, con el pelo recogido en una coleta descuidada y una taza de café humeante en cada mano. Lleva unos jeans desgastados y una camiseta simple, y aun así, hay algo en ella que hace que mi pulso se acelere.

—La luz, Vargas —respondo, aceptando agradecido el café que me ofrece —. La luz del amanecer es irrepetible. No hay filtro digital que pueda igualarla.

Ella mira hacia el horizonte, entornando los ojos como evaluando mi afirmación.

—Vale, lo admito —concede finalmente—. Es bastante espectacular. Pero sigo pensando que las seis de la mañana es una hora indecente para cualquier actividad que no implique dormir.

Sonrío, tomando un sorbo de café. Es fuerte y perfectamente amargo, exactamente como me gusta.

—¿Cómo sabías cómo tomo el café? —pregunto, genuinamente sorprendido.

—Soy chef —responde con una sonrisa enigmática—. Observar preferencias es parte de mi trabajo.

Hay algo en la forma en que lo dice, en la idea de que me ha estado observando lo suficiente para notar algo tan trivial como cómo tomo el café, que provoca una sensación cálida en mi pecho.

—Bueno, observadora chef —digo, levantando la cámara—, hoy vas a ver el mundo a través de mis ojos. ¿Lista?

—Tan lista como puedo estar a esta hora indecente —responde, pero hay entusiasmo bajo su fingida irritación.

Las siguientes horas son pura magia. Recorremos la costa, alejándonos de las zonas turísticas hacia rincones que pocos visitantes descubren. Me muestro calas escondidas, formaciones rocosas esculpidas por siglos de viento y mar, pueblos pesqueros donde el tiempo parece haberse detenido.

Y fotografío. Fotografío todo. El amanecer reflejado en charcos de marea. Barcas de pescadores balanceándose suavemente en el puerto. Un gato callejero estirándose perezosamente bajo los primeros rayos de sol.

Pero sobre todo, fotografío a Mía.

Mía mirando el horizonte, con el viento jugando con mechones rebeldes de su pelo. Mía agachada, examinando con curiosidad profesional las hierbas silvestres que crecen entre las rocas. Mía riendo a carcajadas cuando una ola traicionera la sorprende, empapando sus jeans hasta las rodillas.

Hay algo en ella que la convierte en el sujeto perfecto. Una autenticidad cruda, una falta total de pretensión. No posa, no intenta parecer algo que no es. Simplemente existe, intensamente presente en cada momento.

—¿Sueles llevar esa cámara contigo? —pregunta mientras descansamos en una pequeña cafetería de un pueblo costero, devorando churros recién hechos.

—Siempre que puedo —respondo, limpiándome azúcar de los dedos—. En Madrid es más complicado. Demasiados ojos, demasiadas expectativas.

—¿Por qué te importa tanto lo que piensen los demás? —pregunta, y hay una genuina curiosidad en su voz, sin juicio—. ¿Qué tiene de malo que el gran Enzo Montenegro tenga una pasión artística?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba. ¿Por qué me importa? ¿Por qué he mantenido esta parte de mí oculta durante tanto tiempo?

—Mi padre... —comienzo, buscando las palabras adecuadas—. Mi padre tiene ideas muy claras sobre lo que significa ser un Montenegro. Y la fotografía no está en esa lista. Es demasiado... improductivo. Demasiado sentimental.

—Eso es una estupidez —responde con una franqueza que me arranca una sonrisa—. Eres increíblemente talentoso. Lo que he visto hoy... la forma en que capturas la luz, los momentos... es un don, Enzo.

Su uso de mi nombre, no «Montenegro», me toma por sorpresa. Es tan raro que lo haga que siempre me produce un extraño calor en el pecho.

—Gracias —respondo, y me sorprende la sinceridad en mi voz—. Significa mucho viniendo de otra artista.

—Deberías compartirlo con el mundo —dice, tomando un sorbo de su café —. Crear una cuenta en Instagram o algo así. Mostrar tu trabajo.

La idea me provoca una risa nerviosa.

—¿Puedes imaginar los titulares? «El heredero Montenegro abandona las finanzas por la fotografía artística». Mi padre tendría un infarto.

—¿Y? —desafía, inclinándose hacia adelante—. ¿Cuánto tiempo más vas a vivir la vida que otros han planeado para ti?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Hay una verdad en ellas que no puedo negar, por mucho que quiera.

—Es complicado —respondo finalmente, desviando la mirada hacia la ventana—. Hay... expectativas. Responsabilidades.

—La boda —dice, y no es una pregunta.

—Entre otras cosas —asiento, sintiendo un nudo en la garganta—. No es solo mi futuro el que está en juego.

Hay un momento de silencio entre nosotros, cargado de cosas no dichas. Finalmente, Mía habla de nuevo, su voz más suave.

—Al menos podrías compartir tu trabajo bajo un seudónimo. Nadie tiene por qué saber que eres tú.

La idea me intriga. Nunca había considerado esa posibilidad.

—Podría funcionar —admito, sintiendo una chispa de esperanza—. Tendría que pensarlo.

—Piénsalo —insiste, con una intensidad que me sorprende—. Lo que haces es demasiado hermoso para mantenerse oculto.

No estoy seguro si se refiere a mis fotografías o a algo más, pero sus palabras despiertan algo dentro de mí. Un anhelo que llevo años reprimiendo.

Después del desayuno, continuamos nuestro recorrido. Le muestro un viejo faro abandonado, una iglesia con vidrieras que transforman la luz en un caleidoscopio de colores, un mercado local donde los pescadores venden la captura del día.

Para el mediodía, tengo varios rollos de película expuestos y una impaciencia creciente por revelarlos.

—¿Quieres ver la magia real? —pregunto mientras regresamos hacia el resort.

—¿Hay más magia que esto? —responde, haciendo un gesto hacia el paisaje que nos rodea.

—Oh, Vargas —sonrío—. Esto es solo el principio. La verdadera magia ocurre en la oscuridad.

Sus ojos se abren ligeramente ante mi elección de palabras, y por un segundo me pregunto si he cruzado alguna línea invisible. Pero entonces

sonríe, una sonrisa lenta y curiosa que hace que mi corazón se salte un latido.

—Muéstramelo —dice simplemente.

Media hora después, estamos en el sótano del resort, frente a una puerta marcada como «Almacén 3». Saco una llave de mi bolsillo y la abro con una floritura teatral.

—Bienvenida a mi guarida secreta —anuncio, encendiendo una luz roja que baña el espacio en un resplandor carmesí.

La habitación es pequeña pero perfectamente equipada. Una ampliadora en una mesa, bandejas con químicos cuidadosamente etiquetados, cuerdas para colgar las fotografías mientras se secan. He estado preparando este espacio durante semanas, desde que descubrí que el almacén estaba en desuso.

Mía entra lentamente, observando todo con una curiosidad casi reverente.

—¿Has montado un cuarto oscuro en el sótano del resort? —pregunta, claramente impresionada—. ¿Sin que tu hermano se entere?

—Javier está demasiado ocupado con la gala benéfica y... otros asuntos —respondo, cerrando la puerta tras nosotros—. Además, técnicamente soy copropietario. Puedo usar un almacén olvidado si quiero.

El espacio es reducido, lo que nos obliga a estar cerca el uno del otro. Puedo oler su perfume mezclado con el aroma salado del mar que aún permanece en su piel. Me pone extremadamente nervioso.

No sé qué me está pasando con Mía.

—¿Y ahora qué? —pregunta, su voz ligeramente más baja en la intimidad de la habitación roja.

—Ahora —respondo, sacando los rollos de película de mi bolsa—, te enseño cómo los recuerdos cobran vida.

MÍA

Hay algo hipnótico en observar a Enzo trabajar. La concentración en su rostro mientras manipula la película en total oscuridad, confiando únicamente en el tacto. La precisión de sus movimientos cuando mide los químicos. La pasión con la que me explica cada paso del proceso, como si estuviera compartiendo un secreto valioso.

Y supongo que lo es. Un secreto que ha guardado del mundo, y que ahora está compartiendo conmigo.

El cuarto oscuro es pequeño, apenas tiene el tamaño de un armario grande. El aire está cargado con el olor de los químicos y algo más, algo que es únicamente Enzo: una mezcla de su colonia cítrica, el café que bebimos antes, y ese aroma indefinible que es solo suyo.

La luz roja baña todo en un resplandor sobrenatural, transformando sus rasgos, acentuando los ángulos de su mandíbula, la intensidad de su mirada. Parece otra persona aquí. No el playboy despreocupado, no el rebelde sin causa, sino un artista completamente absorto en su elemento.

No puedo dejar de mirarlo.

—Este es el momento mágico —susurra, inclinándose sobre una bandeja donde un papel blanco flota en un líquido transparente—. Mira.

Me acerco, nuestros hombros tocándose en el espacio reducido. Lentamente, como un fantasma materializándose, una imagen comienza a aparecer en el papel. Es el amanecer sobre el mar, pero capturado de una manera que nunca había visto. No es solo un paisaje; hay una emoción palpable en la forma en que la luz se quiebra sobre el agua, en cómo las sombras se extienden por la arena.

—Es precioso —murmuro, genuinamente impresionada.

—Espera a ver las demás —responde, y hay un entusiasmo casi infantil en su voz que me resulta irresistiblemente encantador.

Una tras otra, las fotografías cobran vida ante mis ojos. Paisajes que recorrimos esta mañana, pero vistos a través de su mirada única. Detalles que ni siquiera noté: la textura de una roca erosionada por el mar, la geometría perfecta de una telaraña cubierta de rocío, la expresión serena de un anciano pescador remendando redes.

Y luego están las fotos en las que aparezco yo.

Es extraño verse a través de los ojos de otra persona. Inquietante y fascinante a la vez. En estas imágenes, apenas me reconozco. No porque no se parezcan a mí físicamente, sino porque capturan una versión de mí misma que rara vez veo.

Hay una en particular que me deja sin aliento. Estoy de perfil, mirando hacia el horizonte, con el viento agitando mi pelo. La luz del amanecer crea un halo dorado a mi alrededor, y hay algo en mi expresión... una mezcla de fuerza y vulnerabilidad, de determinación y anhelo.

—Esta... —comienzo, pero las palabras se me atoran en la garganta.

—Es mi favorita —dice Enzo suavemente, tan cerca de mí que puedo sentir su aliento en mi mejilla—. Captura perfectamente quién eres.

—¿Y quién soy, según tú? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Se toma un momento antes de responder, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Alguien que no tiene miedo de mirar al horizonte —dice finalmente—. Que ve posibilidades donde otros ven límites. Que es más fuerte de lo que cree, pero también más vulnerable de lo que admite.

Sus palabras me desarman completamente. ¿Cómo es posible que este hombre, que apenas me conoce desde hace unas semanas, pueda ver tan profundamente dentro de mí? ¿Cómo es posible que me haga sentir de esta manera?

—No sabía que también eras poeta —respondo, intentando aligerar el momento con humor, porque la alternativa es enfrentar la intimidad abrumadora que se ha creado entre nosotros.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Vargas —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Pero estoy trabajando en ello.

Continuamos revelando fotografías, y con cada imagen que emerge del líquido, siento que estoy viendo fragmentos del alma de Enzo. Su forma de ver el mundo es única: encuentra belleza en lo imperfecto, dignidad en lo ordinario, magia en lo cotidiano.

—Ya te lo he dicho antes, pero insisto, deberías compartir esto —digo, sosteniendo una fotografía particularmente impresionante de una barca solitaria en el mar—. Es demasiado hermoso para mantenerlo oculto.

—¿Y arriesgarme a que mi padre descubra que su hijo tiene sensibilidad artística? —responde con una risa que no contiene humor real—. El escándalo sería tremendo.

—Nadie tiene por qué saber que eres tú.

Me mira con una expresión que no puedo descifrar completamente. Hay sorpresa, curiosidad, y algo más... algo que hace que mi corazón se acelere.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunta suavemente.

La pregunta me toma desprevenida. ¿Por qué me importa? ¿Por qué me preocupa que este hombre, que pronto estará casado con otra, comparta su talento con el mundo?

—Porque es un desperdicio —respondo finalmente—. Tienes un don, Enzo. Y los dones no son para esconderlos.

Algo cambia en su expresión, una vulnerabilidad que rara vez permite que otros vean.

—Nadie me había dicho eso antes —confiesa, su voz apenas audible.

—Entonces estás rodeado de idiotas —respondo con más vehemencia de la que pretendía.

Se ríe, una risa genuina esta vez, y el sonido hace que algo se agite dentro de mí. Es peligroso, este sentimiento. Esta calidez que se expande en mi pecho cada vez que lo veo reír, cada vez que comparte algo auténtico conmigo.

—Quizás tengas razón —dice, volviendo su atención a la ampliadora—. Quizás es hora de dejar de esconderme.

Hay una nueva fotografía emergiendo en la bandeja. Me inclino para verla mejor, y Enzo hace lo mismo. Estamos tan cerca que nuestros brazos se tocan, nuestras cabezas casi juntas sobre el líquido revelador.

La imagen aparece lentamente: soy yo, pero no mirando a la cámara. Estoy observando algo fuera de cuadro con una expresión que me sorprende. Hay una suavidad en mis ojos, una vulnerabilidad que normalmente mantengo oculta bajo capas de sarcasmo y actitud desafiante.

—¿Cuándo tomaste esta? —pregunto, mi voz extrañamente temblorosa.

—Cuando estabas mirando a ese perro callejero en el mercado —responde —. Le diste parte de tu bocadillo cuando creías que nadie te estaba mirando.

El hecho de que capturara ese momento, un acto tan pequeño e insignificante, me deja sin palabras. ¿Qué más ha visto que yo no sé que estoy mostrando?

—Tienes una bondad instintiva que intentas ocultar —continúa, su voz baja y cercana—. Como si tuvieras miedo de que alguien la use en tu contra.

Su observación es tan precisa que casi duele. Nadie me ha visto así antes. Nadie ha mirado más allá de mi fachada de dureza para encontrar la vulnerabilidad que hay debajo.

—No sé de qué estás hablando —respondo automáticamente, pero sin convicción.

—Sí lo sabes —dice, y de repente está aún más cerca, su rostro a centímetros del mío—. Eres como yo. Escondes las partes de ti que crees que te hacen débil. Pero son exactamente esas partes las que te hacen extraordinaria.

El aire entre nosotros parece cargado de electricidad. En la luz roja del cuarto oscuro, sus ojos parecen más intensos, más profundos. Puedo contar cada una de sus pestañas, ver la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, notar cómo su mirada baja brevemente a mis labios.

El tiempo se ralentiza. Sé lo que va a pasar. Sé que debería detenerlo. Pero no puedo moverme, no puedo respirar, no puedo pensar en nada excepto en lo mucho que quiero que me bese.

Se inclina ligeramente, cerrando la distancia entre nosotros milímetro a milímetro. Puedo sentir su aliento mezclándose con el mío, el calor de su cuerpo tan cerca del mío en el espacio reducido.

Y entonces, como un relámpago atravesando mi mente, lo recuerdo.

En unas pocas semanas, este hombre estará casado con otra mujer.

La boda del año, como la llaman las revistas. La fusión de dos imperios hoteleros. Una boda entre dos personas perfectas.

La realidad me golpea como un balde de agua fría. ¿Qué estoy haciendo? ¿En qué me estoy convirtiendo? ¿En la otra mujer? ¿En un último capricho antes del matrimonio?

Me aparto bruscamente, casi derribando una bandeja de químicos en el proceso.

—No puedo hacer esto —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Esto es... no está bien.

La confusión cruza su rostro, seguida rápidamente por comprensión y luego por algo que se parece mucho a la vergüenza.

—Mía, yo... —comienza, pero lo interrumpo.

—Está bien —digo rápidamente—. No ha pasado nada. Solo... creo que debería irme. Es tarde y tengo que preparar el servicio de cena.

Es una excusa débil y ambos lo sabemos. Pero necesito salir de aquí, necesito espacio para respirar, para pensar claramente sin el hechizo de su presencia.

—Por supuesto —responde, dando un paso atrás para darme espacio—. Yo... terminaré aquí.

Hay una formalidad repentina en su tono que me duele más de lo que debería.

—Gracias por mostrarme esto —digo, intentando suavizar el momento incómodo—. Tu trabajo es realmente extraordinario.

Una sonrisa triste cruza su rostro.

—Gracias por verlo —responde simplemente.

Salgo del cuarto oscuro sintiéndome desorientada por el cambio brusco de iluminación. Pero más que eso, me siento desorientada por lo que acaba de pasar. O más bien, por lo que casi pasó.

Mientras camino rápidamente por los pasillos del resort, intento convencerme de que hice lo correcto. Que evité una complicación innecesaria. Que me salvé de un corazón roto inevitable.

Pero con cada paso que me aleja de él, siento que dejo atrás algo importante. Algo que, tal vez, no volveré a encontrar.

Y lo peor es que no puedo evitar preguntarme: si no hubiera recordado la boda, ¿habría dejado que me besara?

La respuesta, que no me atrevo a admitir ni a mí misma, me aterra más que cualquier salto desde un acantilado.

CAPÍTULO 11

MÍA

Sábado, 16 de agosto de 2025

Llevo una semana evitándolo. Siete días exactos ignorando sus mensajes, esquivando los lugares que frecuentamos juntos, y fingiendo estar ocupadísima cada vez que coincidimos en algún lugar. Y lo peor es que sé perfectamente que él ha estado haciendo lo mismo.

Después de aquel día en el cuarto oscuro, cuando casi nos besamos, algo cambió entre nosotros. Como si ambos hubiéramos reconocido simultáneamente que esto—sea lo que sea «esto»—es demasiado peligroso para jugar con ello.

El recuerdo de su rostro a centímetros del mío bajo la luz roja, sus ojos verdes mirándome con una intensidad que me robó el aliento... No. No puedo permitirme pensar en eso. No cuando él está prometido con otra mujer. No cuando yo ya he sido «la otra» antes y juré que nunca volvería a serlo.

Suspiro mientras reviso la masa de pan que estoy preparando. Es casi medianoche y la cocina de Villa Azul está en silencio, justo como me gusta. Después de un día frenético con el hotel lleno, necesito este momento de paz, donde solo estamos la masa, mis manos y yo.

El amasado tiene algo terapéutico. La repetición del movimiento, la transformación de ingredientes simples en algo complejo y vivo, la paciencia que requiere... Es lo único que consigue calmar mi mente cuando está demasiado agitada. Y últimamente, mi mente es un caos constante.

Un caos con nombre y apellido: Enzo Montenegro.

El sonido de la puerta abriéndose me sobresalta. A esta hora, no debería haber nadie más aquí.

—Sabía que te encontraría despierta.

Su voz hace que mi estómago dé un vuelco violento. Me giro lentamente, intentando mantener la compostura.

Enzo está en la puerta, con el pelo ligeramente despeinado y una expresión que me atraviesa como un rayo. Lleva una camisa azul oscuro con las mangas remangadas, mostrando sus antebrazos tatuados, y unos pantalones que abrazan sus muslos de una forma que debería ser ilegal a estas horas de la noche.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, más brusca de lo que pretendía.

—Paseaba por la playa —responde, entrando a la cocina como si tuviera todo el derecho del mundo—. Vi la luz encendida y no pude resistirme a la posibilidad de que me ofrecieras alguna de tus delicias culinarias.

Su sonrisa torcida envía un escalofrío por mi columna que nada tiene que ver con el frío.

No sé qué está haciendo aquí. No sé por qué ha decidido romper la distancia que habíamos interpuesto entre nosotros.

Y me aterra.

—¿Paseando a medianoche? —pregunto, arqueando una ceja.

—El insomnio es mi fiel compañero —dice con ligereza, pero hay algo en sus ojos que contradice su tono casual—. Y por lo que veo, el tuyo también.

Me encojo de hombros, volviendo a mi masa con fingida indiferencia.

—Me gusta trabajar cuando la cocina está tranquila.

Se acerca lentamente, como un depredador acechando a su presa. Sus pasos son deliberados, calculados, y cada centímetro que desaparece entre nosotros hace que mi pulso se acelere.

—¿Qué estás preparando? —pregunta, deteniéndose al otro lado de la isla de la cocina.

—Masa madre para el pan de mañana.

—Huele increíble.

—Es solo harina, agua y tiempo —respondo, intentando concentrarme en mis manos y no en cómo la luz de la cocina acentúa los ángulos de su mandíbula.

—Las mejores cosas suelen ser las más simples —dice, y hay algo en su tono que me hace levantar la mirada.

Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, toda la tensión de la última semana se cristaliza entre nosotros. El aire parece cargarse de electricidad, espeso y caliente como antes de una tormenta.

—Mía... —comienza, pero lo interrumpo.

—Si tienes hambre, puedo prepararte algo —ofrezco, necesitando desesperadamente romper la intensidad del momento—. Aunque a esta hora solo tengo lo básico.

—No tengo hambre —me corta, su voz bajando una octava—. Al menos, no de comida.

Mi pulso se dispara ante la cruda implicación de sus palabras. Debería pedirle que se vaya. Debería mantener la distancia que tan cuidadosamente he intentado establecer esta semana. Pero en lugar de eso, me encuentro preguntando:

—¿Entonces de qué tienes hambre, Montenegro?

Se mueve, rodeando la isla de la cocina hasta quedar a un paso de mí. Tan cerca que puedo oler su perfume mezclado con algo más oscuro y embriagador que es puramente suyo.

—Creo que lo sabes —responde, su voz ronca enviando ondas de calor por mi cuerpo—. Lo sabes desde el día que nos conocimos en esa comisaría.

Trago saliva, incapaz de apartar la mirada de la suya.

—Esto es una mala idea —digo, pero mi voz carece de convicción.

—La peor —coincide, acercándose un paso más—. Llevo una semana diciéndome que debo mantenerme alejado de ti.

—Deberías escucharte a ti mismo —murmuro, aunque mi cuerpo traiciona mis palabras inclinándose imperceptiblemente hacia él.

—Lo he intentado —dice, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca le había escuchado—. Llevo semanas intentando resistirme a ti... —sus manos se posan en la encimera, atrapándome entre sus brazos sin tocarme— pero no puedo más, Mía. No puedo seguir fingiendo que no me vuelves loco.

Su confesión, tan cruda y honesta, derriba las últimas defensas que he intentado construir.

—Enzo... —comienzo, pero no sé cómo continuar. ¿Cómo explicarle que yo también he intentado luchar contra esto? ¿Que me despierto pensando en él y me duermo recordando su risa? ¿Que a pesar de saber que solo puede terminar en desastre, no puedo evitar desearlo?

No necesito encontrar las palabras. Enzo cierra la distancia entre nosotros y sus labios encuentran los míos en un beso que contiene toda la tensión acumulada durante semanas.

ENZO

En el momento en que mis labios tocan los suyos, sé que estoy perdido.

He besado a muchas mujeres en mi vida. Besos calculados, besos estratégicos, besos para conseguir algo. Pero nunca, jamás, había experimentado algo como esto.

Besar a Mía es como saltar desde aquel acantilado, pero sin el impacto final. Es caída libre constante, adrenalina pura, una sensación de estar completamente vivo y aterrorizado al mismo tiempo.

Sus labios son suaves, pero responden con una intensidad que iguala la mía. Sus manos, aún cubiertas de harina, se aferran a mi camisa como si temiera que fuera a desaparecer si me suelta. Y tal vez no esté equivocada.

Porque una parte de mí, la parte racional que sabe que estoy prometido a otra mujer, que tengo responsabilidades con mi familia, con el imperio Montenegro, me grita que me detenga. Que me aleje antes de que ambos salgamos heridos.

Pero esa voz queda silenciada cuando Mía gime suavemente contra mi boca, un sonido que recorre mi columna como electricidad pura.

—Dios, Mía —murmuro contra sus labios—. No tienes idea de cuánto tiempo he deseado esto.

—Demuéstramelo —desafía, sus ojos oscuros brillando con deseo y algo más, algo que parece casi vulnerable.

No necesito más invitación. La levanto por la cintura y la siento sobre la encimera en un movimiento fluido. Ella abre las piernas instintivamente, permitiéndome posicionarme entre ellas, acercándola más a mí.

Nuestras bocas se encuentran de nuevo, pero esta vez el beso es más profundo, más desesperado. Mis manos exploran su cuerpo con urgencia, memorizando cada curva, cada ángulo. Las suyas no se quedan quietas, desabotonando mi camisa con dedos impacientes.

Cuando finalmente logra abrirla, sus manos se detienen un momento sobre mi pecho, trazando con reverencia el contorno de mis tatuajes.

—Son preciosos —murmura, siguiendo con un dedo la línea de tinta que serpentea desde mi hombro hasta mi corazón.

—Tú eres preciosa —respondo, y nunca he dicho palabras más sinceras.

Bajo la luz tenue de la cocina, con el pelo ligeramente despeinado y las mejillas sonrojadas, Mía Vargas es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y no es solo su belleza física, es la intensidad con la que vive, la pasión que pone en todo lo que hace, la forma en que no teme mostrarme exactamente quién es.

Mis labios abandonan su boca para trazar un camino ardiente por su cuello. Ella inclina la cabeza, dándome mejor acceso, y cuando mis dientes rozan suavemente el punto donde su pulso late acelerado, suelta un gemido que enciende mi sangre.

—Enzo... —suspira, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Mis manos encuentran el borde de su camiseta y la miro a los ojos, pidiendo permiso silenciosamente. Ella asiente, levantando los brazos para facilitarme la tarea. La prenda cae al suelo, olvidada, revelando un sujetador negro simple que, en ella, parece la lencería más erótica del mundo.

—Eres perfecta —murmuro, admirando los tatuajes que decoran su cuerpo y el que asoma por encima del borde del sujetador.

—Cállate y bésame —ordena, y no puedo evitar sonreír ante su impaciencia.

—Siempre tan mandona —bromeo, pero obedezco, capturando sus labios de nuevo mientras mis manos exploran la piel recién expuesta.

El contraste entre la suavidad de su piel y la dureza de la encimera bajo ella me recuerda dónde estamos. En la cocina de Villa Azul, donde cualquiera podría entrar en cualquier momento.

—Deberíamos ir a otro lugar —sugiero, aunque la idea de separarme de ella, incluso por un momento, me resulta casi dolorosa.

—No —responde con firmeza, sus manos aferrándose a mi cintura—. Te quiero aquí. Ahora.

La intensidad en su mirada me dice que esto es más que deseo. Es una decisión. Como si hubiera estado luchando contra esto tanto como yo, y finalmente hubiera decidido rendirse.

—¿Estás segura? —pregunto, necesitando saber que ambos estamos en la misma página.

Por un momento, veo duda en sus ojos. No sobre el deseo, que es palpable entre nosotros, sino sobre algo más profundo. Pero entonces asiente, una sola

vez, decisiva.

—Completamente —responde, y sus manos descienden para desabrochar mi cinturón—. Pero si alguien nos interrumpe, tú te encargas de las explicaciones.

Río contra su cuello, mordisqueando suavemente la piel sensible allí.

—Trato hecho.

Sus dedos trabajan ágilmente en mi cinturón y luego en el botón de mis pantalones, mientras yo desabrocho su sujetador con una mano, revelando sus pechos perfectos. Cuando mis labios se cierran alrededor de uno de sus pezones, ella arquea la espalda, ofreciéndose más a mí.

—Joder, Enzo —gime, sus manos enredándose en mi pelo, manteniéndome contra ella.

Alterno entre un pecho y otro, adorándolos con mi boca mientras mis manos trabajan en desabrochar sus jeans. La necesidad de sentirla, toda ella, se ha vuelto abrumadora.

Cuando finalmente deslizo una mano dentro de sus pantalones, por encima de su ropa interior, encuentro la evidencia húmeda de su deseo. Gimo contra su piel, embriagado por el conocimiento de que me desea tanto como yo a ella.

—Necesito sentirte —murmuro, mis dedos jugando con el borde de su ropa interior—. Necesito saber que esto es real.

—Es real —asegura, levantando sus caderas para que pueda deslizar sus jeans por sus piernas—. Demasiado real.

Hay algo en su tono, una nota de tristeza o resignación, que me hace detenerme y mirarla a los ojos.

—Podemos parar —ofrezco, aunque la idea me resulta casi físicamente dolorosa.

Ella niega con la cabeza, atrayéndome de nuevo hacia ella.

—No quiero parar —dice contra mis labios—. Quiero esto. Te quiero a ti. Aunque sea solo por esta noche.

Sus palabras son como un puñal en mi pecho, porque contienen una verdad que ambos conocemos, pero no nos atrevemos a nombrar: esto no puede ser más que una noche. No cuando mi futuro ya está decidido, no cuando en unas semanas estaré casado oficialmente con otra mujer.

Pero en lugar de enfriar mi deseo, esa realidad solo lo intensifica. Si solo tenemos esta noche, voy a asegurarme de que sea inolvidable para ambos.

Con renovada determinación, deslizo sus pantalones completamente, dejándola solo con unas braguitas negras que hacen juego con el sujetador abandonado en el suelo. La visión de Mía Vargas semidesnuda, sentada en la encimera de su cocina, con los labios hinchados por mis besos y los ojos oscurecidos por el deseo, es algo que sé que llevaré conmigo hasta el día que muera.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —digo, y las palabras salen con una honestidad que me sorprende incluso a mí.

Ella sonríe, una sonrisa que es mitad timidez, mitad desafío.

—Y tú hablas demasiado —responde, tirando de mí para otro beso abrasador.

Mis manos recorren sus muslos, subiendo hasta el borde de su ropa interior. Cuando mis dedos finalmente se deslizan debajo de la tela y la tocan íntimamente, ambos gemimos al unísono.

—Estás tan mojada —murmuro contra su cuello, mientras mis dedos exploran su humedad—. Tan perfecta.

Ella responde arqueándose contra mi mano, buscando más fricción. Uno de mis dedos se desliza dentro de ella, y luego otro, encontrando un ritmo que la hace jadear y aferrarse a mis hombros.

—Más —exige, sus uñas clavándose en mi piel de una manera que me vuelve loco—. Necesito más.

No puedo negarle nada. No a ella, no esta noche.

Me aparto lo suficiente para quitarme los pantalones y los boxers, liberando mi erección que ha estado dolorosamente confinada. Sus ojos se oscurecen aún más al verme, y hay un hambre en su mirada que enciende mi sangre.

Me posiciono entre sus piernas, la punta de mi erección rozando su entrada. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el tiempo parece detenerse. Hay tanto en sus ojos: deseo, sí, pero también vulnerabilidad, miedo, y algo que parece peligrosamente cercano al afecto.

—Enzo... —comienza, pero la silencio con un beso suave, diferente a los anteriores. Un beso que intenta comunicar todo lo que no puedo decir con palabras.

Mientras nos besamos, comienzo a deslizarme dentro de ella lentamente, dándole tiempo para ajustarse a mí. La sensación es tan abrumadora, tan intensa, que tengo que detenerme a mitad de camino, apoyando mi frente contra la suya, luchando por mantener el control.

—Joder, Mía —gruño, mi voz ronca por el esfuerzo—. Eres... perfecta.

Ella responde enredando sus piernas alrededor de mi cintura y atrayéndome más profundamente dentro de ella, en un movimiento que me roba el aliento y me hace ver estrellas.

—Muévete —ordena, sus ojos ardiendo con deseo—. Hazme sentir que estás aquí, conmigo.

Y así lo hago, estableciendo un ritmo lento al principio, saboreando cada sensación, cada expresión que cruza su rostro. La forma en que sus labios se entreabren con cada embestida, cómo sus ojos se cierran cuando toco un punto especial dentro de ella, el rubor que se extiende desde sus mejillas hasta su pecho.

Pronto, la necesidad se vuelve demasiado intensa, y nuestros movimientos se vuelven más urgentes, más desesperados. La encimera de la cocina cruje bajo nuestro peso, y en algún lugar de mi mente registro que deberíamos ser más silenciosos, más discretos, pero no puedo encontrar la voluntad para preocuparme.

No cuando Mía está jadeando mi nombre como una letanía, no cuando sus uñas dibujan caminos de fuego en mi espalda, no cuando cada embestida nos acerca más a ese precipicio que ambos anhelamos.

—Dios, Enzo —gime, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea elegante de su cuello que no puedo resistirme a besar, a lamer, a marcar suavemente con mis dientes—. No pares... por favor, no pares...

—Nunca —prometo contra su piel, aunque sé que es una mentira. Que eventualmente tendré que parar, que alejarme, que volver a la realidad donde no puedo tenerla, por más que sea la mujer que más he deseado en mi vida—. Eres increíble, Mía. Tan perfecta... tan mía...

Las palabras salen sin filtro, directamente desde ese lugar dentro de mí que he mantenido cerrado durante tanto tiempo. Y en este momento, en la intimidad de nuestros cuerpos unidos, me doy cuenta de que son verdad. Ella es mía, y yo soy suyo, aunque sea solo por esta noche.

Siento que está cerca por la forma en que sus músculos internos comienzan a tensarse alrededor de mí, por cómo su respiración se vuelve más errática, por los pequeños sonidos que escapan de su garganta.

—Déjate ir —susurro en su oído, mis propios movimientos volviéndose más erráticos a medida que siento mi propio clímax acercándose—. Quiero sentirte, Mía. Quiero que te derrames a mi alrededor.

Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando el punto exacto donde sé que me necesita, y con movimientos circulares la llevo más cerca del borde.

Y entonces sucede. La siento tensarse, su espalda arqueándose como un arco tenso, sus ojos abriéndose de par en par antes de cerrarse con fuerza, mi nombre escapando de sus labios en un grito ahogado mientras el placer la atraviesa como una tormenta.

La visión de Mía en el éxtasis, combinada con la sensación de sus músculos internos apretándose rítmicamente alrededor de mí, me empuja sobre el borde. Mi orgasmo me golpea con una fuerza que nunca había experimentado, arrancándome un gemido gutural desde lo más profundo de mi ser.

En ese momento de claridad perfecta, cuando el placer es tan intenso que borra todo lo demás, tomo una decisión que sé que es imprudente: me derramo dentro de ella en vez de salir, marcándola de la manera más primitiva, más íntima posible.

Cuando finalmente regreso a la realidad, estoy apoyado contra ella, ambos jadeando, nuestros cuerpos cubiertos de sudor. Sus brazos están envueltos alrededor de mí, sosteniéndome como si temiera que pudiera desaparecer si me suelta.

—Eso fue... —comienzo, pero las palabras me fallan.

—Lo sé —responde, y hay una comprensión en su voz que me dice que ella también lo ha sentido.

Nos quedamos así por un momento, recuperando el aliento, disfrutando de la cercanía. Pero eventualmente, la realidad comienza a filtrarse de nuevo. La dureza de la encimera bajo ella, la incomodidad de nuestra posición, el hecho de que estamos en la cocina donde cualquiera podría encontrarnos.

Sin ganas, me separo de ella, sintiendo una pérdida física cuando salgo de su cuerpo. Hay algo profundamente íntimo en ver cómo mi esencia se desliza por su muslo, y tengo que apartar la mirada antes de que despierte nuevamente mi deseo.

Comenzamos a vestirnos en silencio, intercambiando miradas y sonrisas tímidas, como adolescentes después de su primera vez. Hay tanto que quiero decirle, pero no encuentro las palabras adecuadas.

Cuando estamos completamente vestidos, me acerco a ella nuevamente, incapaz de resistir la tentación de tocarla. La atraigo hacia mí para un último beso, más suave, más tierno que los anteriores.

—Debería irme —murmuro contra sus labios, aunque es lo último que quiero hacer. Pero sé que, si me quedo, lo que me hace sentir, solo empeorará las cosas.

Ella asiente, dando un paso atrás.

—Sí, deberías.

Hay una finalidad en su tono que me duele, pero la entiendo. Esto fue lo que acordamos sin palabras: una noche. Solo esta noche.

Me dirijo hacia la puerta, pero antes de salir, me giro para mirarla una última vez. Está de pie junto a la encimera, con el pelo despeinado y los labios hinchados por mis besos, más hermosa de lo que nunca la he visto.

—Esto ha sido increíble —digo suavemente, y las palabras parecen insuficientes para lo que acabamos de compartir.

Me acerco una última vez, depositando un beso en su frente, un gesto sorprendentemente tierno después de la pasión que acabamos de compartir.

—Buenas noches, chef Vargas —digo, intentando mantener un tono ligero a pesar del peso en mi pecho.

—Buenas noches, Montenegro —responde, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Mientras camino por la playa de regreso al resort, bajo un cielo estrellado que parece burlarse de mí con su infinitud, no puedo evitar pensar que acabo de vivir la noche más perfecta de mi vida.

Y que, sin importar lo que suceda a partir de ahora, nunca volveré a ser el mismo.

Tengo que alejarme de Mía o no seré capaz de casarme.

CAPÍTULO 12

MÍA

El mensaje llegó la mañana siguiente. Seis palabras que destrozaron el frágil castillo de naipes que había construido en mi mente durante unas pocas horas de felicidad robada.

Como si ni siquiera nuestra amistad hubiera significado nada para él.

«Tengo que volver a Madrid. Tengo que ultimar algunos detalles de la boda.»

Ni siquiera un «lo siento». Ni una explicación elaborada. Solo eso. Como si esas pocas palabras lo explicaran todo. Y lo peor es que lo hacían.

Han pasado dos semanas desde aquella noche en la cocina. Dos semanas en las que he intentado convencerme de que fue solo sexo, una aventura de una noche, algo que ambos necesitábamos sacarnos del sistema. Dos semanas mintiéndome a mí misma.

La cocina ya no es el refugio que solía ser. Cada rincón me recuerda a él. La encimera donde me sentó, el suelo donde cayó su camisa, el aire que todavía parece vibrar con el eco de nuestros gemidos. He considerado seriamente pedirle a Valentina una reforma completa, pero ¿cómo explicárselo sin confesar lo que pasó?

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta Valentina por enésima vez mientras reviso el menú para esta noche—. Llevas días con cara de haber mordido un limón.

—Estoy perfectamente —respondo, forzando una sonrisa que no alcanza mis ojos—. Solo cansada. La temporada alta, ya sabes.

Ella me mira con esa expresión suya que dice claramente que no me cree, pero no insiste. Es lo que más agradezco de nuestra amistad: sabe cuándo presionar y cuándo dejarme en paz con mis demonios.

Lo que no sabe es que mis demonios tienen nombre y apellido, y actualmente están en Madrid «ultimando detalles de la boda».

La boda. Esas dos palabras se han convertido en mi pesadilla personal. Cada vez que cierro los ojos, veo a Enzo en el altar con una mujer perfecta, sonriendo con esa sonrisa torcida suya que hace que mi estómago dé un vuelco. La misma sonrisa que me dedicó mientras se movía dentro de mí.

Sacudo la cabeza, intentando desterrar esas imágenes. Tengo trabajo que hacer. Un hotel que mantener funcionando. Una vida que seguir viviendo, aunque se sienta extrañamente vacía desde que él se fue.

Lo más patético es que entiendo por qué lo hizo. En su lugar, yo habría hecho lo mismo. Alejarse era lo lógico, lo correcto. Él tiene compromisos, responsabilidades, un futuro trazado que no me incluye. ¿Qué sentido tenía quedarse y complicar las cosas?

Lo que no sé es si yo habría tenido la fuerza para hacerlo. Para alejarme de algo que se sintió tan... correcto. Tan perfecto, a pesar de todas las razones por las que no debería serlo.

—¿Quieres que salgamos esta noche? —propone Valentina, interrumpiendo mis pensamientos—. Hace siglos que no vamos al Patio. Podríamos bailar, beber tequila hasta olvidar nuestros nombres...

—Tengo que preparar el servicio de mañana —miento. La verdad es que la idea de salir, de fingir que me estoy divirtiendo, me resulta agotadora.

—Siempre trabajando —suspira—. Un día de estos vas a convertirte en una de esas chefs gruñonas que solo hablan con sus sartenes.

Fuerzo otra sonrisa.

—¿Quién dice que no lo soy ya?

Cuando Valentina finalmente se va, dejándome sola en la cocina, me permito un momento de debilidad. Saco el móvil y miro de nuevo su mensaje,

como si las palabras hubieran cambiado desde la última vez que lo leí hace unas horas.

No he respondido. ¿Qué podría decir? «¿Diviértete eligiendo el pastel de bodas?» «¿Te importaría no casarte con ella?» «¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?»

Patético.

Lo peor de todo es que una parte de mí, la parte que todavía cree en cuentos de hadas a pesar de toda la evidencia en contra, esperaba que fuera diferente. Que aquella noche significara para él lo que significó para mí. Que, de alguna manera, contra todo pronóstico, eligiera quedarse.

Pero la vida no es un cuento de hadas, y los playboys millonarios no abandonan fusiones empresariales multimillonarias por chefs con mal genio y demasiados tatuajes.

Guardo el móvil y vuelvo al trabajo. Picar, cortar, amasar. Movimientos repetitivos que mantienen mis manos ocupadas mientras mi mente sigue dando vueltas.

Una semana después de su partida, cometí el error de buscar información sobre la boda en internet. Las revistas del corazón estaban llenas de especulaciones sobre «el enlace del año». París Leighton, su prometida, es exactamente como la imaginaba: alta, rubia, impecablemente elegante. El tipo de mujer que parece nacida para ser la esposa de un magnate hotelero. El tipo de mujer que yo nunca seré.

En las fotos, Enzo sonreía con esa expresión suya de «estoy aquí, pero preferiría estar en cualquier otro lugar». ¿O era solo mi imaginación, viendo lo que quería ver?

Al final del día, cuando la cocina está limpia y el último cliente se ha ido, me encuentro en la playa, mirando hacia el mar. El mismo mar que él y yo contemplamos juntos tantas veces durante nuestras «aventuras». El mismo mar

que ahora parece burlarse de mí con su constancia, con su capacidad para seguir existiendo como si nada hubiera cambiado.

La verdad es que nada ha cambiado. El mundo sigue girando. Villa Azul sigue funcionando. Los clientes siguen viniendo, comiendo mi comida, alabando mis platos.

Solo yo he cambiado. Solo yo llevo esta herida invisible que nadie más puede ver.

Una noche. Una estúpida, maravillosa, inolvidable noche.

Y ahora tengo que encontrar la manera de seguir adelante, de fingir que no pasó nada, de convencerme a mí misma de que no estoy enamorada de un hombre que nunca podrá ser mío.

Porque esa es la verdad que más me duele admitir: me he enamorado de Enzo Montenegro. Del hombre equivocado. Del hombre imposible.

Y lo único que puedo hacer ahora es intentar desenamorarme antes de que me destruya por completo.

Mientras camino de regreso al hotel, tomo una decisión. Si Enzo puede alejarse, yo también puedo. Si él puede seguir con su vida como si nada hubiera pasado, yo también.

A partir de mañana, Enzo Montenegro será solo el hermano de Javier. Un nombre en una lista, un recuerdo que enterraré tan profundo que ni siquiera yo podré encontrarlo.

Y cuando regrese para casarse estaré preparada. Con una sonrisa profesional, una actitud distante y un corazón protegido tras murallas impenetrables.

Porque la próxima vez, no le permitiré romperme el corazón.

Si es que queda algo que romper.

CAPÍTULO 13

ENZO

Madrid nunca me había parecido tan gris. Es absurdo, porque el cielo está despejado, el sol brilla con esa intensidad despiadada de finales de verano, y las terrazas rebosan de gente disfrutando de los últimos días de vacaciones. Y sin embargo, todo me parece apagado, como si alguien hubiera reducido la saturación del mundo.

Me miro en el espejo del ascensor mientras subo a la oficina. Corbata perfectamente anudada, traje impecable, el pelo domado en un estilo que mi padre considera «apropiado para un Montenegro». Soy la imagen del heredero responsable. Y me odio por ello.

Me odio aún más por haber huido de Marbella como un cobarde. Por haberle enviado a Mía ese mensaje patético, impersonal, como si lo que compartimos hubiera sido una aventura sin importancia. Como si no me hubiera calado hasta adentro del pecho.

Cuando la verdad es que no he dejado de pensar en ella ni un solo minuto desde que salí de su cocina aquella noche. Cuando cada día echo de menos su amistad. Su presencia. Su risa.

—Buenos días, señor Montenegro —me saluda la secretaria de mi padre cuando entro en la planta ejecutiva—. Su padre lo espera en la sala de juntas. La señorita Leighton ya ha llegado.

Por supuesto. París. Mi prometida. La mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida.

—Gracias, Carmen —respondo, esforzándome por mantener mi sonrisa despreocupada de siempre—. ¿Sabes si hay café? Voy a necesitarlo.

—Acabo de preparar una cafetera fresca —responde con una sonrisa cómplice. Carmen lleva trabajando para mi padre desde que yo tenía pañales, y

probablemente es la única persona en esta empresa que me ve como algo más que «el segundo hijo».

Mientras me sirvo una taza, intento prepararme mentalmente para lo que me espera. Una reunión sobre la boda. Sobre la fusión. Sobre mi futuro perfectamente planificado del que no puedo escapar.

Un futuro sin Mía Vargas.

El café está amargo, pero me lo bebo de un trago. Necesito la cafeína, el golpe de energía. Cualquier cosa que me ayude a fingir que estoy bien, que estoy emocionado por este «matrimonio ventajoso», que no dejé mi corazón en una cocina de Marbella.

Cuando entro en la sala de juntas, todos los ojos se vuelven hacia mí. Mi padre, con su habitual expresión de leve decepción. París, elegante como siempre en un traje sastre color crema. Su padre, Gerald Leighton, calculador y frío como un iceberg. Y varios abogados y ejecutivos que están aquí para asegurarse de que la fusión—perdón, la boda—proceda sin contratiempos.

—Lorenzo, qué amable por tu parte unirte a nosotros —dice mi padre con ese tono que siempre me hace sentir como un niño que ha sido pillado robando galletas.

—Lo siento, necesitaba cafeína —respondo, tomando asiento junto a París —. Buenos días a todos.

París me dirige una sonrisa educada pero distante. Hemos coincidido en eventos sociales, pero apenas hemos tenido conversaciones reales. Y sin embargo, en nada, será mi esposa.

—Estábamos repasando los detalles de la ceremonia —explica mi padre, pasándome una carpeta llena de documentos—. La iglesia está confirmada, el catering también. Necesitamos que tú y París reviséis la lista de invitados final.

Asiento mecánicamente, hojeando los papeles sin realmente verlos. Mi mente está a cientos de kilómetros de aquí, en una playa de Marbella, en una

cocina iluminada a medianoche, en unos ojos oscuros que me miraban como si realmente me vieran.

—¿Enzo? —La voz de París me devuelve al presente—. ¿Estás de acuerdo con incluir a los Rothschild? Apenas los conocemos, pero papá insiste en que son importantes para la expansión europea.

Su tono contiene una nota de ironía que nadie más parece captar. Por un segundo, nuestras miradas se cruzan y veo en sus ojos algo que reconozco: resignación. Ella tampoco quiere esto, me doy cuenta. Está tan atrapada como yo en esta farsa.

—Por supuesto —respondo, encogiéndome de hombros—. Cuantos más millonarios, mejor para las fotos, ¿no?

Mi padre me lanza una mirada de advertencia, pero París suelta una pequeña risa que intenta disimular con una tos.

La reunión continúa, interminable, con discusiones sobre flores, menús, disposición de mesas... Todo meticulosamente planificado como la operación militar que es. No una celebración de amor, sino una fusión de imperios, una alianza estratégica. Un negocio.

En algún momento, mi mente vuelve a escaparse. Recuerdo a Mía hablándome de su cocina, de cómo cada plato cuenta una historia, de cómo elige personalmente cada ingrediente. Recuerdo su pasión, su autenticidad, su forma de vivir intensamente cada momento.

¿Qué pensaría ella de esta farsa? Probablemente me miraría con esos ojos que no toleran tonterías y me diría que soy un cobarde por no luchar por lo que realmente quiero.

Y tendría razón.

—¿Lorenzo? —La voz de mi padre me sobresalta—. ¿Estás con nosotros?

—Sí, lo siento —murmuro, intentando orientarme—. Me he distraído un momento.

—Te preguntaba si has decidido ya sobre tu despedida de soltero —dice, con ese tono que sugiere que ya tiene una respuesta preparada en caso de que la mía no le satisfaga—. Gerald ha sugerido algo discreto en el club. Nada de escándalos, por supuesto.

Por supuesto. No vaya a ser que el segundo hijo rebelde arruine la fusión perfecta con alguna indiscreción de última hora.

—Suena perfecto —respondo, con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Discreto. Como todo en esta boda.

Hay un silencio incómodo que mi padre rompe rápidamente, pasando al siguiente punto de la agenda. París me mira de reojo, y por un segundo creo ver comprensión en sus ojos. Ella también está interpretando un papel, me doy cuenta. El de la novia perfecta, la heredera ideal, la pieza final del rompecabezas corporativo.

Cuando la reunión finalmente termina, siento como si hubiera corrido una maratón. Estoy agotado, no físicamente, sino de una manera más profunda, más esencial. Como si cada minuto fingiendo que esto es lo que quiero me estuviera drenando el alma.

—Enzo, ¿podemos hablar un momento? —me pide París cuando todos comienzan a salir. Su voz es suave, casi vacilante, tan diferente de su habitual tono seguro en las reuniones.

—Claro —respondo, quedándome atrás mientras los demás abandonan la sala.

Cuando estamos solos, París se desploma ligeramente en su silla, como si también ella hubiera estado manteniendo una fachada que ahora puede dejar caer.

—Esto es una locura, ¿verdad? —dice, con una risa que suena más a frustración que a humor—. Toda esta... producción.

No esperaba esta honestidad repentina, y me encuentra desprevenido.

—Completamente —admito, aflojándome la corbata que de repente parece estar estrangulándome—. Se supone que las bodas deberían ser sobre...

—¿Amor? —completa ella, con una sonrisa triste—. Qué concepto tan anticuado para personas como nosotros, ¿no crees?

Hay algo en su tono que me hace mirarla realmente por primera vez. No como la heredera Leighton, no como mi futura esposa por contrato, sino como una persona. Y lo que veo me sorprende: vulnerabilidad, resignación, y una tristeza que reconozco porque es la misma que veo en el espejo cada mañana.

—No tiene por qué ser así —digo, las palabras saliendo antes de que pueda detenerlas—. Podríamos...

—¿Qué? ¿Rebelarnos? ¿Cancelarlo todo? —Su risa ahora es amarga—. ¿Y luego qué, Enzo? ¿Vivir bajo un puente cuando nuestros padres nos desheredan? Aguantar sus miradas de desprecio.

Tiene razón, por supuesto. No es solo mi futuro el que está en juego. Es el legado de generaciones, miles de empleos que dependen de la estabilidad de nuestras empresas, responsabilidades que no puedo simplemente ignorar porque me he enamorado de una chef con un mechón azul en el pelo.

Enamorado. La palabra me golpea como un puñetazo. Es la primera vez que me permito pensarla, aunque mi corazón la ha estado gritando desde aquella noche en la cocina.

—No, supongo que no —respondo finalmente—. Pero tal vez podríamos... no sé, hacer esto en nuestros términos, de alguna manera.

París me estudia por un momento, como evaluando mi sinceridad.

—¿Hay alguien, verdad? —pregunta suavemente.

Siento que me sonrojo, pillado por sorpresa.

—¿Cómo lo...?

—La forma en que miras tu teléfono, como esperando un mensaje que nunca llega —explica—. La manera en que te desconectas en las reuniones. Y esa mirada... de pérdida. La reconocería en cualquier parte.

—¿Porque tú también la tienes? —aventuro, y su ligero sobresalto me confirma que he dado en el clavo.

Nos miramos en silencio, dos extraños unidos por un destino común, por sacrificios paralelos.

—No podemos tenerlo todo, ¿verdad? —dice finalmente, con una resignación que me parte el corazón.

—Supongo que no —concedo, aunque cada fibra de mi ser se rebela contra esa idea.

—Mira —continúa, inclinándose hacia adelante—, ya que estamos atrapados en esto, podríamos al menos ser honestos el uno con el otro. No te pido que me ames, Enzo. Ni siquiera te pido que finjas hacerlo. Solo... respeto mutuo. Y tal vez, con el tiempo, amistad.

Su propuesta es tan razonable, tan madura, que me hace sentir aún peor por mis fantasías de escape. Por mis pensamientos constantes sobre Mía. Por cómo comparo a París con ella en cada pequeño detalle, siempre encontrándola en falta no por sus propios méritos, sino simplemente porque no es Mía.

—Me parece justo —respondo, extendiendo mi mano—. Respeto. Honestidad. Amistad.

Ella toma mi mano, y su apretón es firme, decidido. Hay una dignidad en París que no había apreciado antes, una fuerza tranquila que contrasta con la intensidad volcánica de Mía.

Y ahí estoy de nuevo, comparándolas.

—¿Quieres ir a tomar algo? —sugiero impulsivamente—. No como una cita o algo así, sino... para conocernos mejor. Si vamos a hacer esto, deberíamos al

menos saber más el uno del otro que nuestros perfiles de LinkedIn.

París sonríe, y por primera vez es una sonrisa genuina que ilumina sus ojos.

—Me encantaría —responde—. Conozco un lugar donde hacen unos martinis excelentes. Y Dios sabe que necesitamos alcohol para esta conversación.

Dos horas y varios martinis después, descubro que París Leighton es mucho más que la heredera perfecta que aparece en las revistas. Es inteligente, con un humor mordaz que mantiene cuidadosamente oculto en las reuniones de negocios. Le apasiona el arte contemporáneo, habla cuatro idiomas, y tiene una debilidad por los reality shows de cocina que encuentra «vergonzosamente adictivos».

También descubro que, como yo, está atrapada en expectativas familiares que la asfixian. Que soñaba con ser arquitecta antes de que su padre la encaminara hacia un MBA. Que entiende, quizás mejor que nadie, la jaula dorada en la que vivo.

Es fácil hablar con ella, más de lo que esperaba. Y por un momento, mientras reímos de alguna anécdota compartida sobre la absurda pomposidad de nuestros círculos sociales, pienso que tal vez, solo tal vez, podríamos hacer que esto funcione. No como un gran amor, pero sí como una alianza basada en el entendimiento mutuo.

Pero entonces, en medio de una historia que está contando, veo a una camarera con un mechón de pelo teñido de púrpura, y mi mente vuela inmediatamente a Mía. A su mechón azul, a sus ojos desafiantes, a la forma en que su cuerpo encajaba perfectamente con el mío.

Y sé, con una certeza que me duele físicamente, que nunca podré amarla como amo a Mía.

Como siempre amaré a Mía.

Cuando regreso a mi apartamento esa noche, el silencio me recibe como un viejo amigo. Me sirvo un whisky y salgo al balcón, mirando el skyline de Madrid sin realmente verlo.

Saco mi teléfono y miro de nuevo el último mensaje que le envié a Mía. Frío. Impersonal. Cobarde. Debería haberle dicho la verdad. Que me estaba muriendo por dentro al dejarla. Que nunca había sentido por nadie lo que siento por ella. Que, si pudiera elegir, elegiría una vida de pobreza a su lado antes que todos los imperios hoteleros del mundo. Si la decisión solo me afectase a mí…

Pero ¿qué derecho tengo yo a decirle eso? ¿A complicar su vida con sentimientos que no llevan a ninguna parte? Ella merece algo mejor que un hombre a medias, que promesas que no puede cumplir.

Merece alguien que pueda elegirla completamente, sin reservas, sin compromisos previos.

Y ese alguien no puedo ser yo.

Porque en el fondo, soy exactamente lo que mi padre siempre ha dicho: el hijo débil. El que no está a la altura. El que nunca será suficiente.

No fui suficiente para que mi madre se quedara cuando éramos niños. No soy suficiente para que mi padre me vea como algo más que una pieza en su juego corporativo. Y ciertamente no soy suficiente para una mujer como Mía Vargas, que vive con una autenticidad y una pasión que yo solo puedo envidiar.

Termino mi whisky de un trago, sintiendo el ardor en mi garganta como un pequeño castigo que merezco.

En pocas semanas volveré a Marbella para casarme. Volveré a ver a Mía. Tendré que mirarla a los ojos sabiendo lo que compartimos, lo que podríamos haber sido, mientras me comprometo de por vida con otra mujer. Mientras la quiero a ella en silencio.

La idea me revuelve el estómago.

Pero es mi destino, el camino que he elegido por cobardía, por comodidad, por una lealtad familiar que me está destruyendo por dentro.

Y mientras miro las estrellas, apenas visibles entre la contaminación lumínica de la ciudad, me permito un momento de debilidad. Saco mi móvil y miro sus fotos. Esas que le tomé cuando ella no lo sabía. Su perfil contra la luz del amanecer. Su risa despreocupada. Su concentración absoluta mientras cocinaba.

Estas fotos, estos fragmentos robados de su esencia, son todo lo que me quedará de ella. Recuerdos de un verano que ya parece un sueño lejano, de una felicidad que apenas alcancé a rozar con los dedos antes de que se desvaneciera.

Y mientras la noche avanza, me encuentro susurrando su nombre en la oscuridad, como una plegaria, como una confesión, como una despedida.

Mía. Mi Mía. Que nunca fue realmente mía.

Y que nunca podrá serlo.

CAPÍTULO 14

MÍA

27 de septiembre de 2025

Las náuseas son lo peor. Sobre todo, cuando las tienes justo cuando estás intentando maquillarte para asistir a la boda del siglo.

—Vamos, Mía, contrólate —me digo a mí misma, respirando profundamente frente al espejo del baño—. Solo es una boda. Solo es... él.

Cierro los ojos, intentando calmar el revoltijo en mi estómago que no sé si atribuir a los nervios o a algo mucho más aterrador. Llevo días sintiéndome extraña. Cansada. Con antojos absurdos. Con un retraso que ya no puedo seguir ignorando.

La bolsa de la farmacia me mira acusadoramente desde el lavabo. La compré hace tres días, pero no he tenido el valor de usarla. Porque una vez que lo sepa, una vez que vea el resultado, todo cambiará.

Y hoy no es día para cambios. Hoy es el día en que Lorenzo «Enzo» Montenegro se casa con París Leighton, la heredera perfecta para la fusión empresarial perfecta. La boda que sellará el acuerdo entre dos imperios hoteleros.

La boda del hombre con el que me acosté hace exactamente seis semanas.

—Fue solo una noche —murmuro, aplicándome rímel con manos temblorosas—. Una estúpida, maravillosa, inolvidable noche que obviamente él ya ha olvidado.

Pero yo no. No puedo olvidar cómo me miró en la cocina de Villa Azul aquella noche, cuando todos se habían ido a dormir y yo preparaba masa para el pan del día siguiente. No puedo olvidar cómo sus manos, tan diferentes a las de su hermano, pero igual de seguras, me atraparon contra la encimera.

«Llevo semanas intentando mantenerme alejado de ti,» había confesado contra mi cuello, su voz ronca enviando escalofríos por mi columna. «Pero no puedo más, Mía. No puedo seguir fingiendo que no me vuelves loco.»

Y yo, que siempre me he enorgullecido de mi fuerza, de mi independencia, de mi capacidad para mandar a la mierda a cualquier hombre que intente jugar conmigo, me derretí como mantequilla en una sartén caliente.

Una noche. Una noche perfecta donde sus tatuajes se mezclaron con los míos, donde descubrimos que nuestros cuerpos encajaban tan perfectamente como nuestras personalidades, donde me sentí más viva que en toda mi vida.

Y luego... nada. Un «esto ha sido increíble» susurrado al amanecer. Un beso en la frente. Y la vuelta a Madrid para «ultimar los detalles de la boda».

La boda que se celebra hoy. En cuatro horas. Y a la que, por alguna forma de masoquismo que no termino de entender, he accedido a asistir como acompañante de Valentina y Javier.

Una nueva oleada de náuseas me golpea, y esta vez no puedo ignorarla. Apenas llego al inodoro antes de que mi estómago decida expulsar el escaso desayuno que logré ingerir.

Cuando termino, me quedo sentada en el suelo del baño, sudorosa y temblorosa. Ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma.

—A la mierda —murmuro, alcanzando la bolsa de la farmacia—. Acabemos con esta tortura.

Cinco minutos después, estoy mirando fijamente el pequeño dispositivo de plástico en mis manos, esperando que aparezca el resultado. El tiempo parece haberse detenido mientras cuento los segundos.

Una línea significa que puedo seguir fingiendo que todo está bien. Que puedo asistir a esa boda con la cabeza alta, ver cómo el hombre que me ha robado el sueño durante semanas se casa con otra, y eventualmente superarlo.

Dos líneas significa... significa que todo se complica infinitamente.

El predictor comienza a mostrar el resultado. Una línea roja aparece claramente.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Bien. Esto está bien. Solo ha sido un susto. Solo...

Y entonces, lentamente, como si el tiempo se moviera a cámara lenta, una segunda línea empieza a formarse. Tenue al principio, luego más definida, hasta que dos líneas rojas perfectamente visibles me miran desde el predictor.

Positivo.

Estoy embarazada.

Del hombre que se casa hoy con otra mujer.

—No, no, no, no —repito como un mantra, sacudiendo el predictor como si pudiera cambiar el resultado—. Esto no puede estar pasando.

Pero está pasando. Es real. Tan real como el bebé que crece dentro de mí. Tan real como la boda que comenzará en pocas horas.

Me levanto con piernas temblorosas, todavía en ropa interior y la bata a medio poner, el maquillaje incompleto, el pelo sin peinar. Un desastre. Exactamente como me siento por dentro.

Necesito a Valentina. Necesito a mi mejor amiga. Necesito a alguien que me diga que todo estará bien, aunque ambas sepamos que es mentira.

Salgo disparada de mi habitación, con el predictor aún en la mano, y corro por los pasillos de Villa Azul como una posesa. Bajo las escaleras de dos en dos, ignorando las miradas sorprendidas de los huéspedes, hasta que finalmente la encuentro en la terraza trasera con Javier.

Están sentados juntos, tomando café tranquilamente mientras revisan algo en una tablet. La imagen perfecta de la felicidad doméstica. La imagen de todo lo que yo nunca tendré.

—¡Mía! —exclama Valentina al verme, su sonrisa transformándose en preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás vestida? Tenemos que salir en

una hora para la boda y...

No la dejo terminar. Extiendo la mano y le muestro el predictor, con sus dos líneas rojas acusadoras.

Sus ojos se abren como platos cuando comprende lo que está viendo.

—Oh, Dios mío —susurra—. Estás...

—Embarazada —confirmo, mi voz quebrándose—. Estoy embarazada, Val.

Javier, que ha estado observando en silencio, parece momentáneamente incómodo ante esta conversación tan íntima. Hace ademán de levantarse, probablemente para darnos privacidad, pero lo detengo con mis siguientes palabras:

—El bebé es de Enzo —digo, y el nombre quema mi garganta como ácido —. Tu hermano. El que se casa hoy.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con uno de mis cuchillos de chef. Valentina me mira boquiabierta, procesando la bomba que acabo de soltar. Javier se ha quedado petrificado, su taza de café a medio camino hacia sus labios.

—¿Qué has dicho? —pregunta finalmente, como si necesitara confirmar que ha oído correctamente.

—Que estoy embarazada de tu hermano —repito, las lágrimas comenzando a correr libremente por mis mejillas—. Fue hace seis semanas. Una noche. Solo una noche.

Valentina se levanta y me envuelve en un abrazo feroz, protector, exactamente lo que necesito en este momento.

—Oh, Mía —murmura contra mi pelo—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué has estado cargando con esto tú sola?

—Porque era un secreto —sollozo contra su hombro—. Porque él se iba a casar. Porque fue un error. Porque... porque me enamoré de él como una idiota.

La última confesión sale sin que pueda detenerla. Es la primera vez que lo admito en voz alta, incluso para mí misma. No fue solo sexo. No fue solo una noche de pasión. Me enamoré de Enzo Montenegro, con su sonrisa torcida, sus tatuajes, su forma de probar mis platos como si fueran tesoros, su manera de hacerme reír cuando más lo necesitaba.

Me enamoré del hombre equivocado. De nuevo.

Javier se ha levantado también, y hay una expresión en su rostro que no puedo descifrar. No es enfado, como temía. Es algo más complejo.

—¿Él lo sabe? —pregunta, su voz controlada, pero con un temblor apenas perceptible—. ¿Sobre el bebé?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Vas a decírselo? —insiste, y hay algo en su tono que me hace mirarlo directamente.

—¿Cómo? —pregunto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano —. Se casa en menos de cuatro horas. Con la heredera perfecta. Con la fusión perfecta. Con la vida perfecta que su padre ha planeado para él.

—Enzo odia esa boda —dice Javier, sorprendiéndome—. La odia con cada fibra de su ser.

—Pues tiene una forma muy extraña de demostrarlo —replico con amargura—. Acostándose conmigo y luego corriendo al altar.

—Los Montenegro no somos conocidos por tomar buenas decisiones cuando se trata de amor —responde, con una mirada significativa hacia Valentina—. Somos más de complicarnos la vida hasta el extremo y luego darnos cuenta de que hemos sido idiotas.

A pesar de todo, eso me arranca una sonrisa temblorosa.

—Tienes que decírselo —insiste Valentina, tomando mis manos entre las suyas—. Tiene derecho a saberlo antes de casarse.

—¿Y si no le importa? —pregunto, verbalizando mi mayor miedo—. ¿Y si lo sabe y le da lo mismo?

—Entonces criaremos a ese bebé entre todos —responde ella con una ferocidad que me conmueve—. Y será el niño más querido de toda la Costa del Sol. Pero al menos sabrás que hiciste lo correcto.

Miro a mis amigos, a esta extraña pareja que ha superado traiciones, mentiras y un imperio corporativo para estar juntos.

—Tenemos una boda que interrumpir —digo finalmente, y a pesar del terror que siento, hay una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho.

Porque si hay algo que he aprendido trabajando en Villa Azul, viendo cómo Valentina y Javier transformaron una guerra en el amor más épico que he presenciado, es que a veces, solo a veces, los finales felices existen.

Incluso para personas como yo, que nunca creyeron merecerlos.

CAPÍTULO 15

ENZO

La habitación lateral de la iglesia es demasiado pequeña, o quizás es solo que me falta el aire. Me ajusto por enésima vez esta maldita corbata que parece querer estrangularme, un recordatorio físico de la trampa en la que estoy a punto de meterme voluntariamente.

En el espejo, un extraño con mi cara me devuelve la mirada. Traje negro impecable, cabello perfectamente peinado, gemelos de platino con el escudo familiar. Un heredero Montenegro en todo su esplendor, listo para sellar una alianza empresarial disfrazada de matrimonio.

¿Dónde quedó el hombre que saltaba desde acantilados, que fotografiaba amaneceres, que se sentía vivo por primera vez en años? ¿El hombre que Mía Vargas veía cuando me miraba?

Mía.

Su nombre es como una puñalada. Cierro los ojos y su imagen aparece instantáneamente: sentada en la encimera de su cocina, con la luz de la medianoche dibujando sombras en su piel desnuda, sus ojos oscuros mirándome como si realmente me viera. Como si viera más allá del apellido, del dinero, de la fachada que he mantenido toda mi vida.

«Eres mucho más de lo que crees, Montenegro», me había dicho una vez, mientras miraba una de mis fotografías. «Mucho más de lo que te permites ser.»

¿Y qué estoy siendo ahora? Un cobarde. Un títere. El segundo hijo cumpliendo con su deber.

Saco el teléfono del bolsillo, busco su contacto. Mi pulgar se cierne sobre su nombre, temblando ligeramente. ¿Qué le diría si la llamo? ¿«Lo siento»? ¿«Te

echo de menos»? ¿«No puedo dejar de pensar en ti aunque estoy a punto de casarme con otra»?

Todas esas verdades se atoran en mi garganta, inútiles como lágrimas en el desierto.

Guardo el teléfono. Ya es demasiado tarde.

La puerta se abre sin previo aviso. Mi padre entra, imponente en su traje oscuro, la personificación del imperio que ha construido y que ahora se expandirá gracias a mi sacrificio personal.

—Lorenzo —dice, usando mi nombre completo como siempre hace en las ocasiones importantes—. ¿Estás listo?

No. Quiero gritar. Quiero decirle que nunca estaré listo para esta farsa, que mi corazón está lejos de aquí, en una cocina junto al mar donde encontré algo real por primera vez en mi vida.

—Sí, padre —respondo, la mentira deslizándose fácilmente entre mis labios, como tantas otras antes.

Se acerca, ajusta mi corbata, aunque está perfecta, un gesto que pretende ser paternal pero que solo sirve para recordarme que nunca estoy a la altura de sus expectativas.

—Hoy es un día importante para los Montenegro —comienza, y reconozco el tono del discurso que ha estado ensayando mentalmente—. Esta unión asegurará el futuro de la empresa para las próximas generaciones. Tu abuelo estaría orgulloso.

Mi abuelo. El hombre que me enseñó a nadar, que me regaló mi primera cámara, que me decía que la vida era demasiado corta para vivirla cumpliendo las expectativas de otros. Dudo que estaría orgulloso de verme vendiendo mi alma por una fusión empresarial.

—La familia Leighton está impresionada con tu comportamiento estos últimos meses —continúa mi padre—. París será una excelente esposa. Bella,

educada, con los contactos adecuados...

Y completamente inadecuada para mí, quiero añadir. Tan inadecuada como yo para ella. Dos extraños unidos por apellidos y cuentas bancarias, condenados a una vida de cortesía fría y dormitorios separados.

—Lo sé —respondo mecánicamente.

Mi padre me mira entonces, realmente me mira, y por un segundo veo algo en sus ojos. ¿Preocupación? ¿Duda? Desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —dice, poniendo una mano en mi hombro—. Siempre supe que, cuando llegara el momento, harías lo correcto por la familia.

Las palabras que siempre quise escuchar. El reconocimiento que he buscado toda mi vida. Y ahora que finalmente lo tengo, sabe a cenizas en mi boca.

—Gracias, padre —respondo, la garganta seca como papel de lija.

Asiente, satisfecho, y se dirige hacia la puerta.

—Cinco minutos —dice antes de salir—. No hagamos esperar a los invitados.

Cuando la puerta se cierra tras él, el silencio cae como una losa. Cinco minutos. Trescientos segundos antes de caminar hacia el altar y sellar mi destino.

Vuelvo a mirarme en el espejo. El hombre que me devuelve la mirada parece vacío, como una cáscara hueca con forma humana. Me pregunto si París verá ese vacío cuando diga «sí, quiero». Me pregunto si le importará.

Me pregunto si Mía está pensando en mí ahora mismo, o si ya me ha olvidado, siguiendo con su vida como debería. Espero que sí. Merece ser feliz, encontrar a alguien que pueda elegirla completamente, sin reservas ni compromisos previos.

Alguien que no sea yo.

Respiro hondo, me ajusto las mangas, enderezo los hombros. Es la hora.

Mientras camino hacia la puerta, hacia mi futuro predeterminado, un pensamiento me golpea con claridad cristalina: nunca me he sentido más solo en toda mi vida.

MÍA

—¡Maldita sea, vamos a llegar tarde! —exclamo, agarrando nerviosamente el reposabrazos mientras Javier intenta navegar entre el tráfico de Marbella con una paciencia que me resulta irritante—. ¿No puedes ir más rápido?

—Si quieres llegar viva, no —responde secamente, esquivando un taxi que se ha detenido sin avisar—. La ceremonia acaba de empezar. Llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —murmuro, más para mí misma que para ellos—. ¿Para ver cómo se casa? ¿Para hacer el ridículo delante de medio mundo? ¿Para que me odien todos los Montenegro por generaciones?

Valentina, sentada a mi lado en el asiento trasero, toma mi mano y la aprieta con fuerza.

—Para hacer lo correcto —dice con esa convicción inquebrantable suya—. Enzo merece saber la verdad antes de casarse. Y tú mereces la oportunidad de decírsela.

Asiento mecánicamente, aunque mi estómago se retuerce en nudos imposibles. O quizás es el bebé, haciendo notar su presencia. Su bebé. Nuestro bebé. La prueba viviente de aquella noche perfecta que ahora parece un sueño lejano.

Mi mano libre se posa instintivamente sobre mi vientre. Todavía plano, sin señales externas del pequeño milagro que crece dentro. Un milagro que cambiará mi vida para siempre, sea cual sea el resultado de esta locura.

—¿Y si me odia? —pregunto, verbalizando uno de los mil miedos que me atormentan—. ¿Y si piensa que lo hice a propósito? ¿Y si no quiere saber nada

del bebé?

—Entonces estaremos a tu lado —responde Valentina con fiereza—. Será el pequeño más querido del mundo. Pero Enzo no es así, Mía. Lo sabes.

Lo sé. Y eso es lo que más me asusta. Que es demasiado honorable, demasiado responsable bajo toda esa fachada de rebelde sin causa. Que cancelará su boda, destruirá la fusión empresarial de su padre, arruinará su vida... por deber. No por amor. No por mí. Por el bebé.

Y yo no quiero ser una obligación. Otra responsabilidad Montenegro. Otro sacrificio en el altar de las expectativas familiares.

Pero este niño merece conocer a su padre. Y Enzo merece la oportunidad de elegir, de saber que va a ser padre antes de comprometerse de por vida con otra mujer.

—Ahí está —dice Javier, señalando hacia adelante.

La iglesia aparece imponente en la distancia, rodeada de coches lujosos, periodistas con cámaras, guardias de seguridad controlando el acceso. Una alfombra roja se extiende desde la entrada hasta la calle, como una lengua escarlata burlándose de nosotros.

Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en los oídos, un tambor frenético anunciando el desastre inminente.

—No puedo hacerlo —susurro, el pánico apoderándose de mí—. No puedo entrar ahí y arruinar su día. Su vida. Su futuro.

—Mía —la voz de Valentina es suave pero firme—. Respira. Mírame.

Obedezco, encontrando sus ojos, mi ancla en medio de la tormenta.

—No estás arruinando nada —dice, pronunciando cada palabra con claridad—. Estás dándole una opción. Información. La verdad. Lo que haga con ella es su decisión.

—Pero todos esos invitados... los periodistas... su padre...

—Al diablo con todos ellos —interrumpe, con una vehemencia que me sorprende—. Esto es entre Enzo y tú. Entre los padres de ese bebé. El resto del mundo puede esperar.

Javier, que ha estado inusualmente callado, habla entonces:

—Conozco una entrada lateral —dice, girando el coche hacia una calle secundaria—. Por la sacristía. Podrás entrar sin que te vean los periodistas.

Lo miro a través del retrovisor, agradecida. A pesar de su lealtad familiar, está aquí, ayudándonos. Arriesgándose a deteriorar todavía más su propia relación con su padre por esto.

—Gracias —digo simplemente, porque no hay palabras suficientes.

Asiente, una sonrisa tensa curvando sus labios.

—Mi hermano merece la veredad —responde—. Y creo que tú también.

El coche se detiene en un callejón estrecho, junto a una puerta lateral discreta. Mi momento ha llegado.

—Es ahora o nunca —murmura Valentina, dándome un último apretón de manos.

Respiro profundamente, intentando calmar el huracán en mi pecho. Pienso en el bebé, en Enzo, en la vida que podríamos tener. En la vida que, de cualquier manera, vamos a compartir de alguna forma.

—Ahora —digo, y abro la puerta del coche.

Mientras camino hacia la entrada lateral de la iglesia, cada paso parece llevarme más cerca de un precipicio. No sé si estoy caminando hacia mi mayor felicidad o mi dolor más profundo. Si estoy a punto de ganar una familia o perder para siempre al hombre que, contra todo pronóstico, se ha convertido en el centro de mi universo.

Lo único que sé con certeza es que, después de hoy, nada volverá a ser igual.

Y por primera vez en mi vida, estoy aterrorizada por el cambio.

CAPÍTULO 16

MÍA

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que pueden oírlo hasta en el último rincón de Marbella. Sigo a Javier por un estrecho pasillo lateral, las paredes de piedra antigua parecen cerrarse sobre mí con cada paso que doy. El aire huele a incienso y a flores, una mezcla que normalmente encontraría agradable pero que ahora solo intensifica mis náuseas.

—Por aquí —susurra Javier, señalando una pequeña puerta de madera—. Esta debería llevarte a un lateral discreto donde podrás acercarte al altar.

Asiento, incapaz de articular palabra. Mi garganta está tan seca como si hubiera tragado arena.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, y hay genuina preocupación en sus ojos—. Una vez que entres, no habrá vuelta atrás.

Todas las dudas que he tenido hasta ese momento se disipan de golpe.

—Nunca he estado más segura de algo —respondo, aunque mi voz tiembla —. Él merece saberlo antes de... antes de...

No puedo terminar la frase. La imagen de Enzo diciendo «sí, quiero» a otra mujer me provoca un dolor físico.

Javier aprieta brevemente mi hombro en un gesto de apoyo antes de desaparecer por donde vinimos. Me quedo sola frente a la puerta, con el test de embarazo en el bolsillo como un talismán imposible.

Respiro hondo y apoyo la mano en el picaporte. A través de la madera puedo escuchar la voz solemne del sacerdote. La ceremonia ya ha comenzado. Dios mío, ¿qué estoy haciendo? ¿Quién se cree con derecho a interrumpir una boda? ¿Y si Enzo me odia por esto? ¿Y si todo el mundo piensa que soy una cualquiera buscando atención?

Mi mano tiembla, pero el recuerdo de nuestro bebé me da la fuerza que necesito. No estoy aquí por mí. Estoy aquí por nuestro hijo, que merece que su padre tenga la oportunidad de saber la verdad.

Abro la puerta, esperando encontrar un rincón discreto desde donde acercarme al altar sin llamar demasiado la atención.

Lo que encuentro es mi peor pesadilla.

La puerta no conduce a un lateral discreto. Da directamente a un espacio junto al altar, perfectamente visible para toda la congregación. Y peor aún, se abre con un chirrido que parece amplificado en el silencio solemne de la ceremonia.

El tiempo se ralentiza mientras siento cientos de miradas clavándose en mí como dagas. Rostros desconocidos, elegantemente vestidos, con expresiones que van desde la sorpresa inicial hasta la indignación más absoluta. Una mujer mayor con un sombrero extravagante se lleva la mano al pecho como si acabara de presenciar un sacrilegio. Un hombre calvo en primera fila susurra algo a su acompañante sin apartar sus ojos acusadores de mí.

Flashes de cámaras disparan inmediatamente, capturando mi expresión de horror absoluto para la posteridad. Mañana estaré en todas las revistas del corazón, la loca que interrumpió la boda del año.

El sacerdote, un hombre mayor con expresión severa, se interrumpe a media frase. Sus ojos me taladran como si acabara de profanar el templo. Que, técnicamente, quizás he hecho.

Quiero que el suelo se abra y me trague. Quiero desaparecer. Quiero estar en cualquier lugar menos aquí, con mis mejillas ardiendo de vergüenza y mi corazón latiendo tan fuerte que temo que vaya a explotar.

«¿Quién es esa mujer?»

«¿Cómo ha entrado?»

«Qué vulgaridad...»

Los murmullos se extienden por la iglesia como un incendio, cada vez más audibles, cada vez más crueles. Siento las náuseas subiendo por mi garganta. Voy a vomitar. Voy a desmayarme. Voy a morir de vergüenza aquí mismo.

Y entonces lo veo. Enzo. De espaldas a mí inicialmente, girándose lentamente ante la conmoción. Nuestros ojos se encuentran y el mundo entero desaparece por un instante.

Está tan guapo que duele mirarlo. El traje negro hecho a medida resalta sus hombros anchos, su pelo está perfectamente peinado, tan diferente de cómo lo llevaba aquella noche en mi cocina. Pero son sus ojos los que me desarman: verdes, intensos, y ahora abiertos con una mezcla de shock e incredulidad.

A su lado, París Leighton —hermosa como una modelo de revista en su vestido blanco de diseñador— me observa con curiosidad más que con rabia. Casi parece... ¿esperanzada?

No tengo tiempo de analizar su expresión porque, Alejandro Montenegro, se pone de pie en la primera fila. Su rostro es la viva imagen de la furia aristocrática, con las venas de la sien palpitando visiblemente incluso desde donde estoy.

—¿Qué significa esto? —exige, su voz resonando en la iglesia—. ¿Quién es esta mujer? ¿Cómo ha podido entrar?

Los murmullos se intensifican. Alguien suelta una risa despectiva. Veo a periodistas tecleando frenéticamente en sus teléfonos, a invitados susurrando tras sus manos, a fotógrafos ajustando sus cámaras para capturar mejor el drama.

Enzo da un paso hacia mí, ignorando a su padre, ignorando los murmullos, ignorando todo.

—Mía —dice, y mi nombre en sus labios suena como una pregunta y una respuesta al mismo tiempo.

Intento hablar, pero las palabras se atascan en mi garganta. Esto es un error. Un terrible error. Debería haberle mandado un mensaje. Debería haber esperado a que la boda terminara. Debería...

—Lo siento —consigo articular finalmente, mi voz apenas un susurro que, en el silencio expectante, todos parecen escuchar—. No quería interrumpir así. Pero necesito hablar contigo, Enzo. Es importante.

ENZO

El sacerdote habla, pero sus palabras son un zumbido distante en mis oídos. Estoy de pie junto al altar, interpretando el papel que he ensayado: el hijo obediente, el heredero responsable, el novio perfecto para la fusión perfecta.

Pero yo solo puedo pensar en Mía.

París está a mi lado, hermosa y distante como una estatua de mármol. No nos hemos mirado a los ojos en toda la mañana. Ambos sabemos que esto es una farsa, un contrato disfrazado de sacramento.

Mi padre, en primera fila, me observa con esa expresión suya de satisfacción contenida. Por fin, su hijo problemático haciendo lo correcto. Por fin, el rebelde domesticado.

El peso de las expectativas me aplasta. El nudo de la corbata me estrangula. El anillo en mi bolsillo quema como un trozo de carbón ardiente.

Y entonces, el sonido.

Un chirrido de bisagras que no debería abrirse. Un jadeo colectivo de sorpresa. Un murmullo creciente que rompe la solemnidad del momento.

Me giro, como todos los demás, y el mundo se detiene.

Mía.

Está de pie junto a una puerta lateral, paralizada como un animal acorralado. Su expresión de horror absoluto me golpea como un puñetazo en el estómago. Nunca la había visto así: vulnerable, expuesta, aterrorizada.

Los murmullos a mi alrededor se intensifican, crueles y cortantes como cuchillos.

Cada palabra es una bofetada para ella, lo veo en la forma en que se encoge, en el rubor que sube por su cuello hasta sus mejillas. Quiero gritar a todos que se callen, que no tienen derecho a juzgarla, que no saben nada de ella.

De nosotros.

Pero estoy paralizado.

Mi padre se levanta, su voz autoritaria exigiendo explicaciones. Los guardias de seguridad avanzan hacia ella. Y algo primitivo se despierta dentro de mí. Un instinto de protección tan poderoso que me sorprende.

—Mía —su nombre escapa de mis labios antes de que pueda pensarlo.

Nuestros ojos se encuentran a través del caos, y por un segundo, solo existimos nosotros dos. Veo el miedo en su mirada, pero también algo más. Una determinación que conozco bien. Es tan hermosa que me duele mirarla.

—Lo siento —dice, su voz apenas audible sobre los murmullos—. No quería interrumpir así. Pero necesito hablar contigo, Enzo. Es importante.

Mi padre se interpone, su presencia como una montaña entre nosotros.

—Lorenzo, vuelve a tu lugar —ordena—. Esta... persona será escoltada fuera inmediatamente.

Veo a los guardias acercándose a ella, y algo se rompe dentro de mí. No permitiré que la toquen. No permitiré que la humillen más.

Estoy a punto de moverme cuando sus palabras atraviesan el aire como una flecha:

—Estoy embarazada.

El tiempo se detiene.

El sonido desaparece.

El mundo entero se reduce a esas dos palabras.

Embarazada.

Mi mente viaja instantáneamente a aquella noche en su cocina. La pasión desenfrenada. Su piel bajo mis manos. La decisión impulsiva de no usar protección. El momento de éxtasis cuando me derramé dentro de ella, marcándola de la forma más primitiva posible.

Un hijo. Mi hijo. Nuestro hijo.

Las imágenes se suceden en mi mente como relámpagos: un bebé con sus ojos y mi sonrisa. Mía sosteniendo a nuestro hijo. Yo enseñándole a caminar, a nadar, a ver el mundo a través de una cámara. Una familia. Mi familia.

Algo cambia dentro de mí en ese instante. Como si todas las dudas, todos los miedos, todas las inseguridades que me han atormentado durante años se disolvieran como niebla bajo el sol.

Porque por primera vez en mi vida, veo con perfecta claridad.

Mi padre sigue hablando, exigiendo explicaciones, pero su voz es un ruido distante. París está inmóvil a mi lado, pero apenas registro su presencia. Los invitados murmuran, los fotógrafos disparan sus cámaras, pero nada de eso importa.

Lo único que importa es Mía, de pie en medio de la tormenta que ha desatado, vulnerable pero indomable.

Me muevo hacia ella como si una fuerza invisible me atrajera. Paso junto a mi padre, junto a los guardias de seguridad, mis ojos nunca abandonando los suyos.

Cuando llego a su lado, tan cerca que puedo ver las pecas doradas en su nariz, solo puedo preguntar:

—¿Es verdad?

Su respuesta es un asentimiento casi imperceptible. Saca algo de su bolsillo —un test de embarazo— y me lo muestra con manos temblorosas.

Lo tomo, veo las dos líneas rojas, y algo explota dentro de mi pecho. Una mezcla imposible de terror y euforia, de miedo y certeza absoluta.

Voy a ser padre.

Y en ese momento, todos los miedos que me han atormentado durante semanas se disuelven como niebla bajo el sol. Porque por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero. Lo que necesito.

Me giro hacia la congregación. Hacia París, que me mira con una expresión que parece casi... ¿alivio? Hacia mi padre, cuyo rostro es una máscara de furia contenida. Hacia los invitados, los periodistas, los fotógrafos, todos esperando mi reacción como buitres.

—Lo siento —digo, y mi voz suena más firme de lo que me siento—. No puedo seguir con esto.

El caos estalla a mi alrededor. Mi padre grita, los invitados se levantan de sus asientos, los flashes de las cámaras disparan incesantemente. Pero nada de eso importa. Lo único que importa es proteger a Mía de este circo mediático, darle un momento de paz para hablar, para procesar lo que está sucediendo.

Tomo su mano sin pensarlo, el contacto tan natural como respirar. La guío lejos del altar, hacia una puerta lateral que sé que conduce a un pequeño despacho. Necesitamos hablar. A solas. Sin la presión de cientos de ojos juzgándonos.

—¡Lorenzo! —la voz de mi padre corta el aire como un látigo—. ¡Si sales por esa puerta, olvídate de todo! ¡De la empresa, de tu herencia, de tu apellido!

Me detengo. No por mí, sino por Mía. Por nuestro hijo.

¿Qué clase de futuro puedo ofrecerles si lo pierdo todo? ¿Si no soy nadie? ¿Si no tengo nada que darles excepto un apellido manchado y un padre desheredado?

Por un segundo, la duda me paraliza. Toda mi vida he sido definido por mi apellido, por mi posición, por mi herencia. ¿Quién soy sin todo eso? ¿Qué puedo ofrecerle a Mía? ¿A nuestro hijo?

Pero entonces la miro, a sus ojos que contienen un universo de miedo, esperanza y algo más profundo que no me atrevo a nombrar. Y comprendo que no importa. Que ningún imperio, ninguna fortuna, ningún apellido vale la pena si significa perderla a ella. Perderlos a ellos.

Porque sin ellos, todos esos privilegios están vacíos. Sin ellos, yo estoy vacío.

Aprieto su mano con más fuerza y continuamos hacia la puerta. La abro y la guío al interior del pequeño despacho, cerrando tras nosotros.

Por un momento, en el silencio repentino de la habitación, nos miramos. Hay tanto que decir, tanto que procesar, tanto que decidir. Pero antes de que pueda formar una sola palabra, escucho los pasos acercándose por el pasillo. La tormenta nos ha seguido.

Y mientras me preparo para enfrentar a mi padre, a mi familia, al mundo entero si es necesario, una certeza brilla en mi interior como una estrella recién nacida:

Por primera vez en mi vida, estoy exactamente donde debo estar. Haciendo exactamente lo que debo hacer.

Protegiendo a la mujer que, sin saberlo, me ha dado el regalo más precioso de todos: la libertad de elegir mi propio destino.

CAPÍTULO 17

ENZO

El silencio en el pequeño despacho dura exactamente tres segundos. Tres latidos de corazón en los que Mía y yo nos miramos, perdidos en un momento que parece suspendido fuera del tiempo. Tres respiraciones durante las cuales me permito sentir algo parecido a la esperanza.

Y entonces, la puerta se abre de golpe.

Mi padre entra como una tormenta, su rostro contraído en una máscara de furia que reconozco demasiado bien. Le siguen París, todavía en su vestido de novia; Javier, con una expresión que oscila entre la preocupación y la determinación; Valentina, que inmediatamente se coloca junto a Mía; y un séquito de ejecutivos y abogados cuyas caras apenas registro.

Instintivamente, me muevo para situarme entre Mía y mi padre. Es un gesto primitivo, casi animal: proteger lo que es importante. Lo que es mío.

—¿Has perdido completamente la cabeza? —La voz de mi padre corta el aire como un látigo—. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer?

No respondo inmediatamente. Siento la presencia de Mía detrás de mí, su respiración agitada, la vulnerabilidad que emana de ella en oleadas. Me recuerda que, a pesar de su fuerza habitual, en este momento está expuesta, juzgada, fuera de su elemento.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo, padre —respondo, manteniendo mi voz deliberadamente calmada—. Por primera vez en mucho tiempo.

Mi padre suelta una risa sin humor, una que he escuchado demasiadas veces. La risa que reserva para cuando considera que alguien ha dicho algo particularmente estúpido.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que has destruido? —continúa, cada palabra cargada de desprecio—. ¡Una fusión de quinientos millones de euros!

¡Una alianza estratégica que llevamos años planeando! ¡El futuro de todo el grupo Montenegro!

—Alejandro —interviene Gerald Leighton, el padre de París, con un tono sorprendentemente medido—, quizás deberíamos discutir esto en privado. La prensa...

—¡Al diablo con la prensa! —estalla mi padre—. ¡Mi hijo acaba de humillar a tu hija frente a cuatrocientos invitados y medio mundo! ¡Ha convertido nuestra boda en un circo mediático!

París, que ha permanecido en silencio hasta ahora, da un paso adelante. Hay algo en su postura, en la forma en que sus hombros se han relajado, que me llama la atención.

—Papá, Alejandro —dice, con una calma que contrasta brutalmente con la tensión de la sala—, nadie me ha humillado.

Todos los ojos se vuelven hacia ella. Mi padre parpadea, momentáneamente desconcertado.

—París, cariño —dice Gerald, con ese tono condescendiente que los hombres poderosos reservan para sus hijas—, entiendo que quieras ser diplomática, pero...

—No estoy siendo diplomática —lo interrumpe ella, y hay una firmeza en su voz que nunca le había escuchado—. Estoy siendo honesta. Enzo y yo nunca quisimos este matrimonio. Todos lo sabemos.

El silencio que sigue a sus palabras es denso, cargado de implicaciones. Mi padre mira a París como si acabara de hablar en un idioma alienígena.

—¿De qué estás hablando? —pregunta finalmente—. Los dos habéis estado comprometidos durante meses. Habéis asistido a eventos juntos...

—Hemos interpretado los papeles que nos asignaron —responde París, y por primera vez veo un destello de la mujer que se esconde detrás de la

heredera perfecta—. Como buenos hijos. Como piezas en vuestro tablero corporativo.

Miro a París con una nueva apreciación. Siempre la consideré parte del problema, otra víctima quizás, pero esencialmente alineada con los planes de nuestros padres. Nunca imaginé que tendría el valor de hablar así, de exponer la farsa que ambos hemos estado viviendo.

—Esto es absurdo —murmura mi padre, pasándose una mano por el pelo perfectamente peinado—. Gerald, ¿vas a permitir que tu hija hable así?

Gerald Leighton estudia a París con una expresión indescifrable.

—¿Es esto cierto? —le pregunta—. ¿No querías casarte con Lorenzo?

París sostiene la mirada de su padre sin vacilar.

—Lo siento, papá —responde suavemente—. Pero no. No de esta manera. No por estas razones. Jamás me has dado la opción de decidir.

Gerald asiente lentamente, como procesando información. Luego se vuelve hacia mi padre.

—Parece que tenemos que reconsiderar algunos aspectos de nuestra... colaboración, Alejandro.

Mi padre parece a punto de explotar. Su rostro ha adquirido un tono púrpura que sería preocupante si no estuviera tan familiarizado con sus arrebatos de ira.

—¿Reconsiderar? —escupe la palabra como si fuera veneno—. ¡No hay nada que reconsiderar! ¡Hemos firmado acuerdos preliminares! ¡Hay cláusulas de penalización!

—Que podemos renegociar —responde Gerald con calma—. Somos hombres de negocios, después de todo. Siempre hay alternativas.

La expresión de mi padre cambia entonces, como si hubiera recordado algo crucial. Se gira hacia mí, sus ojos entornados en una mirada calculadora que conozco demasiado bien.

—¿Y tú? —pregunta, señalando a Mía con un gesto despectivo—. ¿Vas a tirar tu futuro por... esto? ¿Por una cocinera que afirma estar embarazada de ti?

Siento que Mía se tensa detrás de mí. No necesito verla para saber que sus mejillas se han encendido, que sus ojos brillan con indignación contenida. La conozco lo suficiente para imaginar su reacción exacta a ser llamada «esto» por mi padre.

—Su nombre es Mía Vargas —respondo, mi voz peligrosamente baja—. Es chef principal de Villa Azul. Y sí, está embarazada de mi hijo.

—¿Y cómo sabes que es tuyo? —pregunta mi padre, con una crueldad calculada que me deja sin aliento—. ¿Cómo sabes que no es un truco para atrapar a un Montenegro?

Algo se rompe dentro de mí. Un dique que ha estado conteniendo años de resentimiento, de rabia silenciosa, de conformidad forzada.

—¡Suficiente! —exclamo, mi voz resonando en las paredes del pequeño despacho—. No te atrevas a hablar así de ella. No te atrevas a insinuar...

—Enzo.

La voz de Mía, suave pero firme, me detiene. Siento su mano en mi brazo, un toque ligero, pero anclante. Me giro para mirarla y lo que veo me desarma: dignidad. Pura y simple dignidad ante el insulto.

—No necesito que me defiendas —dice, sus ojos fijos en los míos—. No de él.

Se adelanta entonces, enfrentándose directamente a mi padre. Es más baja que él por al menos treinta centímetros, pero en este momento parece la persona más imponente de la habitación.

—Señor Montenegro —dice, con una calma que contradice el temblor casi imperceptible de sus manos—, entiendo su enfado. He interrumpido la boda de su hijo. He alterado sus planes. Pero le aseguro que no tengo ningún interés en «atrapar» a nadie. No necesito el apellido Montenegro ni su dinero.

Mi padre la mira con una mezcla de sorpresa e incredulidad, como si no pudiera concebir que alguien, y mucho menos una mujer en su posición, le hablara así.

—Lo único que quería —continúa Mía— era que Enzo supiera la verdad antes de casarse. Lo que haga con esa información es asunto suyo.

Sus palabras me golpean con fuerza. «Lo que haga con esa información es asunto suyo.» Como si ella no esperara nada de mí. Como si estuviera preparada para criar a nuestro hijo sola si yo decidiera seguir con la boda.

La idea me resulta tan absurda, tan completamente inconcebible, que casi río. ¿Cómo podría elegir un matrimonio vacío sobre ella? ¿Sobre nuestro hijo?

—Bueno, ya has conseguido lo que querías —dice mi padre con desprecio —. Has arruinado una boda de dos millones de euros y posiblemente una fusión de quinientos millones. Espero que estés satisfecha.

—Padre —interviene Javier, hablando por primera vez desde que entraron —, esto no es culpa de Mía.

Todos nos giramos hacia él, sorprendidos. Mi hermano, siempre tan comedido, tan diplomático, raramente contradice a nuestro padre en público.

—Si alguien tiene la culpa —continúa Javier—, somos nosotros. Por permitir que nos manipularas durante años. Por aceptar que nuestras vidas fueran piezas en tu tablero corporativo.

Mi padre mira a Javier como si acabara de abofetearlo.

—¿Tú también? —pregunta, la incredulidad dando paso a algo más oscuro —. ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Después de perdonarte por tu... aventura con esa mujer?

Señala a Valentina, que se tensa visiblemente. Javier da un paso protector hacia ella, un eco de mi propio gesto anterior con Mía.

—No perdonaste nada —responde Javier con una calma que admiro—. Me diste un ultimátum. Y elegí a Valentina, como Enzo está eligiendo a Mía ahora.

Mi padre nos mira alternativamente, como si no pudiera creer lo que está escuchando. Sus hijos, sus herederos, desafiándolo abiertamente.

—Así que esto es una rebelión —dice finalmente, su voz fría como el hielo —. Mis dos hijos, tirando por la borda todo lo que he construido para ellos.

—No, padre —respondo, encontrando una calma que no sabía que poseía —. Es una negociación.

Todos me miran, sorprendidos por mi cambio de tono.

—Javier renunció completamente a la empresa porque le obligaste a elegir —continúo—. No cometerás el mismo error conmigo.

Mi padre entorna los ojos, suspicaz pero interesado.

—¿Qué propones?

—Seguiré siendo el director financiero del grupo —digo, las palabras formándose a medida que pienso—. Pero trabajaré principalmente desde Marbella, con viajes a Madrid cuando sea necesario. No renunciaré a mi hijo. No renunciaré a estar presente en su vida.

Mi padre me estudia, calculando, evaluando.

—¿Y la fusión con los Leighton? —pregunta finalmente.

—Como dije antes —interviene Gerald Leighton—, siempre hay alternativas a un matrimonio. Podemos explorar otras formas de colaboración.

—Una unión específica para los proyectos en el extranjero —sugiere Javier, siempre el estratega—. O una alianza para la nueva cadena de hoteles boutique.

Mi padre mira a Gerald, luego a París, después a nosotros. Puedo ver los engranajes girando en su mente, recalculando, adaptándose. Si hay algo que Alejandro Montenegro sabe hacer, es encontrar la forma de salir ganando incluso en las peores circunstancias.

—Tengo que pensar en esto —dice finalmente—. Mientras tanto, tenemos cuatrocientos invitados esperando una explicación y docenas de periodistas

especulando sobre lo que acaba de ocurrir.

Se gira hacia uno de sus asistentes, que ha permanecido discretamente en un rincón.

—Convoca al gabinete de crisis de prensa —ordena—. Quiero un comunicado redactado en treinta minutos. Algo sobre... diferencias irreconciliables descubiertas en el último momento. Nada de embarazos ni escándalos.

El asistente asiente y sale rápidamente.

Mi padre se vuelve hacia Gerald Leighton.

—Deberíamos hablar en privado sobre cómo manejar esto —dice, su tono nuevamente profesional—. Minimizar el daño para ambas familias.

Gerald asiente, y ambos patriarcas se dirigen hacia la puerta. París los sigue, pero se detiene un momento junto a mí.

—Gracias —susurra, tan bajo que solo yo puedo oírla—. Y felicidades. Por el bebé.

Hay una sinceridad en sus ojos que me sorprende. Y algo más, algo que parece casi... ¿anhelo? Se va antes de que pueda responder, dejándome con la sensación de que hay mucho más en París Leighton de lo que jamás imaginé.

Poco a poco, la habitación se vacía. Javier y Valentina son los últimos en salir, mi hermano dándome un apretón en el hombro que dice más que mil palabras. Un gesto que significa «estoy contigo» y «hablaremos después» y «estoy orgulloso de ti», todo a la vez.

Y entonces, finalmente, nos quedamos solos Mía y yo.

El silencio entre nosotros es denso, cargado de todo lo que aún no hemos dicho. De todo lo que necesitamos decir. Mía está de pie junto a la ventana, la luz del atardecer dibujando su perfil como en una de mis fotografías. Nunca me ha parecido más hermosa que ahora, con su dignidad intacta después de

enfrentarse a mi padre, con el conocimiento de que lleva a nuestro hijo dentro de ella.

Abro la boca para hablar, para decirle todo lo que siento, todo lo que ha cambiado en mí desde que pronunció esas dos palabras que han alterado el curso de mi vida.

Pero antes de que pueda formar una sola frase, la puerta se abre nuevamente.

—Señor Montenegro —dice uno de los asistentes de mi padre—, su presencia es requerida urgentemente. Los invitados están empezando a marcharse y la prensa está especulando salvajemente.

Miro a Mía, nuestros ojos encontrándose en una conversación silenciosa. Hay tanto que decir. Tanto que aclarar. Tanto que decidir.

—Ve —dice ella suavemente—. Yo... estaré en Villa Azul. Cuando termines con todo esto.

Asiento, sintiendo que me desgarran en dos direcciones. El deber familiar tirando de un lado, esta nueva vida que apenas puedo imaginar tirando del otro.

—Hablaremos —prometo, poniendo en esas dos palabras todo lo que no puedo expresar ahora—. Tenemos mucho de qué hablar.

Ella asiente, una sonrisa tenue curvando sus labios.

—Mucho —confirma.

Y mientras salgo para enfrentar el caos que hemos creado, una certeza brilla en mi interior como una estrella recién nacida: mi vida ha cambiado para siempre. Y por primera vez en mucho tiempo, eso no me aterra.

Me llena de esperanza.

CAPÍTULO 18

MÍA

—Te juro que no hace falta que te quedes conmigo —le digo a Valentina por tercera vez mientras me acompaña hasta la puerta trasera de Villa Azul—. No estoy al borde de un colapso nervioso ni necesito una sesión de terapia con helado y «Cuando Harry encontró a Sally».

—Interrumpiste una boda, Mía —me recuerda, como si existiera alguna posibilidad de que lo hubiera olvidado en las dos horas transcurridas—. Una boda con cuatrocientos invitados, docenas de periodistas y un novio millonario que resulta ser el padre de tu hijo. Creo que eso justifica al menos un litro de chocolate belga.

—Lo que justifica es que me dejes sola para procesar el hecho de que acabo de convertir mi vida en el argumento de una telenovela —respondo, buscando las llaves en mi bolso—. «La chef y el heredero: un amor imposible». Estreno esta noche a las nueve.

Valentina suelta una risita a pesar de su evidente preocupación. Me conoce lo suficiente para saber que el sarcasmo es mi mecanismo de defensa preferido. Cuanto más mordaz me vuelvo, más vulnerable me siento.

—¿Seguro que estarás bien? —pregunta, su expresión tornándose seria—. Enzo vendrá en cuanto termine con... bueno, con el desastre que hemos dejado atrás.

Un escalofrío me recorre la columna al pensar en la conversación que me espera. En las decisiones que tendremos que tomar. En el futuro que, de alguna forma, hemos creado juntos sin proponérnoslo.

—Estaré bien —afirmo con más seguridad de la que siento—. Soy una mujer adulta perfectamente capaz de tener una conversación civilizada sobre

paternidad compartida con el hombre cuya boda acabo de arruinar. Totalmente normal. Prácticamente rutinario.

Valentina me abraza, ignorando mi sarcasmo, y me sorprendo a mí misma aferrándome a ella más tiempo del necesario.

—Avísame si me necesitas —dice al separarse—. A cualquier hora. Estoy a solo dos pasos de ti.

—Ve con Javier —le digo, empujándola suavemente hacia el pasillo—. Él también ha tenido un día complicado.

Cuando finalmente se marcha, me quedo sola en la cocina silenciosa de Villa Azul. El reloj marca las siete de la tarde, la hora en que normalmente estaría preparándome para el servicio de cena. Pero hoy no es un día normal. Hoy es el día en que he descubierto que estoy embarazada, he interrumpido la boda del siglo, he anunciado mi estado frente a la alta sociedad española, y he enfrentado a Alejandro Montenegro, todo en el espacio de unas pocas horas.

Felicidades, Vargas. Has superado tu propio récord de decisiones impulsivas con consecuencias catastróficas.

Me siento en un taburete y, por primera vez desde que vi las dos líneas en el test esta mañana, me permito un momento de pánico puro y sin adulterar.

Voy a ser madre. Yo. Mía Vargas. La mujer que quema las tostadas cuando está distraída (y eso que soy chef). La que olvidó regar un cactus hasta que murió. La que nunca ha podido mantener una relación por más de ocho meses.

¿Cómo demonios voy a criar a un ser humano?

—Respira —me digo en voz alta, colocando instintivamente una mano sobre mi vientre todavía plano—. Solo son... ¿cuánto? ¿Nueve meses de embarazo y luego unos veinte años de crianza? Pan comido.

Una risa histérica amenaza con escapar de mi garganta. La suprimo mordiendo mi labio inferior. No. No voy a desmoronarme ahora. He enfrentado cocinas infernales dirigidas por chefs tiranos. He sobrevivido a

críticos gastronómicos despiadados. He aguantado treinta y dos años de mi madre. Puedo manejar un embarazo.

Intento distraerme haciendo algo útil. Abro la nevera y saco ingredientes para preparar una salsa para la pasta de mañana. Cortar, picar, saltear... movimientos automáticos que normalmente me calman. Pero hoy mis manos parecen pertenecer a otra persona. Casi me corto dos veces, derramo aceite en la encimera, y por poco confundo el azúcar con la sal.

—Concéntrate, por el amor de Dios —me regaño en voz alta—. Has hecho esta salsa mil veces.

Pero mi mente sigue volviendo a la imagen de Enzo en el altar, girándose al oír el chirrido de la puerta, sus ojos encontrando los míos. A la expresión de su rostro cuando le dije que estaba embarazada. A la firmeza con que tomó mi mano y me sacó de allí, enfrentándose a su padre, arriesgando todo por... ¿por qué exactamente?

¿Por el bebé? ¿Por honor? ¿Por... mí?

No. No voy a permitirme siquiera pensar en esa posibilidad. Enzo Montenegro no canceló su boda porque esté enamorado de mí. Lo hizo porque es un hombre honorable que asume sus responsabilidades. Porque no quiere ser un padre ausente como tantos otros.

Y eso está bien. Es más de lo que muchas mujeres en mi situación pueden esperar.

Pero no es suficiente para mi corazón, que lo anhela. No es suficiente para construir algo real.

Abandono el intento de cocinar cuando me doy cuenta de que he estado removiendo la misma cebolla durante cinco minutos. Esto es ridículo. Soy chef profesional, por el amor de Dios. He cocinado para críticos gastronómicos, para políticos, para celebridades. Y aquí estoy, incapaz de hacer una simple

salsa de tomate porque no puedo dejar de pensar en un par de ojos verdes y una sonrisa torcida.

Y en el hecho de que hay un pequeño ser creciendo dentro de mí. Un ser que es mitad yo, mitad Enzo. Un ser que en unos meses tendrá nombre, rostro, personalidad.

Dios mío, voy a ser madre.

La realidad me golpea por enésima vez hoy, dejándome sin aliento. ¿Y si lo hago mal? ¿Y si resulto ser terrible en esto? Mi propia madre y yo apenas podemos mantener una conversación sin discutir. ¿Qué garantía tengo de que no cometeré los mismos errores con mi hijo?

—Cálmate —me digo, acariciando inconscientemente mi vientre—. No estarás sola en esto.

Y esa es otra cuestión. Enzo y yo tendremos que encontrar alguna forma de criar a este niño juntos. De tomar decisiones juntos. De ser padres juntos. Sin estar juntos. Porque eso es lo que voy a proponerle, ¿verdad? Una relación de co-crianza, no una relación romántica basada en la obligación.

Subo a mi habitación, necesitando un momento para refrescarme y, quizás, recuperar algo de dignidad. El espejo del baño me devuelve una imagen que me hace soltar un gemido de frustración. Tengo el maquillaje corrido, el pelo hecho un desastre, y una mancha de algo (¿salsa? ¿lágrimas? ¿la sangre de mis enemigos?) en la mejilla.

—Muy atractivo, Vargas —murmuro mientras me lavo la cara—. Muy digno de la protagonista de una comedia romántica.

Me cambio el vestido por unos jeans cómodos y una camiseta, consciente de que probablemente debería hacer un esfuerzo mayor por mi apariencia dado que estoy a punto de tener La Conversación con el padre de mi hijo. Pero sinceramente, si Enzo va a formar parte de mi vida durante los próximos

dieciocho años como mínimo, más le vale acostumbrarse a verme en mi estado natural.

Además, ya me ha visto desnuda. Y embarazada. Y arruinando su boda. Difícilmente puedo caer más bajo en la escala de primeras veces.

Vuelvo a bajar, inquieta, incapaz de quedarme quieta. Paso por el comedor, donde los camareros están preparando las mesas para la cena. Me miran con una mezcla de curiosidad y respeto, como si de repente me hubiera convertido en una celebridad local. Lo cual, técnicamente, probablemente sea cierto a estas alturas. Apuesto a que «chef embarazada interrumpe boda millonaria» ya es trending topic en Twitter.

—¿Necesita algo, chef? —pregunta Martín, el maître, con una solicitud que nunca antes había mostrado.

—Estoy bien —respondo, forzando una sonrisa—. Solo comprobando que todo está en orden.

—Completamente, chef —asegura—. Puede... descansar tranquila.

Descansar. Como si pudiera. Como si mi cerebro no estuviera funcionando a mil revoluciones por minuto, imaginando escenarios, preparando discursos, anticipando reacciones.

Vuelvo a la cocina, mi refugio, mi territorio. Me siento en un taburete alto y saco mi teléfono. Tres llamadas perdidas de mi madre (que probablemente ya ha visto las noticias), doce mensajes de amigos y ex-compañeros de Madrid, y un correo electrónico de una revista del corazón ofreciéndome dinero por una «entrevista exclusiva».

Fantástico. Ahora soy material de tabloides.

Ignorando todo, abro el navegador y, en un momento de debilidad absoluta, busco «co-crianza con ex pareja». Los resultados son tan predecibles como inútiles. «10 consejos para una co-crianza exitosa». «Cómo mantener límites saludables con tu ex». «Comunicación efectiva para padres separados».

Separados. Ex. Como si Enzo y yo hubiéramos tenido alguna vez una relación real que pudiera romperse. Como si hubiéramos sido algo más que una noche de pasión seguida de un silencio incómodo de seis semanas.

Y ahora, de repente, somos padres. Socios en la crianza de un ser humano. Unidos para siempre por un vínculo más fuerte que cualquier matrimonio.

La ironía no se me escapa.

Cierro el navegador, asqueada conmigo misma. Esto no está ayudando. Necesito un plan. Una estrategia. Un guion para cuando Enzo llegue.

Me levanto y comienzo a caminar de un lado a otro de la cocina, ensayando mentalmente lo que voy a decir.

«Enzo, agradezco que hayas cancelado tu boda por el bebé, pero no quiero que te sientas obligado a tener una relación conmigo.»

No, demasiado formal.

«Mira, Montenegro, seamos prácticos. Vamos a ser padres, pero eso no significa que tengamos que fingir ser una pareja.»

Demasiado brusco.

«¿Qué te parece si criamos al bebé juntos pero cada uno sigue con su vida amorosa por separado? Tú puedes seguir siendo el playboy de siempre y yo... bueno, yo estaré demasiado ocupada vomitando durante tres meses como para pensar en citas.»

Ugh, terrible.

Esto es ridículo. Estoy actuando como una adolescente, no como una mujer adulta a punto de ser madre. Necesito ser directa, honesta, madura. Necesito...

El sonido de un motor interrumpe mis pensamientos. Me asomo por la ventana de la cocina y veo un coche familiar estacionando en la entrada trasera. El Range Rover de Enzo.

Mi corazón comienza a latir tan fuerte que puedo sentirlo en mis oídos. El momento ha llegado. La conversación que determinará cómo será nuestra *no*

relación durante las próximas dos décadas, como mínimo.

Respiro hondo, intentando calmarme. Puedo hacer esto. Soy Mía Vargas, chef principal de Villa Azul. He sobrevivido a cocinas dirigidas por tiranos franceses, a críticos gastronómicos despiadados, y a mi propia madre. Puedo manejar una conversación sobre paternidad compartida con Enzo Montenegro.

Incluso si cada vez que lo miro siento que mi corazón quiere salirse de mi pecho.

Incluso si, contra toda lógica y sentido común, me he enamorado perdidamente de él.

Escucho sus pasos acercándose a la puerta trasera, luego unos nudillos golpeando suavemente la madera. El momento de la verdad ha llegado.

Es hora de enfrentar al padre de mi hijo.

CAPÍTULO 19

MÍA

Tres golpes suaves en la puerta. Ni demasiado fuertes como para parecer impacientes, ni demasiado débiles como para sugerir duda. Tres golpes perfectamente medidos, como todo lo que hace Enzo Montenegro.

Respiro hondo, pasándome las manos por los jeans para secar el sudor de mis palmas. Esto es ridículo. He sobrevivido a los comentarios pasivo-agresivos de mi madre durante décadas. He interrumpido una boda frente a cuatrocientos invitados, por el amor de Dios. Puedo manejar una simple conversación sobre crianza compartida.

Abro la puerta y ahí está él. Enzo Montenegro en toda su gloria, con el pelo ligeramente despeinado, la corbata aflojada y los primeros botones de la camisa desabrochados. Parece agotado, con sombras bajo sus ojos que hablan de horas de tensión y estrés. Y, sin embargo, sigue siendo ridículamente guapo, lo cual es francamente injusto dadas las circunstancias.

—Hola —dice simplemente, su voz más ronca de lo habitual.

—Hola —respondo, odiando lo incierta que suena mi propia voz.

Nos quedamos así un momento, mirándonos como dos extraños que compartieron algo demasiado íntimo demasiado rápido. Lo cual, supongo, es exactamente lo que somos.

Finalmente, me hago a un lado para dejarlo entrar. Él da un paso adelante, y entonces, sin previo aviso, sin decir una palabra, se arrodilla frente a mí.

—¿Qué estás...? —comienzo a preguntar, pero las palabras mueren en mi garganta cuando sus manos, esas manos que conozco demasiado bien, se posan con reverencia sobre mi vientre todavía plano.

Y luego, en un gesto que me roba el aliento, presiona sus labios suavemente contra la tela de mi camiseta, justo encima de donde crece nuestro hijo.

El tiempo se detiene. Mi corazón se salta varios latidos. Un calor que no tiene nada que ver con el deseo y todo que ver con algo mucho más peligroso se expande desde ese punto de contacto hasta cada rincón de mi ser.

Es un momento tan íntimo, tan vulnerable, tan completamente inesperado que me encuentro paralizada, incapaz de moverme, incapaz siquiera de respirar.

Cuando finalmente levanta la mirada, sus ojos están brillantes con algo que se parece sospechosamente a lágrimas contenidas.

—Hola a ti también, pequeño —susurra contra mi vientre.

Y eso es todo. Estoy perdida. Completamente, irremediablemente perdida.

No, no, no. No puedo dejar que esto me afecte así. No puedo confundir su evidente emoción por el bebé con sentimientos hacia mí. No puedo construir castillos en el aire basados en un gesto que, aunque hermoso, solo confirma lo que ya sabía: Enzo Montenegro será un padre maravilloso.

Pero eso no significa que deba ser mi pareja.

Se incorpora lentamente, y tengo que dar un paso atrás para recuperar mi espacio personal y, con suerte, algo de mi compostura.

—Lo siento —dice, aunque no parece arrepentido en absoluto—. No he podido evitarlo.

—Está bien —respondo, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto defensivo—. Es... comprensible.

Nos movemos hacia la cocina, ese territorio que considero mío, donde quizás pueda recuperar algo de control sobre esta situación y sobre mis traicioneras emociones.

—¿Quieres algo de beber? —ofrezco, más por tener algo que hacer con mis manos que por verdadera hospitalidad—. Tengo agua, zumo, té...

—Agua está bien —responde, sentándose en uno de los taburetes de la isla central.

Le sirvo un vaso y me preparo uno para mí, aunque lo que realmente necesito es algo mucho más fuerte. Lástima que el alcohol esté prohibido durante los próximos nueve meses.

Nueve meses. Dios mío.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de todas las cosas que necesitamos decir. Finalmente, decido que alguien tiene que ser adulto aquí, y aparentemente me toca a mí.

—Enzo, sobre lo que pasó hoy... —comienzo, pero él me interrumpe.

—Antes que nada, quiero que sepas que no me arrepiento —dice con una firmeza que me sorprende—. De nada. Ni de aquella noche, ni de cancelar la boda, ni de enfrentarme a mi padre. Y ciertamente no me arrepiento de este bebé.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero solo hacen que mi determinación se fortalezca. Es exactamente lo que diría un hombre honorable que se siente obligado a «hacer lo correcto».

—Me alegra oír eso —respondo, midiendo cuidadosamente mis palabras—. Pero quiero que sepas que no tienes ninguna obligación conmigo.

Él frunce el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres?

—A que entiendo perfectamente que cancelaras tu boda —explico, intentando mantener mi voz firme y racional—. Es lo que cualquier persona decente haría al descubrir que va a ser padre. Pero eso no significa que tengas que... que nosotros tengamos que...

Las palabras se me atoran en la garganta. ¿Por qué es tan difícil decir esto?

—¿Que tengamos que qué? —pregunta, sus ojos verdes fijos en los míos con una intensidad que me desconcierta.

—Que tengamos que estar juntos —logro decir finalmente—. Románticamente, quiero decir. Podemos ser buenos co-padres sin necesidad

de forzar una relación que solo existe por el bebé.

Algo parpadea en sus ojos, tan rápido que casi lo pierdo. ¿Sorpresa? ¿Decepción? ¿Ambos?

—Ya veo —dice lentamente, como procesando mis palabras—. Estás diciendo que no quieres que estemos juntos.

No es exactamente lo que estoy diciendo. Lo que quiero decir es que no quiero que esté conmigo por obligación, que no quiero ser un deber, una responsabilidad, un sacrificio. Que no podría soportar ver en sus ojos, meses o años después, el arrepentimiento por la vida que dejó atrás por nosotros.

Pero no puedo decir nada de eso sin revelar demasiado. Sin mostrar que estoy enamorada de él como una adolescente con su primer *crush*, patética e irremediablemente.

—Estoy diciendo que no tienes que estar conmigo solo porque vamos a tener un hijo —aclaro, eligiendo mis palabras con cuidado—. Que podemos encontrar un arreglo que funcione para ambos, para el bebé, sin complicar las cosas con... sentimientos que no existen.

Enzo me mira durante un largo momento, como si estuviera estudiando un mapa particularmente complejo. Finalmente, asiente.

—Entiendo —dice, y hay algo en su tono que no puedo descifrar—. Si eso es lo que quieres, lo respetaré.

Su aceptación tan fácil es como un puñetazo en el estómago. ¿Qué esperaba? ¿Que protestara? ¿Que declarara un amor eterno que nunca ha sentido? Esto es exactamente lo que quería, lo que pedí. Entonces, ¿por qué se siente como una derrota?

—Bien —digo, intentando sonar aliviada en lugar de devastada—. Me alegra que estemos de acuerdo.

—Pero —continúa, y hay un brillo en sus ojos que me pone inmediatamente en alerta—, hay ciertas cosas en las que voy a insistir.

—¿Como qué? —pregunto, súbitamente cautelosa.

—Como estar presente en cada momento importante de este embarazo —responde, contando con los dedos—. Cada revisión médica, cada ecografía, cada clase de preparación al parto.

—Eso es... razonable —concedo, aunque la idea de tenerlo tan cerca, tan constantemente, me aterroriza y emociona a partes iguales.

—Y voy a mudarme a Marbella —añade, como si estuviera comentando el clima—. De hecho, voy a mudarme aquí, a Villa Azul.

Por un segundo, creo que he oído mal.

—¿Disculpa? —pregunto, segura de que esto es algún tipo de broma—. ¿Has dicho que vas a mudarte a Villa Azul?

—Exactamente —confirma, con esa sonrisa torcida suya que siempre me hace querer abofetearlo y besarlo al mismo tiempo—. Quiero estar cerca del bebé. De ti. Para cualquier cosa que necesites.

—Ni hablar —respondo automáticamente—. Absolutamente no. De ninguna manera.

—¿Por qué no? —pregunta con fingida inocencia—. Tiene todo el sentido del mundo. Villa Azul tiene habitaciones disponibles, yo necesito un lugar para quedarme en Marbella, y así estaré cerca para lo que haga falta.

—Porque... porque... —balbuceo, buscando una razón que no sea «porque no podré resistirme a ti si te veo todos los días»—. Porque complicaría las cosas. Porque la gente hablaría. Porque necesitamos establecer límites claros si vamos a hacer esto de la co-crianza.

—Los límites están claros —responde, encogiéndose de hombros—. Tú no quieres una relación romántica, yo lo respeto. Pero eso no significa que no pueda ser un inquilino en vuestro hotel. A menos, claro, que estés rechazando mi dinero, lo cual sería una decisión comercial cuestionable.

Lo miro boquiabierta. El muy cabrón me tiene acorralada y lo sabe. No puedo negarle una habitación sin parecer irracional o, peor aún, sin admitir que su presencia me afecta demasiado.

—Esto es una locura —digo finalmente—. ¿Qué pasa con tu trabajo en Madrid? ¿Con tu apartamento? ¿Con tu vida allí?

—Mi padre ha aceptado a regañadientes que trabaje principalmente desde Marbella —explica, y hay un destello de satisfacción en su rostro—. Mi apartamento seguirá ahí para cuando necesite ir a Madrid por reuniones. Y en cuanto a mi vida... —hace una pausa, mirándome directamente a los ojos—. Mi vida está cambiando, Mía. De muchas maneras que nunca imaginé.

Hay algo en su tono, en la forma en que dice mi nombre, que hace que mi corazón se acelere traicioneramente.

—Esto no va a funcionar —insisto, aunque con menos convicción que antes.

—¿Por qué no lo averiguamos? —responde, y antes de que pueda protestar más, saca su teléfono y comienza a teclear—. Estoy reservando una habitación ahora mismo. La 34 parece agradable. Vista al mar, terraza privada...

—¡Enzo! —exclamo, intentando arrebatarle el teléfono—. ¡Para! ¡No puedes simplemente...!

—Reserva confirmada —anuncia con una sonrisa triunfal, mostrándome la pantalla donde efectivamente aparece una confirmación de Villa Azul—. Parece que soy oficialmente tu huésped, Vargas.

Lo miro, dividida entre la incredulidad, la frustración y, aunque me cueste admitirlo, una chispa de algo que se parece peligrosamente a la esperanza.

—Eres imposible —murmuro, dejándome caer en un taburete.

—Es parte de mi encanto —responde, guiñándome un ojo.

Y así, en menos de veinticuatro horas, he pasado de interrumpir una boda a tener al novio fugitivo viviendo en mi hotel. Mi vida se ha convertido

oficialmente en el argumento de una de esas comedias románticas que Valentina adora y yo finjo despreciar.

Solo que, en las películas, la protagonista no está embarazada del chico en el primer acto. Y el chico generalmente no es un heredero millonario que acaba de renunciar a una fusión empresarial de quinientos millones.

Dios, ¿en qué me he metido?

ENZO

La expresión de Mía mientras mira la confirmación de reserva en mi teléfono es impagable. Una mezcla perfecta de incredulidad, indignación y algo más, algo que parece casi... ¿anticipación? Sea lo que sea, confirma lo que ya sospechaba: esto va a ser divertido.

—Eres imposible —murmura, dejándose caer en un taburete.

—Es parte de mi encanto —respondo, incapaz de resistir el impulso de guiñarle un ojo.

La verdad es que no tenía planeado mudarme a Villa Azul cuando vine aquí esta noche. Pensaba buscar un apartamento en Marbella, algo cercano pero que le diera el espacio que claramente necesita. Pero entonces ella dijo esas palabras que cambiaron todo:

«Podemos encontrar un arreglo que funcione para ambos, para el bebé, sin complicar las cosas con... sentimientos que no existen.»

Sentimientos que no existen. La frase me golpeó como un puñetazo en el estómago. Ella no siente nada por mí más allá de la conexión inevitable por el bebé que compartimos. Y aunque una parte de mí se desinfló como un globo pinchado, otra parte, la parte estratega que heredé de mi padre (aunque me cueste admitirlo), vio inmediatamente el desafío.

Si Mía no tiene sentimientos por mí ahora, tendré que ganarme su corazón. Y para eso, necesito proximidad. Necesito tiempo. Necesito estar tan presente

en su vida que eventualmente no pueda imaginarla sin mí.

De ahí la decisión impulsiva de mudarme a Villa Azul. ¿Excesiva? Tal vez. ¿Manipuladora? Espero que no. Solo es... estratégicamente óptima.

—¿Cuándo planeas mudarte? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos, su tono resignado sugiriendo que ha aceptado su derrota en esta batalla particular.

—Mañana —respondo, disfrutando de cómo sus ojos se abren con alarma —. No tiene sentido perder tiempo, ¿verdad?

—¿Mañana? —repite, incrédula—. ¿Estás de broma? ¿Qué pasa con tus cosas? ¿Tu ropa? ¿Tus... lo que sea que tengas en Madrid?

—Haré que me envíen lo esencial —explico, como si fuera perfectamente razonable—. El resto puede esperar. Lo importante es establecer una rutina lo antes posible. Por el bebé.

Añado esas últimas tres palabras deliberadamente, sabiendo que son mi escudo y mi espada en esta situación. Mía puede rechazarme a mí, pero no puede rechazar lo que es mejor para nuestro hijo.

—Por el bebé —repite, con una mirada que sugiere que ve perfectamente a través de mi estrategia—. Muy conveniente.

—Siempre pienso en lo que es mejor para todos —respondo con mi sonrisa más inocente.

Ella resopla, un sonido que encuentro inexplicablemente adorable.

—Seguro que sí, Montenegro —dice, levantándose para servirse más agua —. Seguro que sí.

La observo moverse por la cocina, admirando la gracia natural con la que se desplaza en este espacio que es su dominio. Incluso con jeans y una simple camiseta, tiene una presencia que me resulta magnética. Y pensar que lleva a mi hijo dentro de ella... la idea todavía me abruma, me llena de un asombro y una gratitud que no sabía que podía sentir.

Cuando me arrodillé frente a ella al llegar, fue un impulso irresistible. Necesitaba ese momento de conexión, de reconocimiento. Necesitaba que mi hijo, aunque todavía sea apenas más que una idea, un milagro microscópico, supiera que estoy aquí. Que siempre estaré aquí.

La reacción de Mía a ese gesto fue reveladora. Por un segundo, vi caer todas sus defensas. Vi vulnerabilidad, vi sorpresa, vi... algo más profundo que no me atrevo a nombrar por miedo a estar proyectando mis propios deseos.

Y luego, tan rápido como apareció, desapareció tras esa coraza de practicidad y distancia que parece determinada a mantener entre nosotros.

«Sin complicar las cosas con sentimientos que no existen.»

Esas palabras siguen resonando en mi mente. ¿Realmente no siente nada por mí? ¿Ni siquiera después de aquella noche en la cocina, cuando nuestros cuerpos y almas parecían hechos el uno para el otro? ¿O está protegiéndose, asumiendo que mis sentimientos hacia ella son solo un producto del deber y la responsabilidad?

Si es lo segundo, no puedo culparla. Mi historial no juega a mi favor. El playboy de los Montenegro, el eterno soltero, el que nunca se compromete. ¿Por qué debería creer que siento algo real por ella?

Tendré que demostrárselo. Con acciones, no con palabras. Día tras día, hasta que no pueda seguir dudando.

—Deberíamos hablar de las revisiones médicas —digo, cambiando deliberadamente a un tema más seguro—. ¿Ya has visto a un ginecólogo?

Ella parece agradecida por el cambio de tema.

—Tengo cita la semana que vie —responde—. Solo una consulta inicial, para confirmar el embarazo y hacer las primeras pruebas.

—Iré contigo —digo, no como una pregunta sino como una afirmación.

Para mi sorpresa, no protesta.

—De acuerdo —asiente—. Te mandaré la dirección y la hora.

Continuamos así durante un rato, discutiendo los aspectos prácticos de nuestra situación. Cómo manejaremos las citas médicas… Es más fácil hablar de logística que de emociones, y ambos nos refugiamos en ello.

Pero mientras la observo gesticular animadamente sobre la necesidad de encontrar un pediatra con experiencia en alergias (aparentemente las alergias alimentarias son hereditarias y ella es alérgica a los frutos secos), me encuentro pensando en lo mucho que quiero besarla. En lo mucho que quiero tomarla en mis brazos y decirle que estoy enamorado de ella, que lo he estado desde que empezamos a tener nuestras «aventuras» de verano.

Pero no puedo. No ahora. No cuando acaba de establecer claramente que no quiere una relación romántica conmigo. No cuando está convencida de que solo estoy aquí por el bebé.

Así que me contengo. Asiento en los momentos adecuados, hago las preguntas correctas, y planeo silenciosamente mi estrategia de conquista.

Paso uno: mudarme a Villa Azul. Completado.

Paso dos: convertirme en parte indispensable de su día a día.

Paso tres: hacerla enamorarse de mí tan profundamente como yo lo estoy de ella.

Simple. En teoría.

—¿Estás escuchándome? —su voz me saca de mis pensamientos.

—Por supuesto —respondo automáticamente—. Estabas hablando de... alergias.

Entorna los ojos, no del todo convencida, pero lo deja pasar.

—Decía que es tarde y ha sido un día muy largo —repite—. Deberíamos continuar esta conversación mañana. Cuando ambos hayamos descansado.

Tiene razón, por supuesto. El día ha sido una montaña rusa emocional para ambos. Pero una parte de mí se resiste a irme, a dejarla, como si temiera que al salir por esa puerta todo esto resultara ser un sueño.

—Tienes razón —concedo finalmente, poniéndome de pie—. Mañana será otro día.

Nos dirigimos hacia la puerta en un silencio cargado de palabras no dichas. Cuando llegamos, me giro para mirarla una última vez.

—Gracias —digo simplemente.

—¿Por qué? —pregunta, genuinamente confundida.

—Por decirme la verdad hoy —respondo—. Por darme la oportunidad de ser parte de esto. Por... todo.

Algo parpadea en sus ojos, una emoción que no alcanzo a identificar antes de que la oculte.

—No tienes que agradecerme nada —dice suavemente—. Es tu hijo también.

Mi hijo. Nuestro hijo. Las palabras siguen sonando irreales, maravillosas y aterradoras a partes iguales.

—Buenas noches, Mía —me despido, resistiendo el impulso de besarla, aunque sea en la mejilla.

—Buenas noches, Montenegro —responde, con esa formalidad que usa cuando quiere mantener distancia—. Te veo... mañana, supongo.

—Mañana —confirmo, y hay una promesa en esa palabra que va mucho más allá de las próximas veinticuatro horas.

Mientras camino hacia mi coche, saco el teléfono y marco el número de Javier. Responde al segundo tono, como si estuviera esperando mi llamada.

—¿Cómo ha ido? —pregunta sin preámbulos.

—Voy a necesitar tu ayuda —respondo—. Y un camión de mudanzas.

Su risa al otro lado de la línea me confirma que tengo al menos un aliado en esta batalla.

Porque esto es una batalla, aunque de un tipo que nunca antes había librado. No por un contrato, no por un negocio, no por el orgullo familiar.

Una batalla por el corazón de Mía Vargas. La mujer más testaruda, brillante y absolutamente fascinante que he conocido.

Y estoy decidido a ganar.

CAPÍTULO 20

MÍA

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que lo más difícil de estar embarazada no serían las náuseas matutinas sino intentar evitar a un Montenegro semidesnudo, me habría reído en su cara.

Y, sin embargo, aquí estoy. Escondiéndome en mi propia cocina como una adolescente, asomándome con cautela por la puerta antes de entrar a cualquier espacio común de Villa Azul, todo para evitar encontrarme con cierto inquilino nuevo y su aparente alergia a las camisetas.

Siete días. Enzo Montenegro lleva exactamente siete días hospedado en Villa Azul, y ya ha revolucionado por completo el ecosistema del hotel. Las camareras de piso se ofrecen voluntarias para la tercera planta (donde casualmente está su habitación). Los desayunos se han vuelto interminables porque el señor se sienta en la terraza a trabajar con su portátil «para aprovechar el sol». Y la piscina, mi refugio de siempre, se ha convertido en territorio prohibido desde que él decidió que nadar es su nuevo pasatiempo favorito.

Pero lo peor, lo absolutamente peor, es que parece haber desarrollado una misteriosa incapacidad para mantenerse vestido.

Como ahora mismo.

—Buenos días, Vargas —su voz me sobresalta mientras entro en la cocina, convencida de que a las seis de la mañana estaría vacía—. Madrugando, ¿eh?

Me giro y, efectivamente, ahí está él. Apoyado contra la encimera, con una taza de café en la mano y vistiendo únicamente unos pantalones de pijama que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas. Ni camiseta, ni zapatillas, ni vergüenza.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, intentando mantener mis ojos a la altura de los suyos y no en el tatuaje que serpentea desde su hombro hasta perderse bajo la cinturilla del pantalón.

—Café —responde, levantando su taza como evidencia—. La máquina de mi habitación no funciona. O eso me han dicho.

Hago una nota mental para revisar personalmente esa máquina. Y para estrangular a quien le dijo que podía usar la cocina a estas horas.

—La cafetería abre a las siete —le informo, moviéndome hacia la nevera y dándole deliberadamente la espalda—. Para los huéspedes.

—Pero tú estás aquí —señala, y puedo escuchar la sonrisa en su voz sin necesidad de verla.

—Yo trabajo aquí.

—Y yo soy el padre de tu hijo —contraataca—. Creo que eso me da ciertos privilegios.

Me giro para fulminarlo con la mirada, pero es un error. La luz de la mañana entra por la ventana a su espalda, creando un efecto de contraluz que parece diseñado específicamente para resaltar cada músculo de su torso. Es como una maldita sesión de fotos de revista.

—Ser el padre de mi hijo te da exactamente cero privilegios en mi cocina —respondo, sacando huevos y verduras de la nevera—. De hecho, estar embarazada me da a mí todos los privilegios. Es ciencia.

Él se ríe, ese sonido grave y cálido que hace que algo se agite en mi interior.

—¿Ciencia, eh? —dice, dando un sorbo a su café—. ¿Y qué dice la ciencia sobre compartir el desayuno?

—Que deberías ir a la cafetería como todos los demás huéspedes —respondo, aunque mi tono carece de verdadera convicción.

—Vamos, Vargas —insiste, acercándose peligrosamente—. Cocina algo para mí. Sabes que te mueres por presumir tus habilidades.

Lo peor es que tiene razón. Hay pocas cosas que disfrute más que cocinar para alguien que realmente aprecia la comida. Y Enzo, con todos sus defectos, tiene un entusiasmo genuino por mis platos que resulta irresistible.

—Está bien —cedo, señalándole un taburete al otro lado de la isla—. Pero quédate ahí. Y ponte una camiseta, por el amor de Dios.

—No tengo ninguna a mano —responde con fingida inocencia—. Además, hace calor.

—Estamos en octubre —le recuerdo—. Y el aire acondicionado está puesto.

—Tengo un metabolismo muy activo —se encoge de hombros, un gesto que hace que los músculos de su pecho se flexionen de forma hipnótica.

Dios, dame fuerzas.

Me concentro en batir los huevos con más energía de la necesaria, canalizando mi frustración en la pobre mezcla. ¿Cómo se supone que voy a mantener mi determinación de una relación estrictamente co-parental cuando él se pasea así? ¿Cuando cada centímetro de su piel expuesta me recuerda aquella noche en esta misma cocina?

—¿Necesitas ayuda? —pregunta, y de repente está a mi lado, invadiendo mi espacio personal con su presencia abrumadora y su olor a sándalo y café recién hecho.

—Necesito que respetes los límites —respondo, dando un paso lateral para alejarme—. Específicamente, el límite de la isla de la cocina que te pedí que no cruzaras.

—Lo siento —dice, aunque su sonrisa sugiere lo contrario—. Solo quería ser útil.

—Puedes ser útil manteniéndote vestido y a distancia —murmuro, vertiendo la mezcla de huevos en la sartén caliente.

—¿Mi falta de ropa te incomoda, Vargas? —pregunta con ese tono suyo que siempre suena a desafío.

—Tu falta de decoro me incomoda —corrijo—. Hay otros huéspedes en el hotel, ¿sabes? No todos quieren ver... esto —hago un gesto vago hacia su torso— durante el desayuno.

Es una mentira descarada. Cualquier persona con ojos estaría encantada de ver «esto» a cualquier hora del día. Yo incluida, aunque me llevaría a la tumba esa confesión.

—Qué considerada —comenta, volviendo a su taburete—. Siempre pensando en los demás.

Termino de preparar las tortillas, añadiendo queso de cabra y hierbas frescas, y sirvo dos platos. Le paso uno a Enzo, cuidando de que nuestros dedos no se rocen.

—Gracias, chef —dice, con una sinceridad que desarma mi irritación—. Huele increíble.

Comemos en un silencio sorprendentemente cómodo. Es una de las cosas más desconcertantes de nuestra extraña relación: lo fácil que resulta estar juntos cuando no estamos discutiendo o... bueno, haciendo otras cosas que no deberíamos repetir.

—Entonces —dice finalmente, rompiendo el silencio—, ¿qué planes tienes para hoy?

—Trabajo —respondo simplemente—. Menús que planificar, proveedores que coordinar, lo habitual.

—¿Te importa si uso la piscina esta tarde? —pregunta, con una inocencia tan estudiada que inmediatamente activa todas mis alarmas.

—Es una zona común —respondo cautelosamente—. Todos los huéspedes pueden usarla.

—Genial —sonríe—. Necesito practicar mi natación. El médico dice que es el mejor ejercicio durante el embarazo.

Me atraganto con un trozo de tortilla.

—¿Perdona? —consigo decir entre toses—. Tú no estás embarazado.

—Pero tú sí —responde como si fuera obvio—. Y si es bueno para ti, quiero acostumbrarme. Para acompañarte cuando puedas retomar el ejercicio.

Lo miro fijamente, intentando determinar si está siendo sincero o si es otra de sus estrategias para volverme loca. Con Enzo, nunca se sabe.

—Muy considerado —digo finalmente—. Pero no planeo nadar en los próximos meses.

—¿Por qué no? —pregunta, genuinamente curioso—. Todo lo que he leído dice que es excelente para el embarazo.

—Porque no tengo tiempo —miento—. Y porque la piscina está llena de turistas.

La verdad es que no quiero arriesgarme a encontrármelo allí, con esos bañadores ridículamente pequeños que usa, todo bronceado y mojado y... No. Simplemente no.

—Qué pena —dice, con un suspiro exagerado—. Tendré que nadar solo entonces. Aunque siempre es más divertido con compañía.

Termino mi desayuno en silencio, intentando no imaginar escenarios de natación compartida que inevitablemente derivan en recuerdos de aquella noche. Recojo mi plato y el suyo, necesitando poner distancia entre nosotros.

—Tengo que empezar a trabajar —anuncio, dirigiéndome al fregadero—. Y tú deberías... ponerte algo de ropa.

—Por supuesto —asiente, levantándose con esa gracia felina que parece inherente a él—. Tengo una videollamada con mi padre en media hora. Aunque estoy seguro de que apreciaría mi... ¿cómo lo llamaste? Ah sí, mi falta de decoro.

La imagen de Alejandro Montenegro enfrentándose a su hijo semidesnudo en una videollamada de negocios me arranca una carcajada involuntaria.

—Pagaría por ver eso —admito.

—Podría arreglarse —responde, con un brillo travieso en los ojos—. Por el precio adecuado.

—¿Cuál sería ese precio? —pregunto, siguiéndole el juego sin darme cuenta.

Se acerca un paso, invadiendo nuevamente mi espacio personal. Está tan cerca que puedo contar las pestañas que enmarcan sus ojos verdes, ver la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, sentir el calor que emana de su piel.

—Cena conmigo —dice, su voz bajando una octava—. Esta noche. Solo nosotros dos.

Mi corazón da un vuelco traicionero.

—Eso suena sospechosamente a una cita —respondo, intentando mantener mi voz firme.

—Llámalo como quieras —se encoge de hombros—. Dos futuros co-padres cenando juntos, conociéndose mejor. Por el bien del bebé.

Ahí está de nuevo, esa frase mágica. «Por el bien del bebé». El escudo perfecto tras el que ambos nos escondemos cuando queremos algo que no deberíamos querer.

—No —digo, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mi negativa —. Tenemos que establecer límites claros, Enzo. Y las cenas no entran en la categoría de «co-crianza responsable».

Parece genuinamente decepcionado, pero se recupera rápidamente.

—Como quieras, Vargas —dice, alejándose hacia la puerta—. La oferta seguirá en pie cuando cambies de opinión.

—No voy a cambiar de opinión —respondo, aunque una parte traicionera de mí ya está lamentando mi negativa.

—Ya veremos —dice con esa sonrisa confiada suya, y se va.

Me quedo sola en la cocina, preguntándome si acabo de ganar una batalla o perder una oportunidad.

El resto del día no mejora. De alguna manera, Enzo Montenegro ha desarrollado la habilidad sobrenatural de aparecer exactamente donde yo estoy, siempre en diversos estados de desnudez.

A media mañana, me lo encuentro en el pasillo que lleva a las oficinas administrativas, aparentemente de camino a una reunión con el contable. Lleva un traje impecable, lo cual debería ser un alivio. Excepto que la chaqueta está abierta, la camisa tiene demasiados botones desabrochados, y la corbata cuelga suelta alrededor de su cuello como una invitación a tirar de ella.

El encuentro de la tarde es aún peor.

Estoy revisando el inventario de vinos en la bodega cuando la puerta se abre y entra él. Lleva unos jeans gastados y una camiseta blanca que, por alguna razón, está completamente empapada y se adhiere a su torso como una segunda piel.

—¡Lo siento! —exclama al verme—. No sabía que había alguien aquí.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, incapaz de apartar la mirada de la forma en que la tela mojada revela cada músculo, cada línea de tinta de sus tatuajes.

—Un pequeño accidente en la piscina —explica, pasándose una mano por el pelo húmedo—. Uno de los niños huéspedes estaba jugando con una pistola de agua. Bastante buena puntería, debo decir.

No puedo evitar sonreír ante la imagen mental.

—¿Y has venido a la bodega porque...?

—Martín me dijo que aquí guardáis las toallas extra —responde, mirando alrededor—. Aunque no veo ninguna.

—Porque no las hay —digo, cruzándome de brazos—. Las toallas están en el armario de lencería, al otro lado del pasillo.

—Oh —parpadea, con fingida confusión—. Debe haberme entendido mal. O yo a él. El español no es mi primer idioma, ya sabes.

—Eres español, Enzo.

—Técnicamente, soy medio italiano por parte de madre —corrige, con una sonrisa que dice claramente que sabe que estoy viendo a través de su excusa.

—El armario de lencería. Al otro lado del pasillo —repito, señalando hacia la puerta—. Y por favor, ponte algo seco antes de pillar una pulmonía.

—¿Preocupada por mí, Vargas? —pregunta, inclinando la cabeza con ese gesto suyo que siempre me hace querer golpearlo o besarlo. O ambas cosas.

—Preocupada por el padre de mi hijo —corrijo—. Sería muy inconveniente que enfermaras ahora.

—Tu preocupación me conmueve —dice, llevándose una mano al corazón en un gesto teatral—. Prometo cambiarme inmediatamente. De hecho... —comienza a levantar el borde de su camiseta, como si fuera a quitársela allí mismo.

—¡Fuera! —exclamo, señalando la puerta con más vehemencia—. ¡Ahora!

Sale riendo, el sonido resonando en el pasillo mucho después de que haya desaparecido de mi vista.

Para cuando llega la tarde, estoy convencida de que Enzo Montenegro ha declarado una guerra personal contra mi cordura. Y contra mi libido.

Lo confirmo cuando, buscando un momento de paz, decido tomar un café en la pequeña terraza trasera que normalmente solo usa el personal. Y allí está él. Haciendo flexiones. Sin camiseta. Bajo el sol de la tarde que hace que su piel bronceada brille con el sudor.

Me quedo paralizada en la puerta, la taza de café a medio camino hacia mis labios, incapaz de moverme o apartar la mirada. Es como un accidente de tráfico: horrible pero hipnótico.

Arriba, abajo. Arriba, abajo. Sus músculos flexionándose y estirándose en un ritmo hipnótico. La línea de su columna, los tatuajes en su espalda moviéndose como si tuvieran vida propia. Es obscenamente hermoso.

Y entonces, sin interrumpir su ritmo, gira la cabeza y me ve.

—Hola, Vargas —saluda, como si encontrarse a tu co-padre haciendo ejercicio semidesnudo en una terraza privada fuera lo más normal del mundo —. ¿Te unes?

Es en ese momento, mientras él me sonríe con esa expresión de inocencia que no engaña a nadie, que la realidad me golpea como un ladrillo.

Lo está haciendo a propósito.

Todas estas apariciones «casuales», todos estos encuentros «accidentales», toda esta exhibición de piel y músculo... Es deliberado. Está intentando provocarme. Tentarme. Hacer que rompa mi propia regla de «solo co-padres, no pareja».

El muy cabrón está jugando conmigo.

Y lo peor es que está funcionando. Porque cada vez que lo veo, cada vez que aparece con menos ropa de la socialmente aceptable, cada vez que invade mi espacio personal con su presencia y su olor y su calor... me cuesta más recordar por qué decidí que no deberíamos estar juntos.

—No, gracias —respondo, dando media vuelta—. No tengo tiempo para juegos.

—¿Quién está jugando? —pregunta inocentemente a mi espalda.

No me detengo, no le doy la satisfacción de ver mi expresión. Pero mientras camino de vuelta a la cocina, una idea comienza a formarse en mi mente.

Dos pueden jugar a este juego. Y si Enzo Montenegro cree que puede seducirme con sus abdominales perfectos y sus sonrisas torcidas, está a punto de descubrir que se ha metido con la chef equivocada.

Es hora de darle una cucharada de su propia medicina.

CAPÍTULO 21

MÍA

Tengo un problema. Bueno, técnicamente tengo varios. Estoy embarazada del hombre cuya boda interrumpí, dicho hombre vive ahora en mi hotel, y parece haberse propuesto volverme loca paseándose semidesnudo por todas partes. Pero hoy, frente al espejo de mi habitación, me enfrento a un problema nuevo y completamente inesperado.

Mis pantalones no cierran.

—No puede ser —murmuro, intentando subir la cremallera de mis jeans favoritos por tercera vez—. Es demasiado pronto.

Según todas las aplicaciones de embarazo que he descargado compulsivamente en los últimos días, apenas estoy entrando en la semana ocho. Se supone que el bebé tiene el tamaño de un arándano. Un arándano, por el amor de Dios. ¿Cómo es posible que algo tan minúsculo esté haciendo que mis pantalones no cierren?

Malditos Montenegro y sus genes dominantes.

Exhalo completamente, intentando crear un milagro abdominal, y vuelvo a probar. La cremallera sube quizás un centímetro más antes de quedarse definitivamente atascada. Me dejo caer en la cama, derrotada.

Genial. Simplemente genial. Justo cuando había decidido contraatacar en esta guerra de seducción no declarada con Enzo, mi cuerpo decide traicionarme. ¿Cómo se supone que voy a hacerle perder la cabeza si ya ni siquiera puedo ponerme mis propios pantalones?

Me levanto y me miro críticamente en el espejo. Vista de frente, apenas se nota nada. Quizás un ligero abultamiento que podría confundirse fácilmente con el resultado de una buena cena. Pero de perfil... sí, definitivamente hay algo ahí. Una suave curva donde antes había una línea recta.

La primera evidencia física de que hay una vida creciendo dentro de mí.

Debería sentirme emocionada, supongo. Y una parte de mí lo está. Pero otra parte —la parte superficial, vanidosa y completamente humana— está entrando en pánico ante la perspectiva de los cambios que se avecinan. Mi cuerpo, el único territorio que siempre he podido controlar, está a punto de emprender un viaje de transformación que no puedo dirigir.

Y lo peor es que tengo que compartir este viaje con el hombre más ridículamente atractivo del planeta, quien, por cierto, parece estar en la mejor forma de su vida.

La vida tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Mi teléfono suena, interrumpiendo mi espiral de autocompasión. Es un recordatorio: consulta con la matrona en una hora. La primera cita oficial de este embarazo. Y Enzo estará allí.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Treinta minutos más tarde, tras probarme prácticamente toda mi ropa, me decido por un vestido suelto que no evidencia demasiado mi nueva condición. Me recojo el pelo en una coleta alta, me aplico el mínimo maquillaje posible, y bajo para encontrarme con Enzo en el vestíbulo.

Por supuesto, él ya está allí. Y por supuesto, está injustamente guapo.

Lleva unos pantalones oscuros que le sientan como si hubieran sido hechos específicamente para torturarme, una camisa azul arremangada que resalta sus ojos, y ese aire de confianza despreocupada que siempre parece acompañarlo. Parece sacado de un anuncio de perfume caro, de esos que te hacen preguntarte si realmente existen hombres así en la vida real.

Y aquí estoy yo, con un vestido que escogí principalmente porque me permite respirar.

—Buenos días, Vargas —saluda, con esa sonrisa torcida que hace que mi estómago dé un vuelco—. Estás... diferente.

Su mirada me recorre de pies a cabeza, deteniéndose brevemente en lugares que me hacen sentir repentinamente expuesta.

—Es un vestido, Montenegro —respondo, intentando sonar despreocupada —. La gente normal los usa de vez en cuando.

—Te queda bien —dice, y hay algo en su tono que no puedo descifrar—. El color resalta tus ojos.

No estoy preparada para cumplidos sinceros. Los comentarios sarcásticos, las provocaciones, incluso las insinuaciones descaradas... todo eso puedo manejarlo. Pero la genuina apreciación en su voz me descoloca por completo.

—Gracias —murmuro, sintiendo un calor inexplicable subiendo por mi cuello—. Deberíamos irnos. No quiero llegar tarde.

El trayecto en coche es sorprendentemente tranquilo. Enzo conduce con la misma gracia con la que parece hacer todo, una mano relajada en el volante, la otra ocasionalmente cambiando la música. Elegí sentarme en el asiento trasero, necesitando el espacio físico para reorganizar mis pensamientos.

—¿Nerviosa? —pregunta, mirándome por el retrovisor.

—No —miento automáticamente.

Su ceja arqueada en el espejo me dice que no me cree ni por un segundo.

—Vale, tal vez un poco —admito finalmente—. Es todo... muy real de repente.

Asiente, como si entendiera perfectamente.

—Lo sé —dice suavemente—. Para mí también.

Y ahí está de nuevo, esa sinceridad que no sé cómo manejar. Es mucho más fácil lidiar con el Enzo provocador que con este hombre reflexivo y vulnerable que ocasionalmente deja entrever.

El resto del viaje transcurre en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos sobre lo que nos espera.

La sala de espera de la consulta está sorprendentemente llena para ser lunes por la mañana. Parejas de todas las edades y en distintas etapas de embarazo ocupan las sillas, algunas conversando en voz baja, otras absortas en sus teléfonos. Todos parecen tan... normales. Tan seguros de lo que están haciendo.

Enzo y yo nos sentamos en los únicos asientos disponibles, inevitablemente juntos. Su pierna ocasionalmente roza la mía cuando se mueve, enviando pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—¿Has leído los folletos que nos dieron en la primera consulta? —pregunta, hojeando distraídamente una revista sobre paternidad.

—Algunos —respondo, aunque la verdad es que los he devorado todos, además de media docena de libros sobre embarazo y al menos cincuenta artículos online—. ¿Y tú?

—Todos —admite sin vergüenza—. Dos veces. Y me he descargado tres aplicaciones diferentes que me dicen exactamente qué tamaño tiene el bebé cada semana.

Lo miro sorprendida. ¿Enzo Montenegro, el eterno despreocupado, leyendo obsesivamente sobre desarrollo fetal?

—Esta semana es como un arándano —dice, haciendo un pequeño gesto con los dedos para mostrar el tamaño—. La semana que viene será como una frambuesa.

Algo se derrite dentro de mí. Ha hecho lo mismo que yo. Es tan injusto. ¿Cómo se supone que voy a mantener mis defensas cuando hace cosas así?

—Vargas, Mía —llama una enfermera desde la puerta.

Nos levantamos simultáneamente, y por un segundo nos quedamos mirando, súbitamente conscientes de lo que estamos a punto de hacer. Nuestra primera cita médica juntos. Otro paso en este extraño viaje que hemos emprendido.

La consulta es luminosa y acogedora, con fotografías de bebés sonrientes en las paredes y un modelo anatómico del sistema reproductivo femenino que me hace sentir instantáneamente incómoda. La matrona, una mujer de mediana edad con una sonrisa cálida, nos recibe con efusividad.

—¡Bienvenidos! Soy Carmen, y seré vuestra matrona durante todo el embarazo —dice, invitándonos a sentarnos—. ¿Es vuestro primer bebé?

Intercambiamos una mirada.

—Sí —respondemos al unísono.

—Maravilloso —sonríe, abriendo una carpeta—. Veo que ya tenéis los primeros análisis. Todo parece estar en orden, aunque necesitaremos hacer algunas pruebas más en las próximas semanas.

Nos explica el calendario de revisiones, las pruebas que se realizarán, los cambios que puedo esperar en cada trimestre. Habla con una naturalidad reconfortante sobre cosas que, hasta hace poco, me habrían hecho morir de vergüenza. Hemorroides, estreñimiento, hinchazón... aparentemente, el milagro de la vida viene con una larga lista de efectos secundarios poco glamurosos.

Enzo escucha con atención, asintiendo ocasionalmente, haciendo preguntas sorprendentemente específicas sobre nutrición y ejercicio. Parece genuinamente interesado, completamente comprometido con el proceso. Nada que ver con la imagen del playboy despreocupado que siempre ha proyectado.

—Ahora, si me permites, Mía, me gustaría hacer una exploración básica —dice Carmen, señalando la camilla—. Solo para comprobar que todo está en su sitio.

Me levanto, súbitamente consciente de Enzo observándome.

—¿Prefieres que espere fuera? —pregunta él, mostrando una consideración que me toma por sorpresa.

—No, está bien —respondo, aunque no estoy segura de si lo está—. Puedes quedarte.

Me recuesto en la camilla, sintiendo una vulnerabilidad que no tiene nada que ver con la exploración médica y todo que ver con el hombre que me observa desde el rincón de la habitación.

—Voy a necesitar que te levantes el vestido hasta debajo del pecho y te bajes un poco la ropa interior —indica Carmen con profesionalidad.

Obedezco, intentando mantener la dignidad mientras expongo mi vientre. Ese vientre que esta mañana me impedía cerrar mis pantalones. Ese vientre que ya no es completamente plano.

La matrona presiona suavemente diferentes puntos, haciendo preguntas ocasionales sobre sensibilidad o molestias. Intento concentrarme en sus palabras, pero soy dolorosamente consciente de la mirada de Enzo. No puedo verlo desde mi posición, pero puedo sentirlo. Intenso. Atento.

—Ya se nota un pequeño abultamiento del útero —comenta Carmen alegremente—. Perfectamente normal para ocho semanas, aunque algunas mujeres no lo notan hasta más tarde.

Genial. Así que no estoy engordando prematuramente. Solo mi útero decidiendo anunciar al mundo que hay un Montenegro en camino.

—¿Puedo...? —La voz de Enzo me sobresalta. Se ha acercado a la camilla y mira a la matrona con una expresión casi suplicante.

—Por supuesto, papá —sonríe Carmen—. Adelante.

Papá. La palabra cae como una bomba en la habitación.

Y entonces, antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, la mano de Enzo se posa suavemente sobre mi vientre expuesto. Sus dedos, cálidos y ligeramente ásperos, acarician con reverencia la pequeña curva que alberga a nuestro hijo.

El tiempo se detiene.

Su toque envía ondas de calor por todo mi cuerpo, despertando recuerdos de la última vez que sus manos estuvieron sobre mi piel desnuda. Pero hay algo diferente ahora. Algo más profundo, más significativo.

Cuando finalmente me atrevo a mirarlo, lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. No hay lujuria, aunque juraría que su respiración se ha acelerado. Lo que veo es asombro. Puro y simple asombro.

—Es increíble —murmura, más para sí mismo que para nosotras—. Realmente está ahí dentro.

—Todavía es muy pequeño —dice Carmen, malinterpretando su reacción —. En unas semanas podremos hacer una ecografía y verlo con más claridad.

Pero yo sé que no es eso lo que le asombra. Es la realidad tangible de lo que hemos creado juntos. La evidencia física de que nuestras vidas están irrevocablemente entrelazadas.

Su mano permanece sobre mi vientre un momento más, su pulgar trazando un pequeño círculo que envía escalofríos por mi columna. Y entonces, tan rápido como llegó, se retira, dejando un fantasma de calor donde estuvieron sus dedos.

El resto de la consulta transcurre en una especie de neblina. Carmen nos da consejos sobre alimentación, ejercicio, descanso. Nos habla de clases prenatales, de opciones de parto, de preparativos para el bebé. Pero yo apenas registro sus palabras. Mi mente sigue atrapada en ese momento, en la sensación de la mano de Enzo sobre mi piel, en la expresión de sus ojos.

Cuando finalmente salimos de la consulta, cargados de folletos y con la próxima cita ya programada, un silencio extraño se instala entre nosotros.

—Eso fue... —comienza él, mientras caminamos hacia el coche.

—Sí —respondo, sin necesidad de que termine la frase.

No hablamos durante el trayecto de vuelta, cada uno procesando lo ocurrido a su manera. Pero de vez en cuando, capto su mirada en el retrovisor,

y hay algo en ella que no estaba antes. Algo que hace que mi corazón se acelere y que mi piel hormiguee en anticipación.

Y por primera vez desde que descubrí que estaba embarazada, me pregunto si quizás, solo quizás, este cuerpo cambiante mío no es un obstáculo en nuestra extraña guerra de seducción.

Quizás es un arma que ni siquiera sabía que tenía.

ENZO

Nunca en mi vida he tenido que hacer un esfuerzo tan sobrehumano para mantener la compostura como hoy, en esa consulta médica.

Cuando Carmen le pidió a Mía que se levantara el vestido, esperaba sentir muchas cosas. Curiosidad. Interés médico. Quizás un poco de incomodidad por la situación clínica.

Lo que no esperaba era ese golpe de deseo puro, casi primitivo, que me sacudió al ver la suave curva de su vientre.

Joder. Ni siquiera sabía que era posible sentirse así. Que la visión de esa pequeña redondez donde crece nuestro hijo pudiera provocarme una reacción tan visceral. Tan instantánea. Tan abrumadora.

Tuve que concentrarme en respirar normalmente, en mantener una expresión apropiada, en no dejar que mi mente vagara hacia territorios peligrosos. Territorios donde Mía está desnuda bajo mis manos, donde beso cada centímetro de esa piel estirada sobre nuestro hijo, donde...

Mierda. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Porque si antes la deseaba —y Dios sabe que la he deseado desde el primer momento—, ahora es algo completamente diferente. Más profundo. Más intenso. Casi reverencial.

Cuando puse mi mano sobre su vientre, sentí como si algo encajara dentro de mí. Como si una pieza que no sabía que me faltaba finalmente encontrara

su lugar. Y al mismo tiempo, quería arrancarle ese maldito vestido y hacerle el amor allí mismo, en esa camilla de exploración, con la matrona probablemente aún en el pasillo.

¿Cómo es posible sentir algo tan puro y tan carnal al mismo tiempo?

Y lo peor es que puedo ver en sus ojos que ella también lo sintió. Ese momento de conexión. Esa chispa. Esa promesa de algo más.

Pero Mía sigue empeñada en mantener esta farsa de «solo co-padres». Sigue rechazando mis invitaciones, evitando mis miradas, manteniendo esa distancia que me está volviendo loco.

Bien. Si quiere jugar así, jugaremos. Pero las reglas acaban de cambiar.

Porque ahora sé algo que no sabía antes: ella me desea tanto como yo a ella. Y ese pequeño milagro creciendo en su interior, lejos de ser un obstáculo, es el vínculo más poderoso que podríamos compartir.

Voy a ganar esta guerra, Vargas. Y cuando finalmente te rindas, cuando admitas lo que ambos sabemos, será la rendición más dulce de la historia.

Pero mientras tanto... que Dios me ayude a mantener mis manos lejos de ti. Porque cada día que pasa, cada pequeño cambio en tu cuerpo, cada mirada que compartimos sobre este futuro que hemos creado juntos, me vuelve un poco más loco. Un poco más desesperado.

Y un hombre desesperado es capaz de cualquier cosa.

Necesito volver loca a Mía.

CAPÍTULO 22

MÍA

La gota que colma el vaso de mi paciencia cae exactamente a las 7:32 de la mañana de un miércoles.

Estoy en la cocina, preparando la masa para el pan del día, cuando la puerta se abre y entra Enzo. Hasta aquí, nada nuevo. Su presencia matutina en mi santuario culinario se ha convertido en una rutina tan predecible como irritante durante las últimas semanas.

Lo que no es rutinario, lo que hace que mis manos se detengan en medio del amasado y que mi mandíbula literalmente caiga, es su atuendo. O más bien, la ausencia del mismo.

Porque Enzo Montenegro acaba de entrar en mi cocina vistiendo únicamente unos pantalones cortos de running. Ni camiseta, ni zapatillas, ni siquiera calcetines. Solo un trozo de tela negra que cuelga peligrosamente bajo en sus caderas, revelando ese camino de vello oscuro que desciende desde su ombligo y desaparece bajo la cinturilla elástica.

Está sudado, con el pelo revuelto y pegado a la frente, la piel brillante bajo las luces de la cocina, cada músculo perfectamente definido como si acabara de salir de una sesión de fotos para una revista de fitness. Sus tatuajes, esos que he intentado no memorizar obsesivamente, se extienden por su pecho y brazos como un mapa que mi mente traidora quiere recorrer con los dedos. Con la lengua.

—Buenos días, Vargas —saluda con esa sonrisa que debería ser ilegal a estas horas—. ¿Tienes agua fría? Acabo de correr diez kilómetros y estoy deshidratado.

Diez kilómetros. Por supuesto. Porque no le bastaba con aparecer medio desnudo; tenía que añadir el detalle de su resistencia física sobrehumana.

—La nevera está allí —respondo secamente, señalando con la barbilla mientras vuelvo deliberadamente a mi masa—. Como ha estado desde el principio.

Él ríe, un sonido bajo y ronco que vibra en mi interior de formas que no quiero analizar. Lo escucho moverse por la cocina, abrir la nevera, el sonido de una botella siendo destapada. Y luego, el sonido que me hace cometer el error de levantar la mirada: un gemido de satisfacción mientras bebe.

Lo que veo hace que mi boca se seque instantáneamente. Enzo, con la cabeza echada hacia atrás, la nuez de Adán subiendo y bajando mientras traga, gotas de agua escapando de la comisura de sus labios para descender por su cuello, su pecho, hasta perderse en esos abdominales que parecen esculpidos por algún artista particularmente obsesionado con la perfección anatómica.

Es obsceno. Es deliberado. Y funciona, maldita sea.

Aparto la mirada, concentrándome en mi masa con una intensidad que probablemente la está matando. Mis mejillas arden y hay un calor líquido expandiéndose por mi vientre que no tiene nada que ver con el embarazo y todo que ver con el espécimen semidesnudo que ha convertido mi cocina en su pasarela personal.

—¿Sabes? —dice, apoyándose en la encimera frente a mí, invadiendo mi espacio visual—. He estado pensando.

—Qué peligro —murmuro, sin levantar la vista.

—En lo rápido que está pasando el tiempo —continúa, ignorando mi comentario—. Ya estás entrando en la novena semana. Pronto se te empezará a notar más.

Mi cuerpo se tensa instantáneamente. ¿Está insinuando lo que creo que está insinuando?

—¿Tu punto es...? —pregunto, levantando finalmente la mirada para enfrentarlo.

Su expresión es inesperadamente seria, sin rastro de la provocación habitual.

—Mi punto es que deberíamos empezar a pensar en cómo y cuándo hacerlo público —responde—. Antes de que los rumores empiecen por sí solos.

Oh. No estaba comentando sobre mi cuerpo cambiante. Por alguna razón, eso me irrita aún más.

—Ya hay rumores —señalo—. Interrumpí tu boda gritando que estaba embarazada frente a cuatrocientas personas, ¿recuerdas?

—Sí, pero con la intervención del gabinete de prensa todavía podemos controlar la narrativa.

La narrativa. Suena tan calculador, tan Montenegro. Tan diferente del hombre que vi emocionarse en la consulta de la matrona hace unos días.

—¿Y qué narrativa sugieres exactamente? —pregunto, volviendo a mi masa con más fuerza de la necesaria—. ¿«Chef local se deja seducir por playboy millonario y ahora espera su hijo»? ¿O prefieres algo más dramático?

Algo parpadea en sus ojos, demasiado rápido para identificarlo.

—Estaba pensando más en algo como «Enzo Montenegro y Mía Vargas esperan su primer hijo con ilusión» —responde, su voz sorprendentemente suave—. Simple. Honesto.

Hay algo en su tono que me desarma momentáneamente. Una sinceridad que atraviesa mis defensas como un cuchillo caliente a través de la mantequilla.

Pero entonces, como si no pudiera evitarlo, añade:

—Aunque tu versión también tiene su encanto. Especialmente la parte de «dejarse seducir».

Y ahí está de nuevo. El Enzo provocador, el que me vuelve loca, el que parece decidido a recordarme constantemente aquella noche en esta misma cocina.

—No me dejé seducir —respondo automáticamente—. Fue un... un momento de debilidad mutua.

—¿Debilidad? —repite, arqueando una ceja—. No es la palabra que yo usaría para describir lo que pasó entre nosotros.

—¿Qué palabra usarías tú? —pregunto antes de poder detenerme.

Se acerca un paso, y de repente el aire entre nosotros parece cargado de electricidad.

—Inevitable —dice simplemente, sus ojos verdes fijos en los míos.

La palabra cuelga entre nosotros, pesada de significado, de posibilidades, de peligro.

Trago saliva, buscando desesperadamente cambiar de tema antes de que haga o diga algo de lo que me arrepienta.

—¿Podrías, por favor, ponerte algo de ropa? —pido, intentando que mi voz suene firme en lugar de suplicante—. Esto es una cocina, no un gimnasio.

—El calor —responde con esa sonrisa que me hace querer abofetearlo y besarlo al mismo tiempo—. Hace mucho calor aquí dentro.

—Estamos en octubre —le recuerdo por enésima vez.

—Debe ser otro tipo de calor entonces —sugiere, su mirada bajando deliberadamente a mis labios por un segundo.

Es el colmo. La última gota. El momento en que algo dentro de mí dice «basta».

—Bien —digo, limpiándome las manos en el delantal con movimientos bruscos—. Si no puedes respetar las normas básicas de higiene y decoro en mi cocina, me voy yo.

Me quito el delantal, lo lanzo sobre la encimera y me dirijo hacia la puerta, sintiendo su mirada en mi espalda todo el camino.

—La masa necesita reposar de todas formas —añado, intentando salvar algo de dignidad—. Volveré cuando hayas aprendido a vestirte como un adulto funcional.

Su risa me sigue por el pasillo, envolviéndome como una caricia no deseada pero secretamente anhelada.

En mi habitación, me apoyo contra la puerta cerrada, respirando profundamente para calmar mi pulso acelerado. Esto no puede seguir así. Esta guerra de provocaciones constantes, este baile alrededor del otro sin llegar a ninguna parte... me está volviendo loca.

Es hora de cambiar de estrategia.

Si Enzo Montenegro quiere jugar a este juego, voy a demostrarle que no tiene ni idea de con quién se está metiendo. Dos semanas de sus exhibiciones semidesnudas sin respuesta por mi parte le han dado una falsa sensación de control. Cree que tiene la sartén por el mango (ironía culinaria totalmente intencionada).

Es hora de recordarle que yo también sé jugar.

Unas horas más tarde, cuando he terminado mi trabajo en la cocina, abro mi armario con determinación, buscando entre la ropa que normalmente no usaría ni muerta en Villa Azul. En el fondo, casi olvidado, encuentro el bikini que Valentina me regaló hace dos veranos para un viaje a Ibiza que nunca hicimos. Es pequeño, de un azul eléctrico que contrasta perfectamente con mi piel, y definitivamente no es algo que una chef profesional llevaría en su lugar de trabajo.

Es perfecto.

Lo combino con unos shorts blancos de talle bajo, esos que he evitado usar desde que descubrí que estoy embarazada. Son ajustados, pero no incómodos, y lo más importante: dejan al descubierto completamente mi vientre. Esa pequeña curva que tanto me preocupaba ahora será mi arma secreta.

Me miro en el espejo y casi no me reconozco. La mujer que me devuelve la mirada parece salida de un anuncio de protector solar: bronceada, confiada, ligeramente salvaje.

Perfecto.

Me recojo el pelo en una coleta alta, me aplico un poco de brillo en los labios, y me pongo unas sandalias planas. El conjunto es casual pero devastador, exactamente lo que necesito para mi contraataque.

Mientras me dirijo hacia la piscina, donde sé que Enzo suele pasar las mañanas cuando no está torturándome en la cocina, siento una mezcla de nerviosismo y emoción que no experimentaba desde... bueno, desde aquella noche con él. Hay algo liberador en esto, en tomar el control, en decidir ser la provocadora en lugar de la provocada.

Solo espero no haberme equivocado y que funcione.

La piscina está sorprendentemente concurrida para ser un día entre semana. Varios huéspedes disfrutan del sol de octubre, suficientemente cálido como para justificar un baño, pero sin el agobio del verano. Escaneo el área, buscando a mi objetivo, y lo encuentro exactamente donde esperaba: tumbado en una hamaca en la esquina más soleada, con un libro en las manos y, por supuesto, sin camiseta.

Perfecto.

Camino con deliberada lentitud bordeando la piscina, consciente de las miradas que atraigo. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención por mi apariencia física; normalmente la gente me mira por lo que puedo crear con mis manos en una cocina. Es una sensación extraña, embriagadora y ligeramente incómoda al mismo tiempo.

Me detengo junto a la barra, pidiendo un zumo de naranja al camarero. Desde mi posición, tengo una vista perfecta de Enzo. Espero pacientemente, saboreando la anticipación, el momento en que levantará la mirada y...

Ahí está. Su cabeza se gira, como si hubiera sentido mi presencia, y nuestros ojos se encuentran a través del espacio que nos separa. Veo el momento exacto en que me registra, en que su cerebro procesa lo que está viendo. Sus ojos se

abren ligeramente, su cuerpo se tensa visiblemente, y el libro que sostenía casi se le cae de las manos.

Victoria.

Tomo mi zumo y camino hacia una hamaca vacía, no demasiado cerca de él, pero definitivamente en su línea de visión. Cada paso es una declaración de intenciones, un «mira lo que yo puedo enseñar también» silencioso pero ensordecedor.

Me acomodo en la hamaca, fingiendo no notar su mirada que prácticamente quema mi piel. Cojo una revista de gastronomía y pretendo leerla, aunque no registro una sola palabra. Toda mi atención está puesta en sentir su reacción, en el conocimiento de que, por primera vez desde que comenzó este juego, he conseguido desestabilizarlo.

Y vaya si lo he conseguido. Puedo sentir su mirada como un toque físico, recorriendo mi cuerpo, deteniéndose en mi vientre expuesto, en ese pequeño recordatorio visible de lo que compartimos. De lo que creamos juntos.

Los minutos pasan. Cambio de posición ocasionalmente, estirándome como un gato perezoso, exponiendo deliberadamente más piel al sol y a su mirada. Es un poder embriagador, este control recién descubierto. Esta capacidad de afectarlo desde la distancia.

Y entonces, cuando estoy a punto de dar por satisfecha mi pequeña venganza, sucede. Se levanta de su hamaca y viene directamente hacia mí, con una expresión que nunca le había visto antes. Una mezcla de deseo, frustración y algo más primitivo, casi territorial.

Esto va a ser interesante.

ENZO

No puedo apartar los ojos de ella.

Intento concentrarme en mi libro, realmente lo intento, pero es físicamente imposible cuando Mía Vargas está a quince metros de distancia, prácticamente desnuda, con su vientre ligeramente redondeado expuesto como una provocación deliberada. Como un recordatorio tangible de que lleva a mi hijo dentro.

Nuestro hijo. Creciendo justo ahí, bajo esa piel dorada que ahora está exhibiendo para que todo el maldito hotel la vea.

La idea enciende algo en mi interior que no sabía que existía. Un instinto posesivo, primitivo, que me hace querer cubrirla con una manta y alejarla de todas esas miradas. Especialmente de ese imbécil de la tumbona tres, que no ha dejado de mirarla desde que llegó.

Respira, Montenegro. Contrólate. Esto es exactamente lo que ella quiere. Desestabilizarte. Hacerte perder el control.

Y está funcionando. Perfectamente.

Porque lo que Mía no sabe es que no es solo celos lo que estoy sintiendo. Es deseo. Un deseo tan intenso, tan abrumador, que hace que me duela físicamente permanecer sentado aquí, fingiendo leer un libro cuyas palabras se han vuelto completamente indescifrables.

La forma en que la luz juega sobre su piel. La curva suave de su vientre. La línea de su cuello cuando echa la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta al sol. Todo en ella me llama, me atrae, me tortura con recuerdos de aquella noche en la cocina, cuando finalmente pude tocarla, saborearla, perderme en ella.

Y ahora está jugando conmigo. Contraatacando. Devolviéndome cada una de mis provocaciones con intereses.

Dios, me encanta. Me vuelve loco que no se rinda, que me desafíe, que se niegue a darme la satisfacción de verla rendirse. Es exactamente por eso que

no puedo dejar de pensar en ella. Por eso no puedo imaginar a ninguna otra mujer en mi vida.

Cuando cambia de posición, estirándose como una gata satisfecha, exponiendo aún más piel al sol, algo dentro de mí se rompe. Es suficiente. No puedo más.

Me levanto, dejando el libro olvidado en la tumbona, y me dirijo directamente hacia ella. No tengo un plan, no sé qué voy a decir o hacer. Solo sé que necesito estar cerca de ella, necesito que deje de exhibirse así, necesito... necesito...

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, en un tono bajo pero intenso.

Ella me mira por encima de sus gafas de sol, con una expresión de inocencia tan falsa que casi me hace reír a pesar de mi estado.

—Tomando el sol —responde simplemente—. Es una actividad bastante común junto a una piscina, ¿sabes?

—Estás prácticamente desnuda —señalo, intentando mantener mi voz baja para que los huéspedes cercanos no puedan oírnos.

—Hipócrita —responde, con una sonrisa que me desarma—. Llevas dos semanas paseándote sin camiseta por todo el hotel.

Tiene razón, por supuesto. Es exactamente lo que he estado haciendo. Pero esto es diferente. De alguna manera. Por alguna razón.

—Eso es... —comienzo, buscando una justificación que no suene ridículamente posesiva—. Es diferente.

—¿Por qué? —pregunta, quitándose las gafas para mirarme directamente, desafiante—. ¿Porque eres un hombre? ¿Porque los Montenegro tienen derecho a exhibirse pero las plebeyas como yo debemos mantenernos decentemente cubiertas?

—Porque no estoy embarazado —respondo, las palabras saliendo antes de que pueda filtrarlas.

Sus ojos se abren ligeramente, sorprendidos por mi honestidad.

—¿Disculpa?

Miro alrededor, consciente de que esta no es una conversación que deberíamos tener en público. Hay demasiados oídos curiosos, demasiados ojos que ya están fijos en nosotros.

—Ven conmigo —digo, extendiendo mi mano hacia ella.

Por un momento, creo que va a rechazarme. Que va a quedarse ahí, desafiante, solo para demostrar que puede. Pero entonces, para mi sorpresa, toma mi mano y se levanta.

La guío lejos de la piscina, hacia un rincón más privado del jardín, donde un pequeño cenador ofrece sombra y cierta intimidad. Su mano en la mía se siente pequeña pero fuerte, y tengo que resistir el impulso de entrelazar nuestros dedos, de acercarla más a mí.

Cuando estamos finalmente solos, me giro para enfrentarla. Está aún más hermosa de cerca, con el sol creando destellos dorados en su pelo, sus mejillas ligeramente sonrojadas, sus ojos brillantes de desafío.

—¿Y bien? —pregunta, cruzándose de brazos, lo que solo consigue resaltar más su escote—. ¿Qué es eso tan importante que no podías decir junto a la piscina?

Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos, encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que estoy sintiendo sin sonar como un cavernícola posesivo.

—No me gusta que te exhibas así —digo finalmente, optando por la honestidad directa—. No me gusta que otros hombres te miren.

Ella arquea una ceja, entre divertida e indignada.

—¿Te das cuenta de lo hipócrita que suena eso, verdad? Has estado paseándote medio desnudo por Villa Azul durante semanas, provocándome deliberadamente...

—Lo sé —la interrumpo—. Y lo siento. Bueno, no lo siento del todo —añado con honestidad—. Me gusta provocarte. Me gusta ver cómo intentas no mirarme y fracasas. Pero esto es diferente.

—¿Por qué? —insiste—. ¿Por qué tú puedes provocarme pero yo no puedo devolverte el favor?

—Porque... —me paso una mano por el pelo, frustrado por mi incapacidad para expresar lo que siento—. Porque llevas a nuestro hijo ahí dentro.

Sus ojos se suavizan ligeramente, pero su postura sigue siendo defensiva.

—¿Y eso me convierte en qué? ¿En tu propiedad? ¿En un objeto que no debería mostrarse en público?

—No, maldita sea —respondo, dando un paso hacia ella—. Te convierte en la mujer más hermosa y poderosa que he visto en mi vida. Te convierte en alguien que está creando un milagro. Te convierte en... todo lo que no puedo dejar de pensar.

Las palabras salen en un torrente que no puedo contener, más honestas de lo que pretendía, más reveladoras de lo que me permito ser normalmente.

Veo la sorpresa en sus ojos, el momento en que registra lo que acabo de decir. Y entonces, algo cambia en su expresión. El desafío se transforma en algo más suave, más vulnerable.

—Enzo... —comienza, pero no la dejo terminar.

—No puedo dejar de pensar en ti, Mía —continúo, acercándome otro paso —. En lo que compartimos aquella noche. En lo que estamos creando juntos. En cómo te ves ahora, con nuestro hijo creciendo dentro de ti. Me está volviendo loco.

Estamos tan cerca ahora que puedo sentir el calor que emana de su piel, oler su perfume mezclado con protector solar y algo que es únicamente ella. Sus ojos están fijos en los míos, dilatados, expectantes.

—Esto es una locura —susurra, pero no se aleja—. Tú y yo... no tiene sentido.

—Nada que valga la pena lo tiene —respondo, levantando una mano para rozar suavemente su mejilla.

Su piel es tan suave como la recordaba, cálida por el sol, y siento cómo se estremece ligeramente bajo mi toque. Es embriagador, este poder que tenemos el uno sobre el otro, esta atracción que parece desafiar toda lógica y sentido común.

—Deberíamos parar esto —dice, pero sus ojos bajan a mis labios, contradiciendo sus palabras—. Establecer límites claros. Ser adultos responsables.

—Probablemente —concedo, mi pulgar trazando el contorno de su labio inferior—. Pero no es lo que quieres. Ni lo que quiero yo.

—¿Y qué quieres tú, Enzo Montenegro? —pregunta, su voz apenas un susurro.

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de posibilidades, de promesas, de peligro. Y en ese momento, mirando a sus ojos que contienen un universo de dudas y deseos, solo hay una respuesta posible.

—A ti —digo simplemente—. Te quiero a ti, Mía Vargas.

Y entonces, antes de que pueda responder, antes de que la razón se imponga al deseo, cierro la distancia entre nosotros y capturo sus labios con los míos.

El tiempo se detiene. El mundo exterior desaparece. Solo existimos nosotros dos, unidos en este beso que es tanto un reencuentro como una nueva exploración.

Sus labios son suaves y cálidos, con un ligero sabor a naranja del zumo que estaba bebiendo. Al principio se queda inmóvil, sorprendida por mi ataque, pero luego, con un pequeño gemido que reverbera directamente en mi alma, responde. Sus manos suben a mi pecho, no para empujarme sino para aferrarse, como si también ella necesitara un ancla en medio de esta tormenta de sensaciones.

El beso se profundiza, se vuelve más urgente, más desesperado. Mis manos encuentran su cintura, acariciando la piel expuesta de su vientre con reverencia antes de deslizarse hacia su espalda, atrayéndola más cerca. Cada punto de contacto entre nuestros cuerpos enciende un fuego que creía extinguido desde aquella noche en la cocina.

Pero no, ha estado ahí todo el tiempo, ardiendo bajo la superficie, esperando este momento para estallar nuevamente.

Su lengua se encuentra con la mía, explorando, reclamando, en una danza que nuestros cuerpos recuerdan perfectamente. Es como volver a casa después de un largo viaje, familiar y nuevo al mismo tiempo. Perfecto.

Mis dedos se enredan en su pelo, deshaciendo la coleta, permitiendo que las ondas oscuras caigan libres sobre sus hombros. Siempre me ha fascinado su pelo, la forma en que cambia con la luz, cómo enmarca su rostro cuando está concentrada en la cocina. Poder tocarlo así, sentir su textura sedosa entre mis dedos, es un privilegio que no creí que volvería a tener.

El beso continúa, cada vez más intenso, más profundo. Nuestras respiraciones se vuelven erráticas, nuestros corazones laten al unísono, nuestros cuerpos se amoldan el uno al otro como piezas de un rompecabezas finalmente reunidas.

Y entonces, justo cuando mis manos comienzan a explorar territorios más peligrosos, cuando el beso amenaza con convertirse en algo más que no podríamos detener, una voz corta el aire como un cuchillo.

—¡María Alejandra Vargas! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado, girando simultáneamente hacia la fuente de la voz.

Y ahí, de pie a pocos metros de nosotros, con una expresión de horror e indignación que rivalizaría con la de cualquier madre victoriana descubriendo a su hija en una situación comprometida, está una mujer que solo puede ser la madre de Mía.

Perfecto. Simplemente perfecto.

CAPÍTULO 23

MÍA

—¡María Alejandra Vargas! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Hay momentos en la vida en que desearías que la tierra se abriera y te tragara. Este es uno de esos momentos. No, corrección: este es EL momento definitivo, el que superará a todos los momentos vergonzosos anteriores y futuros combinados.

Me separo de Enzo como si su piel quemara, aunque en cierto modo lo hace. Giro lentamente, con la esperanza irracional de que mi mente me esté jugando una mala pasada, de que esa voz que reconocería en cualquier parte del mundo no sea realmente la de mi madre.

Pero, por supuesto, lo es.

Ahí está Mercedes Vargas, de pie a pocos metros de nosotros, con su impecable traje de chaqueta color crema que probablemente cuesta más que todos mis electrodomésticos juntos, su pelo perfectamente peinado, y una expresión que oscila entre el horror y la indignación. Una mano dramáticamente colocada sobre el pecho, la otra sujetando un bolso de diseño como si fuera un escudo.

Mi madre. En Villa Azul. Pillándome en pleno intercambio de fluidos con Enzo Montenegro.

Maravilloso.

—Mamá —consigo articular, mi voz sonando extrañamente aguda—. ¿Qué... qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? —repite, con ese tono que usaba cuando me pillaba llegando tarde en mi adolescencia—. ¡Llevo semanas intentando contactar contigo! No respondes a mis llamadas, ignoras mis mensajes... ¿Y ahora te encuentro así, prácticamente desnuda, comportándote como una...?

—Señora Vargas —interrumpe Enzo, dando un paso adelante con una sonrisa encantadora que me dan ganas de borrarle de un puñetazo—. Qué placer conocerla al fin. Mía me ha hablado mucho de usted.

Mentira. Lo único que le he contado sobre mi madre son anécdotas que ilustran por qué mantengo un océano de distancia entre nosotras siempre que es posible.

Mi madre parpadea, momentáneamente descolocada por la intervención. Sus ojos recorren a Enzo de pies a cabeza, evaluándolo como quien examina un caballo en una subasta. Puedo ver el momento exacto en que registra quién es: sus ojos se abren ligeramente, su postura cambia.

—¿Y usted es...? —pregunta, aunque su tono sugiere que ya lo sabe perfectamente.

—Enzo Montenegro —responde, acercándose para estrechar su mano—. El prometido de su hija.

¿EL QUÉ?

Mi cerebro se cortocircuita. Las palabras «prometido» y «Enzo» colisionan en mi mente como dos trenes a toda velocidad, creando un desastre del que no puedo apartar la mirada.

—¿Prometido? —repite mi madre, su indignación transformándose instantáneamente en algo parecido a la admiración.

—El mismo —confirma Enzo, con esa sonrisa suya que parece poder derretir glaciares—. Es un placer conocer finalmente a la madre de mi futura esposa.

Futura esposa. FUTURA ESPOSA.

Abro la boca para protestar, para aclarar este malentendido monumental, pero no sale ningún sonido. Estoy paralizada, atrapada en algún universo paralelo donde Enzo Montenegro acaba de anunciar nuestro inexistente compromiso a mi madre.

Está loco.

—Pero... las revistas... —balbucea mi madre, claramente intentando reconciliar esta información con lo que sea que haya leído—. El escándalo de la boda... el embarazo...

Ah, así que es eso. Las malditas revistas del corazón. Por supuesto que mi madre se enteraría de mi embarazo a través de un artículo sensacionalista. Probablemente con fotos borrosas tomadas con teleobjetivo desde un arbusto.

—Una situación desafortunada —responde Enzo con fluidez, como si hubiera ensayado esta explicación—. Estábamos esperando el momento adecuado para anunciar tanto nuestro compromiso como el embarazo. Pero las circunstancias se adelantaron a nuestros planes.

Nada de lo que dice tiene el más mínimo sentido y mi madre no se va a tragar sus mentiras.

Mi madre me mira, buscando confirmación. Y aquí es donde debería intervenir, aclarar todo, decir la verdad. Que no estamos prometidos. Que apenas estamos intentando ser co-padres civilizados. Que hace cinco minutos estábamos discutiendo sobre mi derecho a mostrar mi vientre en público. Que nada de esto ha sido planeado.

Pero entonces veo algo en sus ojos. Alivio. Puro y simple alivio al pensar que su hija no será una madre soltera, que no ha cometido el error imperdonable de tener un hijo fuera del matrimonio. Que hay un hombre —y no cualquier hombre, sino un Montenegro— dispuesto a «hacer lo correcto».

Y no puedo. No puedo destrozar esa ilusión. No ahora mismo, no cuando acaba de llegar, no cuando claramente ha venido preocupada por mí.

Así que asiento. Un movimiento pequeño, casi imperceptible, pero suficiente. Mi madre exhala audiblemente, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Dios mío, qué susto me habéis dado —dice, llevándose una mano al pecho—. Las revistas decían... bueno, no importa lo que decían. Debería haber sabido que mi hija no sería tan irresponsable.

Me muerdo la lengua tan fuerte que casi saboreo sangre. «Irresponsable». Como si quedarme embarazada sin un anillo en el dedo fuera el peor crimen imaginable.

—Lamento que se haya enterado así, señora Vargas —dice Enzo, colocando un brazo alrededor de mi cintura con naturalidad, como si lo hubiera hecho mil veces—. Teníamos planeado llamarla esta semana para darle la noticia personalmente.

Otra mentira. Pero suena tan convincente que casi me lo creo yo misma.

—¿Y por qué no lo hicisteis? —pregunta mi madre, recuperando algo de su indignación inicial—. ¿Tienes idea de lo que he pasado estas semanas, María Alejandra? ¡Enterarme por una revista de que mi única hija está embarazada! ¡Ver tu foto en todas partes, irrumpiendo en una boda como una... una...!

—Ha sido un tiempo complicado, mamá —intervengo finalmente, encontrando mi voz—. Con el embarazo, los cambios en el hotel, la mudanza de Enzo...

—¿Mudanza? —repite, sus ojos llenándose de satisfacción—. ¿Estáis viviendo juntos?

—Enzo se está quedando en Villa Azul mientras buscamos un lugar más permanente —explico rápidamente, consciente de que «mi prometido está alquilando una habitación en mi hotel» no suena exactamente a una relación convencional.

—¿En habitaciones separadas? —pregunta, con ese tono que sugiere que nos estamos jugando todo con esa respuesta.

Antes de que pueda responder, Enzo interviene nuevamente.

—Por supuesto que no, señora Vargas —dice, con una sonrisa que debería estar prohibida—. Compartimos habitación, como cualquier pareja comprometida.

Mi estómago da un vuelco. ¿Compartir habitación? ¿Con Enzo? ¿El hombre que ha estado intentando volverme loca durante semanas con sus exhibiciones semidesnudas? ¿El hombre cuyos labios acaban de hacerme olvidar mi propio nombre?

Esto no puede estar pasando.

—Bien —asiente mi madre, visiblemente aliviada—. Al menos algunas convenciones se respetan todavía.

Si supiera que concebimos a su nieto sobre la encimera de la cocina, probablemente le daría un síncope.

—Mamá —digo, intentando cambiar de tema—, ¿por qué no vamos dentro? Debes estar cansada del viaje.

—Oh, el viaje —suspira dramáticamente—. ¡Cuatro horas en tren! Y luego ese taxi desde la estación... el conductor ni siquiera conocía Villa Azul, ¿puedes creerlo? Tuve que usar el GPS de mi teléfono para guiarlo.

Y así comienza. El monólogo interminable sobre las penurias del viaje, cada inconveniencia magnificada hasta proporciones épicas. Es tan familiar, tan predecible, que casi me resulta reconfortante. Casi.

Mientras la guiamos hacia el interior del hotel, Enzo mantiene su brazo firmemente alrededor de mi cintura. Debería apartarlo, debería aclarar esta situación en cuanto estemos a solas, pero hay algo extrañamente reconfortante en su presencia sólida a mi lado. Como si estuviéramos realmente juntos en esto, enfrentando a mi madre como un equipo.

—¿Y cuánto tiempo planeas quedarte, mamá? —pregunto, intentando sonar casual mientras entramos al vestíbulo.

—Bueno, ya que mi única hija no se digna a visitarme en Madrid, he decidido tomarme unas pequeñas vacaciones —responde, ajustándose el bolso —. Una semana, tal vez dos. El tiempo suficiente para conocer mejor a mi futuro yerno y asegurarme de que estás cuidándote adecuadamente.

Dos semanas. DOS SEMANAS.

Mi sonrisa se congela en mi rostro mientras el pánico se instala en mi pecho. Dos semanas de mi madre escudriñando cada aspecto de mi vida. Dos semanas fingiendo estar comprometida con Enzo. Dos semanas compartiendo habitación con el hombre que me vuelve loca en todos los sentidos posibles.

—Maravilloso —consigo decir, mi voz sonando estrangulada incluso para mis propios oídos—. Te encantará Villa Azul.

—Eso espero —responde, mirando alrededor con ojo crítico—. Aunque sigo pensando que deberías volver a Madrid. Un bebé necesita estabilidad, familia cercana. Y con la posición de Enzo, seguro que podría encontrarte un trabajo adecuado en algún restaurante respetable.

Y ahí está. No han pasado ni diez minutos y ya está intentando reorganizar mi vida. Algunas cosas nunca cambian.

—Mía es la chef principal aquí, señora Vargas —interviene Enzo, y hay un tono en su voz que no había escuchado antes—. Es extraordinariamente talentosa. De hecho, fue su cocina lo que me enamoró primero.

Mi madre parpadea, sorprendida por la firmeza en su tono.

—Por supuesto —dice finalmente—. Solo pensaba en el bebé.

—Y nosotros también —responde Enzo, su brazo apretándose ligeramente alrededor de mi cintura—. Queremos que crezca viendo a su madre hacer lo que ama, siendo feliz y realizada profesionalmente.

Lo miro, genuinamente sorprendida. ¿Enzo Montenegro defendiéndome? ¿Apoyando mi carrera? ¿Enfrentándose sutilmente a mi madre? Esta farsa del compromiso está volviéndose cada vez más extraña.

—Bueno —dice mi madre, claramente desconcertada por no encontrar un aliado en Enzo—, supongo que hay tiempo para discutir estos detalles. Ahora, ¿podría ver mi habitación? Ha sido un día agotador.

—Por supuesto —respondo, aliviada por el cambio de tema—. Hablaré con Valentina y te pondré en la suite del jardín. Tiene una terraza preciosa con vistas al mar.

Mientras nos dirigimos hacia la recepción para registrarla, Enzo se inclina para susurrarme al oído:

—Respira, Vargas. Lo estás haciendo bien.

Su aliento cálido contra mi piel envía un escalofrío por mi columna. Quiero estar furiosa con él por meternos en este lío, por anunciar un compromiso inexistente, por complicar aún más nuestra ya complicada situación.

Pero una pequeña parte de mí, una parte traidora y estúpida, está agradecida. Porque enfrentar a mi madre sola, explicarle la verdadera naturaleza de mi relación con Enzo, defender mi decisión de ser madre soltera... habría sido una batalla para la que no estoy preparada hoy.

Así que, por ahora, seguiré con esta farsa. Dejaré que Enzo interprete el papel del prometido devoto. Sonreiré y asentiré y pretenderé que todo esto es normal.

Y más tarde, cuando estemos solos, le explicaré exactamente por qué esta es la idea más estúpida que ha tenido jamás. Y cómo vamos a arreglarlo.

Porque una cosa es segura: no hay manera, absolutamente ninguna manera, de que vaya a compartir habitación con Enzo Montenegro.

—¿Estás disfrutando del salmón, mamá? —pregunto, intentando desesperadamente romper el silencio incómodo que se ha instalado en la mesa.

Estamos cenando en el restaurante de Villa Azul, mi madre, Enzo y yo, en lo que se siente como la comida más larga de la historia. Cada minuto se

arrastra como una hora, cada bocado parece una eternidad.

—Está... interesante —responde, pinchando otro trozo con evidente reticencia—. Aunque un poco crudo para mi gusto.

—Está perfectamente cocinado —murmuro, resistiendo el impulso de explicarle por enésima vez que el salmón se sirve medio hecho, que es como debe ser, que cocinar el pescado hasta que parece cartón es un crimen culinario.

—Tu madre tiene derecho a sus preferencias, cariño —interviene Enzo, con una sonrisa que me hace querer patearlo bajo la mesa—. No todos aprecian la cocina de autor como nosotros.

Cariño. CARIÑO. Ha estado llamándome así toda la noche, cada «cariño» más empalagoso que el anterior. Y lo peor es lo natural que suena en sus labios, como si realmente fuera su palabra habitual para mí.

—Por supuesto, amor —respondo, con una dulzura tan falsa que prácticamente gotea sacarina—. Solo me preocupo por que disfrute de la comida.

Enzo me lanza una mirada que dice claramente que sabe lo que estoy haciendo. Dos pueden jugar a este juego de los apodos ridículos.

—Entonces, Enzo —dice mi madre, limpiándose delicadamente la comisura de los labios—, cuéntame más sobre la boda. Supongo que será un evento importante, considerando quién eres.

Contengo la respiración. Aquí es donde nuestra farsa podría desmoronarse. No hemos tenido tiempo de coordinar historias, de inventar detalles sobre un compromiso que no existe.

Pero Enzo, como siempre, parece perfectamente preparado.

—Estamos pensando en algo íntimo, en realidad —responde, tomando mi mano sobre la mesa—. Quizás aquí mismo, en Villa Azul. Tiene un significado especial para nosotros.

Mi madre frunce el ceño, claramente decepcionada.

—¿Íntimo? Pero cariño, ¡es un Montenegro! —dice, dirigiéndose a mí como si Enzo no estuviera presente—. Deberías aprovechar la oportunidad. Una boda en Madrid, en alguna iglesia histórica... Puedo hablar con el padre Jiménez, seguro que haría una excepción por...

—Respetamos los deseos de Mía, señora Vargas —la interrumpe Enzo, su voz amable pero firme—. Y con el embarazo, preferimos algo sencillo y sin estrés.

Mi madre parece a punto de protestar, pero entonces su expresión cambia, como si acabara de recordar algo.

—El embarazo, claro —asiente—. ¿Y cuándo es la fecha prevista? Para el parto, quiero decir.

—Finales de mayo —respondo—. Todavía estamos en el primer trimestre.

—Tan pronto —murmura, y puedo ver las matemáticas en sus ojos, calculando hacia atrás desde mayo hasta... agosto. Justo cuando Enzo y yo nos conocimos—. Bueno, al menos la boda será antes de que se note demasiado.

Aprieto los dientes. Otra vez esa obsesión con las apariencias, con el qué dirán, con mantener una fachada de respetabilidad a toda costa.

—En realidad, mamá —digo, incapaz de contenerme—, ya se nota un poco.

—¿Qué? —Su tenedor se detiene a medio camino hacia su boca—. Pero si apenas debes tener dos meses.

—Cada embarazo es diferente, señora Vargas —interviene Enzo, salvándome nuevamente—. Y Mía está absolutamente radiante con sus cambios. Nunca la había visto más hermosa.

Y lo dice con tal sinceridad, con tal convicción, que por un momento olvido que todo esto es una actuación. Que estamos interpretando papeles para aplacar a mi madre. Sus ojos, cuando se posan en mí, contienen algo que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—Bueno —dice mi madre, rompiendo el momento—, supongo que tendremos que acelerar los preparativos de la boda entonces. ¿Habéis pensado en una fecha?

Y así continúa la cena, una pregunta tras otra sobre una boda que nunca sucederá, planes que no existen, un futuro juntos que es pura ficción. Enzo responde cada pregunta con una facilidad asombrosa, inventando detalles sobre nuestra relación que suenan tan auténticos que casi me los creo yo misma.

Para cuando llegamos al postre, estoy mentalmente agotada. Mantener esta farsa, sonreír y asentir como si todo fuera perfectamente normal, es más difícil de lo que imaginaba. Y todavía nos quedan dos semanas. Dos semanas de fingir ser la feliz pareja comprometida.

Dos semanas de compartir habitación con Enzo Montenegro.

El pensamiento me golpea nuevamente, enviando una ola de pánico a través de mi cuerpo. No hemos discutido los detalles logísticos de esta farsa. ¿Realmente espera que durmamos en la misma cama? ¿Que compartamos ese espacio íntimo día tras día?

—¿No es así, cariño? —La voz de Enzo me saca de mis pensamientos.

—¿Qué? Lo siento, estaba distraída —admito, intentando reorientarme en la conversación.

—Le decía a tu madre que deberíamos mostrarle mañana los alrededores —explica, con una paciencia que me irrita y me conmueve a partes iguales—. Quizás llevarla a ese pequeño pueblo en la montaña que tanto te gusta.

—Oh, sí —asiento, agradecida por el cambio a un tema seguro—. Mijas. Es precioso, mamá. Calles empedradas, casas blancas, vistas impresionantes...

—Suena encantador —responde mi madre, aunque su tono sugiere que preferiría una tarde de compras en tiendas de lujo—. Aunque también me gustaría ver el resort de los Montenegro. Debe ser impresionante.

—Podemos incluirlo en el itinerario —dice Enzo, siempre complaciente—. Aunque te advierto que Villa Azul tiene mucho más encanto.

Me lanza una mirada cómplice, y por un momento, solo un momento, siento que realmente estamos en esto juntos. Que somos un equipo enfrentando a mi madre, en lugar de dos personas atrapadas en una mentira que crece por momentos.

Cuando finalmente terminamos la cena y acompañamos a mi madre a su habitación, siento que he corrido una maratón emocional. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, cada nervio a flor de piel.

—Bueno, os dejo descansar —dice mi madre, besándome en la mejilla—. Ha sido un día largo para todos.

—Que descanses, mamá —respondo, intentando no parecer demasiado ansiosa por escapar.

—Un placer conocerla, señora Vargas —añade Enzo, con ese encanto que parece poder desplegar a voluntad—. Estoy feliz de que finalmente formemos parte de la misma familia.

Mi madre prácticamente se derrite ante sus palabras. En solo unas horas, Enzo ha conseguido lo que yo no he logrado en treinta años: la aprobación incondicional de Mercedes Vargas.

—Llámame Mercedes, por favor —responde, con una sonrisa que rara vez dirige a nadie—. Después de todo, pronto serás mi yerno.

Cuando finalmente cerramos la puerta de su habitación y nos alejamos por el pasillo, siento que puedo respirar por primera vez en horas. La tensión abandona mis hombros, y exhalo lentamente.

—Eso ha ido... sorprendentemente bien —comenta Enzo, mientras caminamos hacia el ala opuesta del hotel.

—¿Bien? —repito, mirándolo como si le hubiera crecido una segunda cabeza—. ¿Te parece que esto va BIEN? ¡Le has dicho a mi madre que

estamos comprometidos!

—Era la solución más simple —responde, encogiéndose de hombros con esa despreocupación que me vuelve loca—. Viste su cara cuando nos encontró. Estaba a punto de tener un ataque.

—¡Porque nos pilló medio desnudos besándonos como adolescentes! —susurro-grito, consciente de que estamos en un pasillo donde cualquiera podría oírnos—. ¡No porque pensara que no estábamos comprometidos!

—Mía —dice, deteniéndose para mirarme directamente—, tu madre se enteró de tu embarazo por las revistas del corazón. Vino hasta aquí preocupada, probablemente imaginando lo peor. ¿De verdad querías añadir más drama explicándole que el padre de tu hijo es técnicamente un extraño con el que pasaste una noche?

Tiene razón, maldita sea. Y lo odio por ello.

—Podríamos haberle dicho que estamos... no sé, conociéndonos. Saliendo. Cualquier cosa menos COMPROMETIDOS —respondo, aunque mi argumento suena débil incluso para mí.

—¿Y crees que eso la habría tranquilizado? —pregunta, arqueando una ceja —. Vamos, Vargas. Conoces a tu madre mejor que eso.

Suspiro, derrotada. Porque tiene razón. Mi madre, con sus valores tradicionales y su obsesión por las apariencias, nunca habría aceptado una relación indefinida, un «estamos viendo cómo va». Para ella, un bebé significa matrimonio, punto.

—Está bien —concedo finalmente—. Tal vez fue la solución más simple. Pero ahora tenemos que mantener esta farsa durante dos semanas. ¡Dos semanas, Enzo!

—Y pienso disfrutar cada segundo.

Maldita sea. No voy a sobrevivir a esto.

CAPÍTULO 24

MÍA

Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo contra ella. Ha sido el día más surrealista de mi vida (y considerando los últimos meses, eso ya es decir mucho) finalmente está terminando.

Mi cabeza da vueltas una y otra vez pensando en todo lo que ha pasado hoy. Pierdo la noción del tiempo mientras me estrujo el cerebro por encontrar la solución al problemón en el que nos hemos metido Enzo y yo.

Tres golpes suaves en la puerta me sobresaltan. Me incorporo rápidamente, alisándome el vestido y comprobando mi reflejo en el espejo. No es que me importe tener buen aspecto para Enzo, por supuesto. Es solo... costumbre.

Abro la puerta y me quedo congelada. Porque ahí está Enzo, sonriendo como el gato que se comió al canario, con dos maletas grandes a sus pies y una bolsa de viaje colgada al hombro.

—¿Qué demonios...? —comienzo, pero él me interrumpe deslizándose dentro de la habitación con la gracia de un felino.

—Buenas noches a ti también, futura esposa —dice alegremente, dejando caer las maletas con un ruido sordo—. ¿Qué lado de la cama prefieres? Yo no tengo preferencia, aunque tiendo a dormir en el centro.

Lo miro boquiabierta, incapaz de procesar lo que está sucediendo.

—¿Qué haces con todas esas cosas? —pregunto finalmente, señalando el pequeño montón de equipaje—. Se supone que solo vas a fingir que duermes aquí.

Enzo arquea una ceja, con esa expresión suya que siempre me hace querer abofetearlo o besarlo.

—Corrección: no. Me mudo definitivamente. No podemos engañarla si no lo hacemos real. Se supone que estamos comprometidos y viviendo juntos —

responde, quitándose los zapatos con movimientos casuales—. Tu madre estará aquí dos semanas. ¿De verdad crees que podemos mantener esta farsa si me escabullo cada noche de vuelta a mi habitación como un adolescente después de una cita a escondidas?

Abro la boca para protestar, pero la cierro de nuevo. Tiene razón, maldita sea. Mi madre es como un sabueso cuando sospecha algo. Si Enzo no está aquí por las mañanas, o si nota que sus cosas no están realmente en mi habitación, toda nuestra coartada se vendrá abajo.

—Está bien —concedo finalmente, cruzándome de brazos—. Pero dormirás en el sofá.

Miro hacia el pequeño sofá de dos plazas junto a la ventana. Es elegante, pero claramente no está diseñado para que un hombre de la estatura de Enzo duerma cómodamente.

Él sigue mi mirada y suelta una carcajada.

—¿En eso? Vargas, mido casi un metro noventa. Mis piernas sobresaldrían por un extremo y mi cabeza por el otro.

—No es mi problema —respondo, alzando la barbilla—. Deberías haberlo pensado antes de anunciar a mi madre que estamos comprometidos.

—Técnicamente, nos salvé a ambos de una situación muy incómoda —señala, desabrochándose la camisa con una casualidad que me pone los nervios de punta—. Tu madre estaba a punto de tener un ataque al vernos besándonos. Y por cierto, tú tampoco me detuviste cuando lo dije.

Tiene razón de nuevo, lo que solo aumenta mi irritación. No lo detuve. De hecho, asentí confirmando su mentira. Soy tan cómplice de esta farsa como él.

—Bien —suspiro, derrotada—. Puedes dormir en la cama. Es lo suficientemente grande para que podamos compartirla sin... interactuar.

—¿Sin interactuar? —repite, con una sonrisa que debería estar prohibida—. Qué forma tan clínica de describirlo. ¿Es así como los chefs hablan de estas

cosas? ¿«Disculpe, me gustaría interactuar con usted sobre la encimera de la cocina»?

Siento que mis mejillas arden ante la referencia a nuestra noche juntos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —respondo, intentando mantener mi dignidad—. No habrá... contacto físico. Cada uno en su lado de la cama. Con una línea divisoria estricta en el medio.

—Como desees —asiente solemnemente, aunque sus ojos brillan con diversión—. Aunque debo advertirte que, según me han dicho, tiendo a abrazar en sueños. Un hábito completamente inconsciente, por supuesto.

—Si me abrazas mientras duermes, te despertarás sin brazos —amenazo, pero mi tono carece de verdadera convicción.

Enzo se ríe mientras continúa deshaciendo sus maletas, colocando sus cosas en los espacios vacíos de mi armario como si pertenecieran allí. Hay algo extrañamente doméstico en verlo organizar sus pertenencias junto a las mías, algo que envía una sensación cálida y peligrosa a través de mi pecho.

—Voy a darme una ducha —anuncio, necesitando un momento a solas para reorganizar mis pensamientos—. No toques nada.

—¿Nada? —pregunta inocentemente—. ¿Ni siquiera el aire? Respirar podría considerarse técnicamente como tocar moléculas de oxígeno.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se asome a mis labios. Su absurdo sentido del humor siempre consigue desarmarme, incluso cuando estoy decidida a mantenerme enfadada.

—Sabes a qué me refiero —repito, cogiendo mi pijama y dirigiéndome al baño.

La ducha caliente ayuda a relajar mis músculos tensos, pero no hace nada por el torbellino de pensamientos en mi cabeza. ¿En qué me he metido? ¿Cómo voy a sobrevivir dos semanas compartiendo habitación con Enzo?

¿Cómo vamos a mantener esta farsa frente a mi madre sin que todo se complique aún más?

Cuando finalmente salgo del baño, vestida con mi pijama más conservador (pantalones largos y camiseta holgada, nada remotamente sexy), encuentro a Enzo ya en la cama, recostado contra las almohadas, con el torso desnudo y leyendo un libro.

Por supuesto que duerme sin camiseta. Por supuesto.

—El baño ya está libre —digo, manteniéndome a una distancia segura.

Él me mira por encima del libro, sus ojos recorriéndome de pies a cabeza de una manera que me hace sentir desnuda a pesar de estar completamente cubierta.

—Bonito pijama —comenta, con una sonrisa que sugiere que puede ver a través de la tela—. Muy... maternal.

—Es cómodo —respondo a la defensiva—. Y práctico.

—No he dicho lo contrario —se encoge de hombros, dejando el libro en la mesita de noche—. De hecho, me gusta. Te queda bien ese look de «madre responsable pero secretamente sexy».

No sé cómo responder a eso, así que simplemente me dirijo a mi lado de la cama, manteniendo la mayor distancia posible.

—Recuerda, tu lado es ese —señalo firmemente—. No cruces la línea invisible.

—Palabra de boy scout —promete, levantando la mano en un saludo que dudo que haya aprendido en los scouts.

—Nunca fuiste boy scout —señalo, acomodándome bajo las sábanas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, fingiendo indignación—. Podría haber sido el mejor scout de mi generación. Tengo habilidades para sobrevivir en la naturaleza que te sorprenderían.

—Porque los boy scouts tienen disciplina y respeto por las reglas —respondo—. Dos cualidades que claramente no posees.

Él ríe, un sonido cálido y genuino que hace que algo se agite en mi interior.

—Touché, Vargas. Aunque para que conste, soy muy disciplinado cuando algo me importa lo suficiente.

Hay algo en su tono, una seriedad subyacente, que me hace mirarlo directamente. Nuestros ojos se encuentran en la penumbra de la habitación, y por un momento, veo algo en los suyos que va más allá de la diversión habitual. Algo más profundo, más sincero.

El momento se rompe cuando se estira para apagar la lámpara de su lado.

—Buenas noches, Vargas —dice, acomodándose en su lado—. Voy a dormir de maravilla con mis dos chicas.

Parpadeo en la oscuridad, procesando sus palabras.

—¿Tus dos chicas? —repito.

—Tú y la pequeña —responde como si fuera obvio—. O pequeño. Aunque tengo la corazonada de que será una niña. Una mini-Mía con tu carácter y mi encanto. El mundo no está preparado.

Algo cálido se expande en mi pecho ante la imagen que sus palabras evocan. Una niña con mis ojos y su sonrisa. Con mi determinación y su despreocupación. Con lo mejor de ambos.

—¿Quieres que sea una niña? —pregunto suavemente, sorprendida por la revelación.

—Me encantaría —admite, y hay una vulnerabilidad en su voz que rara vez le permite mostrar—. Una pequeña chef mandona que me tenga comiendo de su mano desde el primer día. Aunque si es un niño, también estaré encantado. Solo espero que se parezca a ti.

—¿A mí? —La sorpresa me hace incorporarme ligeramente—. ¿Por qué a mí?

Puedo sentir su sonrisa en la oscuridad.

—Porque eres extraordinaria, Vargas —responde simplemente—. Fuerte, talentosa, hermosa, con un corazón enorme que intentas ocultar bajo capas de sarcasmo. Cualquier niño tendría suerte de parecerse a ti.

Me quedo sin palabras, completamente desarmada por su forma de verme. Nadie me ha descrito así antes. Nadie ha visto más allá de mi fachada con tanta precisión.

—Yo... gracias —murmuro finalmente, agradecida por la oscuridad que oculta el rubor que siento subir por mis mejillas.

—De nada —responde, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Ahora duérmete. Mañana nos espera un día entero de fingir ser la pareja perfecta para tu madre.

—Genial —murmuro, hundiéndome en las almohadas—. No puedo esperar.

—Admítelo, Vargas —dice, su voz ya un poco adormilada—. Soy el mejor prometido falso que podrías tener.

Y lo peor es que tiene razón. A pesar de lo absurdo de la situación, a pesar de que esto complica aún más nuestra ya complicada relación, no puedo imaginar a nadie más con quien preferiría fingir estar comprometida.

Ni nadie con quien quisiera estarlo de verdad.

—Buenas noches, Enzo —digo finalmente, permitiéndome usar su nombre en lugar de su apellido, solo por esta vez.

—Buenas noches, Mía —responde, y hay una calidez en su voz que me sigue hasta mis sueños.

CAPÍTULO 25

MÍA

Calor. Lo primero que registro al despertar es un calor envolvente, reconfortante, que me arropa como una manta perfecta en una mañana fría. Mantengo los ojos cerrados, aferrándome a esa deliciosa sensación entre el sueño y la vigilia, donde todo es posible y nada duele.

Hay un aroma a sándalo y cítricos mezclado con algo más primitivo, más masculino. Un ritmo constante bajo mi oído, como un tambor lejano. Una textura firme pero suave bajo mi mejilla. Y ese calor... ese calor que parece emanar directamente hacia mi centro.

Es perfecto. Es...

Mis ojos se abren de golpe cuando la realidad me golpea como un tren de mercancías.

No estoy abrazando una almohada. No estoy envuelta en mis mantas. Estoy completamente encima de Enzo Montenegro.

Mi mejilla descansa sobre su pecho desnudo, mi pierna está entrelazada con las suyas, y mi brazo... oh Dios, mi brazo está cruzando su abdomen, mi mano aferrada a su costado como si temiera que pudiera escapar. Estoy prácticamente fusionada con él, cada centímetro de mi cuerpo buscando contacto con el suyo.

Dios.

Estoy atacándole.

Yo a él.

Intento moverme con cuidado, separándome milímetro a milímetro para no despertarlo. Lo último que necesito es que Enzo me vea así, completamente rendida a su presencia incluso en sueños. Nunca dejaría de recordármelo.

Pero cuando apenas he conseguido levantar mi cabeza, su brazo —que aparentemente ha estado alrededor de mi cintura todo este tiempo— se tensa, manteniéndome en mi lugar.

—¿A dónde crees que vas, Vargas? —murmura, su voz ronca por el sueño enviando vibraciones a través de su pecho directamente a mi cuerpo.

—A mi lado de la cama —respondo, intentando sonar firme a pesar de la vergüenza que me consume—. Claramente he... invadido tu espacio.

Su risa silenciosa sacude suavemente nuestros cuerpos entrelazados.

—Técnicamente, yo invadí el tuyo primero —dice, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Tú solo contraatacaste.

Levanto la cabeza para mirarlo, un error garrafal. Porque Enzo recién despertado es una visión que debería venir con advertencia sanitaria. Su pelo revuelto, sus ojos verdes somnolientos pero intensos, la sombra de barba en su mandíbula que le da un aire peligrosamente atractivo. Y esa sonrisa, esa maldita sonrisa torcida que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Esto no estaba en el acuerdo —digo, intentando mantener mi voz firme mientras vuelvo a intentar alejarme.

Su brazo se tensa nuevamente, manteniéndome en mi lugar. Y entonces, con un movimiento fluido que me toma por sorpresa, nos gira a ambos, dejándome atrapada bajo su cuerpo. No con todo su peso —es cuidadoso de mantenerse apoyado en sus antebrazos— pero lo suficientemente cerca para que pueda sentir cada centímetro de él.

Incluyendo la muy evidente prueba de que está completamente despierto en todos los sentidos.

—Mía —dice, y hay algo en su voz, una gravedad, una urgencia que nunca había escuchado antes—. Necesito estar dentro de ti o voy a morir.

Sus palabras me dejan sin aliento. No es una línea ensayada, no es parte de su repertorio de seducción. Es cruda, honesta, desesperada.

—Enzo... —comienzo, pero no sé cómo continuar. ¿Cómo explicarle que yo también lo deseo, que he estado soñando con esto desde aquella noche en la cocina, pero que tengo miedo? Miedo de lo que significará, de cómo complicará aún más nuestra ya complicada situación.

—Te deseo —continúa, su mirada fija en la mía, sin pretensiones, sin juegos —. Con cada célula de mi cuerpo. Cada minuto de cada día. Me está volviendo loco tenerte tan cerca y no poder tocarte.

Sus palabras resuenan en mi interior, haciendo eco de mis propios sentimientos. ¿Cuántas noches he pasado imaginando sus manos sobre mí nuevamente? ¿Cuántas veces he revivido aquella noche, deseando que no hubiera terminado?

—Esto es una mala idea —susurro, pero mis manos ya están subiendo por sus brazos, trazando la tinta de sus tatuajes, sintiendo los músculos tensarse bajo mis dedos.

—La peor —concuerda, bajando su rostro hasta que nuestros labios casi se tocan—. Dime que pare y lo haré. Dime que me vaya y me iré.

Pero no puedo. No quiero. Lo que quiero es...

—Bésame —digo, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas.

Y lo hace. Oh, cómo lo hace.

ENZO

Sus labios son tan suaves como los recordaba, pero hay una urgencia en su beso que no estaba allí antes. Una entrega, un hambre que iguala la mía. Sus manos se enredan en mi pelo, atrayéndome más cerca, como si también ella hubiera estado conteniendo este deseo durante semanas.

Deslizo una mano por su costado, sintiendo la curva de su cintura, la suave expansión de su cadera. Su piel arde bajo mi toque, incluso a través de la tela de su pijama. Quiero sentirla, toda ella, sin barreras.

—Necesito tocarte —murmuro contra sus labios—. Necesito sentir tu piel.

Hay un momento de duda en sus ojos, una vacilación que no entiendo hasta que recuerdo su preocupación por los cambios en su cuerpo. Como si pudiera encontrarla menos deseable por la evidencia física de que lleva a nuestro hijo dentro.

—Eres hermosa —le aseguro, besando suavemente su cuello—. Cada centímetro de ti. Especialmente ahora.

La tensión abandona su cuerpo y levanta los brazos, permitiéndome deslizar la camiseta hacia arriba y sobre su cabeza. Y entonces se queda ahí, medio desnuda bajo mí, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas, sus ojos vulnerables pero decididos.

Es la visión más perfecta que he contemplado jamás.

Sus pechos son exactamente como los recordaba, llenos y firmes, coronados por pezones que ya se han endurecido bajo mi mirada. Pero es su vientre lo que captura mi atención. La suave curva, apenas perceptible para quien no la conociera, donde crece nuestro hijo. Una ola de ternura mezclada con deseo me inunda.

—Perfecta —susurro, bajando para depositar un beso reverente sobre esa curva—. Absolutamente perfecta.

Ella suspira, un sonido que es mitad placer, mitad alivio. Como si hubiera temido mi reacción.

—No sabes lo que me haces —confieso, besando un camino ascendente por su cuerpo, deteniéndome para rendir homenaje a cada centímetro de piel —. Verte así... llevando a nuestro hijo... es lo más sexy que he experimentado en mi vida.

Y es verdad. Hay algo primario, casi animal, en mi respuesta a ella en este estado. Un deseo de proteger mezclado con una necesidad de poseer que nunca había sentido antes.

Cuando alcanzo sus pechos, me tomo mi tiempo, saboreando, adorando. Son más sensibles ahora, me doy cuenta cuando gime ante el más ligero roce de mi lengua. Alterno entre uno y otro, aprendiendo lo que le gusta, lo que la hace arquearse bajo mí.

Sus manos no están quietas. Se deslizan por mi espalda, mis hombros, enredándose en mi pelo, guiándome donde me necesita. Es intoxicante, este baile entre nosotros, esta comunicación sin palabras.

—Por favor —susurra, aunque no estoy seguro de qué está pidiendo exactamente.

—Dime qué necesitas —murmuro contra su piel—. Lo que sea. Todo.

—A ti —responde, su voz quebrada por el deseo—. Te necesito a ti.

Deslizo una mano bajo la cinturilla de sus pantalones de pijama, encontrándola ya húmeda, lista para mí. El conocimiento me marea, me hace sentir poderoso y humilde a la vez.

—Te necesito dentro —insiste, sus caderas moviéndose contra mi mano, buscando más contacto.

—Pronto —prometo, besando un camino descendente por su cuerpo—. Pero primero...

Me detengo en su vientre, depositando otro beso reverente allí, antes de continuar hacia abajo. Le quito los pantalones y la ropa interior en un solo movimiento, dejándola completamente expuesta ante mí.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —digo, y nunca he dicho palabras más sinceras.

Separo sus piernas con gentil insistencia, acomodándome entre ellas. Su aroma me envuelve, intoxicante, irresistible. Cuando finalmente la pruebo, su sabor explota en mi lengua como el más exquisito de los manjares.

Gime, un sonido que reverbera a través de mi cuerpo directamente hasta mi miembro, que pulsa dolorosamente contra la restricción de mis boxers. Pero

esto no es sobre mí. Es sobre ella. Sobre adorarla como merece ser adorada.

Trazo patrones con mi lengua, aprendiendo lo que la hace suspirar, lo que la hace temblar, lo que la hace gritar mi nombre. Sus manos se enredan en mi pelo, a veces guiándome, a veces simplemente aferrándose como si necesitara un ancla en medio de la tormenta de sensaciones.

Cuando introduzco un dedo dentro de ella, sus paredes se cierran a su alrededor con una presión que me hace recordar cómo se sentirá cuando finalmente esté dentro de ella. Añado un segundo dedo, curvándolos exactamente donde sé que la llevará al borde.

—Enzo —gime, su voz rota por el placer—. Por favor... no puedo...

Intensifico mis atenciones, determinado a verla romperse bajo mi toque. Y entonces sucede. Su cuerpo se tensa como un arco, su espalda se arquea, y mi nombre escapa de sus labios en un grito que probablemente se escucha en todo el hotel.

Es la visión más hermosa que he contemplado jamás.

Mientras ella tiembla con las réplicas de su orgasmo, me deshago de mis boxers y me posiciono sobre ella, apoyándome en mis antebrazos para no aplastarla.

—¿Estás segura? —pregunto, necesitando su confirmación explícita a pesar de lo desesperadamente que la deseo.

En respuesta, envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y me atrae hacia ella.

—Nunca he estado más segura de nada —dice, sus ojos fijos en los míos, sin barreras, sin reservas.

Y entonces estoy deslizándome dentro de ella, y el mundo entero desaparece. Solo existimos nosotros dos, unidos de la forma más íntima posible, creando algo nuevo y hermoso juntos, tal como creamos la vida que ahora crece dentro de ella.

Me muevo lentamente al principio, saboreando cada sensación, cada pequeño sonido que escapa de sus labios. La forma en que sus manos se aferran a mis hombros, cómo sus piernas me mantienen cerca, cómo sus ojos nunca abandonan los míos.

—Eres increíble —susurro, aumentando gradualmente el ritmo—. Perfecta. Mía.

—Tuya —responde, y aunque podría ser simplemente una respuesta automática en el calor del momento, mi corazón se expande ante la palabra.

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo perfecto, como si hubieran sido creados específicamente para este baile. Cada embestida nos acerca más al borde, cada gemido compartido nos une más profundamente.

Puedo sentir que ella está cerca nuevamente, sus músculos internos apretándose alrededor de mí, su respiración volviéndose errática. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto que sé que la enviará sobre el borde.

—Ven conmigo —le pido, sintiendo mi propio clímax aproximándose—. Juntos.

Y lo hacemos. Su cuerpo se tensa bajo el mío, sus paredes internas pulsando alrededor de mi miembro, llevándome con ella a un orgasmo tan intenso que por un momento creo que podría perder la consciencia.

Colapso sobre ella, cuidando de mantener la mayor parte de mi peso sobre mis antebrazos. Nuestros cuerpos están resbaladizos por el sudor, nuestras respiraciones desiguales, nuestros corazones latiendo al unísono.

Cuando finalmente encuentro la fuerza para moverme, me deslizo a su lado y la atraigo hacia mí, su cabeza descansando sobre mi pecho, exactamente como la encontré esta mañana.

—Bueno —dice finalmente, su voz todavía temblorosa—. Eso fue...

—¿Increíble? ¿Espectacular? ¿Trascendental? —sugiero, trazando patrones perezosos en su espalda desnuda.

Ríe, un sonido que hace que mi corazón se expanda en mi pecho.

—Iba a decir «inesperado», pero esos adjetivos también funcionan.

—Siempre superando expectativas, Vargas —respondo con ligereza, aunque por dentro siento algo mucho más profundo agitándose—. Es mi especialidad.

Ella pone los ojos en blanco, pero puedo ver la sonrisa que intenta contener.

—No te hagas ilusiones, Montenegro. Esto ha sido... —hace una pausa, buscando las palabras— una recaída. Química, física. Nada más.

Sus palabras me duelen más de lo que debería permitir, pero mantengo mi expresión despreocupada, mi sonrisa fácil.

—Por supuesto —concedo, encogiéndome de hombros como si no importara—. Pura biología. Dos adultos atractivos atrapados en la misma cama. Era inevitable.

Veo algo parpadear en sus ojos. ¿Decepción? ¿Alivio? No puedo descifrarla, y antes de que pueda intentarlo, ella se gira, dándome la espalda.

—Debería darme una ducha —dice, sentándose en el borde de la cama, la sábana envuelta alrededor de su cuerpo como una barrera—. Mi madre probablemente ya esté despierta, esperándonos para desayunar.

—Ve tú primero —ofrezco, recostándome contra las almohadas, intentando parecer relajado cuando en realidad mi mente está en plena ebullición—. Yo necesito... recuperarme.

Me lanza una mirada por encima del hombro, una mezcla de diversión y algo más oscuro, más complicado.

—¿El gran Enzo Montenegro necesita recuperarse? —bromea—. Debo haber batido algún récord.

—Has destrozado todos mis récords, Vargas —respondo, y aunque lo digo con tono ligero, es la verdad más absoluta.

Ella parece momentáneamente desconcertada por mi respuesta, como si hubiera detectado la sinceridad bajo la broma. Pero entonces sacude la cabeza ligeramente y se dirige al baño, llevándose la sábana con ella.

Cuando la puerta se cierra, dejo caer la máscara. Paso una mano por mi rostro, intentando procesar lo que acaba de suceder. Lo que acabo de sentir.

Porque esto no fue solo sexo. No para mí.

La forma en que su cuerpo encajaba perfectamente con el mío, como si hubiéramos sido diseñados específicamente el uno para el otro. La manera en que sus ojos se fijaron en los míos en el momento del clímax, sin barreras, sin pretensiones. La sensación de su piel contra la mía, como volver a casa después de un largo viaje.

Estoy locamente enamorado de ella.

No es solo atracción, no es solo deseo, no es solo la emoción de convertirme en padre. Es ella. Mía Vargas, con su sarcasmo y su talento, con su fuerza y sus vulnerabilidades cuidadosamente ocultas.

Estoy enamorado de la única mujer que está determinada a mantenerme a distancia.

El sonido de la ducha me llega amortiguado a través de la puerta. Imagino el agua corriendo por su piel, llevándose los rastros de nuestro encuentro. ¿Estará arrepentida? ¿Estará, como yo, reviviendo cada momento, cada sensación?

Me recuesto en la cama, mirando al techo, intentando planificar mi próximo movimiento. Porque si hay algo que tengo claro es que no voy a rendirme. No con ella. No con nosotros.

Este encuentro no ha sido el final. Ha sido solo el comienzo. Un paso más en mi camino para conseguir que Mía Vargas se enamore de mí tanto como yo lo estoy de ella.

Y aunque me lleve el resto de mi vida, voy a lograrlo.

CAPÍTULO 26

MÍA

Lo primero que hago al despertar es comprobar mi ubicación en la cama. Como sospechaba, estoy firmemente anclada en mi lado, con al menos treinta centímetros de espacio vacío entre Enzo y yo. Una barrera invisible cuidadosamente mantenida durante la noche, como si mi subconsciente hubiera recibido el mensaje de que lo de ayer fue un desliz que no debe repetirse.

Un desliz absolutamente espectacular, pero un desliz al fin y al cabo.

Miro de reojo a Enzo, que duerme plácidamente boca abajo, con un brazo extendido hacia mi lado como si incluso en sueños intentara alcanzarme. Su rostro está relajado, sin esa sonrisa torcida que normalmente adorna sus labios. Parece más joven así, más vulnerable. Menos el playboy millonario y más el hombre que susurró mi nombre como una plegaria mientras se movía dentro de mí.

No. No voy a pensar en eso ahora.

Me deslizo fuera de la cama con el sigilo de una ninja, recogiendo ropa limpia y dirigiéndome al baño. Necesito una ducha fría y un plan para sobrevivir a los próximos días de esta farsa de compromiso sin volver a caer en la tentación que representa Enzo Montenegro en mi cama.

Bajo el chorro de agua helada, intento organizar mis pensamientos. Lo de ayer fue... bueno, fue sexo. Increíble, trascendental, posiblemente el mejor sexo de mi vida, pero solo sexo al fin y al cabo. Química física. Hormonas del embarazo. Proximidad forzada. Nada más.

Y definitivamente no puede volver a ocurrir.

Porque cada vez que nos acercamos así, cada vez que nuestros cuerpos se encuentran, algo dentro de mí se resquebraja un poco más. Esa coraza

protectora que he construido cuidadosamente desde que descubrí que estaba embarazada. Esa barrera que me recuerda que Enzo y yo somos circunstanciales, que nuestro único vínculo real es el bebé.

Y no puedo permitirme olvidar eso. No puedo permitirme empezar a desear algo más, algo que no existe.

Cuando salgo del baño, vestida y armada con mi mejor expresión de indiferencia profesional, Enzo ya está despierto, sentado en la cama con el teléfono en la mano. Levanta la mirada y sonríe, y mi estómago da un vuelco traicionero.

—Buenos días, futura esposa —saluda, con ese tono ligero que utiliza cuando quiere irritarme—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco —miento descaradamente—. Ni siquiera me di cuenta de que estabas ahí.

Su sonrisa se amplía, claramente no creyéndome ni por un segundo.

—Qué extraño —comenta, rascándose distraídamente el pecho desnudo, un movimiento que atrae mi mirada involuntariamente hacia los músculos que mis manos recorrieron tan ávidamente ayer—. Yo soñé contigo toda la noche. Sueños muy vívidos, si sabes a lo que me refiero.

Siento el calor subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. Por supuesto que sé a lo que se refiere. Y lo peor es que probablemente yo también soñé con él, aunque mi cerebro haya decidido misericordiosamente no recordarlo.

—Vístete —ordeno, dándole la espalda para que no vea mi sonrojo—. Mi madre nos espera para desayunar y no quiero llegar tarde.

—A sus órdenes, chef —responde, y puedo escuchar la sonrisa en su voz —. Aunque si prefieres que desayunemos solos, podría pedir que nos subieran algo. La cama todavía está caliente...

—Ni lo sueñes, Montenegro —lo corto, dirigiéndome hacia la puerta—. Te espero abajo en quince minutos.

Su risa me sigue mientras salgo de la habitación, un sonido cálido y genuino que se cuela bajo mi piel como la luz del sol a través de las persianas. Y muy a mi pesar, me descubro sonriendo mientras bajo las escaleras.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—¿Más café, cariño? —La voz de Enzo interrumpe mis pensamientos mientras desliza la cafetera hacia mí, su mano rozando deliberadamente la mía en el proceso.

—Gracias, amor —respondo con una mirada mortal que no lo asusta lo más mínimo.

Estamos en el comedor principal de Villa Azul, desayunando con mi madre, quien nos observa como si fuéramos la pareja más fascinante del planeta. Cada interacción, cada mirada, cada gesto entre nosotros parece estar bajo su escrutinio constante.

Y Enzo, el muy cabrón, está disfrutando cada segundo de esto.

Desde que se unió a nosotras hace diez minutos, ha interpretado el papel de prometido devoto con un entusiasmo que roza lo obsceno. Me ha besado la sien, me ha servido el desayuno, ha colocado una servilleta en mi regazo, y ahora está prácticamente alimentándome con trozos de fruta como si fuera una inválida.

—¿Quieres probar esto, cielo? —pregunta, ofreciéndome un bocado de su tostada con aguacate en su tenedor.

Abro la boca para protestar, pero su mirada me desafía silenciosamente. Si rechazo su oferta, parecerá extraño ante mi madre. Así que, con una sonrisa tensa, me inclino y tomo el bocado directamente de su tenedor.

—Delicioso —murmuro, y no estoy mintiendo. Está perfectamente sazonado, con un toque de limón y pimienta negra recién molida.

—Lo preparé especialmente para ti —dice, con una sonrisa que parece genuinamente complacida—. Sé que es tu favorito por las mañanas, especialmente ahora con el embarazo.

Mi madre suspira, claramente encantada con esta exhibición de atención conyugal.

—Qué considerado eres, Enzo —comenta, mirándome significativamente como si dijera «¿ves lo afortunada que eres?»—. María Alejandra siempre ha sido tan independiente que me preocupaba que nunca encontrara a alguien que pudiera cuidarla.

Aprieto los dientes. Ahí está otra vez, esa implicación de que necesito que alguien me «cuide», como si ser independiente fuera un defecto a corregir.

—En realidad, mamá —comienzo, incapaz de contenerme—, Enzo aprecia mi independencia. No necesito que nadie me cuide.

—Por supuesto que no lo necesitas —interviene Enzo, colocando su mano sobre la mía en un gesto que parece casual pero que envía corrientes eléctricas por mi brazo—. Es una de las cosas que más admiro de ti. Tu fuerza, tu autosuficiencia. Aunque eso no significa que no pueda mimarte de vez en cuando, ¿verdad?

Me quedo momentáneamente sin palabras. Porque lo que ha dicho, la forma en que lo ha dicho, no suena como parte de nuestra actuación. Suena... sincero.

—Supongo que no —concedo finalmente, incómoda con la intensidad de su mirada.

—El secreto de un buen matrimonio es el equilibrio —declara mi madre, como si fuera una experta en relaciones duraderas a pesar de su propio divorcio temprano—. Independencia, sí, pero también interdependencia. Confiar en el otro.

—Totalmente de acuerdo, Mercedes —asiente Enzo, sin apartar sus ojos de mí—. La confianza es fundamental.

Hay algo en su tono, en la forma en que me mira, que me hace preguntarme si estamos teniendo dos conversaciones simultáneamente. La superficial, para beneficio de mi madre, y otra más profunda, solo entre nosotros.

—Hablando de confianza —continúa mi madre, dando un sorbo a su té—, ¿ya habéis decidido dónde viviréis después de la boda? ¿Madrid o Marbella?

La pregunta me toma por sorpresa. Es uno de esos detalles de nuestra farsa que no hemos coordinado.

—Bueno, nosotros... —empiezo, buscando desesperadamente una respuesta plausible.

—Estamos considerando ambas opciones —interviene Enzo suavemente —. Yo puedo trabajar desde cualquier lugar la mayor parte del tiempo, y la carrera de Mía está aquí en Villa Azul. Así que probablemente dividiremos nuestro tiempo entre ambos lugares, al menos inicialmente.

Una respuesta diplomática y práctica. Perfecta para nuestra situación ficticia.

—Pero con el bebé necesitaréis estabilidad —insiste mi madre—. Un hogar permanente. No podéis estar viajando constantemente con un recién nacido.

—Por supuesto —concuerda Enzo—. Y cuando llegue el momento, tomaremos la decisión que sea mejor para nuestra familia. Pero lo importante es que estaremos juntos, ¿verdad, cariño?

Su mano aprieta ligeramente la mía, y me encuentro asintiendo automáticamente.

—Juntos —repito, y la palabra se siente extrañamente significativa en mi lengua.

Mi madre parece satisfecha con esta respuesta y procede a interrogarnos sobre otros detalles de nuestra vida en común. Enzo responde cada pregunta con una facilidad asombrosa, inventando una historia de nuestra relación que suena tan auténtica, que me duele que no sea verdad.

Según él, nuestra primera cita «oficial» fue un picnic improvisado en la playa, donde me sorprendió con una cesta llena de mis comidas favoritas (que, sorprendentemente, enumera con precisión). Nuestra canción es «Stand By Me», porque la estaban tocando en el bar donde nos besamos por primera vez (una mentira, pero lo suficientemente creíble). Y aparentemente tenemos una tradición de mandarnos mensajes cada noche antes de dormir, incluso cuando estamos en la misma habitación, para decirnos algo que apreciamos del otro.

Es una fantasía perfectamente construida. Una relación que nunca existió pero que, mientras lo escucho hablar, casi desearía que fuera real.

—Oh, y la primera vez que supe que estaba enamorado —dice, y hay un brillo en sus ojos que me pone nerviosa—, fue cuando la vi destrozar verbalmente a un crítico gastronómico que se atrevió a cuestionar su uso del azafrán en un plato tradicional.

Me atraganto con mi café. Porque eso... eso realmente sucedió. Hace un par de meses, durante una prueba en el Marbella Grand Resort. Yo no sabía que Enzo estaba allí, pero aparentemente me vio defender apasionadamente mi interpretación de un arroz contra un crítico pretencioso que creía que el azafrán debía usarse solo de cierta manera.

—Estaba tan apasionada, tan segura de sí misma —continúa, su voz bajando a un tono casi reverente—. No le importaba quién era él o lo que pensaran los demás. Defendía su visión, su arte. Y yo pensé: «Esta mujer es extraordinaria».

Mi corazón late tan fuerte que temo que puedan oírlo. Porque la forma en que lo dice, con esa intensidad, esa admiración genuina... no parece una actuación.

—Qué romántico —suspira mi madre, completamente cautivada—. Siempre supe que mi hija encontraría a alguien que apreciara su... determinación.

«Determinación» es claramente un eufemismo para «terquedad», pero por una vez no me importa. Estoy demasiado ocupada intentando descifrar la expresión de Enzo, tratando de separar la verdad de la ficción en su historia.

—Bueno —dice mi madre, consultando su reloj—, debería prepararme. Mencionaste que me llevarías a conocer el resort de tu familia hoy, ¿verdad, Enzo?

—Por supuesto —asiente él—. Salimos a las once, si te parece bien.

—Perfecto —sonríe, levantándose de la mesa—. ¿Vienes con nosotros, María Alejandra?

La idea de pasar otra mañana siendo escrutada por mi madre mientras Enzo interpreta al prometido perfecto hace que mi estómago se revuelva.

—En realidad, mamá —respondo, intentando sonar casual—, tengo que supervisar la preparación del menú para esta noche. Es un evento importante.

—Oh —parece momentáneamente decepcionada, pero se recupera rápidamente—. Supongo que eso me dará tiempo para conocer mejor a mi futuro yerno.

La idea de mi madre y Enzo solos me produce un escalofrío de terror. Pero también significa unas horas de libertad, lejos de esta farsa agotadora.

—Será un placer, Mercedes —dice Enzo, con esa sonrisa encantadora que parece funcionar con todas las mujeres de la familia Vargas—. Tengo muchas preguntas sobre cómo era Mía de pequeña.

—Oh, tengo MUCHAS historias —promete mi madre con un brillo peligroso en los ojos—. Y fotos. Tengo un álbum entero.

Maravilloso. Simplemente maravilloso.

Cuando mi madre se retira para prepararse, me desplomo en mi silla, exhausta a pesar de que apenas son las nueve de la mañana.

—Eso fue... intenso —murmuro, frotándome las sienes.

—Lo sé —concuerda Enzo, recostándose en su silla con una expresión sorprendentemente comprensiva—. Tu madre es una fuerza de la naturaleza.

—Ni te imaginas —suspiro—. Y ahora vas a pasar toda la mañana con ella, pobrecito.

—Sobreviviré —responde con una sonrisa—. Además, estoy genuinamente interesado en esas fotos tuyas de bebé. Apuesto a que eras adorable con tus mofletes regordetes y tu ceño fruncido.

—No tenía ceño fruncido de bebé —protesto, aunque en realidad no tengo idea. Probablemente lo tenía.

—Todos los bebés tienen un gesto característico —insiste, y hay algo en su tono, una suavidad que no es habitual en él—. Me pregunto qué expresión tendrá el nuestro.

Nuestro bebé. Las palabras envían una ola de calor a través de mi pecho. A pesar de todo lo que ha pasado, a veces todavía me sorprende que vayamos a tener un hijo juntos. Que haya una pequeña persona creciendo dentro de mí que será mitad Enzo y mitad yo.

—Espero que tenga tu sonrisa —digo antes de poder detenerme—. Pero no tu arrogancia.

Él se ríe, un sonido genuino que hace que algo se afloje dentro de mí.

—Y yo espero que tenga tu determinación —responde—. Pero quizás un poco menos de tu terquedad.

—No soy terca —protesto automáticamente.

—Acabas de demostrar mi punto, Vargas.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. Hay algo extrañamente reconfortante en este intercambio, en la forma en que podemos bromear sobre nuestro hijo, sobre las partes de nosotros que esperamos que herede o que, misericordiosamente, no herede.

Se siente casi... normal. Como si realmente fuéramos una pareja esperando a nuestro primer hijo, compartiendo esperanzas y temores sobre la paternidad.

Es peligrosamente agradable.

—Bueno —digo, rompiendo el momento antes de que pueda volverse demasiado cómodo—, debería ponerme a trabajar. Y tú deberías prepararte para tu excursión con mi madre.

—¿Seguro que no quieres venir? —pregunta, aunque su tono sugiere que sabe perfectamente que preferiría comer vidrio—. Podría ser divertido.

—Tan divertido como una colonoscopia —murmuro, levantándome de la mesa—. Pero gracias por la oferta.

—En ese caso —dice, levantándose también—, ¿qué te parece si nos escapamos esta noche? Después de la cena, cuando tu madre se haya retirado. Conozco un lugar que te encantaría.

Lo miro con sospecha.

—¿Qué tipo de lugar?

—Es una sorpresa —responde, con esa sonrisa que siempre presagia problemas—. Solo puedo prometerte que no implica saltar desde ninguna altura ni actividades potencialmente mortales.

Debería decir que no. Debería mantener las distancias, especialmente después de lo que pasó ayer. Pero la idea de escapar, de tener unas horas lejos de esta farsa, lejos de la mirada vigilante de mi madre...

—Está bien —accedo finalmente—. Pero si intentas hacerme saltar desde algo, te empujaré primero.

—Trato hecho —sonríe, y hay una genuina anticipación en sus ojos que hace que mi corazón dé un pequeño salto traicionero—. Te veré esta noche, Vargas.

Y con eso, se inclina y deposita un beso en mi mejilla, tan cerca de la comisura de mis labios que podría considerarse un accidente o una

provocación deliberada. El contacto dura apenas un segundo, pero deja una huella ardiente en mi piel.

Mientras lo veo alejarse, me encuentro tocando el lugar donde sus labios estuvieron, como una adolescente después de su primer beso.

Esto es malo. Muy, muy malo.

Porque a pesar de todas mis resoluciones, a pesar de todas mis defensas cuidadosamente construidas, hay una parte de mí que está empezando a disfrutar de esta farsa. Que está empezando a preguntarse cómo sería si fuera real.

Y eso es más peligroso que cualquier salto desde un acantilado que Enzo pudiera proponerme.

—No puedo creer que me hayas traído aquí —digo, mirando a mi alrededor con asombro mal disimulado—. ¿Cómo sabías que existía este lugar?

Estamos en lo que parece ser una pequeña cala secreta, accesible solo a través de un estrecho sendero que serpentea entre rocas escarpadas. La playa es diminuta, apenas treinta metros de arena blanca rodeada de acantilados que la protegen de miradas indiscretas. El mar, iluminado por la luna llena, parece un espejo de plata líquida.

Es, simplemente, mágico.

—Tengo mis recursos —responde Enzo con esa sonrisa enigmática suya, extendiendo una manta sobre la arena—. Y puede que haya sobornado a algunos pescadores locales para que me revelaran sus secretos.

—¿Sobornado? —repito, arqueando una ceja—. ¿Con qué?

—Con mi encanto natural, por supuesto —responde, guiñándome un ojo mientras saca una botella de limonada y dos vasos de la mochila que ha traído —. Y puede que con algunas botellas de whisky escocés de treinta años.

Río, imaginándolo perfectamente negociando con los rudos pescadores de la zona, usando esa sonrisa que parece abrir todas las puertas.

—Siéntate —invita, palmeando el espacio junto a él en la manta—. La vista es mejor desde aquí.

Obedezco, manteniendo una distancia prudente entre nosotros. Después de un día entero interpretando al prometido perfecto con mi madre, ahora que estamos solos, no sé exactamente cómo comportarme. ¿Seguimos actuando? ¿Volvemos a ser co-padres distantes? ¿O algo intermedio?

Enzo parece sentir mi incomodidad, porque no intenta acercarse más. En su lugar, me ofrece limonada.

—Gracias —murmuro, aceptando el vaso.

—No te acostumbres —bromea, pero hay una suavidad en sus ojos que contradice su tono ligero—. Tengo una reputación de egoísta que mantener.

Brindamos en silencio, contemplando el mar que se extiende ante nosotros, infinito y misterioso bajo la luz de la luna. Por un momento, simplemente existimos juntos en este espacio, sin expectativas, sin actuaciones, sin el peso de nuestra complicada situación.

Es sorprendentemente pacífico.

—Tu madre es intensa —comenta finalmente Enzo, rompiendo el silencio —. Ahora entiendo de dónde sacaste tu... determinación.

Suelto un bufido.

—¿Te refieres a mi terquedad? Puedes decirlo, no me ofenderé.

—No, me refiero a tu determinación —insiste, mirándome directamente—. Tu madre puede ser abrumadora, pero también es increíblemente tenaz. Me contó cómo construyó su negocio inmobiliario desde cero, después de tu padre. Cómo se negó a aceptar ayuda de nadie. Eso requiere una fuerza considerable.

Me quedo momentáneamente sin palabras. Porque tiene razón. Mi madre, con todos sus defectos, con toda su obsesión por las apariencias y las convenciones sociales, también es una mujer que se rehízo a sí misma después de que mi padre la abandonara. Que me sacó adelante sola, que construyó una carrera exitosa en un campo dominado por hombres.

—Supongo que sí —concedo finalmente—. Aunque a veces desearía que esa determinación no se aplicara también a reorganizar mi vida.

Enzo ríe suavemente.

—Te quiere —dice simplemente—. A su manera, controladora y ligeramente psicótica, pero te quiere.

—Lo sé —suspiro—. ¿Te torturó mucho con fotos de mi infancia?

—Solo las suficientes para confirmar que, efectivamente, naciste con ese ceño fruncido —responde con una sonrisa traviesa—. Había una particularmente adorable de ti a los cinco años, con un delantal tres veces tu tamaño, intentando alcanzar los fogones.

Gimo, hundiendo la cara entre las manos.

—Por favor, dime que no te enseñó ninguna de mi fase gótica a los quince.

Su silencio es toda la respuesta que necesito.

—Oh Dios —murmuro, mortificada—. El pelo negro, el maquillaje excesivo, las uñas pintadas de negro...

—No olvides los poemas de angustia adolescente que aparentemente recitabas en la mesa durante la cena —añade, claramente disfrutando de mi vergüenza—. Tu madre los recuerda con asombrosa precisión.

—Mátame ahora —suplico, dejándome caer hacia atrás en la manta—. Simplemente acaba con mi sufrimiento.

Enzo ríe, un sonido cálido y genuino que reverbera en el aire nocturno.

—Si te sirve de consuelo, creo que eras una gótica adorable —dice, recostándose a mi lado, manteniendo una distancia respetable pero lo

suficientemente cerca para que pueda sentir el calor que emana de su cuerpo —. Y todos tenemos fases vergonzosas en nuestra adolescencia.

—¿Incluso el gran Enzo Montenegro? —pregunto, girando la cabeza para mirarlo—. No me lo creo.

—Oh, especialmente yo —asegura, mirando hacia las estrellas—. Hubo una época en que pensé que las camisas hawaianas abiertas sobre camisetas de bandas de rock eran el colmo de la sofisticación. Combinadas con pantalones cargo. Y una bandana.

La imagen mental es tan ridícula que no puedo evitar reír.

—Necesito pruebas fotográficas de eso —exijo—. Inmediatamente.

—Lamentablemente, todas esas fotos fueron misteriosamente destruidas en un incendio que puede o no haber iniciado yo mismo —responde con fingida seriedad.

—Cobarde.

—Estratega —corrige—. Hay cosas que el mundo simplemente no está preparado para ver.

Nos quedamos en silencio por un momento, contemplando el cielo estrellado sobre nosotros. Es una noche clara, sin nubes, y lejos de las luces de la ciudad, las estrellas brillan con una intensidad casi sobrenatural.

—¿Sabes? —dice Enzo finalmente, su voz más suave—. A pesar del interrogatorio y el álbum de fotos vergonzosas, disfruté pasar tiempo con tu madre hoy.

—¿En serio? —pregunto, genuinamente sorprendida.

—En serio —confirma—. Me contó historias sobre ti que nunca habrías compartido. Cómo defendiste a un compañero de clase que estaba siendo acosado, aunque eso te convirtió en objetivo también. Cómo ahorraste durante un año para comprarle un regalo especial por su cumpleaños. Cómo siempre has sido ferozmente protectora con las personas que te importan.

Hay algo en su tono, una calidez, una admiración, que hace que mi corazón se acelere.

—Esas son cosas que cualquier persona decente haría —murmuro, incómoda con los cumplidos.

—Tal vez —concede—. Pero no todos lo hacen. Tú sí.

Me giro para mirarlo, encontrándolo ya observándome con una expresión que no puedo descifrar completamente. Hay algo en sus ojos, una intensidad, una vulnerabilidad que rara vez permite que otros vean.

—¿Por qué me miras así? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—¿Así cómo?

—Como si... —me detengo, insegura de cómo expresarlo sin sonar ridícula —. Como si estuvieras viendo algo que nadie más ve.

Una pequeña sonrisa curva sus labios.

—Quizás es exactamente lo que estoy haciendo —responde suavemente.

Hay algo en este momento, en la forma en que me mira, en la quietud de la noche a nuestro alrededor, que hace que sea difícil respirar. Como si el aire estuviera cargado de posibilidades, de palabras no dichas, de sentimientos que no me atrevo a nombrar.

Sería tan fácil acercarme a él ahora. Tan natural. Tan inevitable, como él mismo describió en nuestro primer encuentro.

Pero entonces recuerdo la mañana después, cómo calificó lo sucedido como «química física», cómo acordamos que había sido solo una recaída. Y me detengo.

Porque no puedo seguir haciendo esto. No puedo seguir cayendo en esta trampa de intimidad y conexión, solo para recordar después que no es real. Que es temporal. Que es solo una situación extraordinaria que nos ha unido momentáneamente.

—Deberíamos volver —digo, incorporándome abruptamente—. Se está haciendo tarde y mi madre probablemente esté esperando despierta.

Veo la decepción cruzar su rostro, tan rápida que casi me la pierdo. Pero se recupera rápidamente, volviendo a su sonrisa fácil.

—Por supuesto —asiente, levantándose y extendiéndome una mano para ayudarme—. No queremos que tu madre piense que te he secuestrado.

Tomo su mano, permitiéndole levantarme. El contacto dura apenas un segundo más de lo necesario, nuestros dedos entrelazándose brevemente antes de separarse.

Mientras recogemos nuestras cosas en silencio, no puedo evitar pensar en lo fácil que sería dejarse llevar por esta fantasía. Pretender que somos realmente una pareja, que esto es una cita real, que tenemos un futuro juntos más allá de la co-crianza de nuestro hijo.

Es un pensamiento peligroso, seductor en su simplicidad. Y por eso mismo, uno que debo rechazar.

Porque si hay algo que he aprendido en mi vida, es que las fantasías eventualmente se desvanecen. Y la realidad, cuando regresa, golpea con más fuerza cuanto más alto has volado.

El camino de regreso a Villa Azul es mayormente silencioso, pero no incómodo. Es el silencio de dos personas que han compartido algo significativo y ahora están procesándolo a su manera.

Cuando llegamos, como predije, mi madre está en el vestíbulo, fingiendo leer una revista pero claramente esperándonos.

—¡Ahí estáis! —exclama, como si no hubiera estado vigilando la puerta—. Estaba empezando a preocuparme.

—Solo dimos un paseo por la playa, mamá —explico, intentando no sonar como una adolescente justificando su toque de queda—. Necesitaba un poco de aire fresco.

—El médico recomienda caminatas suaves durante el embarazo —añade Enzo, deslizando su brazo alrededor de mi cintura con naturalidad—. Mejora la circulación y el estado de ánimo.

Mi madre asiente, claramente complacida por esta muestra de preocupación paternal.

—Muy considerado de tu parte, Enzo —dice, y hay una aprobación en su voz que rara vez he escuchado dirigida a ninguno de mis novios anteriores—. Bueno, no os entretengo más. Debéis estar cansados.

Nos despedimos y nos dirigimos hacia las escaleras. El brazo de Enzo permanece alrededor de mi cintura hasta que estamos fuera de la vista de mi madre, y entonces, para mi sorpresa, no lo retira.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja mientras subimos.

—Manteniendo las apariencias —responde con ligereza—. Nunca se sabe quién podría estar mirando.

Es una explicación perfectamente razonable. Pero no explica por qué mi cuerpo reacciona tan intensamente a su contacto, o por qué no hago ningún esfuerzo por apartarme.

Cuando llegamos a nuestra habitación, una extraña tensión se instala entre nosotros. El recuerdo de lo que sucedió la última vez que estuvimos aquí solos flota en el aire como un perfume persistente.

—Me ducharé primero —anuncio, necesitando un momento de privacidad para reorganizar mis pensamientos.

—Adelante —responde, quitándose la chaqueta con esa gracia despreocupada que parece natural en él—. Yo responderé algunos correos mientras tanto.

En la seguridad del baño, me apoyo contra la puerta cerrada y exhalo lentamente. Este día ha sido una montaña rusa emocional. Enzo interpretando al prometido perfecto frente a mi madre, revelando detalles sobre mí que no

sabía que conocía, mirándome bajo la luz de la luna como si fuera lo más precioso que hubiera visto jamás.

Y lo peor es que una parte de mí está empezando a creerlo. A desear que no sea solo una actuación.

Cuando salgo del baño, vestida con mi pijama, encuentro a Enzo sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y el portátil sobre las piernas. Parece tan doméstico, tan natural, como si hubiéramos compartido este espacio durante años en lugar de días.

—¿Todo bien en el mundo empresarial? —pregunto, sentándome en el borde opuesto de la cama.

—Lo habitual —responde, cerrando el portátil—. Mi padre insistiendo en que regrese a Madrid, inversores necesitando ser tranquilizados, Javier enviándome informes para revisar.

—Suena fascinante —comento con ironía, aunque hay algo en su tono, una fatiga subyacente, que me hace preguntarme cuánto le pesa realmente su apellido.

—Tanto como una auditoría fiscal —sonríe, dejando el portátil en la mesita de noche—. Aunque he recibido un correo interesante.

—¿Ah, sí? —pregunto, genuinamente curiosa por su repentino cambio de tono.

—Del obstetra de Madrid que me recomendó un amigo —dice, sorprendiéndome—. Tiene excelentes referencias y se especializa en embarazos de alto riesgo. No es que el tuyo lo sea —añade rápidamente—, pero tiene la mejor tecnología para ecografías en 4D y todo eso.

Me quedo momentáneamente sin palabras. ¿Enzo ha estado investigando obstetras? ¿Para mí? ¿Para el bebé?

—No necesito un obstetra en Madrid —respondo finalmente, aunque sin la firmeza que pretendía—. Tengo uno perfectamente competente aquí en

Marbella.

—Por supuesto —asiente, sin parecer ofendido por mi rechazo—. Solo pensé que sería bueno tener opciones. Por si acaso.

Hay algo en su tono, en la forma en que evita mirarme directamente, que me hace darme cuenta de lo importante que es esto para él. Está intentando participar, a su manera. Intentando ser parte de este embarazo, de la vida de nuestro hijo, incluso antes de que nazca.

—Gracias —digo finalmente, suavizando mi tono—. Es... considerado. Puedes enviarme su información y lo tendré en cuenta.

La sonrisa que me dedica es tan genuina, tan llena de alivio y algo más profundo, que hace que mi corazón se apriete en mi pecho.

—Genial —dice simplemente, pero puedo ver cuánto significa para él que no haya rechazado completamente la idea.

Nos preparamos para dormir en un silencio cómodo, cada uno en su lado de la cama, manteniendo esa distancia cuidadosa que establecimos después de lo ocurrido la noche anterior. Pero hay algo diferente esta vez. Una nueva comprensión, tal vez. Una tregua silenciosa.

—Buenas noches, Vargas —dice Enzo, apagando la luz de su lado.

—Buenas noches, Montenegro —respondo, acomodándome bajo las sábanas.

Pero justo cuando estoy a punto de apagar mi lámpara, añade:

—Por cierto, si quieres saber cómo era realmente en mi fase de camisas hawaianas, hay un álbum en la biblioteca de la casa de mi padre en Madrid que se salvó de ser quemada. Segunda estantería, detrás de una primera edición de «Cien años de soledad».

No puedo evitar reír ante la imagen mental.

—¿Lo escondes detrás de García Márquez? ¿En serio?

—Estrategia, Vargas —responde, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Mi padre nunca buscaría allí. Cree que solo leo informes financieros y biografías de empresarios exitosos.

—Tu secreto está a salvo conmigo —prometo, apagando finalmente la luz.

—Lo sé —dice suavemente, y hay algo en su tono, una confianza, una certeza, que me hace sentir extrañamente valorada.

Mientras me deslizo hacia el sueño, no puedo evitar preguntarme cuántos otros secretos guarda Enzo Montenegro. Y cuántos más me permitirá descubrir antes de que esta extraña situación llegue a su inevitable final.

Porque lo hará, ¿verdad? Tiene que terminar. No podemos seguir fingiendo indefinidamente.

Pero por ahora, en la oscuridad compartida de esta habitación, con su respiración acompasándose gradualmente a la mía, me permito disfrutar de la fantasía. Solo por esta noche. Solo un poco más.

Mañana recordaré mis límites. Mañana volveré a ser la Mía práctica y sensata que sabe que esto es temporal. Que sabe que no debe confundir la actuación con la realidad.

Mañana.

Esta noche, sin embargo, me duermo con una sonrisa en los labios y la extraña sensación de que, a pesar de todo, estoy exactamente donde debo estar.

CAPÍTULO 27

MÍA

—¡Chef! ¡Chef Vargas! ¡Tienes que ver esto!

Martín, el maître, irrumpe en la cocina con el rostro tan encendido que por un momento temo que se haya incendiado algo en el comedor. Llevo toda la mañana preparando un nuevo menú degustación, y mi concentración se rompe bruscamente cuando prácticamente me pone su tablet en la cara.

—¿Qué pasa? —pregunto, limpiándome las manos en el delantal—. Si es otra reseña negativa de ese crítico imbécil de TripAdvisor, ya te dije que...

Las palabras mueren en mi garganta cuando veo lo que está en la pantalla. No es una reseña. Es un artículo. Un maldito artículo en la sección de sociedad de uno de los periódicos más leídos de España.

Y ahí, en una foto a todo color, está mi madre. Mi madre sentada en lo que reconozco como la terraza de una cafetería de Marbella, perfectamente peinada y maquillada, con una expresión de dignidad ofendida que he visto demasiadas veces durante mi adolescencia.

El titular me golpea como un puñetazo: «EXCLUSIVA: HABLA LA MADRE DE LA FUTURA SEÑORA MONTENEGRO: "MI HIJA NO ES NINGUNA CAZAFORTUNAS"».

Siento que la sangre abandona mi rostro. Mis dedos se entumecen. El mundo entero parece ralentizarse mientras mis ojos escanean frenéticamente el texto:

«En una entrevista exclusiva, Mercedes, madre de María Alejandra Vargas, defiende a su hija de los rumores que la señalan como la mujer que interrumpió la boda de Enzo Montenegro con la heredera París Leighton. "Mi hija y Enzo llevan meses comprometidos. El embarazo fue planeado y deseado

por ambos. La otra boda era simplemente un arreglo empresarial que nunca debió anunciarse", declaró la señora Vargas con firmeza...»

No puedo seguir leyendo. Es como un accidente de tráfico en cámara lenta del que no puedo apartar la mirada. Hay más fotos: una de Enzo y yo tomada a distancia en la playa (¿cuándo demonios nos fotografiaron?), otra de Villa Azul con un círculo rojo señalando mi ventana, y una foto de archivo de la boda interrumpida (que antes no había salido a la luz).

—Mía, ¿estás bien? —pregunta Martín, su expresión oscilando entre la preocupación y una curiosidad mal disimulada—. Te has puesto pálida.

—Estoy... —Mi voz suena extraña incluso para mí—. Necesito un momento.

Salgo de la cocina en piloto automático, mi mente un torbellino de pensamientos inconexos. ¿Cómo ha podido? ¿Cuándo dio esta entrevista? ¿Quién más la ha visto? ¿Lo ha visto Enzo? Oh Dios, ¿lo ha visto su PADRE?

Encuentro a mi madre exactamente donde esperaba: en la terraza principal, tomando el té como si fuera la reina de Inglaterra y no acabara de arrojar una bomba nuclear sobre mi vida.

—¡Mamá! —exclamo, mi voz un susurro furioso mientras me acerco a su mesa—. ¿Qué has hecho?

Ella levanta la mirada de su taza, su expresión perfectamente inocente.

—Buenos días a ti también, cariño. ¿Ya has desayunado? Deberías comer algo, en tu estado...

—¿Has dado una entrevista a la prensa sobre mí? —la interrumpo, mostrándole la tablet que aún llevo en la mano—. ¿Sobre Enzo? ¿Sobre nosotros?

Mi madre examina la pantalla como si estuviera evaluando un cuadro en una galería de arte. Luego asiente, complacida.

—Han usado la foto que les sugerí —comenta con satisfacción—. Les dije que mi perfil derecho es el más favorecedor.

La miro boquiabierta, incapaz de procesar que ESTE sea su mayor motivo de preocupación.

—Mamá —intento de nuevo, bajando la voz cuando noto que algunos huéspedes nos miran con interés—. ¿Por qué? ¿Por qué harías algo así sin consultarme?

Ella suspira, como si yo fuera una niña particularmente lenta que no entiende algo obvio.

—María Alejandra, esas revistas sensacionalistas estaban pintándote como una buscona que arruinó una boda. ¡Mi hija! ¡Una Vargas! —Su indignación parece genuina—. Tenía que defender tu honor.

—¿Mi honor? —repito, incrédula—. ¿Hablando con la prensa sobre mi vida privada? ¿Sobre mi embarazo? ¿Sobre un compromiso que...?

Me detengo justo a tiempo, consciente de que estamos en un lugar público. Que este supuesto compromiso es una farsa que inventamos precisamente para apaciguar a mi madre. La ironía de la situación no se me escapa.

—Era necesario —insiste ella, dando un sorbo a su té con elegancia—. Además, el periodista fue muy profesional. Me aseguró que la historia tendría un enfoque positivo, destacando el amor verdadero que triunfa sobre los arreglos empresariales.

—El amor verdadero —repito mecánicamente, dejándome caer en la silla frente a ella.

—Por supuesto —sonríe, alcanzando mi mano sobre la mesa—. Cualquiera que os vea juntos puede notar lo enamorados que estáis. La forma en que Enzo te mira... —suspira soñadoramente—. Así me miraba tu padre al principio.

Un nuevo nivel de culpa se añade a mi pánico. Mi madre realmente cree en esta farsa. Cree que hemos encontrado el amor verdadero. Y ahora lo ha anunciado a todo el país.

Mi teléfono comienza a vibrar en mi bolsillo. Lo saco y veo la pantalla inundada de notificaciones. Mensajes de antiguas compañeras de Madrid. Llamadas perdidas de mi prima Sofía. Un mensaje de mi tía Carmela que solo dice «LLÁMAME INMEDIATAMENTE».

Y entre todo ese caos digital, un mensaje de Enzo: «Acabo de ver las noticias. No te muevas. Voy para allá.»

Como invocado por el mensaje, Enzo aparece en la terraza. Lleva el pelo revuelto como si hubiera estado pasándose las manos por él repetidamente, la camisa parcialmente desabotonada y una expresión que oscila entre la incredulidad y algo que parece sospechosamente cercano a la diversión.

—¡Enzo, querido! —exclama mi madre, iluminándose como un árbol de Navidad—. Justo estábamos hablando de la entrevista. ¿La has visto? Creo que ha quedado bastante bien.

Él me mira, una pregunta silenciosa en sus ojos. «¿Estás bien?» parece decir. Respondo con un ligero movimiento de cabeza que podría interpretarse como «sobreviviré, pero apenas».

—Ciertamente es... reveladora, Mercedes —responde diplomáticamente, sentándose a mi lado y tomando mi mano bajo la mesa en un gesto de solidaridad que agradezco más de lo que puedo expresar—. Aunque me habría gustado que nos consultaras primero.

—Oh, quería que fuera una sorpresa —dice mi madre, completamente ajena a nuestro horror—. Un regalo para vosotros. Para limpiar el nombre de María Alejandra y anunciar oficialmente vuestro compromiso.

—Es definitivamente una sorpresa —murmura Enzo, apretando mi mano cuando siente que estoy a punto de explotar.

Mi teléfono vibra nuevamente. Esta vez es un mensaje de Valentina: «¿HAS VISTO ESTO? Tu madre es ÉPICA. Tenemos que hablar YA.»

—¿Sabes qué es lo mejor? —continúa mi madre, inclinándose hacia adelante confidencialmente—. El periodista me dijo que probablemente la entrevista será recogida por medios internacionales. ¡Imagínate! Mi hija y su prometido, noticia en todo el mundo.

Siento que me estoy ahogando. La farsa se está saliendo completamente de control. Ya no es solo mi madre creyendo una mentira. Es España entera. Pronto será el mundo entero.

—Mamá —digo, intentando mantener la compostura—. Aprecio tu... intención. Pero esto es demasiado. Nuestra vida privada debería seguir siendo privada.

—Tonterías —desestima con un gesto—. Cuando te casas con un Montenegro, renuncias a la privacidad. Es el precio de la fama y la fortuna, cariño.

Enzo se tensa visiblemente a mi lado. Toco su rodilla bajo la mesa, un pequeño gesto para decirle que sé que él no piensa así.

—De hecho —interviene él, su voz sorprendentemente controlada—, valoro mucho mi privacidad, Mercedes. Y la de Mía y nuestro hijo.

Mi madre parece momentáneamente desconcertada, como si la idea de que alguien pudiera preferir el anonimato a la fama fuera completamente extraña.

—Bueno, en cualquier caso —se recupera rápidamente—, lo hecho, hecho está. Y el resultado es excelente. Ya nadie podrá decir que mi hija es una rompe-bodas o una cazafortunas.

No, ahora dirán que mi madre es una loca que da entrevistas sin permiso y que yo soy la pobre hija que tiene que lidiar con ella. Maravilloso.

El teléfono de Enzo suena. Mira la pantalla y su expresión se endurece.

—Es mi padre —dice, levantándose—. Disculpadme un momento.

Mientras se aleja para atender la llamada, mi madre se inclina hacia mí con una sonrisa conspiradora.

—¿Ves? Ya está dando resultados. Su padre está llamando. Probablemente para felicitaros.

La miro, dividida entre la exasperación y una extraña compasión. Mi madre realmente cree que está ayudando. Que está protegiendo mi reputación, asegurando mi futuro. A su manera retorcida y anticuada, está intentando ser una buena madre.

—Mamá —digo, tomando sus manos entre las mías—. Te quiero. Y sé que intentas ayudar. Pero por favor, por favor, no más entrevistas. No más hablar con la prensa. Prométemelo.

Ella parece sorprendida por mi tono, pero asiente lentamente.

—Está bien, cariño. Si eso es lo que quieres.

—Es lo que quiero —confirmo, sintiendo un pequeño alivio.

Observo a Enzo en la distancia, hablando por teléfono. Su postura es tensa, su mano libre gesticula ocasionalmente. Sea lo que sea que su padre esté diciendo, claramente no son felicitaciones.

Como si sintiera mi mirada, se gira y nuestros ojos se encuentran a través de la terraza. Y en ese momento, compartimos una comprensión perfecta. Esto ya no es solo una farsa para mi madre. Se ha convertido en algo mucho más grande, mucho más complicado.

Y de alguna manera, tendremos que enfrentarlo juntos.

CAPÍTULO 28

MÍA

Estoy terminando de revisar el menú del día cuando un alboroto en el vestíbulo de Villa Azul me hace levantar la cabeza. Voces alteradas, pasos apresurados y el inconfundible tono de autoridad que solo los muy poderosos pueden permitirse.

—¡Exijo ver a mi hijo y a esa mujer ahora mismo!

El corazón me da un vuelco. Conozco esa voz. La escuché brevemente hace unos meses, cuando interrumpí la boda de su hijo.

Alejandro Montenegro está aquí.

Valentina aparece en la puerta de la cocina, su rostro pálido.

—Mía, tenemos un problema —susurra, tirando de mi brazo—. El padre de los chicos acaba de irrumpir como un huracán. Está furioso por la entrevista que dio tu madre.

Maldita sea. La famosa entrevista donde mi madre anunció al mundo entero nuestro «compromiso». Era cuestión de tiempo que el patriarca de los Montenegro viniera a comprobar qué demonios estaba pasando, pero esperaba tener más tiempo para prepararme mentalmente.

Menos mal que después de conceder la entrevista mi madre regresó satisfecha a Madrid y ahora no está aquí para presenciar esto. O el drama que se avecina sería mucho peor.

—¿Sabes dónde está Enzo? —le pregunto a mi mejor amiga, desatándome el delantal con manos temblorosas.

—No tengo ni idea.

Apenas tengo tiempo de arreglarme el pelo cuando Alejandro Montenegro aparece en la puerta de la cocina, con Enzo pisándole los talones.

Menos mal.

El contraste entre padre e hijo es evidente: donde Enzo parece relajado en su ropa informal, Alejandro es todo rigidez en su traje impecable.

—Aquí está la famosa chef —dice Alejandro, sus ojos recorriéndome de arriba abajo con un desdén apenas disimulado—. La mujer que arruinó una boda de dos millones de euros y una fusión de quinientos millones.

—Padre, basta —interviene Enzo, colocándose protectoramente a mi lado —. Nadie te ha invitado a venir aquí y encima insultar a Mía.

—¿Invitarme? —Alejandro suelta una risa seca—. No necesito invitación para comprobar cómo mi hijo está arruinando su vida y el legado familiar por un capricho. No pienso permitir que te cases.

Siento que la sangre me hierve en las venas. Puedo soportar muchas cosas, pero ser tratada como un «capricho» no es una de ellas.

—Señor Montenegro —digo, irguiéndome en toda mi estatura, que sigue siendo considerablemente menor que la suya—. Entiendo que esté molesto, pero...

—No, usted no entiende nada. —me interrumpe, su voz cortante como un cuchillo—. No entiende lo que significa llevar el apellido Montenegro. No entiende las responsabilidades que conlleva. Y ciertamente no entiende en qué posición ha puesto a mi hijo con su... situación.

—¿Mi situación? —repito, incrédula—. ¿Se refiere a que estoy embarazada de su hijo?

—Me refiero a que ha aprovechado un descuido para atrapar a un hombre que está muy por encima de sus posibilidades —responde con frialdad—. ¿Cree que no he visto esto antes? Una mujer ambiciosa que ve la oportunidad de asegurarse un futuro cómodo…

—¡SUFICIENTE!

El rugido de Enzo nos sobresalta a todos. Nunca lo había visto así, con los puños apretados y una expresión de furia que transforma completamente su

rostro habitualmente despreocupado.

—No te permito que le hables así a Mía —dice, su voz temblando de rabia contenida—. No en su casa, no en ningún sitio.

—Lorenzo, estás cegado por...

—Por amor, padre —lo interrumpe Enzo—. Estoy cegado por amor. Un concepto que probablemente te resulta incomprensible, pero que es la única razón por la que estoy aquí, con ella, y no en ese altar con París Leighton.

La declaración cae como una bomba en la habitación. Alejandro parece momentáneamente desconcertado, como si no esperara una respuesta tan directa.

—¿Amor? —repite finalmente, con una mezcla de incredulidad y desdén—. ¿Qué sabes tú del amor? Tu historial con las mujeres es...

—Irrelevante —lo corta Enzo—. Lo que fui antes de Mía no importa. Lo que importa es quién soy ahora, con ella. Y te aseguro que es la primera vez en mi vida que sé lo que quiero de verdad.

Alejandro me mira, evaluándome como si fuera una inversión de alto riesgo.

—¿Y qué tiene ella que la hace tan especial? —pregunta, con un tono que sugiere que ninguna respuesta le parecerá satisfactoria—. ¿Qué la diferencia de todas las demás?

—Todo —responde Enzo sin vacilar—. Su fuerza, su talento, su honestidad brutal. La forma en que no le impresiona en absoluto mi apellido o mi cuenta bancaria. El hecho de que me ve a mí, no al heredero Montenegro. Y que es la mujer más maravillosa que he tenido la oportunidad de conocer jamás.

—Conmovedora historia —comenta Alejandro con sarcasmo—. ¿Y has considerado que quizás eso es exactamente lo que ella quiere que creas? ¿Que toda esta... performance es precisamente para atraparte?

Algo se rompe dentro de mí. He soportado sus miradas despectivas, sus insinuaciones, incluso su condescendencia. Pero esto...

—Disculpe, señor Montenegro —intervengo, mi voz sorprendentemente firme—. Pero hay algo que debería saber sobre mí: nunca he necesitado a un hombre para salir adelante. Tengo mi propia carrera, mi propio nombre en el mundo de la gastronomía. Y si hay algo que valoro por encima de todo, es mi independencia.

—Una independencia que estás muy dispuesta a sacrificar por el apellido Montenegro, aparentemente —replica.

—No me conoce —respondo, sintiendo cómo la rabia crece dentro de mí —. No sabe nada sobre mí, excepto lo que su prejuicio le permite ver. Y si cree que interrumpí esa boda para «atrapar» a su hijo, está completamente equivocado. Lo hice porque él merecía saber que iba a ser padre antes de cometer el error de casarse con alguien a quien no amaba.

—Un gesto muy noble —dice con evidente sarcasmo—. Y completamente desinteresado, supongo.

—Padre, basta —interviene Enzo nuevamente—. Mía no necesita defenderse ante ti. Soy yo quien te debe una explicación, así que escúchame bien.

Se acerca a su padre, enfrentándolo cara a cara.

—Amo a Mía. No como un capricho, no como una aventura, sino como nunca he amado a nadie. Y vamos a tener un hijo juntos. Un nieto tuyo, por cierto, aunque dudo que te importe ese detalle.

—Lorenzo...

—No he terminado —lo corta Enzo—. Durante toda mi vida he intentado ser lo que tú querías. El segundo hijo, el ejecutivo perfecto, incluso estuve a punto de casarme con la mujer perfecta para tus negocios. ¿Y sabes qué? Estaba muerto por dentro. Completamente vacío.

Su voz se quiebra ligeramente, y esa vulnerabilidad me parte el corazón.

—Hasta que conocí a Mía —continúa—. Ella me desafía, me hace reír, me obliga a ser mejor. Me hace sentir vivo. Y si no puedes ver eso, si no puedes alegrarte de que tu hijo haya encontrado la felicidad, entonces quizás sea mejor que te vayas.

Alejandro parece genuinamente sorprendido por la vehemencia de su hijo.

—¿Estás decidido a elegir entre ella o yo? —pregunta, como si no pudiera creer que esa sea realmente la disyuntiva—. ¿Estás haciendo lo mismo que tu hermano?

—Javier tomó una sabía decisión. Y sí, la estoy eligiendo a ella —responde Enzo sin vacilar—. A ella y a nuestro hijo. Y si me obligas a elegir, perderás a tu segundo hijo, exactamente como perdiste a Javier cuando intentaste separarlo de Valentina.

El silencio que sigue a esas palabras es denso, cargado de décadas de expectativas frustradas y relaciones complicadas.

—Entiendo —dice finalmente Alejandro, su voz extrañamente controlada —. Parece que has tomado tu decisión.

—La tomé el día que interrumpió mi boda —confirma Enzo—. Cuando la vi allí, de pie, vulnerable pero valiente, supe que nunca querría estar con nadie más.

Sus palabras me golpean con fuerza. ¿Es verdad lo que está diciendo? ¿Ha estado sintiendo esto todo este tiempo, mientras yo mantenía las distancias, convencida de que solo me veía como la madre de su hijo? ¿O solo está fingiendo por su padre?

Alejandro me mira una última vez, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar completamente. ¿Resignación? ¿Cálculo? ¿Un atisbo de respeto reticente?

—Esto no ha terminado —dice, dirigiéndose a la puerta—. La fusión con los Leighton sigue siendo una prioridad, con o sin matrimonio. Hablaremos de

los detalles cuando estés menos... emocional.

Y con eso, se va, dejándonos en un silencio que solo se rompe cuando escuchamos el motor de su coche arrancar.

Exhalo lentamente, toda la tensión abandonando mi cuerpo de golpe.

—Eso ha sido... —comienzo, buscando la palabra adecuada.

—Intenso —completa Enzo, pasándose una mano por el pelo—. Lo siento. Mi padre ha dicho un montón de cosas que no te mereces.

—No te disculpes —digo, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mi voz—. No es culpa tuya que sea..

—¿Un dictador corporativo con el calor emocional de un iceberg? —sugiere, con una sonrisa torcida que no alcanza sus ojos.

—Iba a decir «complicado», pero tu descripción es más precisa —concedo, intentando aligerar el ambiente.

Pero todo lo que ha dicho flota entre nosotros como algo que tarde o temprano tendremos que enfrentar. Mi corazón late desbocado y, muy a mi pesar, lleno de esperanza.

Nos miramos por un momento, y hay algo diferente en el aire entre nosotros. Algo que ha cambiado durante este enfrentamiento.

—¿Lo has dicho en serio? —pregunto finalmente, incapaz de contenerme más—. ¿Lo de que me amas desde que interrumpí tu boda?

Su expresión se suaviza, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que me desarma completamente.

—Cada palabra —responde, acercándose a mí—. Aunque ya lo estaba de antes. Pero, desde el momento en que te vi allí, embarazada y valiente, desafiando a todos por hacer lo correcto... supe que jamás te podría dejar escapar. Y luego, cada día que pasamos juntos, cada aventura, cada discusión, cada momento... solo confirmó lo que ya sabía.

—Pero nunca dijiste nada —murmuro, intentando procesar esta revelación —. Todo este tiempo...

—¿Cómo hubiera podido? —pregunta, tomando mis manos entre las suyas —. Dejaste muy claro que solo querías una relación de co-crianza. Que no confiabas en mí, que temías que te hiciera daño. Y tenías razón en desconfiar. Mi historial no jugaba a mi favor.

Tiene razón. Desde el principio, fui yo quien estableció los límites, quien insistió en mantener las distancias, quien se negó a ver lo que estaba justo frente a mis ojos.

—He sido una idiota —admito, sintiendo cómo las lágrimas comienzan a formarse en mis ojos—. Todo este tiempo, manteniéndote a distancia, convenciéndome de que solo era atracción física, de que nunca podría funcionar entre nosotros...

—No eres idiota —me interrumpe, llevando una mano a mi mejilla para secar una lágrima traicionera—. Eres prudente. Sensata. Protegías tu corazón, y no puedo culparte por ello.

—Pero he estado desperdiciando tiempo —insisto—. Tiempo que podríamos haber pasado juntos, realmente juntos, no fingiendo o manteniéndonos a distancia.

—Tenemos todo el tiempo del mundo ahora —responde, con una sonrisa que ilumina toda su cara—. Si es lo que quieres.

—Lo que quiero... —repito, y de repente, la respuesta es tan clara como el agua—. Lo que quiero eres tú, Enzo Montenegro. Te quiero a ti, con todas tus locuras, tus sonrisas torcidas, tus ideas absurdas, tu forma de meterte bajo mi piel como nadie lo ha hecho nunca. Te quiero, y estoy cansada de fingir que no.

Su sonrisa ahora es tan amplia que parece iluminar toda la habitación. Y entonces, sin más palabras, cierra la distancia entre nosotros y me besa.

No es como nuestros besos anteriores, cargados de deseo urgente. Este beso es una promesa, una declaración, una celebración. Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que me hace querer llorar, sus manos acunando mi rostro como si fuera algo infinitamente precioso.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento, nuestras frentes apoyadas una contra la otra.

—¿Sabes lo que significa esto, verdad? —murmura, sus ojos brillando con algo que se parece sospechosamente a la felicidad pura.

—Me gustaría escuchártelo decir —bromeo, incapaz de contener mi propia sonrisa.

—Que jamás te dejaré escapar —asegura, y mi corazón explota de felicidad.

—Ni yo a ti —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos—. Solo te necesito a ti. A ti y a nuestro pequeño arándano.

Ríe, un sonido libre y genuino que hace que mi corazón se expanda en mi pecho

—Nuestro arándano —repite, bajando una mano para posarla suavemente sobre mi vientre—. El mejor error que jamás hemos cometido.

—El único error fue pensar que podríamos fingir esto sin que se volviera real —digo, cubriendo su mano con la mía—. O en mi caso, pretender que podía mantener la distancia cuando lo único que quería era estar más cerca.

Sus ojos se oscurecen ligeramente, y reconozco ese cambio. Es el mismo que vi aquella noche en la cocina, y después en nuestra habitación.

—¿Sabes qué más es real? —pregunta, su voz bajando a un tono que envía escalofríos por mi columna—. Lo mucho que quiero llevarte a nuestra habitación ahora mismo.

Mi pulso se acelera, el calor expandiéndose por mi cuerpo como fuego líquido.

—¿Qué estás esperando? —desafío, arqueando una ceja.

No necesita más invitación. En un movimiento fluido, me levanta en brazos, provocando un grito de sorpresa que se convierte en risa mientras me lleva fuera de la cocina.

—¡Enzo! —protesto débilmente—. ¡Bájame! ¡Peso demasiado!

—Ni hablar —responde, subiendo las escaleras como si no pesara nada—. Eres un peso pluma. Y ahora que puedo tocarte todo lo que quiero, pienso aprovecharlo.

Cuando llegamos a nuestra habitación—y es extraño pensar en ella como «nuestra» ahora, realmente nuestra—me deposita con sorprendente suavidad sobre la cama. Se cierne sobre mí por un momento, sus ojos recorriéndome con una reverencia que me hace sentir adorada.

—Eres tan hermosa —murmura, inclinándose para besarme nuevamente—. Tan perfecta.

—No soy perfecta —protesto entre besos.

—Para mí lo eres —insiste, sus labios trazando un camino por mi cuello—. Perfectamente imperfecta. Perfectamente tú.

Sus palabras despiertan algo en mí, un deseo que va más allá de lo físico. Quiero sentirlo, todo él, sin barreras, sin fingimientos, sin dudas.

Mis manos encuentran los botones de su camisa, desabrochándolos con una urgencia que contradice la ternura del momento. Necesito sentir su piel contra la mía, confirmar que esto es real, que no es otro sueño del que despertaré sola y confundida.

Él parece entender mi necesidad, porque sus propias manos comienzan a desvestirme con igual fervor. Cada prenda que cae es como una capa de nuestra farsa que se desprende, revelando la verdad debajo. Y la verdad es que nos deseamos. Nos queremos. Nos pertenecemos.

Cuando finalmente estamos desnudos, piel contra piel, nos detenemos un momento para simplemente mirarnos. Es diferente esta vez. No hay prisa, no

hay culpa, no hay excusas de «solo química física» o «una recaída». Solo nosotros, Mía y Enzo, eligiéndonos mutuamente.

—Te quiero —dice, como si necesitara asegurarse de que lo sé, de que lo creo.

—Te quiero —respondo, porque ahora que he comenzado a decirlo, no quiero parar nunca.

Y entonces nos unimos, nuestros cuerpos encontrándose con la familiaridad de amantes que se conocen perfectamente y la emoción de descubrirse por primera vez. Cada toque es una declaración, cada beso una promesa, cada suspiro una confesión.

Nos movemos juntos como si hubiéramos estado haciendo esto toda la vida, como si nuestros cuerpos hubieran sido creados específicamente para este baile. Y cuando finalmente alcanzamos el clímax, lo hacemos juntos, nuestros nombres en los labios del otro, nuestros corazones latiendo al mismo ritmo frenético.

Después, mientras yacemos enredados en un abrazo perezoso, mi cabeza sobre su pecho escuchando el latido constante de su corazón, me siento en paz por primera vez en meses. Como si finalmente hubiera encontrado mi lugar en el mundo, y ese lugar fuera aquí, en sus brazos.

—¿En qué piensas? —pregunta Enzo, sus dedos trazando patrones suaves en mi espalda desnuda.

—En lo extraño que es todo esto —respondo honestamente—. Hace unas semanas estaba aterrorizada por estar embarazada de ti. Y ahora...

—¿Y ahora? —pregunta cuando me detengo.

Me incorporo ligeramente para poder mirarlo a los ojos.

—Ahora no puedo imaginar que hubiera sido de otra manera —confieso—. Como si todo, incluso las partes difíciles, nos hubieran llevado exactamente a donde debíamos estar.

Su sonrisa es suave, íntima, solo para mí.

—Quizás así es como funciona el destino —sugiere—. A veces necesitamos un empujón del universo. O en nuestro caso, un pequeño arándano.

Me río, apoyando mi mano sobre mi vientre en un gesto que se ha vuelto natural.

—Nuestro pequeño cupido —digo, y la idea me llena de una ternura abrumadora—. Ni siquiera ha nacido y ya está cambiando nuestras vidas.

—Para mejor —añade Enzo, cubriendo mi mano con la suya—. Definitivamente para mejor.

Nos quedamos así un momento, conectados, compartiendo este instante perfecto. Y sé, con una certeza que nunca antes había sentido, que esta es mi familia. Mi futuro. Mi hogar.

No es como lo había imaginado. Es infinitamente mejor.

—¿Crees que tu padre nos dará su bendición? —pregunto finalmente, la realidad entrometiéndose brevemente en nuestra burbuja.

Enzo resopla, un sonido que es mitad risa, mitad resignación.

—Mi padre se adaptará —responde—. Siempre lo hace. Es un hombre de negocios, después de todo. Y tú, Mía Vargas, eres el mejor negocio que he hecho jamás.

—¿Me estás comparando con una transacción comercial? —pregunto, fingiendo indignación.

—Con la inversión más valiosa de mi vida —corrige, besando mi frente—. Con el mayor retorno de felicidad posible.

—Eres un idiota —murmuro contra su pecho, pero no puedo evitar sonreír.

—Sí —concuerda alegremente—. Pero soy tu idiota. Y el de nuestro arándano.

Y mientras nos quedamos allí, planeando nuestro futuro entre besos y risas, pienso en lo irónico que es todo. Comenzamos fingiendo un compromiso para

apaciguar a mi madre, y terminamos realmente juntos.

A veces, las mejores verdades nacen de las mentiras más inesperadas.

CAPÍTULO 29

MÍA

Hay algo raro con los hermanos Montenegro.

No es que «raro» no sea su estado natural. Después de todo, estamos hablando de dos hombres que crecieron en un palacio corporativo con un padre cuya idea de diversión familiar era revisar informes trimestrales. Pero esto es diferente. Un tipo específico de rareza que me tiene con todos mis sentidos en alerta máxima.

—¿Te has fijado en cómo se callan cuando entramos en una habitación? —le susurro a Valentina mientras observamos a Enzo y Javier hablando en voz baja junto a la piscina de Villa Azul.

—Como si estuvieran planeando un golpe de estado —asiente ella, entornando los ojos—. Javier ha estado recibiendo llamadas misteriosas toda la semana. Y cada vez que pregunto, dice que es «un asunto de trabajo».

—Enzo escondió su teléfono ayer cuando me acerqué —añado, recordando cómo prácticamente saltó del sofá cuando entré en la habitación—. Y luego pretendió que estaba buscando algo en el bolsillo.

Nos miramos, la misma preocupación reflejada en nuestros ojos. Han pasado tres semanas desde que Enzo y yo nos confesamos nuestros sentimientos, desde que lo que comenzó como una farsa se transformó en algo real y maravilloso. Tres semanas de despertar cada mañana en sus brazos, de risas compartidas, de planes para el futuro. Tres semanas de pura felicidad que ahora parece amenazada por... lo que sea que están tramando.

—¿Crees que su padre está causando problemas? —pregunta Valentina, verbalizando mi mayor temor.

Alejandro Montenegro había aceptado nuestra relación con una resignación pragmática que parecía más una tregua temporal que una bendición. «Veremos

cómo evoluciona esto», fueron sus palabras exactas antes de regresar a Madrid. No exactamente el entusiasmo de un futuro abuelo.

—No lo sé —respondo, sintiendo un nudo en el estómago—. Pero si es así, ¿por qué no nos lo dicen?

Nuestras sombrías reflexiones son interrumpidas cuando Enzo y Javier se acercan, pareciendo sospechosamente inocentes. Demasiado inocentes.

—¿De qué hablaban, señoritas? —pregunta Enzo, deslizando un brazo alrededor de mi cintura y depositando un beso en mi sien—. Parecían muy concentradas.

—De lo raros que estáis últimamente —respondo directamente, nunca he sido buena con los rodeos—. Como ahora mismo, con esas sonrisas de «no estamos ocultando nada».

Los hermanos intercambian una mirada que prácticamente grita «nos han descubierto», confirmando todas mis sospechas.

—No sé de qué hablas —dice Javier con una falsa indignación que no engañaría ni a un niño de cinco años—. Simplemente estamos... planificando.

—¿Planificando qué? —pregunta Valentina, cruzándose de brazos.

—Cosas de negocios —responde Javier al mismo tiempo que Enzo dice:

—Una sorpresa para vosotras.

Se miran con expresiones que claramente dicen «lo has estropeado», y ahora estoy absolutamente segura de que algo está pasando.

—¿Una sorpresa? —repito, arqueando una ceja—. ¿Qué tipo de sorpresa?

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa, ¿verdad? —responde Enzo con esa sonrisa torcida que normalmente me derrite pero que ahora solo aumenta mi sospecha—. Confía en mí, Vargas. Te gustará.

Antes de que pueda interrogarlo más, Javier consulta su reloj y exclama con un entusiasmo demasiado evidente:

—¡Vaya, mira qué hora es! Tenemos esa... reunión.

—Cierto, la reunión —asiente Enzo, siguiéndole el juego con la sutileza de un elefante en una tienda de porcelana—. Lo siento, chicas, el deber llama.

Y con eso, prácticamente huyen, dejándonos a Valentina y a mí boquiabiertas.

—¿Acaban de...? —comienza ella.

—¿Inventarse una reunión para escapar de nosotras? —termino—. Absolutamente.

Nos miramos y no podemos evitar reírnos. A pesar de la preocupación, hay algo entrañable en lo terrible que son mintiendo.

—Sea lo que sea —dice Valentina, enlazando su brazo con el mío—, lo averiguaremos. Siempre lo hacemos.

Dos días después, la situación solo ha empeorado. Enzo está cada vez más nervioso, revisando constantemente su teléfono y susurrando con Javier en rincones. Anoche incluso fingió quedarse dormido para evitar mis preguntas, un truco tan obvio que casi me ofendió que pensara que podía engañarme.

Estoy en la cocina, canalizando mi frustración en una masa de pan, cuando Enzo aparece con una expresión sospechosamente alegre.

—¿Tienes planes para esta noche? —pregunta casualmente, robando un trozo de masa que inmediatamente le golpeo para que suelte.

—¿Además de descubrir qué demonios os traéis entre manos tú y tu hermano? —respondo, mirándolo fijamente—. No, mi agenda está sorprendentemente libre.

Él ríe, un sonido que aún después de todo este tiempo hace que mi estómago dé un vuelco.

—Perfecto —dice, apoyándose en la encimera con esa gracia natural que siempre me ha fascinado—. Porque he reservado en ese restaurante nuevo del

que me hablaste. El del chef francés que hace esa cosa con las trufas que dijiste que querías probar.

Lo miro con sorpresa. Efectivamente, le había mencionado ese restaurante hace semanas, pero estaba segura de que no me estaba escuchando realmente, ya que estaba concentrado en un partido de fútbol.

—¿L'Atelier de Jean? —pregunto, incrédula—. ¿Has conseguido reserva? Tienen lista de espera de meses.

Se encoge de hombros con falsa modestia.

—Resulta que el chef es fan de los hoteles Montenegro. Y puede que haya mencionado que mi novia es la brillante chef de Villa Azul.

—Utilizando el nepotismo para conseguir una mesa —bromeo, aunque estoy secretamente conmovida—. Muy Montenegro de tu parte.

—Hey, utilizo mis poderes para el bien —protesta, acercándose para rodearme con sus brazos desde atrás—. Para que mi chef favorita pueda espiar los secretos culinarios de la competencia.

Me giro entre sus brazos para mirarlo a la cara, intentando descifrar si esta cena es parte de lo que sea que está tramando.

—¿Y Valentina y Javier también vienen? —pregunto, buscando pistas.

—Nop —responde, besando la punta de mi nariz—. Solo nosotros. Javier tiene otros planes para Valentina esta noche.

Eso confirma mis sospechas. Definitivamente están coordinados.

—¿Qué tipo de planes? —insisto.

—No tengo ni idea —miente descaradamente—. Asuntos de la otra pareja. ¿Entonces? ¿Qué dices? ¿Cena a las ocho?

Entorno los ojos, evaluándolo. Podría seguir presionando, pero algo me dice que no conseguiré nada. Y además, realmente quiero probar ese restaurante.

—De acuerdo —accedo finalmente—. Pero que conste que sé que estás tramando algo.

—Yo siempre estoy tramando algo, Vargas —responde con un guiño—. Es parte de mi encanto.

El restaurante es tan espectacular como esperaba. Situado en un acantilado con vistas al Mediterráneo, L'Atelier de Jean combina la alta cocina francesa con ingredientes locales en un espacio que parece sacado de una revista de diseño. Normalmente estaría completamente absorta en cada detalle culinario, analizando técnicas y sabores como la chef obsesiva que soy.

Pero esta noche apenas puedo concentrarme en la comida. Porque Enzo está actuando extraño. Más extraño aún.

Está nervioso. El hombre que puede negociar contratos multimillonarios sin pestañear, que salta desde acantilados como si nada, que enfrentó a su padre por mí... está nervioso. Sus dedos tamborilean constantemente en la mesa, ha revisado su teléfono al menos doce veces, y ha bebido tres vasos de agua en los primeros veinte minutos.

—¿Estás bien? —pregunto finalmente, después de verlo aflojar su corbata por quinta vez—. Pareces... tenso.

—¿Yo? ¿Tenso? —Su voz suena ligeramente más aguda de lo normal—. Estoy perfectamente. Perfectamente relajado. Disfrutando de esta maravillosa cena. Con mi maravillosa novia. Todo es maravilloso.

—Acabas de decir «maravilloso» tres veces en una frase —señalo—. Y estás sudando. En un restaurante con aire acondicionado.

Él se pasa una mano por el pelo, despeinándolo de esa manera que normalmente encontraría adorable si no estuviera tan preocupada. Me coloco la mano sobre mi abultado vientre de forma instintiva.

—Es solo que... —comienza, pero es interrumpido por la llegada del camarero con nuestro plato principal.

La presentación es impecable: vieiras perfectamente caramelizadas sobre un puré de coliflor con trufa negra y una reducción de Jerez. En cualquier otra ocasión, estaría sacando disimuladamente mi teléfono para fotografiar el plato. Pero ahora solo puedo mirar a Enzo, que parece estar teniendo una especie de crisis existencial frente a marisco de lujo.

—Enzo —digo, bajando la voz—, si hay algo mal, si tu padre ha dicho o hecho algo...

—No, no —me interrumpe rápidamente—. No es nada malo, lo prometo. Es solo que...

Se detiene nuevamente, mirando su reloj. Luego saca su teléfono, comprueba algo, y exhala lentamente.

—¿Sabes qué? —dice repentinamente—. No puedo esperar más. Nos vamos.

—¿Qué? —parpadeo, confundida—. Pero si acabamos de recibir el plato principal.

—Lo sé, lo sé —asiente, y de repente está levantándose, dejando una cantidad obscena de dinero sobre la mesa—. Confía en mí, ¿vale? Hay algo que necesito enseñarte. Algo importante.

Mi mente inmediatamente salta a las peores conclusiones. ¿Está enfermo? ¿Su padre lo ha obligado a algún tipo de acuerdo terrible?

Pero antes de que pueda formular cualquiera de estas preguntas, ya me está guiando fuera del restaurante, disculpándose apresuradamente con el maître mientras salimos.

—Enzo, ¿qué demonios...? —comienzo, pero él me interrumpe con un beso rápido.

—Por favor, solo... confía en mí —dice, y hay algo en sus ojos, una mezcla de nerviosismo y determinación, que me hace asentir.

—De acuerdo —concedo.

El trayecto es corto pero misterioso. Enzo conduce por la costa, alejándose del centro de Marbella hacia una zona que no reconozco inmediatamente. Finalmente, se detiene frente a lo que parece ser un pequeño faro abandonado, iluminado por lo que parecen ser... ¿velas?

—¿Qué es este lugar? —pregunto mientras me ayuda a salir del coche.

—Paciencia, Vargas —responde, tomando mi mano—. Todo a su tiempo.

Mientras nos acercamos, puedo ver que hay un camino de velas en pequeños farolillos que lleva hasta la entrada del faro. El efecto es mágico, como si estuviéramos caminando por un sendero de estrellas.

—¿Has hecho todo esto? —pregunto, asombrada por el esfuerzo.

—Tuve algo de ayuda —admite, y hay un temblor en su voz que me intriga aún más.

Cuando llegamos a la entrada del faro, Enzo se detiene y se gira para mirarme.

—Antes de entrar —dice, tomando mis manos entre las suyas—, quiero que sepas que, pase lo que pase ahí dentro, estos últimos meses han sido los más felices de mi vida.

Algo se agita en mi pecho, una mezcla de anticipación y miedo.

—Me estás asustando —confieso.

—No tengas miedo —responde, besando suavemente mis nudillos—. Nunca haría nada que pudiera lastimarte. A ti o a nuestro pequeño arándano.

La mención de nuestro bebé, que ahora tiene el tamaño de un melocotón según la aplicación que Enzo consulta religiosamente cada semana, me tranquiliza un poco.

—De acuerdo —digo, apretando sus manos—. Estoy lista.

Él asiente, toma una respiración profunda, y abre la puerta.

Lo que veo dentro me deja sin aliento.

El interior del faro ha sido completamente transformado. Cientos de velas y pequeñas luces crean un ambiente de cuento de hadas. Fotografías cuelgan de hilos transparentes por todo el espacio circular, girando suavemente con la brisa que entra por las ventanas. Y cuando me acerco, veo que son fotografías nuestras.

Enzo y yo en la playa. Yo cocinando en Villa Azul. Nosotros riendo en aquella cala secreta. Momentos que ni siquiera sabía que habían sido capturados, preservados en blanco y negro con esa sensibilidad artística que hace que sus fotografías sean tan especiales.

En el centro del espacio hay una pequeña mesa con una botella de champán (sin alcohol, noto con ternura) y lo que parece ser... ¿mi tarta de Santiago?

—Enzo —susurro, abrumada—, esto es...

Pero cuando me giro para mirarlo, él ya no está a mi lado. Está arrodillado frente a mí, sosteniendo una pequeña caja de terciopelo azul.

Mi corazón se detiene.

—Mía Vargas —comienza, y su voz tiembla ligeramente—. Cuando irrumpiste en mi vida, teñiste las fuentes de rosa y me llamaste arrogante en una comisaría, nunca imaginé que terminaría aquí, de rodillas, más aterrorizado de lo que he estado en toda mi vida.

Una risa nerviosa escapa de mis labios, mezclándose con las lágrimas que ya están formándose en mis ojos.

—Comenzamos esto como una farsa —continúa—. Un compromiso fingido para apaciguar a tu madre. Pero lo que siento por ti es lo más real que he experimentado jamás. Me has mostrado que puedo ser más que un apellido, más que una cuenta bancaria, más que el segundo hijo rebelde. Contigo, soy simplemente Enzo. Y esa es la mejor versión de mí mismo.

Las lágrimas corren libremente por mis mejillas ahora. No intento detenerlas.

—Te quiero, Mía. Te quiero por tu determinación feroz, por tu honestidad brutal, por cómo defiendes lo que crees, por cómo me haces reír, por cómo me desafías cada día. Te quiero por cómo amas lo que haces, por cómo me has enseñado a ver la belleza en lo imperfecto. Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto te quiero.

Abre la caja, revelando un anillo que me deja sin aliento. No es el típico diamante ostentoso que esperarías de un Montenegro. Es una banda delicada de oro rosa con una piedra azul en el centro, rodeada de pequeños diamantes que parecen estrellas alrededor de un océano en miniatura.

—Esta vez, sin mentiras, sin presiones externas, sin farsa —dice, mirándome con esos ojos verdes que me hechizaron desde el principio—. Mía Alejandra Vargas Domínguez, ¿me harías el extraordinario honor de casarte conmigo? ¿De verdad, esta vez?

El tiempo parece detenerse mientras proceso sus palabras, la belleza del momento, la sinceridad en sus ojos. Y entonces, como si alguien hubiera presionado el botón de play nuevamente, todo vuelve a moverse.

—Sí —respondo, las lágrimas y la risa mezclándose en mi voz—. Sí, sí, mil veces sí.

Su sonrisa es tan radiante que podría iluminar toda Marbella. Se levanta, desliza el anillo en mi dedo (encaja perfectamente, por supuesto), y me besa como si el mundo estuviera acabándose y este fuera nuestro último momento juntos.

Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento y sonriendo como idiotas, noto algo.

—Espera —digo, mirando alrededor—. ¿Dónde están Valentina y Javier? Pensé que esto era lo que estabais planeando juntos.

Enzo mira su reloj y sonríe misteriosamente.

—Oh, ellos están teniendo su propio momento ahora mismo.

—¿Qué quieres decir?

En respuesta, saca su teléfono y me muestra una foto que acaba de recibir. Es Javier, arrodillado frente a Valentina en lo que parece ser el jardín secreto de Villa Azul, completamente transformado con luces y flores.

—Lo planeamos juntos —explica, con una sonrisa orgullosa—. Decidimos que ya era hora de hacer oficial lo que comenzó este verano para todos. Y también de que vosotras dejarais de sospechar que tramábamos algo terrible.

No puedo evitar reír.

—¿Propuestas de matrimonio simultáneas? —pregunto, incrédula—. ¿En serio?

—Los hermanos Montenegro siempre hemos sido competitivos —responde con un encogimiento de hombros—. Aunque técnicamente, según nuestros relojes sincronizados, yo te lo he pedido exactamente cuarenta y tres segundos antes que Javier a Valentina. Así que gano.

Pongo los ojos en blanco, pero mi corazón está tan lleno de felicidad que no puedo ni fingir exasperación.

—¿Y ahora qué? —pregunto, admirando el anillo en mi dedo, todavía sin poder creer que esto sea real.

Enzo me atrae hacia él, sus brazos rodeando mi cintura, su frente apoyada contra la mía.

—Ahora —dice suavemente—, cortamos esa tarta, brindamos por nuestro futuro, y luego nos reunimos con mi hermano y tu mejor amiga para celebrar que, de alguna manera, los cuatro hemos encontrado exactamente lo que no sabíamos que estábamos buscando.

Y mientras nos besamos nuevamente, rodeados de fotografías de nuestra historia y la promesa de un futuro juntos, pienso en lo extraño y maravilloso que es el destino. Cómo un embarazo inesperado, una farsa para apaciguar a

mi madre, y un verano que comenzó con guerra de fuentes rosas ha culminado en el amor más real que jamás he conocido.

Y no lo cambiaría por nada del mundo.

CAPÍTULO 30

ENZO

Siempre he sido bueno manteniendo la calma bajo presión. Es prácticamente un requisito para ser un Montenegro. He cerrado acuerdos multimillonarios como quien respira, he enfrentado a mi padre en su propio terreno, he saltado desde acantilados de veinte metros sin pensarlo dos veces.

Pero nada, absolutamente nada, me ha preparado para esto.

—¡Enzo! —La voz de Mía me saca de mi ensimismamiento—. ¿Me estás escuchando? Creo que es la hora.

La miro, intentando procesar sus palabras mientras mi cerebro parece haberse convertido repentinamente en puré. Está de pie en la cocina de Villa Azul, una mano apoyada en la encimera, la otra sosteniendo su enorme vientre. Su expresión es una mezcla de dolor e irritación que conozco demasiado bien.

—¿La hora? —repito estúpidamente—. ¿La hora de qué?

Pone los ojos en blanco con tanta fuerza que temo que se quede mirando su propio cerebro.

—Hora de reorganizar la bodega de vinos, Montenegro —responde con ese sarcasmo que, incluso en medio de lo que claramente son contracciones, no abandona—. ¿Tú qué crees? ¡Tu hija está en camino!

Y así, con esas cinco palabras, mi mundo entero se pone patas arriba.

—¡El bebé! —exclamo, levantándome tan bruscamente que derribo la silla —. ¡Viene el bebé! ¡Ahora! ¡El bebé está viniendo ahora!

—Sí, eso es generalmente lo que significa «es la hora» —responde Mía, respirando profundamente mientras otra contracción la golpea—. Necesito que te calmes y...

No escucho el resto. Mi cuerpo se ha puesto en modo automático, ejecutando el plan que he estado ensayando mentalmente durante los últimos meses. O al menos, intentándolo.

—¡La bolsa! —grito, corriendo hacia la puerta y luego regresando—. ¡Las llaves del coche! ¡El teléfono! ¡El plan de parto!

Mía me observa con una mezcla de diversión y exasperación mientras corro en círculos por la cocina, agarrando objetos al azar y luego dejándolos, como un hámster particularmente frenético.

—Enzo —dice, su voz sorprendentemente tranquila—, la bolsa está junto a la puerta principal, donde la dejamos hace un mes. Las llaves están en tu bolsillo. Y el plan de parto está en la bolsa.

Me detengo en seco, metiendo la mano en mi bolsillo para confirmar que, efectivamente, las llaves han estado allí todo el tiempo.

—Cierto —asiento, intentando recuperar algo de dignidad—. Lo tengo todo bajo control.

—Claramente —responde con una sonrisa que se transforma en una mueca cuando otra contracción llega—. Ahora, ¿podemos irnos al hospital antes de que tu hija decida nacer en esta cocina?

La idea de Mía dando a luz entre sartenes y cuchillos me aterroriza lo suficiente para salir de mi estupor. En segundos, estoy a su lado, sosteniendo su brazo con firmeza pero con delicadeza.

—Vamos —digo, mi voz encontrando finalmente algo de estabilidad—. Paso a paso. ¿Puedes caminar o necesito cargarte?

—Puedo caminar, no estoy incapacitada —responde, pero se apoya en mí más de lo que jamás admitiría.

Avanzamos lentamente hacia la entrada, donde Valentina aparece como si la hubiéramos invocado, su expresión oscilando entre la preocupación y la emoción.

—¿Ya? —pregunta, sus ojos abriéndose como platos al ver a Mía respirando rítmicamente.

—Ya —confirma Mía, apretando mi mano con una fuerza que sugiere que podría romperme los huesos si quisiera—. Parece que tu sobrina ha decidido que es un buen día para conocer el mundo.

—¡Oh Dios mío! —exclama Valentina, entrando instantáneamente en modo crisis—. ¿Has llamado al médico? ¿Cada cuánto son las contracciones? ¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Dónde está Javier?

—Valentina —interrumpo, agradecido por tener a alguien más nervioso que yo—, todo está bajo control. ¿Puedes encargarte tú de llamar a mi hermano?

Mi voz suena tan segura, tan en control, que casi me convenzo a mí mismo. Casi.

—De acuerdo —asiente Valentina, visiblemente esforzándose por calmarse —. ¿Qué más puedo hacer?

—Avisa a mi madre, pero dile que no venga al hospital hasta que yo te lo indique. No necesito su drama ahora mismo —responde Mía.

Valentina asiente solemnemente, como un soldado recibiendo órdenes de su general.

—Considéralo hecho. Ahora id al hospital. ¡Y mantenedme informada!

Con un último abrazo cuidadoso a Mía, nos deja partir. Recojo la bolsa (que efectivamente ha estado junto a la puerta durante semanas) y guío a Mía hacia el coche, cada paso medido y cuidadoso como si estuviéramos transportando nitroglicerina.

Una vez en el vehículo, programo el GPS aunque podría llegar al hospital con los ojos cerrados. Lo he hecho mentalmente cada noche durante meses, calculando rutas alternativas, tiempos según el tráfico, incluso planificando qué hacer si nos quedamos atascados en un embotellamiento.

—¿Cómo estás? —pregunto mientras salimos del aparcamiento, dividiendo mi atención entre la carretera y Mía, que respira profundamente a mi lado.

—Como si estuviera a punto de expulsar una sandía por un orificio del tamaño de un limón —responde, con ese encanto característico que, increíblemente, no ha perdido—. Pero por lo demás, fantástica.

No puedo evitar reír, a pesar del nudo de ansiedad en mi estómago.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —digo, tomando su mano cuando no estoy cambiando de marcha—. La mayoría de las personas estarían gritando o maldiciendo.

—Oh, no te preocupes —responde, apretando mi mano con una fuerza preocupante cuando otra contracción llega—. La parte de gritar y maldecir vendrá pronto. Especialmente maldecir. A ti. A tus antepasados. A tu futura descendencia.

—Técnicamente, estarías maldiciendo a nuestra hija, que es precisamente quien está causando todo esto —señalo, intentando mantener el humor.

—No te pongas técnico conmigo ahora, Montenegro —advierte, pero hay una sonrisa en sus ojos que me tranquiliza—. O te aseguro que encontraré formas creativas de hacerte sufrir.

—No lo dudo ni por un segundo —respondo, acelerando ligeramente cuando el semáforo cambia a verde—. Casi siento pena por los médicos. No saben lo que les espera.

El viaje al hospital transcurre entre bromas nerviosas y momentos de tensión cuando las contracciones de Mía se intensifican. Intento mantener una fachada de calma, pero por dentro estoy aterrorizado. No por el parto en sí, sino por lo que viene después. En unas horas, seré responsable de una vida humana. Yo, que hasta hace un año consideraba que comprometerme con una marca de whisky era un paso demasiado serio.

Cuando finalmente llegamos al hospital, todo se acelera. Hay formularios que firmar, preguntas que responder, enfermeras que nos guían a través de pasillos que parecen interminables. Me mantengo junto a Mía en todo momento, sosteniendo su mano, recordándole respirar, siendo su ancla en medio de la tormenta.

—Señor Montenegro —me llama una enfermera—, necesito que se ponga esto si quiere estar presente en el parto.

Me tiende una bata verde, un gorro y unas fundas para los zapatos. Me los pongo mecánicamente, sin importarme lo ridículo que debo verme. Nada importa excepto estar con Mía en este momento.

—Pareces un brócoli gigante —comenta Mía desde la cama, donde otra enfermera comprueba su dilatación—. Un brócoli muy sexy, eso sí.

—Solo tú podrías encontrar sexy a un hombre vestido como una verdura —respondo, agradecido por su humor incluso en estas circunstancias.

—¿Qué puedo decir? —replica con una sonrisa que se transforma en una mueca cuando otra contracción llega—. Siempre he tenido gustos peculiares.

Las siguientes horas son una montaña rusa de emociones. Mía pasa de bromear a maldecir mi existencia en cinco idiomas diferentes (no sabía que hablaba portugués, pero aparentemente el dolor desbloquea habilidades lingüísticas ocultas). Me aprieta la mano con tanta fuerza que temo necesitar cirugía reconstructiva, pero no me quejo. Es lo mínimo que puedo hacer.

—No puedo más —jadea en un momento particularmente difícil, las lágrimas mezclándose con el sudor en su rostro—. Es demasiado, Enzo. No puedo hacerlo.

—Sí puedes —respondo con una convicción que no sabía que poseía—. Eres Mía Vargas. La mujer que destrozó verbalmente a un crítico gastronómico por cuestionar tu uso del azafrán. La que tiñó fuentes de rosa y enfrentó a mi padre sin pestañear. Puedes hacer cualquier cosa.

Ella me mira, una mezcla de gratitud y determinación reemplazando momentáneamente el dolor en sus ojos.

—Eso fue bastante inspirador, Montenegro —dice, su voz débil pero decidida—. Casi poético.

—Tengo mis momentos —respondo, besando su frente sudorosa—. Ahora, muéstrame de qué estás hecha, chef.

Y lo hace. Con una fuerza y determinación que me deja asombrado, Mía se entrega a la tarea más difícil de su vida. Empuja cuando le dicen que empuje, respira cuando le dicen que respire, y me insulta creativamente cuando la frustración se vuelve demasiado.

Y entonces, después de lo que parece una eternidad y un instante al mismo tiempo, el llanto más hermoso que he escuchado jamás llena la habitación.

—¡Ya está aquí! —anuncia el médico, sosteniendo a nuestra hija, pequeña, arrugada y perfecta.

El mundo entero se detiene. El tiempo se congela. Todo desaparece excepto ese pequeño ser que se retuerce y llora, anunciando su llegada con una fuerza que solo puede haber heredado de su madre.

—¿Quieres cortar el cordón, papá? —pregunta una enfermera, ofreciéndome unas tijeras.

Papá. Soy padre.

Con manos temblorosas, hago lo que me piden, mis ojos nunca abandonando a mi hija. Cuando finalmente la colocan sobre el pecho de Mía, envuelta en una manta, algo dentro de mí se rompe y se recompone de una forma completamente nueva.

—Hola, pequeña —susurra Mía, su voz cargada de una emoción tan pura que hace que mis ojos se llenen de lágrimas—. Te estábamos esperando.

Me acerco, incapaz de contenerme, y toco suavemente la mejilla de nuestra hija con un dedo. Su piel es imposiblemente suave, como nada que haya

sentido antes.

—Es perfecta —digo, mi voz quebrándose—. Igual que su madre.

Mía levanta la mirada hacia mí, y lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. Amor. Puro, incondicional, abrumador. Por mí. Por nuestra hija. Por la familia que hemos creado.

—¿Cómo la llamaremos? —pregunta, aunque ambos hemos estado discutiendo nombres durante meses.

—Sofía —respondo sin dudar—. Sofía Montenegro Vargas.

Es el nombre que Mía siempre ha preferido, aunque ha estado abierta a otras opciones.

—Es perfecto —asiente, bajando la mirada hacia nuestra hija—. ¿Qué te parece, pequeña? ¿Te gusta tu nombre?

Como si entendiera, la bebé abre brevemente los ojos, mostrando un atisbo de lo que parecen ser irises claros, antes de volver a cerrarlos, aparentemente satisfecha con nuestra elección.

—Creo que eso es un sí —río suavemente, sentándome en el borde de la cama para estar más cerca de mis dos chicas.

Los siguientes minutos transcurren en una burbuja de felicidad mientras nos maravillamos con cada detalle de nuestra hija. Sus diminutos dedos que se cierran instintivamente alrededor de mi pulgar. La forma en que su nariz se arruga cuando bosteza. El mechón de pelo oscuro que corona su cabecita.

Eventualmente, las enfermeras vienen a llevarse a Sofía para los controles rutinarios, prometiendo traerla de vuelta pronto. Me quedo solo con Mía, que parece agotada pero radiante.

—Gracias —digo, tomando su mano entre las mías.

—¿Por qué? —pregunta, sus ojos ya medio cerrados por el cansancio.

—Por darme una familia —respondo simplemente—. Por cambiar mi vida. Por convertirme en una persona que ni siquiera sabía que podía ser.

Una sonrisa cansada pero genuina curva sus labios.

—Tú también has cambiado mi vida, Enzo —murmura—. Y para bien, aunque nunca pensé que diría eso de un Montenegro.

Río suavemente, inclinándome para besar su frente.

—Descansa, amor. Has hecho un trabajo increíble hoy.

Asiente, sus ojos cerrándose completamente. En segundos, su respiración se vuelve profunda y regular. Duerme, y nunca la he visto más hermosa que en este momento, con el agotamiento de traer a nuestra hija al mundo todavía visible en su rostro.

Me siento en la silla junto a su cama, observándola dormir, mi mente un torbellino de emociones. Hace apenas un año, era el eterno soltero, el playboy de los Montenegro, el que nunca se comprometería. Y ahora soy un hombre casado (nos casamos en una ceremonia íntima tres meses después de la propuesta), un padre, y sorprendentemente, nunca he sido más feliz.

Cuando la enfermera regresa con Sofía, la tomo en brazos con un cuidado reverencial. Es tan pequeña, tan frágil, y sin embargo, siento que podría mover montañas por ella.

—Hola, princesa —susurro, meciéndola suavemente—. Soy tu papá. Y probablemente voy a cometer muchos errores, pero hay algo que quiero que sepas desde el principio: nunca, jamás, dudaré en elegirte a ti y a tu madre por encima de todo lo demás.

Sofía parpadea, sus ojos intentando enfocarse en mi rostro. Por un segundo, creo ver un destello de reconocimiento, como si entendiera perfectamente lo que le estoy diciendo.

—Tu madre quería que nacieses con mi sonrisa y su terquedad —continúo, acariciando su mejilla con un dedo—. Pobre del mundo si es cierto. Serás imparable.

Me siento junto a la ventana, sosteniendo a mi hija mientras el sol comienza a ponerse sobre Marbella. Los colores del atardecer bañan la habitación en tonos dorados y rosados, creando un momento tan perfecto que casi parece irreal.

—¿Sabes una cosa, Sofía? —murmuro, aunque sé que no puede entenderme —. A veces, los mejores errores nos llevan a los lugares más perfectos.

Y mientras sostengo a mi hija en mis brazos, con la mujer que amo durmiendo pacíficamente a unos metros, sé que es verdad. Aquel embarazo inesperado, aquella farsa de compromiso, todas las mentiras y verdades a medias... todo nos ha llevado exactamente a donde debíamos estar.

A casa. El uno con el otro. Con nuestra pequeña Sofía.

Y no lo cambiaría por nada en el mundo.

EPÍLOGO

MÍA

—¡Sofía Montenegro Vargas! ¡Ni se te ocurra tirar eso al agua!

Mi voz resuena por la terraza de Villa Azul, donde mi hija de dos años, con la precisión de un francotirador y la determinación que solo puede haber heredado de mí, está a punto de lanzar el teléfono de su padre a la piscina.

Sofía me mira con esos ojos verdes idénticos a los de Enzo, una sonrisa traviesa curvando sus labios mientras sostiene el dispositivo en alto, evaluando claramente si la satisfacción de verlo salpicar compensaría el inevitable tiempo de reflexión en la esquina.

—Dáselo a papá, cariño —digo, usando ese tono que oscila entre la súplica y la amenaza que he perfeccionado en los últimos dos años—. Y te dejaré probar la mousse de chocolate antes que los invitados.

El soborno funciona. Con la velocidad de alguien que reconoce un buen trato cuando lo escucha, mi hija corre hacia Enzo, quien ha observado toda la escena con una mezcla de horror y diversión.

—Gracias por salvar mi vida digital —me dice, guardando rápidamente el teléfono en un bolsillo seguro antes de levantar a Sofía en brazos—. Y tú, pequeña terrorista, ¿qué te he dicho sobre los aparatos electrónicos y el agua?

—Que hacen ¡BOOM! —responde nuestra hija con entusiasmo, extendiendo sus brazos para enfatizar la explosión imaginaria.

—Exactamente —asiente Enzo con seriedad—. Y entonces papá tendría que vivir sin fotos tuyas, y eso sería una tragedia.

Observo a mi familia mientras Enzo hace girar a nuestra hija en el aire, provocando esas carcajadas que son mi sonido favorito en todo el mundo. Incluso después de todo este tiempo juntos, hay momentos en que todavía me parece irreal. Que este hombre, con su sonrisa torcida y su corazón enorme,

sea mi marido. Que esta niña, mezcla perfecta de ambos con mi terquedad y su encanto, sea nuestra hija.

Que esta vida, tan diferente de todo lo que había imaginado, sea la mía.

—¿En qué piensas? Tienes una mirada especial.

Valentina se sienta a mi lado en la mesa de la terraza, su propio hijo de diez meses dormido contra su pecho. Arturo Montenegro Ruiz, es la viva imagen de su padre, con el mismo ceño fruncido de concentración incluso cuando duerme.

—¿Qué mirada? —pregunto, sirviéndonos a ambas una copa del gazpacho que he preparado para la fiesta de esta noche.

—Esa de «no puedo creer que esta sea mi vida» —responde, acomodando a Arturo sin despertarlo—. La conozco bien. La veo en el espejo cada mañana.

Sonrío, porque por supuesto que Valentina me lee como un libro abierto. Siempre ha sido así, desde que éramos niñas compartiendo sueños bajo las estrellas.

—Estaba pensando en cómo ha cambiado todo —admito, observando a Javier que ahora se ha unido a Enzo y Sofía en lo que parece ser un improvisado partido de fútbol con una pelota imaginaria—. Si alguien me hubiera dicho hace tres veranos que estaría casada con Enzo Montenegro, con una hija, y que Villa Azul se convertiría en el hotel boutique más exclusivo de la costa...

—Le habrías tirado un cuchillo de chef —completa Valentina con una sonrisa—. Probablemente a la yugular.

—Probablemente —concuerdo, riendo—. ¿Y tú? ¿Habrías creído que terminarías casada con el hombre que intentó comprar tu hotel?

Valentina mira a Javier con una expresión que aún después de tanto tiempo me conmueve por su honestidad.

—Nunca —responde suavemente—. Pero supongo que esa es la gracia de la vida, ¿no? Nunca sabes quién va a entrar por tu puerta y cambiarlo todo.

—O quién va a teñir tus fuentes de rosa —añado, recordando aquella noche que ahora parece pertenecer a otra vida.

—¿Sabes qué es lo más loco? —dice Valentina después de un momento—. Que al final, todo salió exactamente como debía ser. Incluso las partes difíciles.

Asiento, entendiendo perfectamente a qué se refiere. Los meses de incertidumbre, las peleas con Alejandro Montenegro (que eventualmente se rindió ante el encanto de sus nietos y ahora es un abuelo sorprendentemente dedicado), los desafíos de equilibrar maternidad y carrera...

—¿Recuerdas cuando creíamos que Villa Azul estaba arruinado? —pregunto, rememorando aquellos días angustiosos cuando Villa Azul estaba al borde de la quiebra.

—Y ahora tenemos lista de espera de seis meses —responde Valentina con orgullo—. Y tu restaurante a punto de recibir su primera estrella Michelin.

El recordatorio me provoca un escalofrío de emoción. Después de que naciera Sofía, decidí transformar el comedor de Villa Azul en un restaurante de alta cocina que rápidamente se convirtió en sensación. «Arándano», lo llamé, en honor a cómo Enzo y yo nos referíamos a nuestra hija cuando estaba en mi vientre.

—Todo porque a los dos hermanos les obligaron a venir a Marbella ese verano con una misión —reflexiono, observando a Enzo que ahora tiene a Sofía sobre sus hombros mientras ella grita instrucciones como una pequeña dictadora.

—Todo porque se nos ocurrió teñir sus fuentes de rosa —corrige Valentina con una carcajada.

Nuestras risas atraen la atención de nuestros maridos, que se acercan con expresiones curiosas. Javier toma cuidadosamente a Alex de los brazos de

Valentina, mientras Enzo se sienta a mi lado con Sofía en su regazo.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta, deslizando un brazo alrededor de mi cintura con esa familiaridad que nunca deja de reconfortarme.

—Estábamos recordando cómo empezó todo —respondo, apoyándome contra él—. Con una misión de venganza que salió terriblemente bien.

—Ah, la noche de las fuentes rosas —asiente Javier con una sonrisa.

—La primera vez que vi a Mía. Por aquél entonces no quería matarme —bromea Enzo, besando mi sien—. Un momento histórico.

—No te hagas ilusiones, Montenegro —respondo, picándole las costillas—. Todavía hay días en que considero seriamente hacerte desaparecer.

—¿Y perder todo esto? —pregunta, señalándose a sí mismo con un gesto exagerado que hace reír a Sofía—. Imposible. Me adoras.

Lo peor es que tiene razón. Lo adoro, con su arrogancia, su humor, su forma de quererme exactamente como soy. Lo adoro incluso cuando me saca de quicio, que sigue siendo aproximadamente tres veces al día.

—Tolerable —concedo, usando nuestra broma privada—. Eres marginalmente tolerable.

—El mayor cumplido que Mía Vargas puede hacer —traduce para Javier, que asiente comprensivamente.

La tarde avanza perezosamente mientras preparamos la fiesta de aniversario de Villa Azul.

Tres años desde que nuestras vidas cambiaron para siempre.

Mientras los primeros invitados comienzan a llegar, me encuentro un momento a solas con Valentina en la cocina, donde estoy dando los últimos toques al menú especial que he diseñado para la ocasión.

—¿Alguna vez te arrepientes? —pregunta repentinamente, mientras me ayuda a colocar pequeñas flores comestibles sobre una bandeja de aperitivos.

—¿De qué? —respondo, aunque creo saber a qué se refiere.

—De haber dejado Madrid. De haber apostado todo por Villa Azul. De... todo esto.

La miro, sorprendida por la vulnerabilidad en su voz. Valentina, siempre tan segura, tan decidida.

—Ni un solo día —respondo con absoluta certeza—. ¿Y tú?

—Jamás —sonríe, y hay un brillo en sus ojos que me dice que está pensando en Javier, en Arturo, en la vida que han construido juntos—. Aunque a veces me pregunto qué habría pasado si hubiera aceptado la oferta de los Montenegro aquel día.

—Probablemente estaríamos en algún resort genérico, yo cocinando platos insípidos para turistas, y tú muriendo de aburrimiento en alguna oficina corporativa —respondo—. Y nuestros maridos seguirían siendo unos capullos corporativos sin redención.

Valentina ríe, ese sonido cristalino que siempre me ha recordado a campanas.

—Supongo que les hicimos un favor —dice, con fingida seriedad—. Salvamos sus almas.

—Y ellos nos salvaron a nosotras —añado—. Parece un trato justo.

Un grito de alegría infantil nos interrumpe. A través de la ventana de la cocina, vemos a Sofía corriendo por el jardín, perseguida por Enzo que finge ser un monstruo. Su risa, idéntica a la de su padre, flota en el aire como música.

—¿Sabes qué? —dice Valentina, apoyando su cabeza en mi hombro mientras observamos a nuestras familias—. Creo que, después de todo, teñir esas fuentes de rosa fue la mejor idea que hemos tenido jamás.

—Estoy de acuerdo.

Salimos juntas al jardín, hacia nuestros maridos, nuestros hijos, nuestros invitados. Hacia la vida que construimos a partir de un acto de rebeldía con

colorante.

Y mientras Enzo me atrae hacia él para un beso que todavía, después de todo este tiempo, me hace sentir como si fuera la primera vez, pienso en lo extraño y perfecto que es el destino. Cómo a veces los mejores finales nacen de los comienzos más inesperados.

Cómo, a veces, el amor verdadero comienza con una guerra de fuentes rosas y termina exactamente donde debe estar.

En casa. Con él. Para siempre.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUÍ



¿QUIERES CONOCER AL JEFE MÁS SEXY DE NUEVA YORK?

¿Qué haces cuando tu jefe, que aparentemente te odia, se ofrece a fingir ser tu novio en la boda de tu hermana?

La primera vez que vi a **Callum Whitaker** supe que sería mi perdición. Arrogante, despiadado y malditamente sexy, el hermano mayor de mi mejor amiga me trata como si me odiara. Y ahora, tras perderlo todo en España, me he convertido en su asistente personal. Maldita ironía.

Lucía Vidal lleva dos años protagonizando todas mis fantasías. Ahora la tengo donde siempre he querido: en mi empresa, bajo mis órdenes. Pero cuando menciona que necesita un acompañante para una boda en España, algo dentro de mí se rompe. Nadie más va a tocarla.

Una semana fingiendo ser pareja. Un juego peligroso donde las reglas están hechas para romperse y el deseo amenaza con consumirlos a ambos.

«Mi jefe despiadado» es el primer libro de la serie Jefes Insoportables, donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del exclusivo club El Círculo. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: https://oliviadarcyautora.com/